

CLASE IV. DE DIVERSIS. (C,G)*

SERMON CCCXLI. Sobre cómo Cristo se entiende de tres maneras en las Escrituras; pronunciado contra los arrianos.

CAPÍTULO PRIMERO.

1. Cristo en las Escrituras se menciona de tres maneras. Nuestro Señor Jesucristo, hermanos, según hemos podido observar en las páginas sagradas, se entiende y se nombra de tres maneras cuando se predica, ya sea por la Ley y los Profetas, por las Epístolas apostólicas, o por la fe en los hechos que conocemos en el Evangelio. El primer modo es según Dios y su divinidad, igual y eterna al Padre, antes de la asunción de la carne. El segundo modo es cuando, habiendo asumido la carne, el mismo Dios que es hombre, y el mismo hombre que es Dios, se lee y se entiende según una cierta propiedad de su excelencia, por la cual no se iguala a los demás hombres, sino que es mediador y cabeza de la Iglesia. El tercer modo es de alguna manera todo Cristo, en la plenitud de la Iglesia, es decir, cabeza y cuerpo, según la plenitud de un cierto hombre perfecto, en el cual somos miembros individuales. Esto se predica a los creyentes y se ofrece reconocible a los prudentes. No podemos recordar ni explicar todos los testimonios de las Escrituras en tan poco tiempo para probar estos tres géneros: pero no podemos dejar todos sin probar, de modo que, al mencionar algunos testimonios, puedan observar e identificar por ustedes mismos en las Escrituras los demás que no podemos mencionar debido a la limitación de tiempo.

CAPÍTULO II.

2. Primer modo en que Cristo se predica como Dios. Semejanza del Verbo. Al primer modo de insinuar a nuestro Señor Jesucristo Salvador, el único Hijo de Dios, por quien fueron hechas todas las cosas, pertenece aquello que es nobilísimo y clarísimo en el Evangelio según Juan: En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios; este estaba en el principio con Dios: todas las cosas fueron hechas por él, y sin él nada fue hecho. Lo que fue hecho, en él estaba la vida; y la vida era la luz de los hombres, y la luz brilla en las tinieblas, y las tinieblas no la comprendieron (Juan 1, 1-5). Estas palabras son maravillosas y asombrosas, y antes de ser entendidas, deben ser abrazadas. Si se presentara alimento a su boca, uno tomaría una parte del alimento, otro otra parte: sin embargo, a todos llegaría un solo alimento; pero no todo el alimento a todos. Así, como un cierto alimento y bebida de palabras se presenta ahora a sus oídos; y sin embargo, todo llega a todos. ¿O acaso cuando hablo, uno toma para sí una sílaba, otro otra? ¿O uno una palabra, otro otra palabra? Si es así, diré tantas palabras como personas veo, para que lleguen a todos al menos palabras individuales. Y ciertamente puedo decir más de lo que hay aquí personas: pero todo llega a todos. ¿Acaso la palabra del hombre no se divide en sílabas para que todos escuchen; y la Palabra de Dios se corta en pedazos para estar en todas partes? ¿Acaso, hermanos, creemos que estas palabras sonoras y pasajeras son comparables en alguna parte a la Palabra que permanece inmutable? ¿O porque he dicho esto, he comparado? Pero de alguna manera quise insinuarles que lo que Dios exhibe en las cosas corporales, les sirva para creer en lo que aún no ven de las palabras espirituales. Pero pasemos ya a cosas mejores. Pues las palabras suenan y pasan. De los pensamientos espirituales, piensen en la justicia. Pensando en la justicia estando en estas partes occidentales, pensando en la justicia estando en el oriente, ¿cómo es que aquel piensa toda la justicia, y aquel toda? y aquel la ve toda, y aquel toda? Pues quien ve la justicia, según la cual hace algo, él mismo actúa justamente. Ve dentro, actúa fuera. ¿De dónde ve dentro, si nada está presente para él? Porque él está en una parte, ¿no llegará a esa parte el pensamiento de otro? Pero cuando ves lo mismo con la mente

estando aquí, que ve aquel estando tan lejos, y todo te ilumina, todo se le ve a él; porque las cosas que son divinas e incorpóreas, están en todas partes enteras; cree que el Verbo está todo en el Padre, todo en el vientre. Cree esto del Verbo de Dios, que es Dios con Dios.

CAPÍTULO III.

3. Otro modo en que Cristo se recomienda como Dios y hombre. Pero escucha ya otra insinuación, otro modo de insinuar a Cristo, que la Escritura predica. Pues lo que he dicho, se dijo antes de asumir la carne. Ahora escucha lo que la Escritura predica ahora: El Verbo, dice, se hizo carne, y habitó entre nosotros (Juan 1, 14). Pues quien había dicho, En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios; este estaba en el principio con Dios: todas las cosas fueron hechas por él, y sin él nada fue hecho; en vano nos predicaría la divinidad del Verbo, si callara la humanidad del Verbo. Pues para ver aquello, aquí se actúa conmigo; para purificarme para contemplarlo, él mismo asiste a mi debilidad. Asumiendo de la naturaleza humana la misma naturaleza humana, se hizo hombre. Vino con el jumento de la carne a aquel que yacía en el camino herido (Lucas 10, 30-37), para formar y nutrir nuestra pequeña fe con el sacramento de su encarnación, y hacer sereno el entendimiento para ver lo que nunca perdió por lo que asumió. Pues comenzó a ser hombre, no dejó de ser Dios. Por tanto, esta es la predicación de nuestro Señor Jesucristo según lo que es mediador, según lo que es cabeza de la Iglesia; que Dios es hombre, y el hombre es Dios, cuando dice Juan: Y el Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros.

4. Cristo recomendado de ambos modos por el Apóstol. Escuchen ya ambos en aquel capítulo tan conocido del apóstol Pablo: Quien siendo en forma de Dios, dice, no consideró el ser igual a Dios como algo a qué aferrarse. Esto es, En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios. ¿Cómo dijo el Apóstol, No consideró el ser igual a Dios como algo a qué aferrarse, si no es igual a Dios? Si el Padre es Dios, y él no es Dios, ¿cómo es igual? Donde aquel dice, Dios era el Verbo; aquí este, No consideró el ser igual a Dios como algo a qué aferrarse. Y donde aquel, El Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros; aquí este, Sino que se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo (Filipenses 2, 6, 7). Presten atención: por esto, pues, que se hizo hombre, por esto que El Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros; por esto se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo. ¿Qué despojó? No para perder la divinidad, sino para revestirse de humanidad, apareciendo a los hombres lo que no era, antes de ser hombre. Así apareciendo se despojó, es decir, reservando la dignidad de la majestad, y ofreciendo la carne como vestidura de humanidad. Por esto, pues, que se despojó a sí mismo tomando forma de siervo (no tomando forma de Dios. De la forma de Dios cuando dijo, no dijo, tomó; sino, Siendo en forma de Dios, no consideró el ser igual a Dios como algo a qué aferrarse: pero cuando llegó a la forma de siervo, Tomando, dice, forma de siervo): por esto, pues, es mediador y cabeza de la Iglesia, por quien somos reconciliados con Dios, por el sacramento de la humildad y la pasión y resurrección y ascensión y juicio futuro, para que se escuchen aquellos dos futuros, cuando Dios habló una vez. ¿Dónde se escuchan dos? Donde devuelve a cada uno según sus obras (Mateo 16, 27).

CAPÍTULO IV.

5. Advierte contra la herejía de los arrianos. La virginidad de la mente es la integridad de la fe. La serpiente seduciendo con la promesa de conocimiento. Así que, manteniendo esto, no se maravillen de las cuestiones de los hombres, que se extienden como el cáncer, como dijo el Apóstol (2 Timoteo 2, 17): sino guarden sus oídos, y la virginidad de su mente, como desposados por el amigo del esposo para presentar una virgen casta a Cristo. Pues su virginidad está en la mente. La virginidad del cuerpo está en pocos de la Iglesia: la virginidad

de la mente debe estar en todos los fieles. Esta virginidad quiere corromper la serpiente, de la cual el mismo apóstol dice: Os he desposado con un solo esposo para presentaros como una virgen casta a Cristo. Y temo que, como la serpiente engañó a Eva con su astucia, así también vuestros sentidos se corrompan, y caigan de la castidad que está en Cristo Jesús (2 Corintios 11, 2-3). Vuestros sentidos, dice, es decir, vuestras mentes. Pues esto es más propio. Los sentidos también se entienden de este cuerpo, de ver, oír, oler, gustar, tocar. El Apóstol temió que nuestras mentes se corrompieran, donde está la virginidad de la fe. Ahora avanza, alma, guarda tu virginidad, para ser fecundada después en el abrazo de tu esposo. Por tanto, como está escrito, rodeen sus oídos con espinas (Eclesiástico 28, 28). La cuestión de los arrianos perturbó a los hermanos débiles de la Iglesia: pero en la misericordia del Señor prevaleció la fe católica. Pues no abandonó a su Iglesia; y si por un tiempo la perturbó, la perturbó para que siempre le suplicara, por quien se confirmara en la sólida roca. Y aún murmura la serpiente, y no calla. Busca con una cierta promesa de conocimiento derribar del paraíso de la Iglesia, a quien no permite regresar a aquel paraíso, de donde el primer hombre fue expulsado.

CAPÍTULO V.

6. Ahora hace en la Iglesia lo que antes en el paraíso. Contra los arrianos, cómo el Padre es mayor que el Hijo. El Hijo es igual al Padre en la forma de Dios, menor en la forma de siervo. Presten atención, hermanos. Lo que se hizo en aquel paraíso, se hace en la Iglesia. Nadie nos seduzca de este paraíso. Basta que de allí caímos, al menos corregidos por la experiencia. Él es la serpiente, que siempre sugiere iniquidad e impiedad. Él a veces promete impunidad, como allí prometió, diciendo: ¿Acaso morirán? (Génesis 3, 4). Él sugiere tales cosas, para que ahora vivan mal los cristianos. ¿Acaso va a destruir a todos, dice? ¿Acaso va a condenar a todos Dios? Él dice, Condenaré: perdonaré a aquellos que se cambien; cambien sus obras, cambio mis amenazas. Él es, pues, quien murmura, y susurra, y dice: He aquí donde está escrito, El Padre es mayor que yo (Juan 14, 28); y tú dices que es igual al Padre? Acepto lo que dices: pero acepto ambos, porque ambos leo. ¿Por qué tú aceptas uno, y no quieres el otro? Pues conmigo leíste ambos. He aquí El Padre es mayor que yo; acepto, no de ti, sino del Evangelio: y tú acepta que el Hijo es igual a Dios Padre, del Apóstol. Une ambos, que ambos concuerden: porque quien habló por Juan en el Evangelio, él mismo habló por Pablo en la Epístola. No puede él mismo estar en desacuerdo consigo mismo: pero tú no quieres entender la concordia de las Escrituras, cuando amas litigar. Pero del Evangelio, dice, pruebo: El Padre es mayor que yo. Y yo del Evangelio pruebo: Yo y el Padre somos uno (Juan 10, 30). ¿Cómo ambos son verdad? ¿Cómo nos enseña el Apóstol, Yo y el Padre somos uno? Quien siendo en forma de Dios, no consideró el ser igual a Dios como algo a qué aferrarse. Escucha, El Padre es mayor que yo: pero se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo. He aquí yo muestro por qué es mayor: tú muestra en qué no es igual. Pues ambos leemos. Es menor que el Padre, en cuanto es hijo del hombre: igual al Padre, en cuanto es Hijo de Dios; porque Dios era el Verbo. Mediador, Dios y hombre: Dios igual al Padre, hombre menor que el Padre. Es, pues, tanto igual como menor: igual en la forma de Dios, menor en la forma de siervo. Tú, pues, di, ¿de dónde igual y menor? ¿Acaso de una parte igual, y de otra parte menor? He aquí, exceptuando la asunción de la carne, muéstrame igual y menor. ¿De dónde vas a demostrar, quiero ver.

CAPÍTULO VI.

7. El Hijo de Dios antes de la encarnación de ninguna manera menor que el Padre. Presten atención a la impiedad que piensa en la carne, como está escrito: Pensar según la carne, es muerte (Romanos 8, 6). Detente aquí. Aún separo, y aún no hablo de la encarnación de nuestro Señor Jesucristo, el único Hijo de Dios: pero como si aún no se hubiera hecho lo que

ya se ha hecho, atiendo contigo, En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios; este estaba en el principio con Dios. Atiendo contigo, Quien siendo en forma de Dios, no consideró el ser igual a Dios como algo a qué aferrarse. Allí muéstrame tanto mayor como menor. ¿Qué vas a decir? ¿Vas a dividir a Dios por cualidades, es decir, por ciertas afecciones corporales o animales, en las cuales sentimos que es una cosa y otra? Naturalmente puedo decir: pero si ustedes lo entienden así, Dios lo verá. Por tanto, como comencé a decir, antes de la asunción de la carne, antes de que el Verbo se hiciera carne y habitara entre nosotros, muéstrame menor, muéstrame igual. ¿Acaso Dios es una cosa y otra, para que de una parte sea menor el Hijo que él, y de otra parte igual a él? Como si dijéramos, Hay ciertos cuerpos; puedes decirme, Es igual en longitud, pero menor en fuerza. Pues a menudo se encuentran dos cuerpos tales, que son iguales en estatura de longitud, pero uno es menor en fuerza, el otro mayor. ¿Vamos a pensar, pues, en tales cuerpos como Dios y su Hijo? ¿Vamos a pensar en aquel que estaba todo en María, todo con el Padre, todo en la carne, todo sobre los ángeles? Dios aleje tales pensamientos de los corazones de los cristianos. Tal vez pienses así, que digas: Y en fuerza y en longitud son iguales, pero en color son diferentes. ¿Dónde hay color, sino en las cosas corporales? Allí, sin embargo, está la luz de la sabiduría. Muéstrame el color de la justicia. Si estas cosas no tienen color, no dirías eso de Dios, si tuvieras color de pudor.

8. No se puede decir que el Hijo sea igual por una razón, menor por otra. En Dios no hay otra cosa que poder, otra cosa que prudencia y otras virtudes. ¿Qué vas a decir, entonces? ¿Son iguales en poder, pero menor el Hijo en prudencia? Dios es injusto, si dio igual poder a menor prudencia. Si son iguales en prudencia, pero menor el Hijo en poder, Dios es envidioso, que dio menor poder a igual prudencia. En Dios, sin embargo, todo lo que se dice, es lo mismo. Pues en Dios no es otra cosa el poder y otra cosa la prudencia, otra cosa la fortaleza y otra cosa la justicia o otra cosa la castidad. Lo que sea que digas de Dios, no se entiende como otra cosa y otra cosa, y nada se dice dignamente: porque estas son afecciones de las almas, que aquella luz ilumina de alguna manera, y las afecta según sus cualidades; como cuando la luz visible surge sobre los cuerpos. Si se quita, hay un solo color para todos los cuerpos; que más bien debe llamarse ningún color. Pero cuando se ha introducido e iluminado los cuerpos, aunque ella misma sea de un solo modo, sin embargo, según las diversas cualidades de los cuerpos, los rocía con un brillo diferente. Por tanto, estas afecciones son de las almas, que están bien afectadas por aquella luz que no se afecta, y formadas por aquella que no se forma.

CAPÍTULO VII.

9. Justicia y similares se dicen de Dios no propiamente, sino porque no se puede decir nada mejor. Sin embargo, decimos estas cosas de Dios, hermanos, porque no encontramos mejor que decir. Digo justo a Dios; porque en las palabras humanas no encuentro mejor: pues él está más allá de la justicia. Se dice en las Escrituras, Justo es el Señor, y ama las justicias (Salmo 10, 8). Pero allí se dice también que Dios se arrepiente (Génesis 6, 7), allí se dice también que Dios no sabe (Génesis 18, 21). ¿Quién no se horroriza? ¿No sabe Dios, se arrepiente Dios? Sin embargo, por eso las Escrituras descienden saludablemente a estas palabras, que tú te horroriza, para que no creas que aquellas que consideras grandes, se dicen dignamente de él. Y así, si preguntas, ¿Qué se dice dignamente de Dios? alguien tal vez te responda y diga, porque es justo. Pero otro que entiende mejor que este, también dirá que esta palabra es superada por su excelencia, y que incluso esto se dice indignamente de él, aunque se diga congruentemente según la capacidad humana: para que cuando aquel quiera probar de las Escrituras, porque está escrito, Justo es el Señor; se le responda correctamente, que en las mismas Escrituras está puesto, porque Dios se arrepiente: para que así como no acepta esto

según la costumbre de los hablantes, como suelen arrepentirse los hombres; así también entienda que aquello que se dice justo, no se ajusta a su supereminencia: aunque la Escritura lo haya puesto bien, para que por cualquier palabra el alma sea llevada gradualmente a lo que no se puede decir. Dices justo a Dios: pero entiende algo más allá de la justicia que sueles pensar también del hombre. Pero las Escrituras dijeron justo: por eso también dijeron arrepentido y no sabiendo, lo que ya no quieres decir. Así como entiendes que aquellas cosas que ya te horroriza, se dijeron por tu debilidad; así también aquellas que valoras mucho, se dijeron por alguna firmeza más fuerte. Pero quien haya trascendido también estas cosas, y haya comenzado a pensar dignamente de Dios, tanto como se concede al hombre, encontrará que el silencio debe ser alabado con la voz inefable del corazón.

CAPÍTULO VIII.

10. El Hijo de Dios no puede ser dicho igual en una parte e inferior en otra. Por lo tanto, hermanos, ya que en el Señor la virtud es lo mismo que la justicia (cualquier cosa que digas de Él, dices lo mismo, aunque no digas nada dignamente), no puedes decir que el Hijo es igual al Padre por justicia y no igual por virtud, o igual por virtud y no igual por conocimiento: porque si es igual en un aspecto, es igual en todos los aspectos; porque todo lo que dices allí, es lo mismo y tiene el mismo valor. Basta, entonces, con que no puedas decir cómo el Hijo es inferior al Padre, a menos que introduzcas ciertas diversidades en la sustancia de Dios. Cuando introduces estas diversidades, la verdad te expulsa, y no te acercas a ese santuario de Dios, donde se ve con la mayor pureza. Y como no puedes decir que es igual en una parte e inferior en otra, porque no hay partes en Dios; no puedes decir que es igual en un aspecto y menor en otro, porque no hay cualidades en Dios; según Dios, no puedes decir que es igual, a menos que sea igual en todos los sentidos: ¿de dónde, entonces, puedes decir que es menor, sino porque asumió la forma de siervo? Así que, hermanos, siempre presten atención a esto. Si en las Escrituras recibes alguna regla, la misma luz te mostrará todo. Dondequiera que encuentres, según lo que se ha dicho, que el Hijo es igual al Padre, acéptalo según la divinidad. Según la forma de siervo asumida, acéptalo como menor: según lo que se ha dicho, Yo soy el que soy; y según lo que se ha dicho, Yo soy el Dios de Abraham, y el Dios de Isaac, y el Dios de Jacob (Éxodo III, 14, 15, 6): así mantendrás tanto lo que está en su naturaleza como lo que está en su misericordia. Creo que se ha dicho lo suficiente sobre cómo nuestro Señor Jesucristo, nuestro Salvador, hecho mediador, cabeza de la Iglesia, por quien somos reconciliados con Dios, es insinuado en las Escrituras como Dios y hombre.

CAPÍTULO IX.

11. Cristo entendido de un tercer modo como cabeza y cuerpo. El tercer modo es cómo todo Cristo es predicado según la Iglesia, es decir, cabeza y cuerpo. Porque la cabeza y el cuerpo son un solo Cristo: no porque sin el cuerpo no sea completo, sino porque ha dignado ser completo con nosotros, quien siempre es completo sin nosotros, no solo en lo que el Verbo es el Hijo unigénito igual al Padre, sino también en el mismo hombre que asumió, y con quien es simultáneamente Dios y hombre. Sin embargo, hermanos, ¿cómo somos su cuerpo, y con nosotros es un solo Cristo? ¿Dónde encontramos esto, que Cristo es uno, cabeza y cuerpo, es decir, cuerpo con su cabeza? La esposa con su esposo habla casi singularmente en Isaías: ciertamente uno y el mismo habla; y vean lo que dice: Como un esposo me ha atado la mitra, y como una esposa me ha vestido con ornamento (Isaías LXI, 10). Como esposo y esposa: dice el mismo esposo según la cabeza, esposa según el cuerpo. Parecen dos, y es uno. De lo contrario, ¿cómo somos miembros de Cristo? Dice el apóstol muy claramente, Vosotros sois el cuerpo de Cristo y miembros (I Cor. XII, 27). Somos todos juntos miembros de Cristo y

cuerpo; no solo los que estamos aquí, sino en toda la tierra; ni solo en este tiempo, sino ¿qué diré? Desde Abel el justo hasta el fin del mundo, mientras los hombres nacen y son engendrados, cualquiera de los justos que pasa por esta vida, lo que ahora, es decir, no en este lugar, sino en esta vida, lo que de los nacidos será en el futuro, todo esto es un solo cuerpo de Cristo: pero individualmente somos miembros de Cristo. Si, por lo tanto, todos somos cuerpo, individualmente miembros; ciertamente hay una cabeza de la cual este es el cuerpo. Y él es, dice, la cabeza del cuerpo de la Iglesia, el primogénito, él mismo teniendo el primado (Colosenses I, 18). Y porque de él se dice también, que siempre es cabeza de todo principado y potestad (Colosenses II, 10), esta Iglesia, que ahora es peregrina, se une a aquella Iglesia celestial, donde tenemos a los ángeles como ciudadanos; a la cual seremos iguales después de la resurrección de los cuerpos, lo cual no nos atreveríamos a arrogarnos impudicamente, si la Verdad no lo hubiera prometido, diciendo: Serán iguales a los ángeles de Dios (Lucas XX, 36); y se hace una sola Iglesia, ciudad del gran Rey.

CAPÍTULO X.

12. Cristo en las Escrituras anunciado de tres maneras. Cristo y la Iglesia un solo Cristo. Así, a veces en las Escrituras se insinúa a Cristo, para que entiendas el Verbo igual al Padre. Así a veces, para que entiendas al mediador; cuando el Verbo se hizo carne, para habitar entre nosotros (Juan I, 14): cuando el unigénito por quien fueron hechas todas las cosas, no consideró el ser igual a Dios como algo a qué aferrarse, sino que se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo, hecho obediente hasta la muerte, y muerte de cruz (Filipenses II, 6-8). Así también a veces, para que entiendas cabeza y cuerpo, exponiéndolo el mismo Apóstol muy claramente lo que se dijo del hombre y la mujer en Génesis, Serán, dice, dos en una sola carne. Vean al mismo exponiendo, para que no parezca que nos atrevemos a decir algo por nuestras conjeturas. Porque serán, dice, dos en una sola carne: y añadió, Este es un gran sacramento. Y para que nadie aún pensara que se trata del hombre y la mujer según la copulación natural de ambos sexos y la mezcla corporal: Pero yo digo, dice, en Cristo y la Iglesia (Génesis II, 24; Efesios V, 31, 32). Según esto, entonces, que en Cristo y la Iglesia se entiende lo que se dijo, Serán dos en una sola carne: ya no son dos, sino una sola carne (Mateo XIX, 5, 6). Y como esposo y esposa, así cabeza y cuerpo: porque la cabeza de la mujer es el hombre. Ya sea que diga cabeza y cuerpo, o diga esposo y esposa; entiendan uno. Por eso el mismo apóstol, cuando aún era Saulo, escuchó: Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues? (Hechos IX, 4) porque el cuerpo se une a la cabeza. Y cuando ya el predicador de Cristo sufría por otros, lo que él mismo había hecho como perseguidor, Para completar, dice, lo que falta de las tribulaciones de Cristo en mi carne (Colosenses I, 24): mostrando que lo que sufría pertenecía a las tribulaciones de Cristo. Lo cual no puede entenderse según la cabeza, que ya en el cielo no sufre tal cosa; sino según el cuerpo, es decir, la Iglesia: que el cuerpo con su cabeza, es un solo Cristo.

CAPÍTULO XI.

13. La esposa de Cristo debe actuar para estar sin mancha ni arruga. Preséntense, pues, como un cuerpo digno de tal cabeza, una esposa digna de tal esposo. No puede tener esa cabeza, sino un cuerpo digno; ni ese gran hombre, sino que lleva una esposa digna. Para presentarse a sí mismo, dice, una Iglesia gloriosa, sin mancha ni arruga, ni cosa semejante (Efesios V, 27). Esta es la esposa de Cristo, sin mancha ni arruga. ¿No quieres tener mancha? Haz lo que está escrito; Lávate, sé limpio, quita las iniquidades de tus corazones (Isaías I, 16). ¿No quieres tener arruga? Extiéndete en la cruz. No solo es necesario que te laves, sino también que te extiendas, para que estés sin mancha ni arruga. Porque por el lavacro se quitan los pecados: por la extensión se hace el deseo del siglo futuro, por el cual Cristo fue crucificado. Escucha

al mismo Pablo lavado: No por obras de justicia que nosotros hubiéramos hecho, sino según su misericordia nos salvó, por el lavacro de la regeneración (Tito III, 5). Escucha al mismo extendido: Olvidando lo que queda atrás, extendiéndome a lo que está delante, según la intención sigo hacia la meta de la vocación suprema de Dios en Cristo Jesús (Filipenses III, 13 y 14).

SERMO CCCXLII. Sobre el Sacrificio vespertino. En el cual se explica el inicio del Evangelio de Juan.

1. Signo de la cruz. Sacrificio de la cruz. Sobre el Sacrificio vespertino se debe dar un sermón. Porque hemos orado cantando, y orando hemos cantado, Diríjase mi oración como incienso ante ti: la elevación de mis manos como sacrificio vespertino (Salmo CXL, 2). En la oración advertimos al hombre, en la extensión de las manos reconocemos la cruz. Este es, por tanto, el signo que llevamos en la frente, el signo por el cual somos salvados. Signo ridiculizado, para que sea honrado; despreciado, para que sea glorificado. Dios aparece, para que el hombre suplique; y Dios se oculta, para que el hombre muera. Porque si lo hubieran conocido, nunca habrían crucificado al Señor de la gloria (I Cor. II, 8). Este, por tanto, es el sacrificio, donde el sacerdote es la víctima, nos redimió con la sangre derramada del Creador. Sin embargo, no nos creó con sangre, sino que nos redimió con sangre. Porque nos creó en el principio que era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios. Por este fuimos creados. Pero por qué fuimos redimidos, escucha: Lo que fue hecho, dice, en él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres; y la luz en las tinieblas resplandece, y las tinieblas no la comprendieron. Aún es Dios: aún se dice aquello que permanece siempre inmutable; aún se dice aquello para ver lo cual los corazones deben ser purificados: de lo que deben ser purificados, aún no lo dice. La luz, dice, resplandece en las tinieblas, y las tinieblas no la comprendieron. Pero para que no sean tinieblas, y puedan comprenderla; porque las tinieblas son los pecadores, las tinieblas son los infieles: para que, por tanto, no sean tinieblas, y puedan comprenderla, el Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros. Vean el Verbo, vean el Verbo carne, el Verbo antes de la carne. En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios: todas las cosas por él fueron hechas. ¿Dónde está aquí la sangre? He aquí ya tu autor, pero aún no es tu precio. ¿De dónde, entonces, eres redimido? Porque el Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros.

2. Juan enviado antes de Cristo, como lámpara antes de la luz. Un poco más arriba presta atención. La luz, dice, resplandece en las tinieblas, y las tinieblas no la comprendieron. Porque, por tanto, las tinieblas no comprendieron la luz, era necesario para los hombres un testimonio humano. No podían ver el día, tal vez podían tolerar la lámpara. Porque, por tanto, para ver el día eran menos idóneos, sin embargo, podían tolerar de alguna manera la lámpara; Fue un hombre enviado por Dios, cuyo nombre era Juan. Este vino, para dar testimonio de la luz. ¿Quién, de quién vino este, para dar testimonio de la luz? ¿Cómo no era él la luz, si al menos era lámpara? Primero ve que era lámpara. ¿Quieres escuchar la lámpara del día, y el día de la lámpara? Vosotros, dice, enviasteis a Juan, y quisisteis por un tiempo regocijaros en su luz: él era lámpara ardiente y luminosa (Juan V, 33 y 35). Entonces, ¿qué veía este Juan, que despreciaba la lámpara? No era él la luz, sino para dar testimonio de la luz. ¿De qué luz? Era la luz verdadera, que ilumina a todo hombre que viene a este mundo. Si a todo hombre, entonces también a Juan. Quien aún no quería mostrarse como día, él mismo había encendido para sí su testigo lámpara. Pero tal era la lámpara, que podía ser encendida por el día. Escucha al mismo Juan confesando: Todos nosotros hemos recibido de su plenitud. Se pensaba que era Cristo, confesaba ser hombre. Se pensaba que era Señor, confesaba ser siervo. Bien reconoces, lámpara, tu humildad, para que el viento de la soberbia no te apague. Porque era la luz verdadera, que ilumina a todo hombre que viene a este mundo: es decir,

todo ser que es capaz de iluminación, es decir, todo hombre que tiene mente y razón, por la cual puede ser partícipe del Verbo.

3. El mundo entendido de dos maneras. Por tanto, aquello que era la luz verdadera, que ilumina a todo hombre que tiene mente viniendo a este mundo, ¿dónde estaba? En este mundo estaba. Pero también la tierra estaba en este mundo, y el sol y la luna estaban en este mundo. Escucha de tu día, oh ojo de la mente humana. En este mundo estaba, y por él el mundo fue hecho. Así estaba aquí, como también antes de que el mundo existiera, no como si no tuviera dónde estar. Porque Dios habitando contiene, no es contenido. Por tanto, de manera maravillosa e inefable estaba en este mundo. Y el mundo por él fue hecho, y el mundo no lo conoció. ¿Qué mundo fue hecho por él? En el principio hizo Dios el cielo y la tierra (Génesis I, 1), porque todas las cosas por él fueron hechas. ¿Qué mundo no lo conoció? Mundo y mundo, como casa y casa; casa en la estructura, casa en los habitantes. En la estructura casa; como, Hizo una gran casa, construyó una casa muy hermosa. Casa en los habitantes; como, Buena casa, que el Señor la bendiga; mala casa, que Dios le perdone. Por tanto, el mundo por él fue hecho, tanto la habitación como los habitantes: y el mundo no lo conoció, los habitantes.

4. Cristo cómo no fue recibido por los suyos. Judíos cortados por soberbia, Gentiles injertados por humildad. Humildad y fe del centurión.---En lo suyo vino, y los suyos no lo recibieron. Entonces, ¿por qué vino, como si no supiera que los suyos no lo recibirían? Escucha por qué vino: Pero a todos los que lo recibieron. Los suyos no lo recibieron, y los suyos lo recibieron; el mundo no creyó, y el mundo entero creyó. Como decimos, Todo el árbol lleno de hojas; ¿acaso se ha quitado el lugar para los frutos? Ambas cosas pueden decirse, ambas pueden entenderse, tanto el árbol lleno de hojas, como el árbol lleno de frutos: un solo árbol en ambos, pero hojas para dispersar, frutos para recoger. Por tanto, sus fieles, sus siervos, sus amantes, cuya gloria es, cuya esperanza, cuya realidad es; cuando escuchan, Los suyos no lo recibieron, no se entristezcan: porque creyendo son de él. Los suyos no lo recibieron. ¿Quiénes son estos? Tal vez los judíos llamados desde Egipto, liberados con mano poderosa, atravesando el Mar Rojo, escapando por tierra seca, sin enemigos que los persigan, alimentados con maná, rescatados de la servidumbre, llevados al reino, comprados con tantos beneficios. He aquí los suyos, que no lo recibieron: pero al no recibirlo se hicieron extraños. Estaban en el olivo, por soberbia fueron cortados. El acebuche despreciable, amargo en sus bayas, estaba por todo el mundo; todo el mundo temía al acebuche silvestre: pero sin embargo, por humildad mereció ser injertado, de donde el olivo por soberbia fue cortado (Romanos XI, 17). Escucha al olivo soberbio, y digno de ser cortado: No hemos nacido de servidumbre, tenemos por padre a Abraham. Se responde: Si fuerais hijos de Abraham, las obras de Abraham haríais. Contra lo que se dijo, No hemos nacido de servidumbre: Si el Hijo os libertare, seréis verdaderamente libres. ¿Os jactáis de ser libres? Todo el que hace pecado, es siervo del pecado (Juan VIII, 33-39). ¿Cuánto más seguro sería ser siervo de un hombre, que de una perversa codicia? Sin embargo, al no recibirlo, el olivo soberbio no lo recibió. Ve al acebuche digno de ser injertado, a aquel centurión, no de los israelitas, sino de los gentiles: Señor, no soy digno de que entres bajo mi techo. Y el Señor: En verdad os digo, no he hallado tanta fe en Israel. No encontré en el olivo lo que encontré en el acebuche. Por tanto, el olivo soberbio sea cortado, el acebuche humilde sea injertado. Ve al que injerta, ve al que corta: Por eso os digo, que muchos vendrán del oriente y del occidente; muchos vendrán acebuches a ser injertados en el olivo; y se sentarán con Abraham e Isaac y Jacob en el reino de los cielos. Has oído cómo el acebuche humilde es injertado; escucha cómo el olivo soberbio es cortado: Pero los hijos del reino irán a las tinieblas exteriores; allí será el llanto y el crujir de dientes (Mateo VIII, 8-12). ¿Por qué? Porque los suyos no lo recibieron. ¿Y por

qué el acebuche fue injertado? Porque a todos los que lo recibieron, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios.

5. Potestad dada para convertirnos en hijos de Dios. Levanta el corazón, género humano, respira en el aire de la vida y de la libertad más segura. ¿Qué escuchas? ¿Qué se te promete? Les dio potestad. ¿Qué potestad? ¿Acaso aquella de la que se enorgullecen los hombres, de juzgar sobre las cabezas humanas, de emitir sentencias sobre inocentes y culpables? Potestad, dice, les dio para convertirse en hijos de Dios. Pues ya no eran hijos, y se convertían en hijos; porque aquel por quien se hacen hijos de Dios, ya era Hijo de Dios, y se hizo hijo del hombre. Ya entonces ellos eran hijos de los hombres, y se hicieron hijos de Dios. Descendió a lo que no era, porque era otra cosa. Te elevó a lo que no eras, porque eras otro. Levanta, pues, la esperanza. Grande es lo que se te ha prometido, pero por uno grande ha sido prometido. Parece mucho e increíble, y casi se estima imposible que los hijos de los hombres se conviertan en hijos de Dios. Pero se ha hecho más por ellos, porque el Hijo de Dios se hizo hijo del hombre. Levanta, pues, la esperanza, oh hombre, expulsa de tu corazón la incredulidad. Ya se ha hecho algo más increíble por ti, que lo que se te ha prometido. ¿Te asombras de que el hombre tenga vida eterna? ¿Te asombras de que el hombre llegue a la vida eterna? Asímbate más bien de que Dios por ti llegó a la muerte. ¿Qué dudas del prometido, habiendo recibido tan gran prenda? Mira, pues, cómo te confirma, cómo robustece la promesa de Dios: A todos los que, dice, lo recibieron, les dio potestad de hacerse hijos de Dios. ¿Por qué generación? No aquella acostumbrada, no la antigua, no la transitoria o carnal. No de la carne, dice, no de la sangre, ni de la voluntad del hombre, sino que nacieron de Dios. ¿Te asombras, no crees? El Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros (Juan 1, 1, 2, etc.). He aquí de dónde se hizo el sacrificio vespertino. Adhirámonos a él: ofrézcase con nosotros, quien por nosotros fue ofrecido. Pues así en el sacrificio vespertino la vida vieja es destruida, y al amanecer surge la nueva. SERMO CCCXLIII. Sobre Susana y José: con exhortación a la castidad.

1. Susana, ejemplo de castidad conyugal. La castidad, don de Dios. Susana liberada divinamente de falsos testigos. Las lecturas divinas y los santos oráculos de Dios, que han resonado en nuestros oídos, hagan nido en nuestras mentes: no vuelen y pasen, o se asienten y se vayan; sino que produzcan algo. Pues si el gorrión encontró para sí casa, y la tórtola nido donde poner sus polluelos (Salmo 83, 4); cuánto más el gorrión la palabra de Dios y la tórtola la misericordia de Dios. Escuchamos la lectura sobre Susana: que se edifique la castidad conyugal, y se apoye en un fundamento tan firme y se rodee de un muro, que repela a los que acechan y convenza a los falsos testigos. La casta mujer habría muerto, si no hubiera estado presente quien veía lo que los jueces ignoraban. Fueron escritas sus palabras, que tuvo en el paraíso, es decir, en su vergel: palabras que ningún hombre escuchó, salvo dos, que acechaban la honra de la esposa ajena y meditaban falso testimonio contra ella. Solo ellos escucharon lo que se dijo: Estoy angustiada por todas partes. Pues si hago esto, es muerte para mí; si no lo hago, no escaparé de vuestras manos. Pero es mejor para mí no escapar de vuestras manos, que pecar ante Dios (Dan. 13, 22). Despreciaba lo que oía, porque temía a quien no veía; sin embargo, era visible a los ojos divinos. Pues así como ella no veía a Dios, no por eso dejaba de ser vista por Dios. Dios veía lo que edificaba, inspeccionaba su obra, habitaba su templo; allí estaba él, respondiendo a los que acechaban. Pues si el dador de la castidad la hubiera abandonado, la castidad habría perecido. Dijo, pues, Estoy angustiada por todas partes. Pero también esperaba a aquel que la salvaría de la pusilanimidad y de la tempestad de los falsos testigos, como de vientos malignos. Sin embargo, en esos vientos y olas, la castidad no naufragó; porque el Señor la gobernó. Se clamó, se acudió, se procedió: el caso llegó a juicio. La casa de Susana había creído a los falsos ancianos contra la señora: y

aunque su vida pasada, intacta e inmaculada, parecía dar testimonio suficiente de su castidad; sin embargo, a esos ancianos irreligiosos les parecía irreligioso no creerles. Nunca se había oído tal cosa sobre Susana. Ellos, pues, falsos testigos; pero conocidos por Dios. La casa creía una cosa, el Señor veía otra: pero lo que el Señor veía, los hombres no sabían, parecía correcto creer a los ancianos. Por tanto, debía morir: pero si la carne moría, la castidad sería coronada. El Señor acudió a la que oraba, escuchó a la que conocía: no la abandonó para que muriera, a quien socorrió para que no adulterara. El Señor despertó el espíritu santo de Daniel, aún joven en edad, pero robusto en piedad. Pues como había en él espíritu profético, enseguida vio la falacia de los ancianos malvados. Pero lo que él contemplaba, debía mostrarse a los demás. Son falsos, dijo, testigos; volved al juicio. Pero que eran falsos, él lo sabía, a quien el espíritu profético lo había revelado: debían ser enseñados los que no sabían. Por tanto, si los jueces debían ser enseñados, los testigos sin duda debían ser convencidos. Convenciéndolos, mostrando la falsedad del testimonio, que él ya conocía, ordenó que se separaran. Interrogó a cada uno: pues ambos podían tener un mismo deseo, pero no podían meditar un mismo plan. Se interrogó a uno, bajo qué árbol había sorprendido a los adúlteros; respondió, Bajo un lentisco. Se interrogó al otro; respondió, Bajo una encina. La disonancia de los testimonios reveló la verdad, liberó la castidad (Dan. 13).

2. Para Susana, porque fue liberada, no hay mayor felicidad. Y la castidad, hermanos, como ya dije, sería liberada y coronada, aunque la carne, que alguna vez moriría, muriera en ese juicio. Pues todos hemos de morir: y nadie que desee escapar actúa para quitar la muerte; sino para diferir la deuda. Esto nos retiene a todos, esto todos hemos de devolver, lo que de Adán hemos tomado; y lo que no queremos morir, no se nos da seguridad del cobrador de esta deuda, sino que se pide dilación. Susana, pues, mujer religiosa y esposa casta, habría de morir alguna vez: y si ese alguna vez fuera entonces, ¿qué daño haría a la castidad, mientras la carne se enterrara en el sepulcro, y la castidad se devolviera a Dios, fuera coronada por Dios? ¿Pensáis, hermanos, que es un gran mérito, si los falsos testigos no prevalecen contra el inocente? No es un gran mérito, si el falso testimonio no prevalece contra el inocente. Sería un gran mérito, si no hubiera prevalecido contra el Señor. Pero nuestro Señor Jesucristo fue crucificado por las lenguas de falsos testigos. Pero ellos, los falsos testigos, prevalecieron por un momento, ¿qué daño hicieron al que resucitaría? Con su ejemplo, pues, el Señor nuestro Dios en su carne, en su debilidad, y en la forma de siervo, que asumió para liberar al siervo, para buscar al fugitivo, para redimir al cautivo, para liberar al prisionero, para hacer del siervo un hermano; viniendo en la forma de siervo mostró al siervo un ejemplo, para que no tema a los falsos testigos; y cuando son creídos, no tema. Pues pueden hacer mala fama; pero no pueden matar la conciencia pura. Fueron liberados tres hombres del horno de fuego ardiente, su Dios estuvo presente, caminaron entre llamas inofensivas, rodeados de fuego que no quemaba, y en ese caminar alabaron a Dios, y salieron ilesos como habían sido enviados; su Dios estuvo presente (Dan. 3): ¿acaso faltó el Dios de los Macabeos (2 Mac. 7)? Aquellos escaparon, aquellos pronto ardieron: ambos fueron probados, estos consumidos en carne, estos ilesos en carne; pero ambos coronados. Para que escaparan de las llamas los tres hombres, se concedió a Nabucodonosor, para que creyera en su Dios. Pues quien pudo liberarlos manifiestamente, pudo también coronarlos en secreto. Pero si los hubiera coronado en secreto, no habría liberado al rey, que había sido cruel. La salvación de sus cuerpos fue la salvación del alma de aquel. Ellos escaparon alabando a Dios, pero de las llamas presentes: él creyendo en Dios escapó, pero de las eternas llamas del infierno. Más, pues, se le concedió a él, que a ellos. Pero Antíoco no era digno de que tales cosas se le concedieran, por quien los Macabeos eran torturados: por eso, consumidos ellos por el fuego y tormentos, se regocijó: pero quien se exalta, será humillado (Luc. 18, 14).

3. María liberada de la falsa sospecha de José. Quien liberó a Susana, mujer casta, esposa fiel del falso testimonio de los ancianos, liberó también a la virgen María de la falsa sospecha de su marido. Se encontró, pues, aquella virgen embarazada, a quien ningún hombre había tocado. El vientre ciertamente se había hinchado con el feto; pero la integridad virginal permanecía. Había concebido al sembrador de la fe con fe, había asumido a Dios en su cuerpo, quien no permitió que su cuerpo fuera violado: sin embargo, al marido, como hombre, le vino la sospecha. Creía que era de otro lo que no sabía que era de sí mismo, y sospechaba adulterio de otro. Es corregido por el ángel. ¿Por qué fue digno de ser corregido por el ángel? Porque en él no había sospecha maliciosa: como dice el Apóstol, las sospechas maliciosas nacen entre hermanos (1 Tim. 6, 4). Las sospechas maliciosas son de los calumniadores, las sospechas benevolentes son de los gobernantes. A cualquiera le es lícito sospechar mal de un hijo; pero no le es lícito calumniar a un hijo: ciertamente sospechas mal; pero deseas encontrar bien. Quien sospecha benevolentemente, desea ser vencido: entonces se alegra bien, cuando se encuentra falso lo que sospechaba mal. Tal era José respecto a su esposa, con quien no se había unido corporalmente, pero ya estaba unido en fe. Vino, pues, también la virgen a una falsa sospecha: pero así como para Susana estuvo presente el Espíritu en Daniel, así para María estuvo presente el ángel. Al ángel dice a José: No temas recibir a María tu esposa: porque lo que en ella ha sido engendrado, del Espíritu Santo es (Mat. 1, 18-20). Se quitó la sospecha, porque se encontró la redención.

4. La castidad de las vírgenes y de las casadas, premio desigual, pero ambas tienen eterno. El yugo de Cristo es suave y la carga ligera para los que aman. Se alegraban poco antes las casadas con Susana, alégrense las vírgenes con María: ambas mantengan la castidad; aquellas conyugal, estas virginal. Pues ambas castidades tienen mérito ante Dios: y aunque la virginal es mayor, la conyugal menor; sin embargo, ambas son gratas a Dios, porque son don de Dios. A la vida eterna todas llegan; pero en la vida eterna no todos obtienen el mismo honor, la misma dignidad, el mismo mérito. Así será la vida eterna y el reino de Dios, como, por causa de la similitud, decimos el cielo. En el cielo están todas las estrellas: así en el reino de Dios estarán todos los buenos fieles. La vida eterna será igual para todos: pues allí no vive uno más, otro menos; cuando todos viviremos sin fin. Ese es el denario que recibirán los obreros, ya sea que trabajaron en la viña desde la mañana, ya sea que vinieron a la hora undécima (Mat. 20, 9, 10): ese denario es la vida eterna, que es igual para todos. Pero mirad el cielo, recordad al Apóstol: Otros cuerpos celestiales, y otros terrestres. Otra gloria del sol, y otra gloria de la luna, y otra gloria de las estrellas; pues estrella de estrella difiere en gloria: así también la resurrección de los muertos (1 Cor. 15, 40-42). Por tanto, cada uno, hermanos míos, por el don que ha recibido, compita en este siglo, para que se regocije en el futuro. ¿Eres casado? Es una vida inferior, espera un premio inferior; sin embargo, no desesperes del reino eterno. Los preceptos conyugales te son dados para ser retenidos. Pues, ¿qué, porque tienes esposa, no debes reconocerte peregrino en este mundo, no debes pensar que morirás, que saldrás del lecho de placer? y mira a dónde de alguna manera vas, al tormento de la calamidad, o al premio de la eternidad. Piensa, pues, guarda lo que has recibido, lleva tu carga: porque es ligera, si amas; pesada, si odias. Pues no en vano el Señor dice, o verdaderamente cuando dice esto, ¿hablaba solo a los continentes?: Venid a mí, todos los que trabajáis y estáis cargados, y yo os haré descansar. Tomad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí que soy manso y humilde de corazón, y hallaréis descanso para vuestras almas: no para vuestras carnes, sino para vuestras almas. Pues mi yugo es suave, y mi carga ligera (Mat. 11, 28-30): ligera para el que ama, pesada para el que niega. ¿Has tomado el yugo del Señor sobre tu cuello? Es suave, si te esfuerzas bien; áspero, si te resistes. Las tentaciones rodean la vida conyugal. ¿Acaso esta Susana no fue tentada en su misma castidad, porque estaba unida a su marido? ¿Acaso solo estas no son tentadas en esta parte, las que

están unidas a sus maridos? He aquí que Susana era esposa ajena, tenía marido: sin embargo, fue tentada, fluctuó en la tempestad. Angustias, dice, tengo por todas partes. Pues temió morir por los falsos testigos: pero temió morir completamente ante el juez verdadero, Dios. Pues por los falsos testigos moriría por un tiempo: por el juez Dios sería castigada eternamente. Pesó, eligió: primero temió, y pesó; pesó, y eligió; eligió, y venció. Enseñó a las mujeres casadas religiosas, enseñó a resistir al tentador, enseñó a luchar, enseñó a trabajar, enseñó a implorar ayuda.

5. Ejemplo de Susana para las mujeres. No solo se debe actuar para tener buena vida, sino también fama intacta. Si de una mujer tanta Escritura es testigo; ¿acaso dejó a los hombres sin ejemplo? ¿acaso permitió que les faltara ejemplo de imitación? Mirábamos a Susana tentada por hombres que deseaban su corrupción, la mirábamos luchando. Esa lectura era el teatro de nuestro corazón, esperábamos al atleta de Dios, al espíritu casto, veíamos al adversario luchando, triunfemos con la vencedora sobre el vencido. Tienen su ejemplo las esposas religiosas, tienen qué imitar. Deben a Dios lo que guardan, no al hombre: entonces guardan, si deben a Dios; entonces guardan, si deben a aquel que ve lo que guardan, lo que incluso el marido no ve. Pues muchas veces el marido está ausente, Dios siempre está presente: y a veces, porque el marido es hombre, sospecha falsamente; entonces ore la mujer por su marido que sospecha falsamente; ore para que él se salve, no para que él se condene. Pues la falsa sospecha del marido no cierra los ojos de Dios. Su conciencia está desnuda ante aquel que la crea. Pues él a tiempo la libera para que no sea condenada: pero ore por el marido, y esfuércese no solo en tener buena vida, sino también fama intacta. Pues la buena vida la libera la misma castidad, para que no sea condenada: pero la buena fama libera a otros, para que no caigan sospechando falsamente, y tal vez caigan en pecado, mientras juzgan lo que no ven: como cayeron estos jueces, y el santo Daniel, o más bien por Daniel el Señor, liberó más a esos jueces, que a Susana, de la muerte interior. Pues la liberó a ella, para que no fuera condenada a tiempo: pero los liberó a ellos, para que no cayeran en eterno suplicio juzgando mal y condenando al inocente, de aquel juez, a quien nadie puede corromper, de quien nadie puede esconderse.

6. José, ejemplo de castidad para los hombres. Decía, pues, de los hombres, que tampoco ellos fueron dejados sin ejemplo. Hombres castos, hombres temerosos de Dios, hombres a quienes les bastan sus esposas; hombres que no violan lo que no quieren que se les viole; hombres que devuelven la fidelidad que exigen; esperad también vosotros, mientras yo recuerdo, lo que esperaban vuestras esposas mientras el lector leía. Tampoco vosotros sin ejemplo os dejó la Escritura divina. Ellas escuchaban a Susana, y se alegraban en su victoria: vosotros mirad a José; no a aquel José, a quien fue desposada la virgen María, que dio a luz a Cristo; pues aquel fue tentado por sospecha, y pronto sanado por el ángel. Otra cosa testifica la santa Escritura de José, a quien tentó una impúdica: amó al hermoso no con mente casta, sino perversa, donde no tenía ojos, donde se veía la belleza espiritual e invisible; a quien amaba hermoso, no lo quería casto. Amó al ajeno, amó al siervo de su marido: pero no amó al que guardaba fidelidad a su señor. ¿O piensas que lo amaba a él, o más bien a sí misma? Yo pienso que ni a él, ni a sí misma. Pues si lo amaba a él, ¿por qué quería perderlo? si se amaba a sí misma, ¿por qué quería perecer? He aquí que he probado que no amaba. Ardía con el veneno de la lujuria, no brillaba con la llama de la caridad. Pero él sabía ver, lo que ella no sabía. Era más hermoso por dentro, que por fuera; más hermoso en la luz del corazón, que en la piel de la carne: donde los ojos de aquella mujer no penetraban, allí él disfrutaba de su belleza. Contemplando, pues, la belleza interior de la castidad, ¿cuándo permitiría que se mancillara, cuándo que se violara por la tentación de aquella mujer? Ella amaba; pero él

también amaba: y era más lo que él amaba, que lo que ella amaba; porque él veía, lo que ella no veía.

7. La castidad en otros es amada por los impuros o por ellos mismos. Si deseas ver de alguna manera la belleza espiritual de la castidad, si tienes para ella cualquier tipo de ojos, te propongo un ejemplo: la amas en tu esposa. No odies, por tanto, en otra lo que amas en la tuya. ¿Qué amas en la tuya? Sin duda, la castidad. Odias esto en otra, lo que amas en la tuya: odias esto en otra, con la que al unírte deseas destruir su castidad. ¿Lo que amas en la tuya, eso deseas matar en otra? ¿Lo que amas en la tuya, eso deseas perder en otra? ¿Cómo tendrás una oración de piedad, siendo un asesino de la castidad? Conserva, por tanto, en otra lo que deseas conservar en la tuya: ama más la castidad que la carne. Pero tal vez pienses que eres amante de la carne de tu esposa, no de la castidad. Es un pensamiento vil; pero no te dejaré sin un ejemplo. Yo creo que amas más la castidad en tu esposa que la carne. Pero para mostrarte absolutamente que eres amante de la castidad más que de la carne, amas esto en tu hija. ¿Quién es el hombre que no desea que sus hijas sean castas? ¿Quién es el hombre que no se alegra de la castidad de sus hijas? ¿Acaso amas allí la carne? ¿Acaso deseas un cuerpo hermoso, donde aborreces el incesto? He aquí que te he probado que eres amante de la castidad. Si, por tanto, te he mostrado como amante de la castidad, ¿por qué te ofendes a ti mismo para no amarla en ti? He aquí que tienes un resumen, ama en ti lo que amas en tu hija: ama esto en la esposa ajena; porque también tu hija será esposa ajena. Ama, por tanto, también en ti la castidad. Si amas a la esposa ajena, no la tendrás de inmediato: si amas la castidad, la tendrás enseguida. Ama, por tanto, la castidad, para que tengas la felicidad eterna.

8. El amor a la castidad debe resistir en la tentación con el ejemplo de Susana y José. Pero tal vez serás tentado, una mujer impúdica te amará, te encontrará en soledad, intentará arrancarte un abrazo; si te niegas, te amenazará con un castigo infamante. Esto hicieron los falsos ancianos a Susana, esto hizo la esposa de su señor al santo José. Pero miren a aquel a quien miraron tanto Susana como José. ¿Acaso porque no hay testigo, Dios no está allí? José no quiso ofender los ojos de Dios, los ojos de su Señor presente. No quiso consentir al concubinato ilícito con la mujer impúdica. Rechazó la concupiscencia ajena, abrazó su propia castidad. Sin embargo, ella hizo lo que amenazó: mintió a su marido; fue creída por su esposo. Dios aún paciente. José es entregado a la cárcel; es custodiado como culpable, de quien Dios no está ofendido: pero ni allí faltó Dios, porque él no era culpable. El Señor estuvo con José en su sufrimiento: lo que no socorrió pronto, lo pospuso para mayores recompensas (Gén. XXXIX, XLI). Alegró con mérito a quien ejercitó con castigo. Pues el mismo santo José debía sufrir algo duro por la misma castidad, esto es, amargo. Si tal vez amara a la mujer impúdica, estaría dispuesto a sufrir cosas duras por ella: y ella no probaría su amor hacia ella, a menos que por ella soportara tales molestias o cosas duras, y le correspondiera con caridad, o más bien no con caridad, sino con mala codicia. Ella ardería en él a su vez, porque vería que él ardía tanto en su amor, que por eso no rehusaría soportar cualquier castigo. Si esto por una impúdica, ¿cuánto más por la misma castidad? Bien, pues, a veces Dios difiere su ayuda; para probar al hombre, para ejercitar al hombre, para que el hombre se conozca a sí mismo. Pues nada se oculta a Dios.

9. Por la castidad deben despreciarse los placeres y molestias. Por tanto, aconsejaré a vuestra Caridad, hermanos, que ante todo antepongan a las concupiscencias carnales y a los gozos mundanos y a la vana pompa y al vapor de esta vida presente, la dignidad y belleza de la sabiduría, antepongan la dulzura y suavidad de la sabiduría, antepongan la dignidad de la castidad, la belleza de la castidad. Todas estas cosas están escondidas en el tesoro celestial, son gemas preciosas desnudas ante los ojos de Dios, brillan mucho; si tienen ojos, las ven.

Antepongan, por tanto, estas cosas a los diversos y ilícitos placeres; y si la tentación llega hasta el punto de que también sufran molestias, hermanos míos, ¿quién no sufre por su bolsa? ¿quién no sufre por su campo, por una piedra del límite de su campo? Si sufren por estas cosas, que no tienen en su poder, mientras desean retenerlas, y a quienes desean dejarlas; pero a menudo se pierden, mientras vivimos, a menudo después de nuestra muerte son poseídas por aquellos a quienes odiamos: si por estos bienes (si es que deben llamarse bienes, los que no hacen buenos a los hombres) los hombres sufren tantos males con ánimo sereno; ¿por qué son perezosos por la fe? ¿por qué son tímidos por el tesoro celestial? por aquellas riquezas, que ni los naufragios nos pueden quitar? Pues el justo náufrago escapa rico y desnudo.

10. Job en el estiércol, cuán rico. De estas riquezas estaba lleno el santo Job: todo pereció de un solo golpe, nada quedó en su casa, con lo que poco antes parecía opulento, de repente mendigo, en el estiércol cubierto de gusanos de la cabeza a los pies. ¿Qué miseria más miserable que esta? ¿Qué felicidad interior más feliz que esta? Había perdido todas aquellas cosas que Dios le había dado: pero tenía al mismo que le había dado todo, a Dios. Desnudo, dijo, salí del vientre de mi madre, desnudo volveré a la tierra. El Señor dio, el Señor quitó; como al Señor le agradó, así se hizo: bendito sea el nombre del Señor. ¿Acaso es pobre? ¿acaso no tiene nada? Si nada queda, ¿de qué tesoro se sacaron estas gemas de alabanza a Dios? Después el tentador llegó hasta la carne: quitado todo, dejó a la mujer tentadora. Dejó a Eva; pero aquel no fue Adán. ¿Y allí cómo fue encontrado? ¿cómo respondió a la esposa que le sugería blasfemia? Hablaste, dijo, como una de las mujeres insensatas. Si recibimos el bien de la mano del Señor, ¿por qué no soportamos el mal? (Job I y II). ¡Oh hombre podrido e íntegro! ¡oh feo y hermoso! ¡oh herido y sano! ¡oh sentado en el estiércol, y reinando en el cielo! Si amamos, imitemos; para imitar, trabajemos; y si en el trabajo desfallecemos, pidamos ayuda. Ayuda al que lucha quien ha convocado la lucha. Pues Dios no te espera luchando, como el pueblo al auriga: sabe gritar, no sabe ayudar. No te espera Dios luchando, como el luchador espera al atleta: prepara una corona de heno, no sabe suministrar fuerzas al que trabaja; pues no puede, es hombre, no Dios. Y tal vez mientras espera, trabaja más sentado, que aquel luchando. Pues Dios cuando espera a sus luchadores, los ayuda cuando es invocado: pues la voz de su atleta está en el Salmo, Si decía, Mi pie se ha movido; tu misericordia, Señor, me ayudaba (Sal. XCIII, 18). No seamos, por tanto, perezosos, hermanos míos: pidamos, busquemos, llamemos. Porque todo el que pide, recibe, y el que busca, encuentra, y al que llama, se le abrirá (Mat. VII, 8).

SERMO CCCXLIV. Del amor de Dios y el amor del mundo.

1. Lucha entre el amor de Dios y el amor del mundo. Dos amores en esta vida luchan entre sí en toda tentación, el amor del mundo y el amor de Dios; y de estos dos, el que venza, arrastra al amante como con un peso. Pues no con alas o pies, sino con afectos llegamos a Dios. Y de nuevo no con nudos y cadenas corporales, sino con afectos contrarios nos adherimos a la tierra. Cristo vino a cambiar el amor, y a hacer del terrenal un amante de la vida celestial: hecho hombre por nosotros, quien nos hizo hombres; y asumiendo al hombre Dios, para hacer a los hombres dioses. Este es el combate propuesto para nosotros, esta lucha con la carne, esta lucha con el diablo, esta lucha con el mundo. Pero confiemos, porque aquel que ha convocado esta lucha, no la observa sin su ayuda, ni nos exhorta a presumir de nuestras fuerzas. Pues quien presume de sus fuerzas, sin duda porque es hombre, presume de las fuerzas del hombre: y maldito todo aquel que pone su esperanza en el hombre (Jerem. XVII, 5). De esta llama de amor piadoso y santo ardieron los mártires, el heno de la carne ardió con la fortaleza de la mente; pero ellos íntegros en espíritu llegaron a aquel por quien fueron encendidos. Sin embargo, se otorgará el honor debido al que desprecia la carne en la resurrección de los muertos. Por eso fue sembrada en deshonra, para que resucite en gloria.

2. Amar a Dios sobre los padres. Encendidos con este amor, o más bien para que se enciendan, dice: Quien ama a padre o madre más que a mí, no es digno de mí: y quien no toma su cruz y me sigue, no es digno de mí (Mat. X, 37 y 38). No quitó el amor a los padres, a la esposa, a los hijos, sino que lo ordenó: no dijo, Quien ama; sino, quien ama más que a mí. Esto es lo que la Iglesia dice en el Cantar de los Cantares: Ordenó en mí la caridad (Cant. II, 4). Ama al padre, pero no más que al Señor: ama al progenitor, pero no más que al Creador. El padre engendró, pero no formó: pues quién, o cómo sería el que nacería, cuando sembraba, lo ignoraba. El padre alimentó, pero no de lo suyo el padre instituyó el pan al hambriento. Finalmente, lo que el padre te reserva en la tierra, se va para que tú sucedas, hará lugar a tu vida con su muerte. Pero lo que Dios Padre te guarda, lo guarda consigo; para que poseas la herencia con él como padre, y no lo esperes como sucesor, sino que te adhieras siempre al que permanecerá, siempre permaneciendo en él. Ama, por tanto, al padre, pero no más que a tu Dios. Ama a tu madre, pero no más que a la Iglesia, que te engendró para la vida eterna. Finalmente, del mismo amor a los padres, considera cuánto debes amar a Dios y a la Iglesia. Pues si tanto deben ser amados quienes engendraron a uno que morirá, ¿con cuánta caridad deben ser amados quienes engendraron a uno que vendrá a la eternidad, que permanecerá en la eternidad? Ama a la esposa, ama a los hijos según Dios, para que los aconsejes a adorar a Dios contigo: a quien unido, no temerás separación alguna. Por eso no debes amarlos más que a Dios, a quienes amas mal, si descuidas llevarlos contigo a Dios. Tal vez vendrá la hora del martirio. Tú deseas confesar a Cristo. Confesado, tal vez recibirás el castigo del tiempo, recibirás la muerte temporal. El padre, o la esposa, o el hijo te halagan para que no mueras, y halagándote hacen que mueras. Si no lo logran, allí te vendrá a la mente, Quien ama a padre, o madre, o esposa, o hijos más que a mí, no es digno de mí.

3. El afecto humano debe ser vencido con el ejemplo de Cristo. La voluntad humana en Cristo rehuyendo la muerte. Pero el afecto carnal es influenciado por los halagos de los suyos, y de alguna manera la debilidad humana se desliza. Restringe los pliegues de la vestidura que fluye, cíñete con virtud. ¿Te atormenta el amor de la carne? Toma tu cruz y sigue al Señor. Y tu Salvador mismo, aunque Dios en la carne, aunque con la carne Dios, sin embargo, mostró el afecto humano, donde dice: Padre, si es posible, pase de mí este cáliz (Mat. XXVI, 39). Sabía que este cáliz no podía pasar, había venido a beberlo. Con voluntad, no con necesidad, debía beberse ese cáliz. Era omnipotente: si quisiera, ciertamente pasaría, porque Dios con el Padre, y él y Dios Padre un solo Dios. Pero desde la forma de siervo, desde lo que asumió de ti por ti, emitió la voz del hombre, la voz de la carne. Se dignó transfigurarte en él, para que hablaras en él cosas débiles, para que en él aprehendieras cosas fuertes. Mostró la voluntad con la que podrías ser tentado: y enseguida enseñó a qué voluntad debías preferir. Padre, dijo, si es posible, pase de mí este cáliz. Esta es la voluntad humana; llevo al hombre, hablo desde la forma de siervo. Padre, si es posible, pase este cáliz. Es la voz de la carne, no del espíritu; la voz de la debilidad, no de la divinidad. Si es posible, pase este cáliz. Esa es la voluntad, de la que también se dice a Pedro, Pero cuando envejeczas, otro te ceñirá, y te llevará a donde no quieras (Juan XXI, 18). ¿De dónde, pues, vencieron también los mártires? Porque prefirieron la voluntad del espíritu a la voluntad de la carne. Amaban esta vida, y la despreciaban. De allí consideraban cuánto debía amarse la eterna, si así se ama esta que perece. El que va a morir no quiere morir; y sin embargo, será necesariamente muriendo, aunque continuamente no queriendo morir. No logras nada porque no quieres morir, no consigues nada, no extorsionas nada: no tienes poder para quitar la necesidad de la muerte. Vendrá, aunque no quieras, lo que temes; estará presente, aunque lo rechaces, lo que pospones. Pues te esfuerzas por diferir la muerte; ¿acaso para quitarla? Si, por tanto, en los amantes de esta vida tanto se esfuerzan por diferir la muerte, ¿cuánto más deben esforzarse

por quitarla? Ciertamente no quieres morir. Cambia el amor, y se te muestra la muerte, no la que vendrá aunque no quieras, sino la que, si quieres, no será.

4. Muerte doble, primera y segunda. La primera muerte es necesaria para todos, la otra está reservada solo para los malvados. El hombre se redime de la muerte temporal con dinero; de la muerte eterna, con justicia. La sangre de Cristo fue derramada para nuestra redención. Observa, entonces, si en tu corazón ha despertado un poco de amor, si una chispa ha surgido de las cenizas de la carne, si algo de fortaleza ha captado tu corazón, que no solo no se extinga con el viento de la tentación, sino que se encienda aún más intensamente: si no ardes como la estopa, que se apaga con un leve soplo; sino que ardes como el roble, ardes como el carbón, para que el soplo te avive: observa las dos muertes, una temporal, que es la primera; la otra eterna, que es la segunda. La primera muerte está preparada para todos: la segunda solo para los malvados, impíos, infieles, blasfemos, y todo lo que se opone a la sana doctrina. Considera, proponte estas dos muertes. Si es posible, no quieres sufrir ninguna de las dos. Sé que amas vivir, no quieres morir; y quisieras pasar de esta vida a otra vida de tal manera que no resucitaras muerto, sino que vivo te transformarás en algo mejor. Esto deseas, esto tiene el afecto humano; esto mismo tiene el alma de alguna manera en su voluntad y deseo. Porque amando la vida, odia la muerte: y porque no odia su carne, no quiere que le suceda lo que odia. Porque nadie jamás odió su propia carne (Efesios V, 29). Este afecto lo muestra el Apóstol, donde dice: Tenemos una morada de Dios, una casa no hecha por manos, eterna en los cielos. Pues en esto gemimos, deseando ser revestidos de nuestra morada celestial. En la cual no queremos, dice, ser despojados, sino revestidos, para que lo mortal sea absorbido por la vida. No quieres ser despojado: pero serás despojado. Sin embargo, debes actuar de tal manera que, despojado por la muerte de la túnica carnal, seas hallado vestido con la coraza de la fe. Pues a esto añade: Si es que, vestidos, no seamos hallados desnudos (II Cor. V, 1-4). Porque la primera muerte te despojará de la carne, para ser apartada temporalmente, y en su tiempo ser recuperada. Esto quieras o no. No porque quieras, resucitarás; o si no quieres, no resucitarás; o si no crees en la resurrección, por eso no resucitarás. Es necesario que actúes de tal manera que, resucitando quieras o no, resucites de tal manera que tengas lo que deseas. Porque el mismo Señor Jesús dijo: Viene la hora en que todos los que están en los sepulcros oirán su voz, y saldrán, ya sean buenos o malos; todos los que están en los sepulcros oirán su voz, y saldrán, y serán liberados de los escondites. Ninguna criatura retendrá a un muerto bajo la voz del Creador vivo. Todos, dice, los que están en los sepulcros oirán su voz, y saldrán. Al decir esto, Todos, hizo como una confusión y mezcla. Pero escucha la distinción, escucha también la separación: los que hicieron el bien, dice, a la resurrección de vida; los que hicieron el mal, a la resurrección de juicio (Juan V, 28, 29). Este juicio, al que resucitarán los impíos para enfrentarlo, se llama la segunda muerte. ¿Por qué, entonces, cristiano, temes a esta primera? Vendrá aunque la invites, y estará presente aunque la rechaces. Quizás te redimes de los bárbaros para no ser asesinado: te redimes a gran costo, no escatimas en absoluto tus bienes, y despojas a tus hijos; y redimido, morirás mañana. Debes ser redimido del diablo, que te arrastra con él a la segunda muerte, donde los impíos, colocados a la izquierda, oirán: Id, malditos, al fuego eterno, preparado para el diablo y sus ángeles (Mateo XXV, 41). De esta segunda muerte debes ser redimido. Responderás, ¿De dónde? No busques cabras y toros: no examines finalmente tu arca, y digas en tu corazón, Para redimirme de los bárbaros, tenía dinero: para redimirte de la segunda muerte, ten justicia. El bárbaro podría haberte quitado el dinero antes, y luego llevarte cautivo, de modo que no hubiera de dónde redimirte, ya que poseía todo lo tuyo quien te poseía a ti: la justicia no la pierdes contra tu voluntad; permanece en el tesoro íntimo del corazón; mantenla, poséela, de ahí serás redimido de la segunda muerte. Que si no quieres, por eso no será, porque aquello

con lo que te redimes de esta muerte, si quieres, será. La justicia la obtiene la voluntad del Señor, y la bebe como de su fuente. A la cual fuente nadie se le prohíbe acceder, si accede dignamente. Finalmente, observa tu ayuda. Te redimió de los bárbaros tu dinero, te redimió de la primera muerte tu riqueza: te redimió de la segunda muerte la sangre de tu Señor. Él tuvo sangre para redimirnos; y la tomó para que hubiera con qué derramar por nuestra redención. La sangre de tu Señor, si quieres, fue dada por ti: si no quieres que sea, no fue dada por ti. Quizás dices: Mi Dios tuvo sangre para redimirme: pero ya cuando sufrió, la dio toda; ¿qué le quedó para dar por mí? Esto es grande, porque la dio una vez, y la dio por todos. La sangre de Cristo es salvación para el que quiere, castigo para el que no quiere. ¿Por qué dudas, tú que no quieres morir, de ser liberado más bien de la segunda muerte? de la cual eres liberado, si quieres tomar tu cruz y seguir al Señor; porque él tomó la suya, y buscó al siervo.

5. Vida eterna cuánto debe ser amada, cuando tanto se ama la vida temporal. En aquellos que por amor a la vida temporal pierden la vida eterna. En verdad, hermanos míos, ¿no os exhortan más a amar la vida eterna aquellos que tanto aman la vida temporal? ¿Cuánto hacen los hombres para vivir unos pocos días? ¿Quién podrá enumerar los esfuerzos y trabajos de todos los que quieren vivir, después de un poco morir? ¿Cuánto hacen por esos pocos días? ¿Qué tanto hacemos por la vida eterna? ¿Qué diré, por redimir unos pocos días, y estos en la tierra? Porque digo pocos días, si liberado envejece; digo pocos días, si liberado el niño se convierte en anciano. No digo que redimido hoy, mañana quizás morirá. He aquí que por la incertidumbre, por esos pocos días inciertos, ¿cuánto hacen? ¿qué inventan? Si caen por enfermedad del cuerpo en manos del médico, y toda esperanza de salud es desesperada por los que pronuncian y examinan; si se promete algún médico, que incluso al desesperado puede liberar, ¿cuánto prometen? ¿cuánto dan por completo a la incertidumbre? Para vivir un poco, se deja lo que se vive. Y si cae en manos de un enemigo o ladrón, para no ser asesinado, para ser redimido, incluso si el padre es detenido, los hijos corren, y lo que les iba a dejar, lo gastan, para redimir a quien puedan enterrar. ¿Qué ambiciones? ¿qué súplicas? ¿qué esfuerzos? ¿quién puede explicarlo? Y sin embargo, quiero decir algo más grave, y si no se hiciera, más increíble. ¿Qué digo, que los hombres dan dinero para vivir, porque no se dejan nada? Para vivir unos pocos días, y estos inciertos, un poco con temor, viven con trabajo, ¿cuánto gastan? ¿cuánto dan? ¡Ay del género humano! Dije que para vivir gastan lo que viven: lo que es peor, escuchen, lo que es más grave, lo que es más criminal, lo que es, como dije, increíble, si no se hace. Para que les sea permitido vivir un poco, dan incluso aquello con lo que podrían vivir siempre. Lo que dije, escuchen, y entiendan. Porque aún está cerrado, y sin embargo conmueve a muchos, a quienes el Señor ya les ha abierto cuando estaba cerrado. Deja a aquellos que dan y pierden con lo que pueden vivir, para que les sea concedido vivir un poco. Observa a aquellos que pierden con lo que pueden vivir siempre, para que les sea concedido vivir un poco. ¿Qué es esto? Se llama fe, se llama piedad: todo esto es como dinero, con el que se adquiere la vida eterna. Vendrá de repente el enemigo aterrorizando, y no te dirá, Dame tu dinero, para que vivas: sino que te dirá, Niega a Cristo, para que vivas. Si haces esto, para que te sea permitido vivir un poco, perderás con lo que podrías vivir siempre. ¿Es esto amar la vida, tú que temías la muerte? Hombre bueno, ¿por qué temías la muerte, sino amando la vida? Cristo es la vida. ¿Por qué buscas la pequeña; para perder la segura? ¿O quizás no perdiste la fe, sino que no tenías lo que perder? Entonces mantén con lo que siempre vivas. Observa a tu prójimo, cuánto hace para vivir un poco. Observa también a aquel que negó a Cristo, cuánto mal hizo por unos pocos días de vida. ¿Y tú no quieres despreciar esos pocos días de vida, para que no mueras en ningún día, y vivas en el día eterno, seas protegido por tu Redentor, seas igualado a los Ángeles en el reino eterno? ¿Qué amaste? ¿qué perdiste? Para seguir al Señor, no tomaste tu cruz.

6. Perder el alma, para encontrar el alma. Observa cuán prudente quiere que seas, quien te dijo: Toma tu cruz, y sígueme. Quien encuentre, dice, su alma, la perderá; y quien la pierda por mí, la encontrará (Mateo X, 38, 39). Quien encuentre, la perderá; quien la pierda, la encontrará. Para perder, primero es necesario encontrar; y cuando la pierdas, al final es necesario que la encuentres de nuevo. Hay dos hallazgos: en medio está uno por el que pasa una pérdida. Nadie puede perder su alma por Cristo, a menos que primero la encuentre; y nadie puede encontrar su alma en Cristo, a menos que primero la pierda. Encuentra, para perder; pierde, para encontrar. ¿Cómo la encontrarás primero, para que tengas lo que perder? Cuando piensas que eres mortal en parte, cuando piensas en quien te hizo, y al insuflarte creó tu alma, y ves que se la debes a quien la dio; que debe ser devuelta a quien la prestó; que debe ser custodiada por quien la instituyó; encuentre tu alma, encontrándola en la fe. Porque creíste esto, y encontraste tu alma. Pues estabas perdido, antes de creer. Encontraste tu alma: porque habías muerto en la infidelidad, reviviste en la fe. Eres tal, de quien se puede decir, Estaba muerto, y revivió; se había perdido, y fue hallado (Lucas XV, 32). Por lo tanto, encontraste tu alma en la fe de la verdad, si reviviste de la muerte de la infidelidad. Esto es, encontraste tu alma. Piérdela, y tu alma sea para ti como semilla. Porque también el agricultor al trillar y aventar encuentra el trigo, y al sembrar lo pierde de nuevo. Se encuentra en la era, lo que se había perdido en la siembra. Se pierde en la siembra lo que se encuentra en la cosecha. Por lo tanto, quien encuentre su alma, la perderá. Quien trabaja para recoger, ¿por qué es perezoso para sembrar?

7. El alma que se nos manda perder por su causa. Observa, sin embargo, dónde encuentras, y por qué pierdes. ¿De dónde encontrarías, si no te encendiera la luz aquel a quien se dice, Tú iluminarás mi lámpara, Señor? (Salmo XVII, 29). Ya encontraste, pues, al encenderte él la lámpara. Observa por qué pierdes. Porque no debe perderse al azar, lo que tan diligentemente se ha encontrado. No dice, Quien la pierda, la encontrará; sino, Quien la pierda por mí. Quizás al ver el cuerpo de un comerciante náufrago en la orilla, derramas lágrimas compasivo, y dices: ¡Ay de este hombre! por el oro perdió su alma. Bien lloras, bien te compadeces. Devuélvele el llanto, a quien no le prestas ayuda. Porque por el oro pudo perder su alma, por el oro no podrá encontrarla. No debe pensarse en lo que perdió, sino por qué lo perdió. Si por avaricia, he aquí dónde yace la carne, ¿dónde está lo que era querido? Y sin embargo, la avaricia ordenó, y por el oro se perdió el alma, y por Cristo no se pierde el alma, ni se pierda. Necio, no dudes: escucha el consejo del Creador. Él te instituyó para que seas sabio, quien te hizo antes de que fueras quien sabe. Escucha, no dudes en perder el alma por Cristo. Al Creador fiel le encomiendas lo que dices perder. Tú ciertamente pierdes: pero él recibe, a quien nada se le pierde. Si amas la vida, pierde para encontrar: porque cuando encuentres, ya no habrá lo que perder, no habrá por qué perder. Porque se encuentra la vida que se encuentra para que no pueda perecer en absoluto. Porque también Cristo, quien te dio ejemplo al nacer, morir y resucitar, resucitando de entre los muertos ya no muere, y la muerte no tendrá dominio sobre él (Rom. VI, 9).

SERMO CCCXLV. Sobre el desprecio del mundo.

1. La vida presente debe ser despreciada por la esperanza de la vida futura. Para los ricos, esta vida es un sueño. Hablaré a vuestra Caridad, hermanos, sobre lo que concierne al desprecio de este siglo presente, a la esperanza del siglo futuro. Si buscas qué despreciar, todo mártir desprecia la vida presente: si buscas qué esperar, digo la resurrección, porque hoy el Señor resucitó. Oh tú, hombre, si titubeas en la realidad, sé firme en la esperanza; si la obra te turba, que te erija la misma recompensa. También nos advierte el Apóstol, cuando ordena a Timoteo diciendo: Manda a los ricos de este mundo, que no sean altivos, ni pongan su esperanza en la incertidumbre de las riquezas, sino en el Dios vivo, que nos da todas las cosas. Que sean ricos

en buenas obras, que den fácilmente, que compartan, que atesoren para sí un buen fundamento, para que alcancen la verdadera vida (I Tim. VI, 17-19). Y esto deben escuchar especialmente los ricos. Escuchen, ricos, que tienen oro y plata, y sin embargo arden de codicia: a quienes cuando los pobres miran, murmuran, gimen, alaban y envidian; desean igualarse, y se duelen de ser desiguales; y entre las alabanzas de los ricos a menudo dicen, Solo ellos son, ellos solos viven. Por estas palabras, con las que los hombres humildes adulan a los ricos, cuando dicen, Ellos solos viven; no os enorgullezcáis, oh vosotros ricos: sino más bien escuchad al Apóstol, el curador de la enfermedad, y no el adulador de la palabra. Esta vida es vuestro sueño: estas riquezas fluyen como en sueños. Pablo dice, para que alcancen la verdadera vida. Escuchad a Pablo, y no os enorgullezcáis. Escucha también el Salmo, oh tú rico paupérrimo; ¿qué tienes, si no tienes a Dios? o ¿qué no tienes, si tienes a Dios? De los ricos dice el Salmo, Durmieron su sueño, y nada encontraron todos los hombres de riquezas en sus manos (Salmo LXXV, 6). A veces también un mendigo yaciendo en la tierra y temblando de frío, ocupado por el sueño sueña con tesoros; se alegra, exulta, se enorgullece, y se indigna de ver a su padre harapiento. En sueños es lo que ves, oh tú mendigo, que duermes y te alegras. Sin embargo, hasta que despierte, es rico: cuando duerma, encuentra lo que ciertamente duele. Por lo tanto, el rico al morir, es similar a ese pobre durmiendo y soñando con tesoros. Porque ese rico, que se vestía de púrpura y lino, ni nombrado, ni digno de ser nombrado, despreciador del pobre que yacía ante la puerta, banqueteara espléndidamente cada día; después murió, y fue sepultado: despertó, y se encontró en la llama (Lucas XVI, 19-24). Durmió su sueño, y después del sueño no encontró nada; porque no obró nada con sus manos, es decir, con sus riquezas.

2. La vida percedera se redime con todos los bienes: la vida eterna cuánto debe ser comprada. Por la vida se buscan las riquezas, no la vida por las riquezas: ¿cuántos han pactado con sus enemigos, para redimir solo la vida? Todo lo que tenían, lo dieron, solo para no perder la vida. ¿Diste todo a los bárbaros lo que tenías, hermano? Todo, dice, di, quedé desnudo; y aunque desnudo, viviré. ¿Y por qué? Todo iba a ser asesinado, por eso di todo. ¿Y por qué te sucedió esto? ¿Quieres que te diga? Porque antes de que el bárbaro llegara, no ayudabas al pobre, para que la limosna llegara a Cristo a través del pobre. No diste un poco a Cristo, y a los bárbaros diste todo lo que tenías, y esto con juramento lo diste. Cristo pide, y no recibe: aquel tortura, y todo quita. Si tanto redimiste la vida percedera, ¿cuánto debe ser comprada la vida eterna? Tú que das al enemigo, para vivir mendigo, da algo a Cristo, para vivir bienaventurado. Para vivir unos pocos días, lo que el enemigo exige haces, y lo que Cristo exige, desprecias. Todos los días del hombre desde la infancia hasta la vejez son pocos: y si el mismo Adán muriera hoy, vivió pocos días, porque terminó todos; quien ciertamente vivió seis mil años; y sin embargo eran pocos, porque terminó todos. Pocos días laboriosos, llenos de tentaciones redimes, para tener un poco de tierra, es decir, una villa. He aquí el enemigo, que te había capturado, te dice, Dame todo lo que tienes: y para vivir diste todo; hoy redimido, mañana morirás; redimido de este, asesinado por otro. He aquí cuánto sufren los hombres de los bárbaros por la vida temporal, y les pesa sufrir algo por la vida eterna. Que estos peligros nos enseñen, hermanos. He aquí que diste todo, y lo arrojaste; y te alegras porque vives, y dices esto: Aunque pobre, desnudo, necesitado, mendigo, me alegro porque vivo, y no perdí esta dulce luz. Que Cristo aparezca; que también él pacte contigo: no el bárbaro que te había capturado; sino quien fue capturado por ti, quien se dignó ser asesinado por ti. Aquel que se dio por ti, él mismo te dice: Pacta conmigo. ¿Quieres tenerte a ti? tenme también a mí. Es necesario que te odies a ti mismo, y me ames a mí. Perdiendo tu vida la encontrarás, para no perderla reteniéndola.

3. Las riquezas no deben perecer aquí, deben ser enviadas al cielo. Sobre tus riquezas, que amas poseer y que estás dispuesto a dar por la vida presente, te doy un consejo sobre qué hacer. Si las amas, no las pierdas. Si las amas aquí, perecerán contigo. Si las amas, envíalas donde puedas seguir las; no sea que, amándolas en la tierra, las pierdas en vida o en muerte. Ya te di un consejo: no dije, Pierde; sino, Guarda. Ya dije, ¿Quieres atesorar? Bien: no digo, No lo hagas; sino te digo dónde. Acéptame como consejero, no como destructor. Está escrito, Atesorad para vosotros tesoros en el cielo, donde el ladrón no se acerca, ni la polilla, ni el óxido destruyen (Mat. VI, 20). Pero tal vez dices: No veo un lugar en el cielo donde ponerlo. ¿Qué escalera, qué máquina buscaré que llegue al cielo para ver dónde pongo mi dinero? ¿Qué dices? ¿Ves un lugar en la tierra donde lo entierras? Lo veo, dice. Muy bien: si estás seguro enterrándolo en la tierra, ¿por qué te preocupas por Dios, que hizo el cielo y la tierra? Da con seguridad a Dios. Encomiéndate a Él, que te guarda el dinero en el cielo; porque Él también te gobierna en la tierra mientras vivas. ¿Quieres guardar el dinero? Guárdalo como quieras. Si encuentras un guardián mejor que Cristo, encomiéndale tu dinero. Lo encomiendo, dice, a mi siervo. Bien: ¿cuánto mejor a tu Señor? ¿Y prefieres a tu siervo sobre tu Señor? ¡Oh hombre cristiano! Tu siervo tal vez lo robará y huirá: ¿hará esto Cristo? Muchos siervos se han vuelto enemigos de sus amos de repente, y los han entregado a los enemigos con el mismo oro. ¿A quién, entonces, encomiendas? A mi siervo, dice. Conozco la fidelidad de mi siervo, por eso encomiendo mi oro a mi siervo. Muy bien, prefieres a tu siervo, encomiendas tu oro a tu siervo: ¿a quién encomiendas tu alma? Encomiendo mi alma a mi Dios. ¿Cuánto mejor, oh hombre, a Él también tu oro, a quien también tu alma? ¿O acaso es fiel en guardar tu alma, e infiel en guardar tu dinero? Él te guarda, quien también te guarda a ti. ¿Alabas la fidelidad de tu siervo? Sí, conozco la fidelidad de mi siervo. Toda su fidelidad es no defraudar, no robar: ¿acaso actúa para no perder? He aquí que lo puso, y no lo ocultó; otro lo encontró y lo tomó. ¿Acaso alguien hará esto a Cristo? Despierta de la pereza, acepta el consejo. Da a Cristo hambriento, atesora en el cielo. ¿Acaso es laborioso atesorar en el cielo? Aunque fuera laborioso, debería hacerse para poner tu dinero en un lugar seguro, de donde nadie pueda quitarlo. Sin embargo, cuando Cristo dice, Atesora en el cielo: no te dice, Busca escaleras, ata máquinas, ajusta alas. Esto dice: Dame a mí en la tierra, y te guardo en el cielo. Por eso vine necesitado en la tierra, para que tú seas rico en el cielo. Haz una transferencia. Tal vez temes al defraudador, no sea que pierdas; y buscas quién lo lleve, quién lo traslade. Cristo está contigo en ambos. No hará un fraude, además hará el transporte.

4. Cristo recibe lo que se da a los pobres. El corazón del hombre con su tesoro. Pero, ¿dónde encuentro a Cristo, dice, en la tierra? ¿Dónde lo encuentro para darle? Con mi fe, lo que escucho en la Iglesia, esto aprendí, así creí, en este sacramento fui instruido: sufrió, murió y fue sepultado, resucitó al tercer día, después de cuarenta días ascendió a los cielos, está sentado a la derecha del Padre, al final vendrá. ¿Cuándo lo encuentro aquí? ¿A quién le doy para que lo lleve a Él? No te preocupes, escucha todo: o si escuchaste todo, o leíste, ¿nunca escuchaste que cuando Saulo perseguía a la Iglesia, soberbio, cruel, sediento de la sangre de los cristianos, no escuchaste qué le clamó aquel que confiesas sentado en el cielo? Recuerda. ¿Qué dijo entonces? Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues? (Hech. IX, 4). A quien Pablo ni veía ni tocaba, desde el cielo clama, ¿Por qué me persigues? No dijo, ¿Por qué persigues a mi familia, a mis siervos, a mis santos, o a mis hermanos? Nada de eso dijo. ¿Y qué dijo? ¿Por qué me persigues? dijo, es decir, mis miembros. Por los que en la tierra pisoteas, la cabeza desde el cielo clamaba: porque si alguien pisa tu pie en la tierra, tu lengua desde la cabeza clama; no dices, Pisas mi pie; sino, Pisas a mí, dices. ¿Qué dudas entonces? ¿Qué dices? El que dijo a Saulo, ¿Por qué me persigues? te dice a ti, Aliméntame. En la tierra Saulo atacaba, y a Cristo en el cielo tocaba: así también tú en la tierra distribuyes, y a Cristo en el cielo alimentas. Pues esta cuestión, que te inquieta, el mismo Señor la predijo. Se conmovieron

también aquellos que serán puestos a la derecha, y cuando diga, Tuve hambre, y me disteis de comer; responderán, Señor, ¿cuándo te vimos hambriento? Y escucharán enseguida, Cuando lo hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí me lo hicisteis (Mat. XXV, 35-40). Si hubieras escuchado esto, di claramente, No quiero dar: y no tienes de qué excusarte, sino condenarte con tu propia voz. De tus riquezas, entonces, te dice tu Señor, Te di un consejo sobre qué hacer: ¿amas las riquezas? Amo, dices. Entonces transfíerelas, y cuando las hayas transferido, síguelas con el corazón mientras vivas: porque donde esté tu tesoro, allí estará también tu corazón (Mat. VI, 21). Pero si entierras tu corazón en la tierra, avergüénzate porque mientes, cuando respondes al escuchar, Arriba el corazón. Pues se dice, Arriba el corazón; y enseguida respondes, Lo tenemos hacia el Señor. Mientes a Dios. Una hora en la iglesia no dices la verdad, mientes a Dios, lo que siempre haces con los hombres. Dices, Lo tenemos hacia el Señor, y en la tierra tienes enterrado el corazón; porque donde esté tu tesoro, allí estará también tu corazón.

5. Las verdaderas riquezas del reino de los cielos. Las riquezas terrenales no traen más que preocupación. No basta con dar lo tuyo, sino también seguir a Cristo. Si haces con tus riquezas lo que has escuchado, si eres un rico como el que dice el Apóstol, no pienses con soberbia, ni pongas tu esperanza en la incertidumbre de las riquezas; para que atesores para ti un buen fundamento para el futuro, para que alcances la verdadera vida: ya pregunta a Dios y a tu Señor, y dile, He aquí que ya he transferido, Señor, al cielo lo que tenía; o lo que tengo, lo tengo como si no lo tuviera. ¿Vale tanto el reino de los cielos como mi patrimonio? Vale más caro. No es realmente tal, que valga tanto. Esto dice tu Señor, a quien preguntaste sobre tu patrimonio: Vivirás por un tiempo, y después morirás; en mi reino nunca morirás, sino que vivirás eternamente. Allí serás verdaderamente rico, donde nunca necesitarás. Pues buscas muchos animales para el transporte, para no desfallecer; para el sustento, banquetes abundantes, para el vestido, ropas preciosas. ¿Realmente eres rico teniendo mucho, y mi ángel es pobre? No tiene nada, ni usa caballo, ni se transporta en carro, ni llena su mesa con aparatos elegantes; ni se teje para él una vestidura, porque está vestido con luz eterna. Aprende, oh hombre rico, a desear las verdaderas riquezas. Quieres tener estas riquezas, para tener de dónde comer mucho, porque desfalleces: él te hace verdaderamente rico, quien te da para que nunca tengas hambre eternamente. Pues por mucho que tengas, cuando llega la quinta hora, antes de que te sientes a la mesa, tienes hambre, y desfalleces, porque eres miserable. ¿Acaso el ángel sufre esto? De ninguna manera. Ni hambre, ni desfallecimiento tiene el ángel. Finalmente, suspiras por estos banquetes con soberbia. No es esta la satisfacción de las necesidades, sino el humo de las preocupaciones. Cuando piensas en aumentar las riquezas, mira si duermes fácilmente. Si no me equivoco, donde encontraste riquezas, perdiste el descanso. Cuando estás despierto, piensas en el aumento de las riquezas: cuando duermes, sueñas con ladrones. De día preocupado, y de noche temeroso, siempre mendigo. Quiere hacerte verdaderamente rico, quien te promete el reino de los cielos: ¿y piensas que vas a comprar esas verdaderas riquezas, esa verdadera y bienaventurada vida, por lo que estás dispuesto a redimir estos días miserables y laboriosos? Algo debe valer mucho más, lo que es mucho más; porque el reino de los cielos es.

6. Se trata el mismo argumento. ¿Y qué hago, dices? He aquí, santo obispo, he escuchado tus advertencias, he obedecido tu consejo, no he despreciado el mandato del Señor, lo que tenía lo di a los pobres, y lo que tengo lo comparto con los necesitados; ¿qué más puedo hacer? Aún tienes, te tienes a ti mismo: tú mismo eres más, tú faltas a tus cosas, tú debes ser añadido. ¿Hiciste el consejo de tu Señor? Lo hice, dice. ¿Por qué mientes? No lo hiciste todo: de una parte lo hiciste, de otra no tocaste nada. Escucha lo que ordena: Ve, vende todo lo que tienes, y dalo a los pobres. ¿Acaso lo dejó? Y para que no pensara que perdía lo que daba a

los pobres, lo aseguró diciendo, Y tendrás un tesoro en el cielo. ¿Acaso esto es suficiente? No. ¿Y qué? Ven, sígueme (Mat. XIX, 21), dice. ¿Amas, y quieres seguir a quien amas? Corrió, voló: busca por dónde. No sé por dónde. ¡Oh cristiano! ¿no sabes por dónde fue tu Señor? ¿Quieres que te diga por dónde seguirlo? Por presiones, por oprobios, por falsas acusaciones, por escupitajos en el rostro, por bofetadas y azotes, por la corona de espinas, por la cruz, y por la muerte. ¿Por qué eres perezoso? He aquí que se te ha mostrado el camino. Pero es duro, dices, el camino; ¿quién lo seguirá? Avergüénzate bárbaro, avergüénzate: de virtud se te llama varón. Mujeres lo siguieron, de quienes hoy celebramos el natalicio. Celebramos la solemnidad de las mártires Suburbicarias. Vuestro Señor, nuestro Señor, su Señor, el Redentor de nuestra vida, precediéndoos en el camino estrecho y áspero, lo hizo llano para vosotros, llano y seguro, fortalecido, Cristo nuestro Señor, que reina por los siglos de los siglos. Amén.

SERMO CCCXLVI. Sobre nuestra peregrinación en esta vida, por la fe.

1. Esta vida es más muerte que vida. La verdadera vida no es sino eterna. Recordad con nosotros, amadísimos hermanos, que el Apóstol dijo, Mientras estamos en el cuerpo, peregrinamos lejos del Señor; porque caminamos por fe, no por vista (II Cor. V, 6, 7). Nuestro Señor Jesucristo, quien dijo, Yo soy el camino, la verdad y la vida (Juan XIV, 6), quiso que camináramos tanto por Él como hacia Él. ¿Por dónde caminamos, sino por el camino? ¿Y hacia dónde caminamos, sino hacia la verdad y la vida, la vida eterna, que es la única que debe llamarse vida? Pues esta vida mortal, en la que ahora estamos, en comparación con aquella vida se demuestra ser muerte; que se varía con tanta mutabilidad, y no se afirma con ninguna estabilidad, y se termina en un curso brevísimo. Y por eso el Señor al rico, que le dijo, Maestro bueno, ¿qué haré para conseguir la vida eterna? respondió, Si quieres entrar en la vida, guarda los mandamientos (Mat. XIX, 16, 17). Estaba ciertamente en alguna vida; pues no hablaba a un cadáver, ni a un hombre no viviente. Pero como él había preguntado sobre conseguir la vida eterna, el Señor no dijo, Si quieres entrar en la vida eterna; sino, Si quieres, dijo, entrar en la vida, guarda los mandamientos: queriendo que se entendiera que la vida que no es eterna, no debe llamarse vida; porque la verdadera vida no es sino eterna. De aquí también el Apóstol, cuando aconsejaba a los ricos sobre las limosnas, Diles a los ricos que sean ricos en buenas obras, que den fácilmente, que compartan, que atesoren para sí un buen fundamento para el futuro, para que alcancen la verdadera vida (I Tim. VI, 18, 19). ¿Qué llamó verdadera vida, sino la vida eterna, que es la única que debe llamarse vida, porque es la única bienaventurada? Pues ciertamente aquellos ricos, a quienes decía que se les debía ordenar que alcanzaran la verdadera vida, tenían esta vida en la abundancia de sus riquezas: pero si el Apóstol juzgara que esta vida era la verdadera vida, no diría, Atesoren para sí un buen fundamento para el futuro, para que alcancen la verdadera vida: no advirtiendo otra cosa, sino que la vida de los ricos no es la verdadera vida; vida que los necios no solo llaman verdadera, sino también bienaventurada. ¿Cómo puede ser bienaventurada, si no es verdadera? No es, por tanto, vida bienaventurada, sino verdadera vida; ni es verdadera vida, sino vida eterna, que los ricos se entienden que aún no tienen por cualquier delicia; y por eso se les advierte que la alcancen a través de las limosnas: para que al final escuchen, Venid, benditos de mi Padre, heredad el reino preparado para vosotros desde el principio del mundo: porque tuve hambre, y me disteis de comer. Pues porque ese reino es vida eterna, poco después el mismo Señor lo muestra diciendo: Irán estos al castigo eterno, pero los justos a la vida eterna (Mat. XXV, 34, 35, 46).

2. Peregrinación por la fe en esta vida. Hasta que alcancemos esta vida, peregrinamos lejos del Señor; porque caminamos por fe, no por vista. Pues Él dijo, Yo soy el camino, la verdad y la vida. En la fe es para nosotros el camino, en la vista la verdad y la vida. Ahora vemos por

espejo en enigma, y esta es la fe: entonces cara a cara, y esa será la vista. También dice, Que Cristo habite por la fe en vuestros corazones: este es el camino, donde sabemos en parte. Pero poco después dice, conocer también el amor de Cristo que excede a todo conocimiento, para que seáis llenos de toda la plenitud de Dios (Efes. III, 16, 17, 19): esa será la vista, cuando en esa plenitud, cuando venga lo perfecto, lo que es en parte será quitado (I Cor. XIII, 10). También dice, Porque habéis muerto, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios: esta es la fe. Luego añade, Cuando Cristo, vuestra vida, se manifieste, entonces vosotros también seréis manifestados con Él en gloria (Col. III, 3, 4): esa será la vista. Juan también dice, Amados, ahora somos hijos de Dios, y aún no se ha manifestado lo que seremos: esta es la fe. Luego añade, Sabemos que cuando Él se manifieste, seremos semejantes a Él, porque le veremos tal como es (I Juan III, 2): esa será la vista. Por lo tanto, el mismo Señor, que dijo, Yo soy el camino y la verdad y la vida, cuando hablaba a los judíos, entre los cuales había quienes ya creían en Él, dirigiendo ya sus palabras a ellos, Si permanecéis, dijo, en mi palabra, verdaderamente seréis mis discípulos; y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres. Ya habían creído: pues el Evangelista así dice, Decía Jesús a los que habían creído en Él: Si permanecéis en mi palabra, verdaderamente seréis mis discípulos; y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres (Juan VIII, 31, 32). Ya habían creído, y como en el camino en Cristo ya habían comenzado a caminar. Por lo tanto, los exhorta a que permaneciendo lleguen. ¿A dónde llegarán, sino a lo que dijo, La verdad os hará libres? ¿Cuál es esa liberación, sino de toda mutabilidad de vanidad, de toda corrupción de mortalidad? Por lo tanto, esa es la vida verdadera, la vida eterna, que aún no hemos alcanzado, mientras peregrinamos lejos del Señor: pero la alcanzaremos, porque en el mismo Señor caminamos por fe, si permanecemos con la máxima constancia en su palabra. Pues según lo que dijo, Yo soy el camino; según esto dijo, Si permanecéis en mi palabra, verdaderamente seréis mis discípulos. Y según lo que dijo, y la verdad y la vida; según esto dijo, y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres. En esta peregrinación y en este camino, es decir, en la fe, ¿qué os exhorto, hermanos, sino con las palabras del Apóstol diciendo, Teniendo estas promesas, amados, limpiémonos de toda contaminación de carne y de espíritu, perfeccionando la santificación en el temor de Dios (II Cor. VII, 1)? Pues aquellos que desean que se les ministre la luz de la verdad más pura e inmutable, antes de creer, cuando no pueden contemplarla sino por la fe con un corazón purificado; Bienaventurados los de limpio corazón, porque ellos verán a Dios (Mat. V, 8): son semejantes a los hombres ciegos, que desean ver primero la luz corporal de este sol, para ser sanados de la ceguera; cuando no pueden verla, sino antes ser sanados.

SERMO CCCXLVII. Sobre el temor de Dios, I.

CAPÍTULO PRIMERO.

1. La frecuencia con la que se recomienda el temor de Dios en las Escrituras. Hermanos, las Escrituras divinas nos han dado muchos mandamientos sobre el temor de Dios y han proclamado innumerables veces cuán útil es temer a Dios. De esta abundante riqueza, presten atención a lo poco que puedo recordar y discutir, en la medida en que el tiempo lo permita. ¿Quién no se alegraría de ser sabio, o si aún no lo es, desearía serlo? Pero, ¿qué dice la Escritura? El principio de la sabiduría es el temor del Señor (Salmo 110, 10). ¿A quién no le gustaría reinar? Pero escuchemos lo que el Espíritu aconseja en el Salmo: Y ahora, reyes, entiendan; sean instruidos, los que juzgan la tierra: sirvan al Señor con temor, y alégrese con temblor (Salmo 2, 10, 11). Por eso también el Apóstol dice: Con temor y temblor trabajen en su propia salvación (Filipenses 2, 12). También leemos que está escrito: Deseaste la sabiduría, guarda la justicia, y el Señor te la concederá. Encontramos a muchos que son muy

negligentes con la justicia y muy ávidos de sabiduría. La Escritura divina enseña a estos que no pueden alcanzar lo que desean, a menos que guarden lo que descuidan. Guarda, dice, la justicia, y el Señor te concederá la sabiduría que deseaste. Pero, ¿quién puede guardar la justicia si no teme a Dios? Porque en otro lugar dice: Porque quien está sin temor, no podrá ser justificado (Eclesiástico 1, 16, 33, 28). Además, si el Señor no concede la sabiduría sino al que guarda la justicia, y quien está sin temor no puede ser justificado, se recurre a la sentencia: El principio de la sabiduría es el temor del Señor. CAPÍTULO II.

2. El progreso del temor a la sabiduría. También el profeta Isaías, al recomendar esos siete dones espirituales tan conocidos, comienza con la sabiduría y llega al temor de Dios, como descendiendo desde lo sublime hacia nosotros, para enseñarnos a ascender. Comenzó, pues, desde donde queremos llegar; y llegó a donde debemos comenzar. Reposará sobre él, dice, el Espíritu de Dios, Espíritu de sabiduría e inteligencia, Espíritu de consejo y fortaleza, Espíritu de ciencia y piedad, Espíritu de temor del Señor (Isaías 11, 2, 3). Así como él, no decayendo sino enseñando, descendió de la sabiduría al temor; así nosotros, no con soberbia sino progresando, debemos ascender del temor a la sabiduría. Porque el principio de la sabiduría es el temor del Señor. Es el valle de lágrimas del que el Salmo dice: Ha dispuesto ascensiones en su corazón en el valle de lágrimas. Pues el valle significa humildad. ¿Quién es humilde sino el que teme a Dios, y con ese temor quebranta su corazón en lágrimas de confesión y penitencia? Porque un corazón contrito y humillado, Dios no lo desprecia (Salmo 50, 19). Pero no tema quedarse en el valle. En el mismo corazón contrito y humillado, que Dios no desprecia, ha dispuesto las ascensiones por las cuales nos elevamos hacia Él. Pues así dice el Salmo: Ha dispuesto ascensiones en su corazón en el valle de lágrimas, en el lugar que dispuso (Salmo 83, 6, 7). ¿Dónde se hacen las ascensiones? En el corazón, dice. Pero, ¿de dónde se debe ascender? Sin duda, desde el valle de lágrimas. ¿Y a dónde se debe ascender? Al lugar, dice, que dispuso. ¿Cuál es ese lugar sino el de la paz y el descanso? Allí está esa clara sabiduría que nunca se marchita. Por eso Isaías, para ejercitarnos, descendió desde la sabiduría hasta el temor, desde el lugar de la paz eterna hasta el valle de lágrimas temporales: para que en la confesión de la penitencia, sufriendo, gimiendo, llorando, no permanezcamos en el dolor, el gemido y el llanto; sino que ascendamos desde ese valle al monte espiritual, donde la santa ciudad de Jerusalén, nuestra madre eterna, está fundada, y disfrutemos de una alegría imperturbable. Así que, después de haber propuesto la sabiduría, la luz indeficiente de la mente, añadió el entendimiento: como si respondiera a quienes preguntan cómo llegar a la sabiduría, Desde el entendimiento; cómo al entendimiento, Desde el consejo; cómo al consejo, Desde la fortaleza; cómo a la fortaleza, Desde la ciencia; cómo a la ciencia, Desde la piedad; cómo a la piedad, Desde el temor. Así que a la sabiduría desde el temor; porque el principio de la sabiduría es el temor del Señor. Desde el valle de lágrimas hasta el monte de la paz.

CAPÍTULO III.

3. Los grados de Isaías comparados con las ocho bienaventuranzas del Evangelio. Porque bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos (Mateo 5, 3). Ellos son los humildes en el valle, ellos sacrifican a Dios un corazón contrito y humillado: de donde ascienden a la piedad, para no resistir a su voluntad, ya sea en sus palabras, donde no comprenden su sentido; ya sea en el mismo orden y gobierno de la creación, cuando muchas cosas suceden de manera diferente a lo que la voluntad privada del hombre exige: allí se debe decir, Pero no lo que yo quiero, sino lo que tú quieres, Padre (Mateo 26, 39). Porque bienaventurados los mansos, porque ellos heredarán la tierra (Mateo 5, 4): no la tierra de los moribundos, sino la tierra de la que se ha dicho, Tú eres mi esperanza, mi porción en la tierra de los vivientes (Salmo 141, 6). Desde esta piedad merecerán el grado de ciencia, para

conocer no solo los males de sus pecados pasados, por los que lloraron en el primer grado de penitencia, sino también en qué mal están en esta mortalidad y peregrinación lejos del Señor, incluso cuando la felicidad secular sonríe. Porque está escrito, Quien añade ciencia, añade dolor (Eclesiastés 1, 18). Porque bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados. De allí ascienden a la fortaleza, para que el mundo sea crucificado para ellos, y ellos para el mundo, para que en la perversidad de esta vida y la abundancia de iniquidad, la caridad no se enfríe; sino que se tolere el hambre y la sed de justicia, hasta que se llegue a su saciedad en la inmortalidad de los santos y la sociedad de los ángeles. Porque bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados (Mateo 5, 5, 6). Sin embargo, debido a la inquietud de las tentaciones, y lo que se ha dicho, Ay del mundo por los escándalos (Mateo 18, 7); si acaso se infiltran furtivamente pequeñas faltas, con las que la debilidad humana es sorprendida, no debe faltar el consejo. Porque en esta vida mortal, ese grado de fortaleza no puede tanto, que quien lucha continuamente con el adversario más astuto, no sea herido alguna vez: especialmente por las tentaciones de la lengua, donde si alguien dice a su hermano, Fatuo; será reo del fuego del infierno (Mateo 5, 22). ¿Cuál es entonces el consejo, sino lo que el Señor dice, Perdonen, y se les perdonará (Lucas 6, 37)? Y por eso, así como en los grados que aprendemos por Isaías, el quinto es el consejo; así en el Evangelio, en esas alabanzas de bienaventuranza, en quinto lugar se pone, Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia. El sexto es el entendimiento en Isaías: donde los corazones se purifican de toda falsedad de vanidad carnal, para que la intención pura se dirija al fin. Por eso, en sexto lugar también el Señor dijo, Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios (Mateo 5, 7, 8). Cuando se ha llegado al fin, ya se permanece, ya se descansa, ya se triunfa en paz segura. ¿Y cuál es el fin, sino Dios Cristo? Porque el fin de la ley es Cristo, para justicia de todo creyente (Romanos 10, 4). ¿Y quién es la sabiduría de Dios, sino Cristo? ¿Y quién es el Hijo de Dios, sino Cristo? En Él, pues, se hacen sabios, y en Él se hacen hijos de Dios, quienesquiera que se hagan: y esta es la paz plena y perpetua. Por eso, cuando en Isaías la séptima es la sabiduría para los que ascienden, desde donde él comenzó a descender enseñando hacia nosotros; también en séptimo lugar el Señor, que nos eleva, puso, Bienaventurados los pacificadores, porque ellos serán llamados hijos de Dios. Teniendo, pues, estas promesas, y tendiendo hacia el Señor por estos grados, soportemos todas las asperezas y durezas de este mundo, y que no nos quiebre su crueldad, la cual, vencida, nos hará gozar en la paz eterna. A esto nos exhorta la octava sentencia, ya que el fin ha sido mostrado, Bienaventurados los que padecen persecución por causa de la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos (Mateo 5, 9, 10).

SERMO CCCXLVIII. Sobre el temor de Dios, II.

CAPÍTULO PRIMERO.

1. La verdadera fortaleza comparada con el temor de Dios. El temor debe ser expulsado por la caridad, no por la vanidad. No dudo, amadísimos hermanos, que el temor de Dios esté implantado en vuestros corazones, para que sean llevados a una verdadera y sólida fortaleza. Porque se dice fuerte aquel que no teme a nadie; es perversamente fuerte quien no quiere temer primero a Dios, para que temiéndolo escuche, escuchándolo ame, y amándolo no tema. Entonces será verdaderamente fortísimo, no por una dureza soberbia, sino por una justicia segura. Así también está escrito, El temor del Señor es esperanza de fortaleza (Proverbios 14, 26). Porque cuando se teme el castigo que amenaza, se aprende a amar la recompensa que promete: y así, por el temor del castigo, se retiene la buena vida; por la buena vida se adquiere una buena conciencia, para que por la buena conciencia no se tema ningún castigo. Por lo tanto, aprenda a temer quien no quiere temer. Aprenda a estar preocupado por un

tiempo, quien siempre quiere estar seguro. Porque como dice Juan, En la caridad no hay temor, sino que la caridad perfecta echa fuera el temor (1 Juan 4, 18). Lo dijo ciertamente, y lo dijo verdaderamente. Si, pues, no quieres tener temor, primero mira si ya tienes la caridad perfecta, que echa fuera el temor. Pero si antes de esa perfección se excluye el temor, la soberbia infla, no la caridad edifica. Porque así como en la buena salud el hambre no se expulsa por el fastidio, sino por el alimento; así en la buena mente el temor no debe ser expulsado por la vanidad, sino por la caridad.

CAPÍTULO II.

2. Examinar cómo se puede carecer de temor por amor. Examina, pues, tu conciencia, quienquiera que ya no quieras temer. No palpés la superficie, desciende en ti mismo, penetra en las profundidades de tu corazón. Investiga diligentemente si no hay allí ninguna vena venenosa que absorba y consuma el amor corruptor del mundo, si no te mueves ni te atrapas por ninguna atracción de la voluptuosidad carnal, si no te inflas con ninguna jactancia vana, si no te agitas con ninguna preocupación de vanidad: atrévete a anunciar que ves puro y claro todo lo que investigas en la conciencia, desde los hechos, las palabras, los pensamientos perversos; si ya no te fatiga la diligencia de la iniquidad, si no se infiltra ninguna negligencia de la equidad. Si estas cosas son así, con razón te alegras, alégrate de estar sin temor. Pero que lo haya excluido la caridad de Dios, a quien amas con todo tu corazón, con toda tu alma, y con toda tu mente. Que lo haya excluido también la caridad del prójimo, a quien amas como a ti mismo: y por eso te esfuerzas para que también él contigo ame a Dios con todo su corazón, con toda su alma, con toda su mente; porque no de otro modo te amas rectamente a ti mismo, sino porque amas a Dios de tal manera que no lo amas menos porque te vuelves hacia ti mismo. Pero si, aunque no te irrites con ninguna codicia dentro de ti mismo (¿quién se atrevería a gloriarse de esto?), sin embargo, si te amas a ti mismo en ti mismo, y te complaces en ti mismo, debes temer esto mismo más intensamente, porque no temes nada. Porque no es cualquier amor el que debe echar fuera el temor, sino el amor recto con el que amamos a Dios con todo, y por eso al prójimo, para que también él ame a Dios de la misma manera. Amarse a sí mismo en sí mismo, y complacerse en sí mismo, no es la caridad de la justicia, sino la vanidad de la soberbia. Por lo tanto, el Apóstol con justa reprensión golpeó a los que se aman a sí mismos y se complacen en sí mismos (2 Timoteo 3, 1-5). La caridad perfecta, pues, echa fuera el temor. Pero debe llamarse caridad, no vileza. ¿Qué hay más vil que un hombre sin Dios? He aquí lo que ama quien se ama a sí mismo no en Dios, sino en sí mismo. Correctamente se le dice, No seas altivo, sino teme (Romanos 11, 20). Porque es altivo, y por eso no teme, ciertamente no teme peligrosamente, quien no está colocado en lo sólido, sino que es llevado por el viento de la soberbia. Ni es manso y piadoso quien se ama a sí mismo en sí mismo y se alaba: sino altivo y feroz, no sabe decir, En el Señor se alabará mi alma; oigan los mansos, y se alegren (Salmo 33, 3). ¿Qué bien ama quien tal vez ama esto mismo porque ama no temer nada? Porque esto puede persuadirse a sí mismo, no por salud, sino por ferocidad. Por ejemplo, hay un ladrón audacísimo, cuanto más perversamente fuerte, tanto más peligrosamente cruel, que por el mismo amor que tiene a no temer nada, trama grandes crímenes, para ejercer lo que ama, y ejerciéndolo, fortalecerlo: cuanto mayores sean sus crímenes, mayor será la audacia de no temer. Por lo tanto, esto no debe ser amado como un gran bien, lo que también puede encontrarse en el peor de los hombres.

3. Epicúreos y estoicos aman carecer de temor, pero de manera perversa. Por lo tanto, deben ser ridiculizados los filósofos de este mundo, no solo los epicúreos, que incluso tienen la justicia misma a la venta, por el precio de la voluptuosidad carnal. Dicen que el sabio debe ser justo para adquirir o mantener la voluptuosidad del cuerpo. Porque también estos se jactan de ser fortísimos, y dicen no temer nada en absoluto: porque tampoco creen que Dios se

preocupe por los asuntos humanos, y creen que después de esta vida consumida no habrá nada más; y si algo adverso les sucede en esta misma vida, se consideran protegidos porque la voluptuosidad del cuerpo, cuando no pueden tenerla en el mismo cuerpo, pueden sin embargo pensarla en el alma, y con esa imaginación se deleitan, y así, custodian la felicidad de la voluptuosidad corporal, incluso contra el ataque del dolor corporal. ¿Acaso no también entre estos la dilección echa fuera el temor? Pero es la dilección de la voluptuosidad más sórdida, o más bien la dilección de la vanidad más vil. Porque cuando el dolor irrumpe y expulsa esa voluptuosidad del cuerpo, por su falsa imagen permanecerá en el alma de la vanidad. Esta vanidad se ama tanto, que cuando el hombre vano la abraza con todas las fuerzas de su corazón, incluso la severidad del dolor se mitiga. Por lo tanto, no solo estos deben ser ridiculizados, sino también los estoicos. Porque estas dos sectas de epicúreos y estoicos, como leemos en los Hechos de los Apóstoles, se atrevieron a lanzar sus humos contra la luz de nuestro Pablo (Hechos 17, 18). Porque también los estoicos se presentan como fortísimos, y no por la voluptuosidad del cuerpo, sino por la virtud del alma, guardan eso mismo de no temer por no temer, hinchados de orgullo, y no sanados por la sabiduría, sino endurecidos por el error. Porque cuanto menos están, más creen que el alma enferma puede ser sanada por ellos mismos. Y creen que esta es la salud del alma, que el sabio no debe compadecerse. Porque si se compadece, dicen, sufre: y lo que sufre, no está sano. ¡Oh, ceguera estúpida! ¿Qué, si sufre menos, cuanto menos sano está? Porque hay diferencia entre no sufrir por salud perfecta: como será el cuerpo y el alma de los santos en la resurrección de los muertos, que estos no creen; porque tienen maestros ignorantes, cuando se tienen a sí mismos. Hay diferencia, pues, entre no sufrir por salud, o por estupor. Porque según la salud de esta mortalidad, la carne sana duele cuando es herida. Así es el alma bien dispuesta según esta vida, que compungida por la miseria del que sufre, se conduce con misericordia. Pero la carne estúpida por una enfermedad más grave, o incluso muerta por la pérdida del espíritu, no duele cuando es herida: así es el alma de estos, que filosofan sin Dios, o más bien se sofocan. Porque así como el cuerpo vive animado por el alma, así el alma vive animada por Dios. Vean, pues, estos que no sufren ni temen, no sea que no estén sanos, sino muertos.

CAPÍTULO III.

4. El temor en el cristiano, uno que debe ser expulsado gradualmente, otro que debe permanecer. Pero que el cristiano tema, antes de que la caridad perfecta eche fuera el temor: crea y entienda que está peregrinando lejos del Señor, mientras vive en el cuerpo que se corrompe y agrava el alma. Cuanto más cerca esté la patria a la que nos dirigimos, menor debe ser el temor. Porque mayor debe ser el temor de los peregrinos, menor el de los que se acercan, ninguno el de los que han llegado. Así el temor conduce a la caridad, y la caridad perfecta echa fuera el temor. Pero que el cristiano tema, no a los que matan el cuerpo, y después no tienen qué hacer; sino a aquel que tiene poder para matar el cuerpo y el alma en el infierno de fuego (Lucas 12, 4, 5). Pero hay otro temor del Señor, casto, que permanece para siempre (Salmo 18, 10). Por lo tanto, la caridad perfecta no lo echa fuera, de lo contrario no permanecería para siempre: ni en vano, cuando se dijo, El temor del Señor, se añadió casto; y así se unió, permaneciendo para siempre. ¿Por qué, sino porque ese temor, que la caridad echa fuera, hiere el alma para que no se pierda algo que se ama en la criatura, o la misma salud y descanso corporal, o algo así después de la muerte? Porque se temen también en los infiernos las penas y dolores y tormentos del infierno. Pero cuando el alma se cuida de que Dios no la abandone, el temor es casto, permaneciendo para siempre. De lo cual hablaría más extensamente, si el sermón ya más largo no me obligara a ahorrar mis fuerzas seniles, y tal vez vuestra saciedad.

SERMO CCCXLIX. Sobre la Caridad, y sobre el ciego iluminado, I.

CAPÍTULO PRIMERO.

1. La caridad es divina y humana. La caridad humana puede ser lícita o ilícita. El Apóstol nos hablaba de la caridad hace poco, cuando se leía su Epístola, y nos la recomendaba de tal manera que entendiéramos que todas las demás cosas, aunque sean grandes dones de Dios, sin ella no sirven de nada. Pero donde está ella, no puede estar sola. Así que también nosotros, a vuestra Caridad, os hablaremos de la caridad. La caridad es divina y humana: la humana puede ser lícita o ilícita. De estas tres caridades o amores, pues tiene dos nombres en latín, lo que en griego se llama *ἀγάπη*, hablaré según lo que el Señor me conceda. Esta es mi primera división: dije que hay una caridad humana y otra divina; y la humana la dividí en dos, una lícita y otra ilícita. Primero hablaré de la humana lícita, que no se reprueba; luego de la humana ilícita, que se condena; y por último de la divina, que nos lleva al reino.

CAPÍTULO II.

2. De la caridad humana lícita. Para insinuarlo brevemente, la caridad humana es lícita cuando se ama a la esposa; es ilícita cuando se ama a una prostituta o a la esposa ajena. En el foro y en las plazas se prefiere la caridad lícita a la prostituta: en la casa de Dios, en el templo de Dios, en la ciudad de Cristo, en el cuerpo de Cristo, incluso el amor a la prostituta lleva al amante al infierno. Tened, pues, una caridad lícita: es humana, pero, como dije, es lícita. No solo es lícita en el sentido de que se permite, sino que es tan lícita que si falta, se reprueba. Podéis amar con caridad humana a vuestras esposas, a vuestros hijos, a vuestros amigos, a vuestros conciudadanos. Todos estos nombres tienen un vínculo de parentesco y un cierto pegamento de caridad. Pero veis que esta caridad puede ser también de los impíos, es decir, de los paganos, judíos, herejes. ¿Quién de ellos no ama a su esposa, a sus hijos, a sus hermanos, a sus vecinos, a sus parientes, a sus amigos, etc.? Esta es, pues, humana. Si alguien se deja llevar por tal crueldad que pierde incluso el afecto humano de amor, y no ama a sus hijos, y no ama a su esposa, no debe ser contado entre los hombres. No se alaba al que ama a sus hijos; se condena al que no los ama. Aún más, que vea con quién debe tener este amor en común. Las fieras aman a sus hijos: las serpientes aman a sus hijos, los tigres aman a sus hijos, los leones aman a sus hijos. No hay bestia que no murmure dulcemente a sus hijos. Pues cuando aterroriza a los hombres, cuida a sus pequeños. El león ruga en los bosques para que nadie pase: entra en la cueva donde tiene a sus hijos, y deja toda su rabia de ferocidad. La deja afuera, cuando él mismo no entra. Así que quien no ama a sus hijos es peor que un león. Estas cosas son humanas, y son lícitas.

CAPÍTULO III.

3. Del amor ilícito. Miembros de Cristo. Evitad el amor ilícito. Sois miembros de Cristo, y sois el cuerpo de Cristo. Escuchad al Apóstol y temed. No pudo decirlo de manera más grave, no pudo disuadir más vehementemente, no pudo advertir más agudamente a los cristianos del amor a la fornicación, sino cuando dijo: ¿Tomaré, pues, los miembros de Cristo y los haré miembros de una prostituta? Para decir esto, antes dijo: ¿No sabéis que el que se une a una prostituta, se hace un solo cuerpo con ella? Y dio testimonio de la Escritura que dice: Serán dos en una sola carne (1 Cor. VI, 15, 16, y Gén. II, 24). Esto se dijo divinamente, pero sobre el hombre y la esposa donde es lícito, donde se permite, donde es honesto; no donde es vergonzoso, no donde es ilícito, no donde es condenable por toda razón. Así como se hace una sola carne en la unión lícita del hombre y la esposa, así se hace una sola carne en la unión ilícita de la prostituta y el amante. Cuando, pues, se hace una sola carne, que te aterre, que te

horrorice lo que añadió: ¿Tomaré, pues, los miembros de Cristo? Considera los miembros de Cristo, cristiano: no consideres los miembros de Cristo en otro, considéralos en ti, que fuiste comprado con la sangre de Cristo. ¿Tomaré, pues, los miembros de Cristo y los haré miembros de una prostituta? Quien no teme esto, teme a Dios.

CAPÍTULO IV.

4. La caridad divina no tolera el amor ilícito de la prostituta. Os ruego, os ruego, hermanos míos: supongamos, lo que no es, que Dios ha prometido impunidad a tales personas, y ha dicho: A los que hagan tales cosas, les tendré misericordia, no los condenaré. Supongamos que Dios ha dicho esto. Incluso con la promesa de impunidad, ¿alguien toma los miembros de Cristo y los hace ya miembros de una prostituta? No lo hace, si está allí el tercer amor divino. Pues he mencionado tres amores: prometí que hablaría de los tres, según lo que el Señor me concediera; del humano lícito, del humano ilícito, de aquel excelente y divino. Preguntemos a la caridad divina, y pongamos ante ella dos caridades humanas, y digámosle: He aquí la caridad humana lícita, con la que se ama a la esposa, y a las hijas y otras relaciones seculares: he aquí otra ilícita, con la que se ama a la prostituta, con la que se ama a la esclava ajena, con la que se ama a la hija ajena no pedida, no prometida, con la que se ama a la esposa ajena. Dos caridades están ante ti; ¿con cuál de ellas quieres permanecer? Quien elige permanecer con la humana lícita, no permanece con la humana ilícita. Que nadie diga: Tengo ambas. Si tienes ambas admitiendo en ti el amor de la prostituta, haces injuria como a una matrona, que habita allí, a la caridad divina. Pues creo que si eres un hombre casado, y amas a una prostituta, no llevas a la prostituta a tu casa para que habite con tu matrona. No llegas a tanto. Buscas las tinieblas, buscas los escondites, no profesas la deshonra. Pero incluso los que no tienen esposas, y son amantes de prostitutas como más libremente (por eso dije, Como, porque también ellos son condenados, si ya son fieles); creo que incluso un joven que aún no tiene esposa, si ama a una prostituta, no la hace habitar con su hermana, no la hace habitar con su madre, para no hacer injuria a la pudicia humana, para no ofender el decoro de su sangre. Si, pues, no haces habitar a la prostituta, a la que amas, con tu madre, con tu hermana, para no, como dije, ofender el decoro de tu sangre; ¿haces habitar en tu corazón el amor de la prostituta con el amor de Dios, y ofendes el decoro de la sangre de Cristo?

CAPÍTULO V.

5. Clamar con amor a la luz interna viviendo bien. Contradicción del mundo. Amad a Dios, no encontráis nada mejor. Amáis la plata, porque es mejor que el hierro y el bronce: amáis más el oro, porque es mejor que la plata: amáis más las piedras preciosas, porque superan incluso el precio del oro: amáis finalmente esta luz, que teme dejar todo el que teme la muerte; amáis, digo, esta luz, como la deseaba con un amor inmenso aquel que clamaba tras Jesús, Hijo de David, ten misericordia de mí. Clamaba el ciego al pasar Cristo. Temía que pasara y no lo sanara. ¿Y cuánto clamaba? Para que, aunque la multitud lo prohibiera, no callara. Venció al contradictor, retuvo al Salvador. Con la multitud que lo obstaculizaba y le prohibía clamar, Jesús se detuvo, lo llamó y le dijo: ¿Qué quieres que te haga? Señor, dijo, que vea. Mira, tu fe te ha salvado (Luc. XVIII, 38-42). Amad a Cristo; deseáis la luz, que es Cristo. Si aquel deseó la luz del cuerpo, ¿cuánto más debéis desear la luz del corazón? A él clamemos, no con voces, sino con costumbres. Vivamos bien, despreciemos el mundo: nada sea para nosotros todo lo que pasa. Nos reprocharán, cuando vivamos así, como amantes nuestros hombres seculares, amantes de la tierra, sabios en polvo, que no sacan nada del cielo, que captan las auras libres con el corazón, con la nariz: sin duda nos reprocharán, y dirán, si nos ven despreciar estas cosas humanas, estas cosas terrenales: ¿Qué te pasa? ¿Qué locura es esta? Esa es la multitud que contradice, para que el ciego no clame. Y hay algunos

cristianos que prohíben vivir cristianamente: porque también esa multitud caminaba con Cristo, y prohibía al hombre que clamaba a Cristo y deseaba la luz, el beneficio de Cristo mismo. Hay tales cristianos: pero venzámoslos, vivamos bien; y que nuestra vida sea nuestra voz a Cristo. Se detendrá; porque está.

CAPÍTULO VI.

6. El paso de Cristo. Pues también allí hay un gran misterio. Estaba pasando cuando aquel clamaba: cuando lo sanó, se detuvo. Que el paso de Cristo nos haga atentos a clamar. ¿Cuál es el paso de Cristo? Todo lo que sufrió temporalmente por nosotros es su paso. Nació, pasó: ¿acaso sigue naciendo? Creció, pasó: ¿acaso sigue creciendo? Mamó: ¿acaso sigue mamando? Cansado, durmió: ¿acaso sigue durmiendo? Comió y bebió: ¿acaso sigue haciendo esto? Finalmente fue apresado, atado, azotado, coronado de espinas, golpeado con bofetadas, cubierto de escupitajos, colgado en el madero, muerto, herido con una lanza, sepultado, resucitó: aún pasa. Ascendió al cielo, se sienta a la derecha del Padre: se detuvo. Clama cuanto puedas: ahora te ilumina. Pues también en lo que era el Verbo con Dios, ciertamente estaba, porque no cambiaba. Y el Verbo era Dios: y el Verbo se hizo carne. La carne hizo muchas cosas y sufrió por el paso: el Verbo estaba. Por el mismo Verbo se ilumina el corazón; porque por el mismo Verbo se honra la carne que asumió. Quita el Verbo, ¿qué es la carne? Lo mismo que la tuya. Pero para que la carne de Cristo sea honrada, el Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros (Juan I, 1, 14). Clamemos, pues, y vivamos bien.

CAPÍTULO VII.

7. Amar a los padres, pero más a Cristo. Amad a vuestros hijos, amad a vuestras esposas, aunque sea secularmente. Pues debéis amarlos según Cristo, para que les aconsejéis según Dios, y no améis en ellos sino a Cristo, y odiéis en los vuestros si no quieren tener a Cristo. Esa es la caridad divina. Pues ¿de qué les servirá vuestra caridad transitoria y mortal? Sin embargo, cuando los amáis humanamente, amad más a Cristo. No digo que no ames a tu esposa; pero ama más a Cristo. No digo que no ames a tu padre, no digo que no ames a tus hijos; pero ama más a Cristo. Escucha a aquel que dice, para que no pienses que estas son mis palabras: El que ama a padre o madre más que a mí, no es digno de mí (Mat. X, 37). Cuando escuchas, No es digno de mí, ¿no temes? De quien dice Cristo, No es digno de mí, no está con él: quien no estará con él, ¿dónde estará? Si no amas estar con él, teme estar sin él. ¿Por qué temer estar sin él? Porque estarás con el diablo, si no estás con Cristo. ¿Y dónde estará el diablo? Escucha al mismo Cristo: Id al fuego eterno, preparado para el diablo y sus ángeles (Mat. XXV, 41). Si no te enciendes con el fuego del cielo, teme el fuego del infierno. Si no amas estar entre los Ángeles de Dios, teme estar entre los ángeles del diablo. Si no amas estar en el reino, teme estar en el horno de fuego ardiente, inextinguible, eterno. Que primero te venza el temor, y habrá amor. Que el temor sea tu pedagogo, no permanezca en ti, sino que te lleve a la caridad, como a un maestro.

SERMO CCCL. De la Caridad, II.

1. Alabanza de la caridad. Por ella se comprende sin error la doctrina divina, se guarda sin esfuerzo. Mandamiento nuevo que hace al hombre nuevo. La abundancia múltiple y la doctrina amplísima de las Escrituras divinas, hermanos míos, la comprende sin error y la guarda sin esfuerzo aquel cuyo corazón está lleno de caridad: dice el Apóstol, La plenitud de la ley es la caridad (Rom. XIII, 10); y en otro lugar, El fin del mandamiento es la caridad de corazón puro, y de buena conciencia, y de fe no fingida (1 Tim. I, 5). ¿Cuál es, pues, el fin del mandamiento, sino el cumplimiento del mandamiento? ¿Y qué es el cumplimiento del

mandamiento, sino la plenitud de la ley? Lo que, pues, dijo allí, La plenitud de la ley es la caridad; también lo dijo aquí, El fin del mandamiento es la caridad. Y de ningún modo se puede dudar que el templo de Dios es el hombre, en quien habita la caridad. Dice también Juan, Dios es caridad (1 Juan IV, 8). Los Apóstoles, al decir esto y al recomendarnos la excelencia de la caridad, no pudieron sino eructar lo que habían comido. Pues el mismo Señor, alimentándolos con la palabra de verdad, con la palabra de caridad, que es el mismo pan vivo que descendió del cielo, dice: Un mandamiento nuevo os doy, que os améis unos a otros: Y de nuevo, En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si os amáis unos a otros (Juan XIII, 34, 35). Pues aquel que vino a destruir la corrupción de la carne por la burla de la cruz, y a disolver la vejez del vínculo de nuestra muerte con la novedad de su muerte, con un mandamiento nuevo hizo al hombre nuevo. Pues era cosa vieja que el hombre muriera. Para que no prevaleciera siempre en el hombre, se hizo cosa nueva que Dios muriera. Pero como murió en la carne, no en la divinidad, por la vida eterna de la divinidad no permitió que fuera eterno el fin de la carne. Así que, como dice el Apóstol, Murió por nuestros delitos, y resucitó por nuestra justificación (Rom. IV, 25). Quien, pues, contra la vejez de la muerte trajo la novedad de la vida, él mismo contra el viejo pecado opone el nuevo mandamiento. Por tanto, quien quiera extinguir el viejo pecado, extingue la codicia con el nuevo mandamiento, y abraza la caridad. Pues así como la raíz de todos los males es la codicia; así también la raíz de todos los bienes es la caridad.

2. Con la caridad se posee toda la doctrina de las Escrituras. Toda la magnitud y amplitud de los discursos divinos la posee con seguridad la caridad, con la que amamos a Dios y al prójimo. Pues nos enseña un solo Maestro celestial, y dice: Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente; y amarás a tu prójimo como a ti mismo. De estos dos mandamientos depende toda la Ley y los Profetas (Mat. XXII, 37-40). Si, pues, no hay tiempo para escudriñar todas las páginas sagradas, para desentrañar todos los envoltorios de los discursos, para penetrar todos los secretos de las Escrituras; ten la caridad, donde penden todas las cosas: así tendrás lo que allí aprendiste; tendrás también lo que aún no aprendiste. Pues si conoces la caridad, conoces algo de lo que pende aquello que quizás no conoces: y en lo que entiendes de las Escrituras, la caridad es evidente; en lo que no entiendes, la caridad está oculta. Así que aquel que tiene la caridad en las costumbres, tiene tanto lo que es evidente como lo que está oculto en los discursos divinos.

3. Prosigue el elogio de la caridad. Por tanto, hermanos, seguid la caridad, dulce y saludable vínculo de las mentes, sin la cual el rico es pobre, y con la cual el pobre es rico. Esta en las adversidades tolera, en las prosperidades modera; en las duras pasiones es fuerte, en las buenas obras es alegre; en la tentación es segurísima, en la hospitalidad es amplísima; entre los verdaderos hermanos es felicísima, entre los falsos es pacientísima. En Abel es grata por el sacrificio, en Noé es segura por el diluvio, en las peregrinaciones de Abraham es fidelísima, en Moisés es lenísima entre las injurias, en David es mansuetísima en las tribulaciones. En los tres jóvenes espera inocentemente los fuegos blandos: en los Macabeos soporta valientemente los fuegos crueles. Casta en Susana hacia su esposo, en Ana después de su esposo, en María sin esposo. Libre en Pablo para reprender, humilde en Pedro para obedecer: humana en los cristianos para confesar, divina en Cristo para perdonar. Pero ¿qué puedo decir yo de la caridad más grande o más abundante que las alabanzas que el Señor resuena por boca del Apóstol, mostrando el camino más excelente y diciendo: Si hablo en lenguas humanas y angélicas, pero no tengo caridad, soy como un bronce que resuena, o un címbalo que retíne. Y si tengo profecía, y entiendo todos los misterios, y toda la ciencia, y si tengo toda la fe, de tal manera que traslade montañas, pero no tengo caridad, nada soy. Y si distribuyo todos mis bienes, y si entrego mi cuerpo para ser quemado, pero no tengo caridad,

de nada me sirve. La caridad es magnánima, la caridad es benigna. La caridad no tiene envidia, no actúa con soberbia, no se envanece, no se comporta indecorosamente, no busca lo suyo, no se irrita, no piensa mal, no se alegra de la injusticia, se goza con la verdad. Todo lo soporta, todo lo cree, todo lo espera, todo lo sufre, la caridad nunca falla (1 Cor. XIII, 1-8). ¿Cuán grande es esta? Alma de las letras, virtud de la profecía, salvación de los sacramentos, fundamento de la ciencia, fruto de la fe, riqueza de los pobres, vida de los moribundos. ¿Qué tan magnánima es, que muere por los impíos? ¿Qué tan benigna es, que ama a los enemigos? Es la única que no se deprime por la felicidad ajena, porque no tiene envidia. Es la única que no se exalta por su propia felicidad, porque no se envanece. Es la única que no es punzada por una mala conciencia, porque no actúa con soberbia. Segura entre los oprobios, benéfica entre los odios: pacífica entre las iras, inocente entre las insidias: gimiendo entre las iniquidades, respirando en la verdad. ¿Qué hay más fuerte que ella, no para devolver, sino para no preocuparse por las injurias? ¿Qué hay más fiel que ella, no a la vanidad, sino a la eternidad? Pues por eso soporta todo en la vida presente, porque cree todo sobre la vida futura; y soporta todo lo que aquí se le impone, porque espera todo lo que allí se le promete: con razón nunca falla. Por tanto, seguid la caridad, y pensando santamente en ella, llevad frutos de justicia. Y cualquier cosa más abundante que yo haya podido decir, que encontréis en sus alabanzas, que aparezca en vuestras costumbres. Pues es necesario que el discurso de un anciano no solo sea grave, sino también breve.

SERMO CCCLI. De la utilidad de hacer penitencia, I.

CAPÍTULO PRIMERO.

1. La humildad de la penitencia es tan necesaria. A Dios excelso se le acerca con humildad. ¿Para qué se dio la ley? Qué tan útil y necesaria es la medicina de la penitencia, lo entienden fácilmente los hombres que recuerdan que son humanos. Pues está escrito: Dios resiste a los soberbios, pero da gracia a los humildes (Santiago IV, 6). Y el Señor en el Evangelio dice: Porque el que se ensalza será humillado; y el que se humilla será ensalzado: y el publicano, preocupado por la confesión de sus pecados, descendió del templo más justificado que el fariseo, seguro de la enumeración de sus méritos. Aunque él también dio gracias a Dios, diciendo: Te doy gracias, Dios, porque no soy como los demás hombres, injustos, adúlteros, ladrones; como este publicano. Ayuno dos veces por semana, doy diezmos de todo lo que poseo: sin embargo, fue preferido aquel que se mantenía a distancia, ni siquiera se atrevía a levantar los ojos al cielo, sino que golpeaba su pecho, diciendo: Dios, sé propicio a mí, pecador (Lucas XVIII, 10-14). Pues aquel fariseo no se alegraba tanto de su propia salud como de la comparación con las enfermedades ajenas. Sin embargo, le habría sido más útil, ya que había venido al médico, mostrar confesando aquello de lo que estaba enfermo, que disimular sus heridas y atreverse a gloriarse de las cicatrices ajenas. No es de extrañar, entonces, que el publicano se fuera más curado, ya que no le avergonzó mostrar lo que le dolía. En las cosas visibles, para alcanzar lo alto, uno se eleva: pero Dios, siendo el más excelso de todos, se alcanza no con elevación, sino con humildad. Por eso el profeta dice: El Señor está cerca de los que tienen el corazón quebrantado (Salmo XXXIII, 19). Y de nuevo: El Señor es excelso, y mira a los humildes, y a los altivos los conoce de lejos (Salmo CXXXVII, 6). Puso a los altivos como los soberbios. A aquellos, pues, los mira para elevarlos; a estos los conoce para derribarlos. Pues cuando dice que conoce a los altivos de lejos, muestra suficientemente que atiende de cerca a los humildes: sin embargo, predijo que el mismo Señor es excelso. Pues solo Dios no es arrogante, por más que se alabe con predicación. No piense, entonces, que la soberbia se oculta de los ojos de Dios: pues Dios conoce a los altivos. Ni piense que está unida a Dios: pues a los altivos los conoce de lejos.

Por tanto, quien rehúsa la humildad de la penitencia, no piensa en acercarse a Dios. Pues una cosa es elevarse hacia Dios; otra es elevarse contra Dios. Quien se postra ante Él, es levantado por Él: quien se eleva contra Él, es derribado por Él. Una cosa es la solidez de la grandeza, otra es la vacuidad de la inflación. Quien se hincha por fuera, se consume por dentro. Quien elige ser rechazado en la casa de Dios, más que habitar en las tiendas de los pecadores; Dios lo elige para que habite en sus atrios; y aquel que no se atribuye nada a sí mismo, lo asume en el asiento de la bienaventuranza. Por eso en el Salmo se canta suavemente y verdaderamente: Bienaventurado el hombre cuya ayuda eres tú, Señor. No pienses que quien se humilla siempre permanecerá postrado; pues se ha dicho: Será exaltado. Y no pienses que su exaltación se hará ante los ojos de los hombres por sublimidades corporales; pues cuando dijo: Bienaventurado el hombre cuya ayuda eres tú, Señor; añadió consecuentemente y mostró la altura espiritual de esa misma ayuda: Los ascensos, dice, dispuso en su corazón en el valle de las lágrimas, en el lugar que dispuso. ¿Dónde, pues, dispuso los ascensos? En el corazón, en el valle de las lágrimas. Esto es, Quien se humilla, será exaltado. Pues así como el ascenso indica exaltación; así el valle indica humildad, y el valle lágrimas. Pues así como el dolor es compañero de la penitencia; así las lágrimas son testigos del dolor. Muy bien sigue, y dice: Pues dará bendición, quien dio la ley (Salmo LXXXIII, 11, 6, 7, 8). Pues la ley fue dada para mostrar las heridas de los pecados, que la bendición de la gracia sanaría. La ley fue dada para hacer conocer al soberbio su debilidad, y aconsejar penitencia al débil. La ley fue dada para que dijéramos en el valle de las lágrimas: Veo otra ley en mis miembros que lucha contra la ley de mi mente, y me lleva cautivo a la ley del pecado que está en mis miembros: y con ese mismo llanto clamáramos: ¡Infeliz de mí! ¿quién me librerá de este cuerpo de muerte? y nos socorriera, escuchando aquel que levanta a los caídos, libera a los cautivos, ilumina a los ciegos (Salmo CXLV, 7, 8), la gracia de Dios por Jesucristo nuestro Señor (Rom. VII, 23, 25).

CAPÍTULO II.

2. Tres tipos de penitencia. La primera penitencia, antes del Bautismo. Hay tres acciones de penitencia, que vuestra Erudición reconoce conmigo. Son habituales en la Iglesia de Dios, y conocidas por quienes prestan atención diligente. Una es la que engendra al hombre nuevo, hasta que por el Bautismo se realice la salvadora ablución de todos los pecados pasados: para que, como en el nacimiento de un niño, pasen los dolores que urgían las entrañas para el parto, y la tristeza sea seguida por la alegría. Pues todo aquel que ya es árbitro de su voluntad, cuando se acerca a los Sacramentos de los fieles, si no se arrepiente de su vida pasada, no puede comenzar una nueva. De esta penitencia, cuando se bautizan, solo los niños están exentos: pues aún no pueden usar el libre albedrío. Sin embargo, para ellos, la fe de aquellos que los presentan les beneficia para la consagración y remisión del pecado original; para que cualquier mancha de delitos que hayan contraído por otros, de quienes nacieron, sea purgada también por la interrogación y respuesta de otros. Pues muy verdaderamente se lamenta en los Salmos: He aquí que en iniquidad fui concebido, y en pecado me alimentó mi madre en el vientre (Salmo L, 7). También está escrito que no hay nadie puro ante Dios, ni siquiera el niño cuya vida es de un solo día sobre la tierra (Job XIV, 4, según LXX). Exceptuando, pues, a tales, de cuyo orden y mérito en aquella futura suerte de los santos que se promete, querer investigar más excede la medida humana; sin embargo, se cree piadosamente que les beneficia para la salvación espiritual, lo que se guarda con tan firme solidez por la autoridad eclesiástica en todo el orbe de la tierra: de los demás hombres, ninguno pasa a Cristo, para comenzar a ser lo que no era, si no se arrepiente de haber sido lo que era. Esta primera penitencia se prescribe a los judíos, diciendo el apóstol Pedro: haced penitencia, y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de nuestro Señor Jesucristo (Hechos II, 38). Tal fue

ordenada por el mismo Señor, cuando decía: Haced penitencia, porque el reino de los cielos se ha acercado (Mateo IV, 17). De esta también Juan el Bautista, lleno del Espíritu Santo, precursor y preparador del camino del Señor, dice así: Generación de víboras, ¿quién os enseñó a huir de la ira venidera? Haced, pues, fruto digno de penitencia (Id. III, 7, 8).

CAPÍTULO III.

3. Otra penitencia que es de todos aquí y perpetua. Debemos arrepentirnos de esta vida, porque está sujeta a la corrupción y a las tentaciones. La otra penitencia es aquella cuya acción debe ser soportada con perpetua humildad de súplica durante toda esta vida, en la que vivimos en carne mortal. Primero, porque nadie desea la vida eterna, incorruptible e inmortal, si no se arrepiente de esta vida temporal, corruptible y mortal. Pues no es que uno nazca a la vida nueva por la santificación del Bautismo, de modo que así como allí deposita todos los pecados pasados, también deposite inmediatamente la misma mortalidad y corrupción de la carne. Si no es así, queda que lo que está escrito, que también cada uno siente en sí mismo aún, mientras está en esta vida, el cuerpo que se corrompe pesa sobre el alma, y la morada terrena deprime el sentido que piensa en muchas cosas (Sab. IX, 15). Lo cual no será en aquella bienaventuranza, cuando la muerte sea absorbida en victoria (I Cor. XV, 54); ¿quién duda que en cualquier felicidad temporal en la que nos encontremos, debemos arrepentirnos de esta vida, para correr con toda avidez hacia aquella incorruptibilidad? Pues de ahí es que también el Apóstol dice: Mientras estamos en el cuerpo, peregrinamos lejos del Señor: porque caminamos por fe, no por vista (II Cor. V, 6, 7). ¿Quién, pues, se apresura y desea regresar a la patria, y contemplar aquella vista que es cara a cara, sino aquel a quien le ha dolido su peregrinación? De este dolor del penitente, también aquella voz miserable estalla y suena: ¡Ay de mí! porque mi peregrinación se ha hecho larga. Y no pienses que quien habla así aún no es fiel, mira lo que sigue: Habité en las tiendas de Cedar: con los que odian la paz, yo era pacífico; cuando les hablaba, me atacaban mucho (Salmo CXIX, 5-7). No solo son palabras de un hombre fiel, sino también de un evangelista muy firme y mártir muy fuerte. Pues de ahí es también aquello del Apóstol: Sabemos que si nuestra casa terrena de esta morada se disuelve, tenemos una edificación de Dios, una casa no hecha por manos, eterna en los cielos. Pues en esto gemimos, deseando ser revestidos de nuestra morada celestial: si es que, vestidos, no seamos hallados desnudos. Pues los que estamos en esta morada, gemimos cargados, en lo cual no queremos ser despojados, sino revestidos, para que lo mortal sea absorbido por la vida (II Cor. V, 1-4). ¿Qué, pues, deseamos, sino no ser como ahora somos? y ¿qué gemimos, sino arrepintiéndonos de ser así? Pero ¿cuándo no seremos así, sino cuando la casa terrena se disuelva, para que obtengamos la morada celestial con la transformación del alma y del cuerpo de todo el hombre? Por lo cual también el santo Job no dijo que hay tentación en esta vida, sino que dijo que esta misma vida es tentación, hablando así: ¿No es acaso tentación la vida humana sobre la tierra? En este lugar también tocó maravillosamente el misterio del hombre caído diciendo: Como un siervo que huye de su señor, y alcanza la sombra (Job VII, 1, 2, según LXX). Pues esta vida no debe llamarse vida, sino sombra de vida. Y no sin razón el fugitivo Adán, después de la ofensa del pecado, se escondió de la faz del Señor, cubierto con hojas de árboles, con las que se oscurecen las sombras, como huyendo de su Señor, como se ha dicho, y alcanzando la sombra.

4. La humildad de la penitencia es necesaria incluso para los justificados. Por más justos que sean, siempre hay motivo de arrepentimiento, no de jactancia. Razón de arrepentimiento para los dispensadores de la palabra de Dios y de los Sacramentos. Todo esto se ha dicho para que nadie, aunque justificado por el Bautismo de los pecados anteriores, se atreva a enorgullecerse, si no comete nada por lo que deba separarse de la comunión del altar, como si ya se jactara de plena seguridad; sino que más bien conserve la humildad, que es casi la única

disciplina cristiana: ni se enorgullezca la tierra y el polvo (Ecli. X, 9), hasta que pase toda esta noche, en la que pasan todas las bestias del bosque, los cachorros de león rugientes, buscando de Dios su alimento (Salmo CIII, 21). En este alimento fue pedido el mismo Job, quien dijo: Tentación es la vida humana sobre la tierra. También el Señor dijo: En esta noche, Satanás ha pedido zarandearos como a trigo (Lucas XXII, 31). ¿Quién, pues, de mente sana no gemirá? ¿A quién no le desagrada ser así por el arrepentimiento? ¿Quién no se presenta suplicante con toda humildad al auxilio divino, hasta que pase toda esta materia de tentaciones y sombra terrena: y aquel que nunca falla, también nos ilumine con el día eterno, y descubra las cosas ocultas de las tinieblas, y manifieste los pensamientos del corazón, y entonces la alabanza será para cada uno de Dios (I Cor. IV, 5)? Luego, aunque alguien se gloríe de tener su cuerpo tan dominado, que crucificado al mundo, castigue sus miembros reducidos a servidumbre, para que el pecado no reine en su cuerpo mortal, para obedecer a sus deseos; adore al único y verdadero Dios, no entregado a ningún rito de ídolos, no atrapado en ningún culto de demonios, no tomando en vano el nombre del Señor su Dios, esperando con certeza el descanso eterno, rindiendo el debido honor a sus padres, ni cruel por homicidio, ni manchado por fornicación, ni fraudulento por robo, ni duplicado por mentira, ni sucio por la codicia de la propiedad o esposa ajena; no se disipe en sus propias cosas por la lujuria, ni se seque por la avaricia; no sea contencioso, no sea injurioso, no sea maldiciente; venda finalmente todas sus cosas, y las dé a los pobres, y siga a Cristo, y clave la raíz de su corazón en el tesoro celestial: ¿qué parece que se puede añadir a una justicia tan plena? sin embargo, no quiero que se gloríe. Entienda que todo esto le ha sido concedido, no que provenga de él. Pues ¿qué tiene que no haya recibido? Y si lo recibió, ¿por qué se gloria, como si no lo hubiera recibido (Ibid., 7)? Distribuya ciertamente el dinero del Señor: consulte al prójimo, como siente que se le ha consultado a él. Y no piense que es suficiente conservar íntegro lo que ha recibido, para que no se le diga: Siervo malo y perezoso, debías haber dado mi dinero, y yo al venir lo exigiría con intereses: para que no se le quite lo que ha recibido, para que no sea arrojado a las tinieblas exteriores (Mateo XXV, 26-30). ¿Qué castigo tan vehemente deben temer aquellos que pueden conservar íntegro lo que han recibido; qué esperanza tienen aquellos que lo desperdician impiamente y con maldad? Por tanto, este se moverá en las cosas humanas, no atado al oficio de adquisición carnal, sino espiritual; no obligado a los negocios seculares, pero porque milita para Dios, no torpe y abatido por la ociosidad de la pereza. Dé, pues, si puede, todas sus limosnas con alegría, ya sea que erogue algo para las necesidades carnales de los pobres, o cuando como dispensador del pan celestial construya invictos campamentos contra el diablo en los corazones de los creyentes. Pues Dios ama al dador alegre (II Cor. IX, 7). No se quiebre, pues, por el tedio en las dificultades de las cosas, que es necesario que existan, para que se muestre al hombre lo que es el hombre. No se infiltre la ira en él que ataca odiosamente, o pide inoportunamente obligado por la necesidad; o exige indiferentemente que se le ayude en su negocio, cuando tú estás ocupado en uno mayor; o resiste con ciega avaricia a la palabra de manifiesta justicia, o con miserable lentitud. No dé nada más ni menos de lo que es necesario: no hable más de lo que es necesario, o cuando incluso no es necesario. Pues hermosos son los pies de los que anuncian la paz, de los que anuncian cosas buenas (Rom. X, 15). Pero sin embargo, en la tierra seca contraen polvo, que ciertamente se sacude en juicio de aquellos que con voluntad perversa desprecian esta exhibición. No solo, pues, por la misma mortalidad de esta vida y la ignorancia, y por la maldad del día, que ojalá fuera suficiente, como se ha dicho de ella, Basta al día su propio mal (Mateo VI, 34); que se nos manda soportar y llevar, hasta que pase, y soportar a Dios actuando virilmente, para que llevemos fruto con paciencia: sino también por el mismo polvo de este mundo, que se adhiere a los pies de los que consultan en los caminos de la consulta, y los daños que ocurren en la misma acción de la dispensación más ocupada,

que el Señor conceda que se compensen con mayores ganancias, debemos tener penitencia diaria.

5. Pecados cotidianos de los laicos. Uso del matrimonio, cuándo es inculpable. Pero si esto lo deben los dispensadores de la palabra de Dios y ministros de sus Sacramentos, soldados de Cristo; cuánto más la multitud de asalariados y cierta provincia del gran rey. Para no ofender con la falsa sospecha de avaricia, aquel fiel y valiente apóstol Pablo, trabajó con sus propias manos: y donde faltó el sustento necesario, dijo: "A otras Iglesias despojé, recibiendo de ellas salario para servirlos" (II Cor. XI, 8). Cuánto más, entonces, las Iglesias provinciales, obligadas a negocios seculares, deben hacer penitencia diaria. Aunque deben ser inmunes, puros e íntegros de robos, fraudes, adulterios, fornicaciones, toda lujuria, crueldad de odios, pertinacia de enemistades, toda fealdad de idolatría, frivolidad de espectáculos, impía vanidad de herejías y cismas, y de todos estos crímenes y delitos semejantes: sin embargo, debido a la administración de asuntos familiares y los estrechísimos lazos del matrimonio, pecan tanto que no parecen ser salpicados por el polvo de este mundo, sino cubiertos de lodo. Esto es lo que el Apóstol les dice: "Ya es una falta en vosotros que tengáis pleitos entre vosotros. ¿Por qué no sufrís más bien la injusticia? ¿Por qué no os dejáis más bien defraudar? Pues es execrable que, por algunos, añade y dice: 'Pero vosotros cometéis injusticia y defraudáis, y esto a los hermanos'" (I Cor. VI, 7, 8). Exceptuando las injusticias y fraudes, dice que el mismo hecho de tener pleitos y litigios entre ellos sobre asuntos seculares es una falta: lo cual, sin embargo, aconseja soportar, si al menos tales litigios se resuelven por juicio eclesiástico. De aquí también aquello: "El que está sin esposa, se preocupa de las cosas del Señor, de cómo agradar al Señor; pero el que está casado, se preocupa de las cosas del mundo, de cómo agradar a su esposa". Lo cual también nota de la mujer de manera similar. O aquello cuando dice: "Y volved a lo mismo, para que no os tiente Satanás por vuestra incontinencia". Para demostrar que esto es pecado, pero concedido a la debilidad, añadió inmediatamente: "Esto lo digo como concesión, no como mandato" (Id. VII, 32, 33, 5, 6). Solo por la causa de procrear es inculpable la unión de ambos sexos. Cuántos otros pecados hay, ya sea al hablar de asuntos y negocios ajenos que no te conciernen; ya sea en risas vanas, cuando está escrito: "El necio alza su voz en la risa, pero el sabio apenas sonríe en silencio" (Ecli. XXI, 23); ya sea en los mismos alimentos, que se preparan para la necesidad de sustentar esta vida, el apetito más ávido e immoderado, a menudo testificando el exceso con la indigestión del día siguiente; ya sea en la compra y venta de cosas, los deseos perversos de caridad y vileza. Es tedioso recoger todo, lo cual cada uno comprende y reprende más ciertamente en sí mismo, si no descuida atender al espejo de las Escrituras divinas. Aunque cada uno de estos no se sienta herido por una herida mortal, como el homicidio y el adulterio, o cosas semejantes: sin embargo, todos juntos, como la sarna, cuanto más numerosos son, matan, o exterminan nuestra dignidad de tal manera que nos separan de los castísimos abrazos de aquel esposo hermoso más que los hijos de los hombres (Sal. XLIV, 3), a menos que se sequen con el medicamento de la penitencia diaria.

6. Todos contraemos pecados cotidianos por la debilidad de la carne. Lucha del alma cristiana. Pero si esto es falso, ¿por qué golpeamos diariamente nuestros pechos? Lo cual también hacemos nosotros, los obispos, al asistir al altar con todos. ¿Por qué también al orar decimos, lo cual en toda esta vida debemos decir: "Perdona nuestras deudas, como también nosotros perdonamos a nuestros deudores" (Mat. VI, 12)? No pedimos que se nos perdonen aquellas que ya creemos perdonadas en el Bautismo, de lo cual dudamos en la fe: sino que ciertamente decimos esto por los pecados cotidianos, por los cuales también cada uno, según sus fuerzas, no cesa de ofrecer sacrificios de limosnas, ayunos, y las mismas oraciones y súplicas. Cualquiera que, por lo tanto, se atiende diligentemente a sí mismo, sin seducirse con

ninguna adulación, entiende suficientemente con cuán gran peligro de muerte eterna, y con cuánta escasez de justicia perfecta peregrina del Señor; aunque ya en Cristo, es decir, en el camino, intenta regresar. Pues si no tenemos pecados, y golpeando nuestros pechos decimos: "Perdona nuestras deudas"; ciertamente pecamos gravemente y sin duda, cuando mentimos entre los mismos Sacramentos. Por lo tanto, en cuanto nos conectamos con nuestro Dios por la fe, la esperanza y la caridad, y lo imitamos en cuanto podemos, no pecamos, sino que somos hijos de Dios: pero en cuanto, por la ocasión de la debilidad carnal, porque aún no ha sido disuelta por la muerte, aún no ha sido cambiada por la resurrección, se infiltran movimientos reprobables e impropios, pecamos. Lo cual ciertamente nos conviene confesar; para que, con dura cerviz, no merezcamos la sanidad de nuestra debilidad, sino la condenación de la soberbia. Por lo cual, ambas cosas están escritas muy verdaderamente: "El que ha nacido de Dios, no peca" (I Juan III, 9); y lo que leemos en la misma Epístola de Juan: "Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros" (Id. I, 8). Aquello se dijo de las primicias del hombre nuevo, esto de los restos del viejo: pues ambos hacemos en esta vida. Sin embargo, poco a poco la novedad avanza, y poco a poco, cediendo la vejez, sucede. Pero cuando ambos se hacen, estamos en el estadio; no solo golpeamos al adversario con buenas obras, sino que también somos golpeados al evitar incautamente los pecados. Ni ahora se observa quién de nosotros ha vencido, sino quién golpea más frecuentemente, quién lucha más fuertemente; hasta que arrastre consigo a otros a la muerte eterna, quien envidió al hombre que estaba de pie y cayó, y de otros triunfantes al final se diga: "¿Dónde está, muerte, tu contienda? ¿Dónde está, muerte, tu aguijón?" (I Cor. XV, 55). Pero tampoco somos derribados más fácilmente por el enemigo, que cuando lo imitamos con soberbia; ni lo derribamos más vehementemente, que cuando seguimos al Señor con humildad; ni le infligimos dolores más agudos, que cuando sanamos las heridas de nuestros pecados confesando y haciendo penitencia.

CAPÍTULO IV.

7. Tercera penitencia más severa por pecados mortales. Lágrimas, sangre del penitente. La tercera acción es de penitencia, que debe ser emprendida por aquellos pecados. Que el decálogo de la Ley contiene; y de los cuales el Apóstol dice: "Porque los que hacen tales cosas no heredarán el reino de Dios" (Gál. V, 21). En esta penitencia, cada uno debe ejercitar una mayor severidad consigo mismo; para que, juzgado por sí mismo, no sea juzgado por el Señor, como dice el mismo apóstol: "Si nos juzgáramos a nosotros mismos, no seríamos juzgados por el Señor" (I Cor. XI, 31). Suba, pues, el hombre al tribunal de su mente; si teme aquello que "debemos comparecer ante el tribunal de Cristo, para que cada uno reciba según lo que haya hecho por medio del cuerpo, sea bueno o malo" (II Cor. V, 10). Colóquese ante su propia faz, para que no le suceda esto después. Pues Dios amenaza esto al pecador, diciendo: "Te reprenderé y te pondré ante tu faz" (Sal. XLIX, 21). Y así, establecido el juicio en el corazón, esté presente la acusadora reflexión, la conciencia como testigo, el temor como verdugo. De ahí fluya cierta sangre del alma confesante a través de las lágrimas. Finalmente, de la misma mente se pronuncie tal sentencia, que el hombre se juzgue indigno de la participación del cuerpo y sangre del Señor: para que quien teme ser separado del reino de los cielos por la última sentencia del supremo juez, sea separado temporalmente del Sacramento del pan celestial por la disciplina eclesiástica. Que la imagen del juicio futuro esté ante sus ojos: para que cuando otros se acerquen al altar de Dios, al cual él no se acerca, piense cuán temible es aquella pena, en la que, mientras otros reciben la vida eterna, otros son precipitados a la muerte eterna. Pues a este altar, que ahora está en la Iglesia en la tierra, expuesto a los ojos terrenales, para celebrar los signos de los misterios divinos, muchos incluso malvados pueden acercarse: porque Dios en este tiempo recomienda su paciencia,

para que en el futuro ejerza su severidad. Se acercan ignorando que la paciencia de Dios los lleva al arrepentimiento. Pero ellos, según la dureza de su corazón y su corazón impenitente, atesoran para sí ira en el día de la ira y de la revelación del justo juicio de Dios, quien pagará a cada uno según sus obras (Rom. II, 4-6). Pero a aquel altar, al cual Jesús, nuestro precursor, entró por nosotros, al cual la cabeza de la Iglesia precedió, y los demás miembros seguirán, ninguno de aquellos podrá acercarse, de quienes, como ya mencioné, dijo el Apóstol: "Porque los que hacen tales cosas no heredarán el reino de Dios". Solo el sacerdote, pero ciertamente allí estará todo, con el cuerpo adjunto que es la cabeza, que ya ascendió al cielo. Él es a quien el apóstol Pedro dijo: "Pueblo santo, sacerdocio real" (I Pedro II, 9). ¿Cómo, entonces, se atreverá o podrá entrar en el interior del velo, y en aquellos invisibles Santos de los santos, quien despreciando la medicina de la disciplina celestial, no quiso ser separado por un tiempo de las cosas visibles? Pues quien no quiso humillarse, para ser exaltado; cuando quiera ser exaltado, será derribado; y será separado eternamente de los santos eternos, quien en este tiempo, por los méritos de la obediencia y por la satisfacción de la penitencia, no se proveyó un lugar en el cuerpo del sacerdote. ¿Con qué rostro de impudencia querrá entonces apartar el rostro de Dios de sus pecados, quien ahora no dice de todo corazón: "Porque reconozco mi iniquidad, y mi pecado está siempre ante mí" (Sal. L, 5)? ¿Cómo, pregunto, Dios se dignará perdonar, lo que el hombre mismo se niega a reconocer?

8. Contra aquellos que se prometen salvación fuera del reino de los cielos. Sentencia final enviando al reino o al fuego. ¿O qué es aquello en lo que se halagan, quienes se seducen con su propia vanidad? Pues perseverando en sus maldades y lujurias, cuando oyen al Apóstol diciendo: "Porque los que hacen tales cosas no heredarán el reino de Dios", se atreven a prometerse a sí mismos la salvación que desean, aparte del reino de Dios; y así hablan entre ellos, mientras se niegan a hacer penitencia por sus pecados, y a cambiar alguna vez sus perdidas costumbres para mejor: No quiero reinar, me basta con ser salvo. En lo cual primero se engañan, porque no hay salvación alguna para ellos; cuya iniquidad persevera. Pues lo que dijo el Señor: "Porque la iniquidad abundó, el amor de muchos se enfriará; pero el que persevera hasta el fin, este será salvo" (Mat. XXIV, 12, 13): prometió ciertamente la salvación a los que perseveran en el amor, no en la iniquidad. Donde hay amor, no pueden estar aquellas malas obras que separan del reino de Dios. Pues toda la ley se cumple en una sola palabra, en lo que está escrito: "Amarás a tu prójimo como a ti mismo" (Gál. V, 14). Además, si hay alguna diferencia entre los que reinan y los que no reinan; sin embargo, es necesario que todos estén en un solo reino, para que no sean contados entre los enemigos o extraños. Pues todos los romanos poseen el reino romano; aunque no todos en él reinan, sino que obedecen a los que reinan. Pero el Apóstol no dijo: "Los que hacen tales cosas, no reinarán con Dios"; sino "no heredarán el reino de Dios". Lo cual también se dijo de la carne y la sangre: "La carne y la sangre no heredarán el reino de Dios"; porque "esto corruptible se vestirá de incorrupción, y esto mortal se vestirá de inmortalidad" (I Cor. XV, 50, 53); para que ya no sea carne y sangre, sino que merezca el hábito y la naturaleza del cuerpo espiritual a partir del cuerpo animal. O que los aterre aquella última sentencia de nuestro juez, que quiso ahora revelar, para que sus fieles la eviten; dando a los que le temen una señal, para que huyan de la cara del arco (Sal. LIX, 6). Pues exceptuando a aquellos que con él también juzgarán, a quienes prometió, diciendo: "Os sentaréis sobre doce tronos, juzgando a las doce tribus de Israel" (Mat. XIX, 28). En cuyo número de jueces se entienden todos los que por el Evangelio dejaron todas sus cosas, y siguieron al Señor. Pues el número doce se refiere a cierta universalidad. Pues el apóstol Pablo no estará allí, porque no estuvo entre aquellos doce. Exceptuando, pues, a aquellos, a quienes también significó con el nombre de Ángeles, cuando dijo: "Cuando venga el Hijo del Hombre a juzgar con sus ángeles". Pues los ángeles son ciertamente mensajeros. Y los mensajeros podemos entender rectamente a todos los que

anuncian la salvación celestial a los hombres. Por lo cual también los Evangelistas pueden interpretarse como buenos mensajeros: y de Juan el Bautista se dijo: "He aquí, envió mi ángel delante de tu faz" (Mal. III, 1). Exceptuando, pues, a estos, como comencé a decir, el resto de toda la multitud de hombres, como es manifiesto en las mismas palabras del Señor, se dividirá en dos partes. Pues pondrá las ovejas a la derecha, y los cabritos a la izquierda: y se dirá a las ovejas, es decir, a los justos: "Venid, benditos de mi Padre, heredad el reino preparado para vosotros desde la fundación del mundo". De este reino ciertamente dijo el Apóstol, cuando enumeró las malas obras: "Porque los que hacen tales cosas no heredarán el reino de Dios". Escucha lo que oirán los que estarán a la izquierda: "Id, al fuego eterno, preparado para el diablo y sus ángeles" (Mat. XXV, 31-41). Por lo tanto, ¿quién se atreverá a presumir del nombre cristiano, y no escuchará con toda obediencia y temor al Apóstol diciendo: "Esto sabed, reconociendo que ningún fornicador, o inmundo, o avaro, que es idolatría, tiene herencia en el reino de Cristo y de Dios? Nadie os engañe con palabras vanas: porque por estas cosas viene la ira de Dios sobre los hijos de desobediencia. No os hagáis, pues, partícipes de ellos" (Efes. V, 5-7). Más ampliamente dice esto a los Corintios: "No os engañéis; ni los fornicadores, ni los idólatras, ni los adúlteros, ni los afeminados, ni los que se acuestan con varones, ni los ladrones, ni los avaros, ni los borrachos, ni los maldicientes, ni los rapaces, heredarán el reino de Dios. Pero ved cómo quitó el temor y la desesperación de la salvación a aquellos que cometieron estas cosas en la vida antigua. Y esto erais, dice, pero habéis sido lavados, pero habéis sido santificados en el nombre de nuestro Señor Jesucristo, y en el Espíritu de nuestro Dios" (I Cor. VI, 9-11).

9. Penitencia que deben abrazar los que recaen después del Bautismo. Cualquiera, pues, que después del Bautismo está atado por la obra de algunos males antiguos, ¿es tan enemigo de sí mismo que aún duda en cambiar de vida, mientras hay tiempo, mientras peca y vive así? Pues ciertamente, porque peca tan perseverantemente, atesora para sí ira en el día de la ira y de la revelación del justo juicio de Dios. Pero porque aún vive, la paciencia de Dios lo lleva al arrepentimiento. Así que, implicado en los vínculos tan mortales de los pecados, rehúsa, o difiere, o duda en refugiarse en las mismas llaves de la Iglesia, para que sea desatado en la tierra, para que esté desatado en el cielo; y se atreve a prometerse alguna salvación después de esta vida, porque solo se le llama cristiano; ni tiembla ante aquel verdadero trueno de la voz del Señor: "No todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos; sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos, él entrará en el reino de los cielos" (Mat. VII, 21). ¿Qué, no dice el mismo apóstol a los Gálatas, concluyendo con el mismo fin, enumerando tales cosas? "Manifiestas son las obras de la carne, que son fornicaciones, inmundicias, lujurias, idolatría, hechicerías, enemistades, contiendas, celos, iras, disensiones, herejías, envidias, borracheras, orgías, y cosas semejantes; de las cuales os advierto, como ya os lo he dicho, que los que hacen tales cosas no heredarán el reino de Dios" (Gál. V, 19-21). Juzgue, pues, el hombre a sí mismo en estas cosas por voluntad, mientras puede, y cambie sus costumbres para mejor: no sea que cuando ya no pueda, también contra su voluntad sea juzgado por el Señor. Y cuando él mismo haya pronunciado sobre sí la sentencia de la medicina más severa, pero sin embargo medicina, venga a los obispos, por quienes se le ministran las llaves en la Iglesia: y como buen hijo que ya comienza a ser, guardando el orden de los miembros maternos, reciba de los superiores de los Sacramentos la medida de su satisfacción; para que al ofrecer el sacrificio de un corazón contrito, devoto y suplicante, haga lo que no solo le aproveche a él para recibir la salvación, sino también a los demás como ejemplo. Para que si su pecado no solo está en su grave mal, sino también en tanto escándalo de otros, y esto parece conveniente a la utilidad de la Iglesia al obispo, no rehúse, no resista, no añada al tumor de la plaga letal y mortal por vergüenza. Recuerde siempre que "Dios resiste a los soberbios, pero da gracia a los humildes" (Santiago IV, 6). Pues, ¿qué hay más

infeliz, qué más perverso, que no avergonzarse de la misma herida, que no puede ocultarse, y avergonzarse de su vendaje?

10. Sobre aquellos que toman el ejemplo de otros para descuidar la penitencia. No se les prohíbe la comunión a menos que se confiesen voluntariamente o sean legítimamente convictos. Que nadie piense, hermanos, que debe despreciar el consejo de esta saludable penitencia porque tal vez observa y conoce a muchos que se acercan a los Sacramentos del altar, cuyos crímenes no ignora. Muchos, en efecto, se corrigen, como Pedro; muchos son tolerados, como Judas; muchos son desconocidos, hasta que venga el Señor, quien iluminará lo oculto de las tinieblas y manifestará los pensamientos del corazón (I Cor. IV, 5). Pues muchos no quieren acusar a otros, mientras desean excusarse a sí mismos a través de ellos. Sin embargo, muchos buenos cristianos callan y soportan los pecados de otros que conocen, porque a menudo carecen de pruebas y no pueden demostrar ante los jueces eclesiásticos lo que saben. Aunque algunas cosas sean verdaderas, no deben ser fácilmente creídas por el juez, a menos que se demuestren con indicios ciertos. Nosotros no podemos prohibir la comunión a nadie (aunque esta prohibición aún no sea mortal, sino medicinal), a menos que se confiese voluntariamente o sea nombrado y convicto en algún juicio secular o eclesiástico. ¿Quién se atrevería a asumir ambos roles, ser acusador y juez de alguien? Una regla similar parece insinuar el apóstol Pablo en la misma Epístola a los Corintios, cuando, al mencionar ciertos crímenes, ofrece una forma de juicio eclesiástico para todos los casos similares. Dice: "Os escribí en la carta que no os mezcléis con los fornicadores: no ciertamente con los fornicadores de este mundo, ni con los avaros, ni con los rapaces, ni con los idólatras; de otro modo, tendríais que salir de este mundo. No pueden los hombres que viven en este mundo, sino vivir con tales; ni pueden ganarlos para Cristo si evitan su conversación y compañía. Por eso el Señor, comiendo con publicanos y pecadores, dijo: 'No necesitan médico los sanos, sino los enfermos. No he venido a llamar a justos, sino a pecadores' (Mat. IX, 12-13). Y por eso el Apóstol continúa y añade: 'Ahora os escribí que no os mezcléis. Si alguno que se llama hermano es fornicador, o idólatra, o avaro, o maldiciente, o borracho, o ladrón; con tal ni siquiera comáis'. Pues, ¿qué me toca a mí juzgar a los de fuera? ¿No juzgáis vosotros a los de dentro? A los de fuera los juzgará Dios. Quitad al malvado de entre vosotros" (I Cor. V, 9-13). Con estas palabras muestra suficientemente que no deben ser apartados de la comunión de la Iglesia temerariamente o de cualquier manera, sino mediante juicio; de modo que si no pueden ser apartados mediante juicio, sean más bien tolerados, no sea que, al evitar perversamente a los malos, uno mismo se aleje de la Iglesia y ate a los que parece evitar al infierno. Porque también para esto se nos han propuesto ejemplos en las Sagradas Escrituras, como en la cosecha, para que la paja sea soportada hasta el último aventamiento (Mat. III, 12); o como dentro de aquellas redes, donde los peces buenos con los malos son soportados con ánimo sereno hasta la separación, que será en la orilla, es decir, al final del siglo (Id. XIII, 47-50). No es contrario a este lugar lo que en otro lugar dice el Apóstol: "¿Tú quién eres para juzgar al siervo ajeno? Para su propio señor está en pie o cae" (Rom. XIV, 4). No quiso que el hombre fuera juzgado por el hombre por el arbitrio de la sospecha, o incluso por un juicio extraordinario usurpado, sino más bien por la ley de Dios según el orden de la Iglesia, ya sea confesado voluntariamente, ya sea acusado y convicto. De lo contrario, ¿por qué dijo: "Si alguno que se llama hermano es fornicador, o idólatra", y demás; sino porque quiso que se entendiera esa nominación que se hace sobre alguien, cuando se pronuncia una sentencia en orden judicial y con integridad? Pues si la nominación fuera suficiente, muchos inocentes serían condenados, porque a menudo son nombrados falsamente en algún crimen.

11. Contra aquellos que, complaciéndose en malos ejemplos, desprecian la penitencia. Los malos superiores no deben ser imitados. Elegante similitud. No busquen, por tanto, aquellos a

quienes exhortamos a hacer penitencia, compañeros para el suplicio; ni se alegren porque encuentran a muchos. No arderán menos porque ardan con muchos. No es este un consejo seguro de salud, sino un vano consuelo de malevolencia. ¿O acaso observan a muchos incluso en los mismos honores eclesiásticos de los superiores y ministros vivir incongruentemente con los sermones y Sacramentos que a través de ellos se ministran al pueblo? ¡Oh, miserables hombres, que al mirar a estos olvidan a Cristo! quien tanto antes predijo, para que se obedezca más bien a la ley de Dios, que parecer imitar a aquellos que no hacen lo que dicen (Mat. XXIII, 3); y tolerando a su traidor hasta el final, incluso lo envió a evangelizar con los demás. Son tan absurdos, desordenados y miserables aquellos que eligen imitar las malas costumbres de sus superiores, como si alguien en el camino pensara que debe quedarse en el camino al ver las piedras miliares llenas de letras que enseñan el camino, y no caminar. ¿Por qué no más bien, si desea llegar, observa y sigue a tales compañeros que no solo muestran bien el camino, sino que perseveran y caminan en él con alegría? Pero si estos faltan, o más bien aparecen menos, pues no pueden faltar: no buscan los hombres con amor diligente lo que predicán para imitar, como buscan con iniquidad sospechosa lo que murmuran para engañar, en parte no encontrando buenos, mientras ellos mismos son malos; en parte temiendo encontrar, mientras siempre quieren ser malos. Pero concedamos que ahora no aparecen hombres dignos de imitación. Cualquiera que piense esto, mire al Señor con la mente, quien se hizo hombre para enseñar al hombre a vivir. Si Cristo habita en el hombre interior por la fe en tu corazón, y recuerdas lo que dice Juan: "El que dice que permanece en Cristo, debe andar como él anduvo" (I Juan II, 6): así no te faltará a quien seguir, y cuando otro te vea, dejará de quejarse de la escasez de buenos. Pues si no sabes qué es vivir rectamente, conoce los preceptos divinos. Tal vez muchos vivan rectamente; pero por eso no te parece que nadie viva rectamente, porque ignoras qué es vivir rectamente. Pero si lo sabes, haz lo que sabes; para que tengas lo que buscas, y muestres a otros lo que deben imitar. Atiende a Cristo con el alma, atiende a los Apóstoles, cuyo último es aquel que dice: "Sed imitadores de mí, como yo lo soy de Cristo" (I Cor. IV, 16). Atiende con el alma a las miles de mártires. ¿Por qué te deleita celebrar sus natalicios con banquetes deshonestos, y no te deleita seguir su vida con costumbres honestas? Allí verás no solo hombres, sino también mujeres, finalmente niños y niñas, ni engañados por la imprudencia, ni pervertidos por la iniquidad, ni quebrantados por el temor al peligro, ni corrompidos por el amor al mundo. Así, no encontrando qué excusar, no solo la rectitud inevitable de los preceptos, sino también la innumerable multitud de ejemplos te rodeará.

CAPÍTULO V.

12. Ningún pecador debe desesperar, sino acudir a la penitencia. Cambio de vida y satisfacción por los pecados cometidos. Pero sobre la utilidad y salubridad de la penitencia, para que lo que hemos comenzado alguna vez lo llevemos a cabo: si ya desesperando de la salud añades pecados a pecados, como está escrito, "El pecador, cuando llega al fondo de los males, desprecia" (Prov. XVIII, 3): no desprecies, no desesperes; clama incluso desde el fondo al Señor, y dile: "Desde lo profundo clamé a ti, Señor; Señor, escucha mi voz. Sean tus oídos atentos a la voz de mi súplica. Si observas las iniquidades, Señor; Señor, ¿quién podrá sostenerse? Porque en ti hay propiciación" (Sal. CXXIX, 1-4). Desde tal profundidad clamaron los ninivitas, y encontraron esta propiciación: es más fácil que se anule la amenaza del Profeta, que la humillación de la penitencia (Jonás III). Aquí tal vez digas: Pero yo ya he sido bautizado en Cristo, por quien todos mis pecados pasados fueron perdonados; me he vuelto vil repitiendo mis caminos, y soy un perro horrible a los ojos de Dios, vuelto a su vómito. ¿A dónde iré de su espíritu? ¿Y de su presencia a dónde huiré? ¿A dónde, hermano, sino a su misericordia haciendo penitencia, de cuya potestad pecando despreciaste? Nadie

huye rectamente de él, sino hacia él, de su severidad a su bondad. ¿Qué lugar te recibirá huyendo, donde su presencia no te encuentre? Si subes al cielo, allí está; si descendes al infierno, allí está. Recoge, pues, tus alas en línea recta, y habita en esperanza en el extremo de este siglo: porque allí su mano te guiará, y su diestra te sostendrá (Sal. CXXXVIII, 7-10). Pues hagas lo que hagas, cometas lo que cometas; aún estás en esta vida, de la cual Dios, si no quisiera sanarte, te habría quitado. ¿Por qué ignoras, entonces, que la paciencia de Dios te lleva al arrepentimiento (Rom. II, 4)? Pues quien clamando no te persuadió para que no te alejaras, clamando con paciencia te llama para que regreses. Mira al rey David: ya ciertamente él había recibido los sacramentos de aquel tiempo, ya ciertamente había sido circuncidado, lo que nuestros padres consideraban como el Bautismo. Pues para esto dice el Apóstol que el santo Abraham recibió el signo de la justicia de la fe (Id. IV, 11). Ya también había sido ungido con la unción venerable, que prefiguraba el sacerdocio real de la Iglesia. Sin embargo, repentinamente hecho culpable de adulterio y homicidio, no en vano, sin embargo, desde tan inmenso y abrupto abismo de crimen, clamó penitente al Señor, diciendo: "Aparta tu rostro de mis pecados, y borra todas mis iniquidades". ¿Con qué mérito, sino porque también dice: "Reconozco mi iniquidad, y mi pecado está siempre ante mí"? ¿Qué ofreció al Señor para propiciarlo? Porque si quisieras, dice, sacrificio, ciertamente lo habría dado; no te deleitarás en holocaustos. El sacrificio a Dios es un espíritu contrito: un corazón contrito y humillado, Dios no lo desprecia (Sal. L, 11, 5, 18, 19). No solo, pues, ofreció devotamente, sino que también al decir esto mostró qué debía ofrecerse. No basta, pues, cambiar las costumbres para mejor, y apartarse de los malos hechos; sino que también por lo que se ha hecho, se debe satisfacer a Dios con el dolor de la penitencia, con el gemido de la humildad, con el sacrificio del corazón contrito, cooperando las limosnas. Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia (Mat. V, 7). No se dijo, pues, que solo nos abstengamos de los pecados: "Sino también de los pasados", dice, "ruega al Señor, para que te sean perdonados" (Ecli. XXI, 1). Y Pedro ya era fiel, ya había bautizado a otros en Cristo. Mira, pues, a Pedro presumiendo acusado, temiendo herido, llorando sanado. Ya también después de la venida del Espíritu Santo del cielo, un tal Simón quiso comprar con dinero al mismo Espíritu Santo, pensando en un comercio sumamente impío y criminal, ya bautizado en Cristo: y sin embargo, recibió el consejo de la penitencia del mismo Pedro al ser corregido (Hech. VIII, 13-22). También dice el apóstol Pablo, quien ciertamente enviaba Epístolas a los fieles: "No sea que cuando vuelva a vosotros, me humille Dios, y lllore por muchos de los que antes pecaron, y no hicieron penitencia por la inmundicia y lujuria, y fornicación que cometieron" (II Cor. XII, 21). Nos rodean, pues, tanto los preceptos de hacer el bien, como los ejemplos no solo de los que hacen el bien, sino también de los penitentes para recibir la salvación, que se había perdido pecando. Pero haz que sea incierto si Dios perdona. ¿Qué pierde, al suplicar a Dios, quien no dudó en perder la salvación, al ofender a Dios? ¿Quién está seguro de que incluso el emperador perdonará? Y sin embargo, se gasta dinero, se cruzan mares, se enfrentan las incertidumbres de las tormentas; y casi para evitar la muerte, se acepta la misma muerte. Se suplica luego a través de hombres a un hombre: sin duda se hacen estas cosas, aunque sea incierto a qué fin llegarán. Y sin embargo, son más seguras las llaves de la Iglesia que los corazones de los reyes: con estas llaves, lo que se desata en la tierra, también se promete desatado en el cielo (Mat. XVI, 19). Y es mucho más honesta la humildad, con la que uno se humilla ante la Iglesia de Dios: y se impone un menor esfuerzo, y sin peligró de muerte temporal se evita la muerte eterna.

SERMO CCCLII. De la utilidad de hacer penitencia, II.

CAPÍTULO PRIMERO.

1. Ocasión del sermón dada por la lectura. Se reconoce la voz del penitente en las palabras con las que respondemos al salmista: "Aparta tu rostro de mis pecados, y borra todas mis iniquidades" (Sal. L, 11). Por lo cual, aunque no preparáramos un sermón para vuestra Caridad, reconocemos que por mandato del Señor debemos tratar este tema. Queríamos, en efecto, dejaros hoy en la meditación, sabiendo cuán abundantes manjares habéis recibido. Pero como recibís saludablemente lo que se os ofrece, tenéis hambre cada día más. Que el Señor nuestro Dios nos conceda, pues, tanto la suficiencia de fuerzas, como a vosotros una audición útil. Pues no ignoramos que debemos servir a vuestra buena y útil voluntad. Seamos, pues, ayudados por vosotros tanto con el voto como con el estudio; con el voto a Dios, con el estudio a la palabra; para que digamos lo que él juzga útil para vosotros, quien os alimenta a través de nosotros. Se reconoce, pues, la voz del penitente en estas palabras: "Aparta tu rostro de mis pecados, y borra todas mis iniquidades". Por tanto, se nos manda divinamente decir algo sobre la penitencia. Pues no mandamos al lector que cantara este salmo: sino que lo que él juzgó útil para vosotros escuchar, eso también lo mandó al corazón infantil. Digamos algo sobre la utilidad de la penitencia: especialmente, porque ya se aproxima el santo día anual, en cuya cercanía conviene más bien humillar las almas y domar los cuerpos.

2. Penitencia triple. Primera de los que van a ser bautizados. Penitencia ordenada antes del bautismo a los judíos. Se encuentra en la Sagrada Escritura una triple consideración de la penitencia. Pues nadie se acerca bien al Bautismo de Cristo, en el cual se borran todos los pecados, sin hacer penitencia de la vida pasada. Nadie elige una vida nueva, sino aquel a quien le pesa la antigua. Esto también debemos probarlo con la autoridad de los Libros divinos, si los que van a ser bautizados hicieron penitencia. Cuando el Espíritu Santo fue enviado, prometido antes, y el Señor cumplió la fe de su promesa; recibido el Espíritu Santo, los discípulos, como sabéis, comenzaron a hablar en todas las lenguas, para que en aquellos que estaban presentes, cada uno reconociera su lengua. Pero aterrados por este milagro, pidieron consejo de vida a los Apóstoles. Entonces Pedro les anunció a aquel a quien crucificaron, para que ya bebieran su sangre creyendo, la cual derramaron enfurecidos. Anunciado, pues, el Señor nuestro Jesucristo, y reconociendo su culpa, para que se cumpliera en ellos lo que el profeta había predicho antes, "Me convertí en mi aflicción, mientras se clava la espina"; fueron compungidos. Se convirtieron, pues, en la aflicción del dolor, cuando se clavó la espina del recuerdo del pecado. Pues no pensaban que habían hecho nada malo, aún no estaba clavada la espina. Pero hablando Pedro, para que reconozcas la espina clavada, la Escritura dice, "Hablando Pedro, fueron compungidos de corazón". Por tanto, en el mismo salmo, cuando se dice, "Me convertí en mi aflicción, mientras se clava la espina"; sigue, "Reconocí mi pecado, y no oculté mi crimen. Dije, Confesaré mi delito al Señor; y tú perdonaste la impiedad de mi corazón" (Sal. XXXI, 4, 5). Cuando, pues, compungidos por aquella espina del recuerdo, decían a los Apóstoles, "¿Qué haremos?", les dijo Pedro, "Haced penitencia, y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de nuestro Señor Jesucristo; y se os perdonarán los pecados" (Hech. II, 37). Por tanto, ahora, si acaso están presentes algunos de aquellos que disponen bautizarse (pues creemos que están presentes tanto más diligentemente al escuchar la palabra, cuanto más cerca están de la indulgencia), a estos primero dirigimos algunas palabras, para que levanten sus mentes en esperanza. Amen ser lo que no son, odien lo que fueron. Conciban ya con deseo al nuevo hombre que va a nacer: cualquier cosa que de la vida pasada les remuerda, cualquier cosa que angustie la conciencia, cualquier cosa en absoluto, grande o pequeña, que deba decirse o no, no duden que puede ser perdonada; no sea que lo que la misericordia de Dios quiere perdonar, lo retenga contra sí la duda humana.

3. Las figuras de lo que nos sucedió a los israelitas. La roca, figura de Cristo. El paso del mar Rojo, el Bautismo. El maná, figura del pan celestial de Cristo. Cómo los israelitas compartieron con nosotros el mismo alimento y bebida espiritual. La roca golpeada con la vara. Que cada uno recuerde fielmente el ejemplo mostrado en aquel primer pueblo. Pues el Apóstol dice: "Todas estas cosas fueron figuras nuestras", cuando hablaba de tales asuntos. ¿Qué había dicho? "No quiero que ignoréis, hermanos, que todos nuestros padres estuvieron bajo la nube; y todos fueron bautizados en Moisés en la nube y en el mar; y todos comieron el mismo alimento espiritual, y todos bebieron la misma bebida espiritual. Porque bebían de la roca espiritual que los seguía. Y la roca era Cristo" (1 Cor. X, 1-4). Él dijo que estas eran nuestras figuras, a lo cual ningún fiel jamás contradijo. Y al enumerar muchas cosas, resolvió solo una, porque dijo: "La roca era Cristo". Al resolver una cosa, propuso que las demás fueran investigadas: pero para que el investigador no se desviara al alejarse de Cristo, que busque firmemente, fundado en la roca; "La roca", dice, "era Cristo". Dijo que esas eran nuestras figuras, y todo era oscuro. ¿Quién desentrañaría estos envoltorios de figuras? ¿Quién los abriría? ¿Quién se atrevería a discutirlos? En algunos matorrales densos y en una sombra espesa encendió la luz: "La roca", dice, "era Cristo". Ahora, pues, con la luz introducida, busquemos qué significan las demás cosas; qué quieren decir el mar, la nube, el maná. Pues no explicó estas cosas, pero mostró qué era la roca. El paso por el mar es el Bautismo. Pero porque el bautismo, es decir, el agua de salvación no es de salvación, a menos que sea consagrada en el nombre de Cristo, quien derramó su sangre por nosotros, el agua es señalada con su cruz. Para significar esto, aquel bautismo fue en el mar Rojo. El maná del cielo es claramente explicado por el mismo Señor. "Vuestros padres comieron", dice, "maná en el desierto, y murieron". ¿Cuándo vivirían, si la figura podía anunciar la vida, pero no podía ser vida? "Comieron", dice, "maná, y murieron"; es decir, el maná que comieron no pudo liberarlos de la muerte: no porque el maná mismo fuera muerte para ellos, sino porque no los liberó de la muerte. Pues aquel que iba a liberarlos de la muerte era quien estaba figurado por el maná. Ciertamente el maná venía del cielo, considerad a quién figuraba: "Yo soy", dice, "el pan vivo que descendió del cielo" (Juan VI, 49, 51). Como estudiantes diligentes y bien vigilantes, prestad atención a las palabras del Señor, para que sepáis progresar tanto en leer como en escuchar. "El mismo", dice, "alimento espiritual comieron". ¿Qué significa "el mismo", sino aquel que también nosotros? Veo que es algo difícil de explicar y expresar lo que me propongo decir: pero seré ayudado por vuestra benevolencia, que me obtenga del Señor esta capacidad. "El mismo", dice, "alimento espiritual comieron". Habría sido suficiente decir que comieron alimento espiritual. "El mismo", dice. No encuentro cómo entender "el mismo", sino aquel que también nosotros comemos. ¿Qué, entonces, dice alguien, era aquel maná lo que yo ahora recibo? Entonces nada viene ahora, si ya fue antes. Entonces se vacía el escándalo de la cruz. ¿Cómo, entonces, "el mismo", sino porque añadió "espiritual"? Pues quienes recibieron aquel maná de tal manera que pensaron que solo satisfacía su necesidad corporal, y alimentaba su vientre, no su mente; no comieron nada grande, fue suficiente para su necesidad. Dios alimentó a unos, a otros les anunció algo. Estos tales comieron alimento corporal, no alimento espiritual. ¿A quiénes, entonces, llama nuestros padres que comieron el mismo alimento espiritual? ¿A quiénes pensamos, hermanos, sino a quienes verdaderamente fueron nuestros padres? Más bien, no fueron nuestros padres, sino que lo son. Todos ellos viven. Pues así dice el Señor a algunos de aquellos infieles: "Vuestros padres comieron maná en el desierto, y murieron". ¿Qué significa "Vuestros padres", sino aquellos a quienes imitáis en incredulidad, cuyas vías seguís no creyendo y resistiendo a Dios? Según este entendimiento, dice a algunos: "Vosotros sois de vuestro padre el diablo" (Juan VIII, 44). Pues el diablo no creó ni procreó a ningún hombre con poder o generación: y sin embargo, se le llama padre de los impíos, no por generación, sino por imitación. Así como, por el contrario, se dice de los buenos: "Entonces sois descendencia de

Abraham" (Gálatas III, 29): cuando habla a los gentiles, que no descendían de la estirpe carnal de Abraham. Pues eran hijos, no por nacimiento, sino por imitación. Pero Abraham es abrogado y alejado de los infieles cuando el Señor les dice: "Si fuerais hijos de Abraham, haríais las obras de Abraham" (Juan VIII, 39). Y para que los árboles malos que se glorían en la paternidad de Abraham sean arrancados, se prometen hijos de Abraham de las piedras (Mateo III, 9). Así como en este lugar dice: "Vuestros padres comieron maná en el desierto, y murieron": pues no entendieron lo que comieron; así que no entendiendo, no recibieron más que alimento corporal: así también el Apóstol dice, nuestros padres, no los padres de los infieles, no los padres de los impíos, comiendo y muriendo; sino nuestros padres, los padres de los fieles, comieron alimento espiritual, y por eso el mismo. "Nuestros padres", dice, "comieron el mismo alimento espiritual, y bebieron la misma bebida espiritual". Pues había allí quienes entendían lo que comían: había allí quienes saboreaban más a Cristo en el corazón que el maná en la boca. ¿De qué otros hablaremos? De allí era primeramente el mismo Moisés, siervo de Dios, fiel en toda su casa (Hebreos III, 2), sabiendo lo que dispensaba, y porque en aquel tiempo debían ser dispensadas así las cosas presentes cerradas, las futuras abiertas. Brevemente, pues, diré: cualquiera que en el maná entendió a Cristo, comió el mismo alimento espiritual que nosotros; pero cualquiera que buscó solo la saciedad del maná, comieron los padres de los infieles, y murieron. Así también la misma bebida: "Pues la roca era Cristo". La misma bebida, entonces, que nosotros, pero espiritual; es decir, que se captaba con fe, no que se bebía con el cuerpo. Habéis oído la misma bebida, "La roca era Cristo": pues no era un Cristo entonces y otro ahora. Aquella roca era diferente (Éxodo XVII, 6), diferente la piedra que Jacob puso bajo su cabeza (Génesis XXVIII, 11); diferente el cordero sacrificado para comer la Pascua (Éxodo XII), diferente el carnero atrapado en los matorrales para ser inmolado, cuando Abraham perdonó a su hijo, a quien había sido ordenado ofrecer (Génesis XXII, 13): diferente oveja y diferente oveja, diferente piedra y diferente piedra, pero el mismo Cristo; por eso el mismo alimento, por eso la misma bebida. Finalmente, la misma roca fue golpeada con un palo, para que el agua fluyera: pues fue golpeada con una vara (Éxodo XVII, 5 y 6). ¿Por qué con un palo, no con hierro, sino porque la cruz se acercó a Cristo, para que nos ofreciera gracia? El mismo alimento, entonces, la misma bebida, pero para los que entienden y creen. Para los que no entienden, solo aquel maná, solo aquella agua; aquel alimento para el hambriento, esta bebida para el sediento; ni aquel, ni esta para el creyente: pero para el creyente, el mismo que ahora. Pues entonces Cristo iba a venir, ahora Cristo ha venido. Venir y ha venido, son palabras diferentes, pero el mismo Cristo.

4. La duda figurativa de Moisés. Algo también, ya que el asunto ha salido a la luz, quiero decir sobre la duda del siervo de Dios Moisés. Pues esta también era una figura de los antiguos santos. Moisés dudó en el agua; cuando golpeó la roca con la vara para que el agua fluyera, dudó. Pero al leer su duda, alguien podría pasar por alto, sin entender, porque ni siquiera se atrevería a preguntar. Sin embargo, al Señor Dios le desagradó esa duda, y la señaló, no solo reprendiéndola, sino también castigándola. Pues por esta duda se le dice a Moisés: "No introducirás tú al pueblo en la tierra de la promesa" (Números XX, 12). "Sube al monte, y muere" (Deuteronomio XXXII, 49). Aquí ciertamente Dios aparece enojado. ¿Qué, entonces, de Moisés, hermanos míos? ¿Todo su trabajo, todo su ardor por el pueblo, y aquella caridad, diciendo: "Si perdonas su pecado, perdónalos; si no, bórrame de tu libro" (Éxodo XXXII, 31, 32), fue condenada por esta duda repentina e inesperada? ¿Y qué es lo que concluyó el lector cuando leyó al Apóstol, "La caridad nunca falla" (1 Cor. XIII, 8)? Al proponer algunas cosas para resolver, vuestro interés me ha hecho proponer también otra cosa, que tal vez no preguntaríais. Veamos, pues, y aún intentemos penetrar el misterio tanto como podamos. Dios se enoja, dice que no introducirá al pueblo en la tierra de la promesa; le

ordena que suba al monte y muera. Y sin embargo, le encomienda muchas cosas a Moisés: le ordena qué hacer, cómo disponer al pueblo, cómo no dejarlo al azar y negligentemente. Nunca se dignaría a encomendar tales cosas a un condenado. Recibid algo más maravilloso. Pues se le dijo a Moisés (esto agradó a Dios por cierta gracia de misterio y dispensación) que él no introduciría al pueblo en la tierra de la promesa, se elige a otro, Josué hijo de Nun; y este hombre no se llamaba con este nombre, se llamaba Oseas (Números XIII, 17). Y cuando Moisés le encomendó al pueblo para que lo introdujera, lo llamó, y le cambió el nombre, y lo llamó Jesús: para que no por Moisés, sino por Jesús, es decir, no por la ley, sino por la gracia, el pueblo de Dios entrara en la tierra de la promesa. Pero así como aquel Jesús no era verdadero, sino figurado; así también la tierra de la promesa no era verdadera, sino figurada. Pues aquella fue temporal para el primer pueblo: la que se nos ha prometido a nosotros, será eterna. Pero las eternas se prometían y preanunciaban con figuras temporales. Así como aquel no era el verdadero Jesús, ni aquella tierra de la promesa verdadera, sino figurada: así el maná no era alimento verdaderamente celestial, sino figurado; así aquella roca no era verdaderamente Cristo, sino figurada, y así todo. ¿Qué consideración, entonces, exige la duda de Moisés? No sea que también allí se haya expresado alguna figura, y haya insinuado al entendimiento, y haya movido y provocado el ánimo a investigar. Pues veo que después de aquella duda, y después de la ira de Dios, y después de las amenazas de muerte, y después de la remoción de la introducción del pueblo en la tierra de la promesa, Dios dice muchas cosas a Moisés como a un amigo, como hablaba antes: tanto que al mismo Josué se le propone el ejemplo de obediencia de Moisés, y Dios le advierte que le sirva como Moisés; y así se promete estar con él como con Moisés. Evidentemente, carísimos, Dios mismo nos constriñe, no a reprender sin más, sino a entender la duda de Moisés. Figura la roca yacente, figura la vara golpeando, figura el agua fluyendo, figura también Moisés dudando. Y allí dudó, donde golpeó. De aquí surgió la duda de Moisés, cuando el palo se acercó a la roca. Ya los veloces vuelan adelante, más bien esperen pacientemente a los lentos. Moisés dudó cuando el palo se acercó a la roca: los discípulos dudaron cuando vieron al Señor crucificado. Moisés llevaba la figura de estos. Era figura de Pedro aquel que negó tres veces. ¿Por qué dudó Pedro? Porque vio que el palo se acercaba a la roca. Cuando el Señor anunciaba el género de su muerte, es decir, la misma cruz, Pedro se asustó: "¡Lejos de ti, Señor, esto no será!" (Mateo XVI, 22). Dudas, porque ves que el palo se aproxima a la roca. Por eso perdieron entonces la esperanza que tenían en el Señor: de algún modo fue interceptada, cuando lo vieron crucificado, cuando lloraron al muerto. Los encontró después de la resurrección hablando entre sí de este asunto, con triste conversación; y manteniendo sus ojos para que no lo reconocieran, no alejándose de los creyentes, sino difiriendo a los dudosos, se colocó como un tercer interlocutor en su conversación, y les preguntó de qué hablaban. Ellos se asombran, porque solo él parece ignorar lo que había sucedido en él que preguntaba. "¿Eres tú el único peregrino en Jerusalén?" Y recuerdan lo que sucedió con Jesús. Y de inmediato ya abren las entrañas de su desesperación, y muestran la herida al médico aunque sin saberlo: "Nosotros esperábamos", dicen, "que él sería quien redimiría a Israel" (Lucas XXIV, 13-21). He aquí que se hizo la duda, porque el palo se acercó a la roca: se cumplió la figura de Moisés.

5. Moisés muriendo en el monte, qué prefiguró. Veamos también esto: "Sube al monte, y muere". Por la muerte corporal de Moisés se figuró la muerte de la misma duda; pero en el monte. ¡Oh, misterios maravillosos! Esto ciertamente expuesto y entendido, ¿cuánto más dulce que el maná? La duda nació en la roca, murió en el monte. Cuando Cristo fue humilde en la pasión, como una roca yacía ante los ojos: con razón se dudaba de él, aquella humildad no prometía nada grande. Con razón por aquella humildad se convirtió en piedra de tropiezo: pero resucitado y glorificado apareció grande, ya es un monte. Así pues, aquella duda, que nació en la roca, muera en el monte. Que los discípulos reconozcan su salvación, que

recuperen su esperanza. Observa cómo muere aquella duda, observa cómo muere Moisés en el monte. No entre en la tierra de la promesa: no queremos allí duda; que muera. Que Cristo nos muestre cómo muere. Pedro tembló: y negó tres veces. Pues la roca era Cristo. Resucitó, se hizo monte: y afirmó también a Pedro. Pero la duda muere. ¿Cómo muere? "Pedro, ¿me amas?" El inspector del corazón, el conocedor del corazón pregunta; y quiere oír que es amado, y no es suficiente una vez. Pregunta esto, escucha casi con tedio de Pedro mismo: pues se maravilla de ser preguntado por el que sabe de antemano, pero también de ser preguntado tantas veces cuando una vez sería suficiente para responder incluso a quien no sabe. Pero como si el Señor te dijera, Espero, que se complete el número legítimo: que confiese por amor tres veces (Juan XXI, 15-17), porque había negado tres veces por temor (Mateo XXVI, 69-74). Lo que el Señor preguntaba tantas veces, estaba matando aquella duda en el monte.

6. Invita al Bautismo. Las manos de Moisés extendidas contra Amalec, ahora levantadas, ahora bajadas. ¿Qué, entonces, carísimos, si estas cosas son evidentes? No estaban cerradas para el fraude, sino para la alegría. Pues no se captarían tan dulcemente, si fueran evidentes se volverían vulgares. Que, pues, el que compite por el Bautismo considere su asunto, a quien había comenzado a dirigirme. El mar Rojo era el Bautismo, el pueblo que pasaba era bautizado: el mismo paso era el Bautismo, pero en la nube. Pues aún se nublaban lo que se preanunciaba: aún se ocultaba lo que se prometía. Ahora ya se ha ido la nube, se ha hecho la serenidad de la verdad manifiesta: porque también se ha retirado el velo, por el cual hablaba Moisés. Este velo también colgaba en el templo, para que no se vieran los secretos del templo: pero en la cruz del Señor el velo fue rasgado, para que se abrieran. Ven, pues, al Bautismo: entra sin temor por el camino a través del mar Rojo; no temas por el pecado pasado como por el egipcio que sigue. Tus pecados te oprimían con el duro peso de la servidumbre, pero en Egipto, en el amor de este mundo, en una larga peregrinación; te obligaban a seguir obras terrenales, como hacer ladrillos, trabajabas en obras de barro. Te oprimen los pecados, ven seguro al Bautismo: hasta el agua el enemigo puede seguirte, allí morirá. Teme algo de la vida pasada, cree que algo de tus pecados quedará, si alguno de los egipcios quedó. Oigo la voz de los perezosos: Yo, dice, no temo por los pecados pasados, no dudo que todos me sean perdonados en el agua santa por la caridad de la Iglesia; pero temo los pecados futuros. ¿Te agrada, entonces, quedarte en Egipto? Por ahora, escapa del enemigo presente, que ya te ha oprimido, y ya te ha subyugado. ¿Qué, entonces, piensas que te faltará un ayudador en el camino, aquel que te libró de la antigua cautividad? ¿No detendrá a tus nuevos enemigos, quien te liberó de los antiguos? Solo pasa sin temor, camina sin temor, sé obediente: no amargues a aquel Moisés, cuyo tipo él llevaba en esta obediencia. Confieso, no faltan enemigos. Pues así como no faltaban quienes seguían a los que huían, así no faltaban quienes impedían a los que caminaban. Verdaderamente, carísimos, fueron nuestras figuras. Por ahora, en ti no haya lo que entristezca a Moisés: no seas agua amarga, que después del mar Rojo aquel pueblo no pudo beber. Pues también allí había tentación. Y sin embargo, cuando estas cosas suceden, cuando el pueblo amarga, les mostramos a Cristo, lo que ha soportado por ellos, cómo ha derramado su sangre por ellos: y se suavizan, como si arrojáramos un palo en el agua. Claro que tendrás al enemigo que se opone a tu camino, Amalec. Entonces Moisés oraba, entonces extendía las manos: y cuando bajaba las manos, prevalecía Amalec; cuando extendía las manos, Amalec desfallecía. Y tus manos estén extendidas, que desfalezca Amalec, el tentador y obstaculizador de este camino: sé vigilante y sobrio en las oraciones, en las buenas obras, pero no sin Cristo, porque aquella extensión de manos, fue la cruz de Cristo. En ella se extiende el Apóstol, cuando dice: "El mundo está crucificado para mí, y yo para el mundo" (Gálatas VI, 14). Que, pues, desfalezca Amalec, sea vencido, y no impida el paso del pueblo de Dios. Si dejas las manos de la buena obra, de

la cruz de Cristo; prevalecerá Amalec. Sin embargo, no pienses que serás fuerte de inmediato o siempre, ni te desesperes completamente. Pues aquella alternancia de debilidad y fortaleza en las manos del siervo de Dios Moisés, tal vez fue tu alternancia. Pues a veces en las tentaciones desfalleces, pero no sucumbes. Él bajaba un poco las manos, no caía completamente. "Si decía, Se movió mi pie; he aquí tu misericordia, Señor, me ayudaba" (Salmo XCIII, 18). No temas, pues: está presente en el camino el ayudador, quien no faltó como liberador en Egipto. No temas, emprende el camino, presume seguro. A veces él bajaba las manos, a veces las levantaba; sin embargo, Amalec fue vencido (Éxodo XVII, 11-13). Pudo rebelarse, no pudo vencer.

CAPÍTULO II.

7. La segunda penitencia, que es de todos, y diaria. Medicina y pacto en la oración dominical sobre el perdón de las deudas. Perdonar al hermano. Así pues, se nos advierte ya de hablar de la segunda penitencia. Propuse que en la Sagrada Escritura hay una triple consideración de ella. La primera es de los catecúmenos que desean venir al Bautismo: esta la mostré a partir de las Sagradas Escrituras. Hay otra que es diaria. ¿Y dónde mostramos esa penitencia diaria? No tengo un lugar mejor para mostrarla que en la oración diaria, donde el Señor nos enseñó a orar, nos mostró qué decir al Padre, y puso en estas palabras: Perdona nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores (Mat. VI, 12). ¿Qué deudas, hermanos? Puesto que aquí no se pueden entender las deudas sino como pecados; ¿oramos para que se perdonen de nuevo las deudas que fueron perdonadas en el Bautismo? Ciertamente, todo egipcio que seguía ha muerto. Si nada de los enemigos que seguían quedó, ¿qué oramos para que se perdone, sino por las manos que desfallecen contra Amalec? Perdona nuestras deudas, así como nosotros perdonamos. Estableció la medicina, firmó el pacto. Aquí dicta las oraciones, allí responde al que ora: sabe con qué derecho se actúa en el cielo, cómo se pueden obtener los deseos. ¿Quieres que se te perdone? Perdona, dice. ¿Qué tienes que ofrecer a Dios, de quien deseas que se te ofrezca a ti? ¿Acaso Cristo el Salvador ya camina en la tierra? ¿Acaso Zaqueo lo recibe ahora en su casa con alegría (Luc. XIX, 6)? ¿Acaso Marta le prepara hospedaje y banquete (Id. X, 40)? Nada de esto necesita, está sentado a la derecha del Padre. Pero cuando lo hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí me lo hicisteis (Mat. XXV, 40). Esta es la extensión de las manos, bajo la cual desfalleció Amalec. Y das al pobre, cuando das algo al hambriento: tal vez lo que diste tendrás menos, pero en la casa, no en el cielo. Pero aquí también en la tierra, quien te mandó dar, él mismo suple lo que diste. Cuando el Apóstol hablaba de esto, dijo: El que da semilla al que siembra, y pan para comer, también suplirá (II Cor. IX, 10). Eres obrero de Dios cuando das al necesitado: siembras en invierno, lo que cosecharás en verano. ¿Por qué temes, infiel, que en esta gran casa un padre de familia tan grande no alimente a su obrero? Allí también habrá, pero lo que te sea suficiente. Dios dará todo a la necesidad, no a la codicia. Trabaja, pues, sin temor, extiende las manos, que desfallezca Amalec. Pero aquí, como dije, cuando das algo en tu casa, ves menos de lo que veías allí: no ves allí cuando das, hasta que Dios vuelva a dar. Dime, cuando perdonas de corazón, ¿qué pierdes? Cuando perdonas al que peca contra ti, ¿qué menos tendrás en tu corazón? De allí perdonas, pero no pierdes nada. Más bien, una ola de caridad fluía en tu corazón, y como de una vena interior manaba: mantienes odio contra tu hermano, has obstruido la fuente. No solo no pierdes nada cuando perdonas; sino que te riegas más abundantemente. La caridad no se estrecha. Pones allí una piedra de tropiezo, y te haces estrechez a ti mismo. Me vengaré, me vengaré, le mostraré, haré: te agitas, trabajas, a quien le es lícito perdonar para estar seguro, vivir seguro, orar seguro. Pues, ¿qué vas a hacer? Vas a orar. ¿Qué diré cuándo? Hoy vas a orar. ¿No vas a orar? Lleno de ira y odio, amenazas venganza: no perdonas de corazón. He aquí que oras, he aquí que llega la hora de orar,

comienzas a escuchar o a decir esas palabras. Dichas y escuchadas las anteriores, llegarás a este verso. O si no vas a llegar, ¿a dónde irás? ¿Para no perdonar al enemigo, te desviarás de Cristo? Claramente, si en la oración te desviarás, para no querer decir, Perdona nuestras deudas; porque no puedes decir, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores; para que no se te responda pronto, Así perdono como tú perdonas: entonces, porque no puedes decir esto, y no quieres perdonar, te desviarás de este verso, y lo omitirás, y dirás lo que sigue, No nos dejes caer en la tentación: allí te atraparé tu acreedor, cuya cara evitabas. Como cuando alguien en la calle se encuentra con aquel a quien debe algo, si hay un desvío a mano, deja el camino que iba; y va por otra parte, para no ver la cara del acreedor. Esto pensaste que hiciste en este verso: evitaste decir, Perdona, como yo perdono; para que no perdonara así, es decir, no perdonara, porque no perdonas; y no quisiste decirlo, evitando la cara del acreedor. ¿A quién evitas? ¿A quién evitas? ¿A dónde irás, donde puedas estar tú y él no estar? Dirás, ¿A dónde iré de tu espíritu? y de tu presencia, ¿a dónde huiré? Si subo al cielo, allí estás; si bajo al infierno, allí estás. ¿Cuánto puede huir un deudor de Cristo, sino que vaya al infierno? Este acreedor está presente también allí. ¿Qué harás, sino lo que sigue? Si tomo mis alas en dirección recta, y vuelo a los confines del mar (Sal. CXXXVIII, 7-9): es decir, meditaré el fin del mundo con mi esperanza, viviré en tus preceptos, me elevaré con las dos alas de la caridad. Llena, pues, las dos alas de la caridad. Ama al prójimo como a ti mismo; y no mantengas odio, de donde huyas del acreedor.

CAPÍTULO III.

8. Tercer tipo de penitencia dolorosa, por pecados mortales. La desesperación de la gracia ahoga el alma. Queda el tercer tipo de penitencia, del cual diré algo brevemente, para que con la ayuda del Señor cumpla lo propuesto y prometido. Es una penitencia más grave y dolorosa, en la que propiamente se llaman penitentes en la Iglesia, incluso alejados del Sacramento de participar en el altar, para que al recibir indignamente, no coman y beban juicio para sí mismos. Esa penitencia, por tanto, es dolorosa. Es una herida grave: tal vez se ha cometido adulterio, tal vez homicidio, tal vez algún sacrilegio; cosa grave, herida grave, letal, mortal: pero el médico es omnipotente. Ya después de la sugerencia del hecho y el deleite y el consentimiento y la perpetración, como un muerto de cuatro días hiede: pero ni siquiera a él lo abandonó el Señor, sino que clamó, Lázaro, sal fuera. Cedió a la voz de la misericordia la masa de la sepultura: cedió la muerte a la vida, cedió el infierno al cielo. Lázaro fue elevado, salió del sepulcro: y estaba atado, como están los hombres en la confesión del pecado haciendo penitencia. Ya han salido de la muerte: pues no confesarían, si no salieran. Confesar, en sí mismo, es salir de lo oculto y de lo oscuro. Pero, ¿qué hace el Señor de su Iglesia? Lo que atareis, dice, en la tierra, será atado en el cielo (Mat. XVIII, 18). Por tanto, al salir Lázaro, porque el Señor cumplió el bien de su misericordia, llevar al muerto oculto, hediondo, a la confesión; ya lo demás lo cumple el ministerio de la Iglesia: Desatadlo, y dejadlo ir (Juan XI, 39-44). Pero, carísimos, nadie se proponga este tipo de penitencia, nadie se prepare para este tipo: sin embargo, si por casualidad sucede, que nadie desespere. A Judas el traidor no lo hizo perecer completamente tanto el crimen que cometió, como la desesperación del perdón. No era digno de misericordia, por eso no brilló la luz en su corazón, para que corriera a la indulgencia de aquel a quien había traicionado, como aquellos que lo crucificaron; pero desesperando se mató, y se colgó con una soga, se ahorcó. Lo que hizo en su cuerpo, eso mismo sucedió en su alma. Pues también este viento del aire se llama espíritu. Así como los que se atan el cuello, se matan porque no les entra el espíritu de este aire: así los que desesperan del perdón de Dios, con esa misma desesperación se ahogan por dentro, para que el Espíritu Santo no pueda visitarlos.

9. Contra los paganos que sugieren que la concesión de la penitencia da licencia para pecar. Los paganos suelen insultar a los cristianos por la penitencia que se ha instituido en la Iglesia: y contra algunas herejías, la Iglesia católica ha mantenido esta verdad sobre la penitencia que debe hacerse. Pues hubo quienes decían que no se debía dar penitencia para ciertos pecados; y fueron excluidos de la Iglesia, y se convirtieron en herejes. En ningún pecado pierde la piadosa madre Iglesia sus entrañas. Por tanto, los paganos suelen insultarnos por esto, sin saber lo que dicen; porque aún no han llegado a la palabra de Dios, que hace elocuentes las lenguas de los niños. Vosotros, dicen, hacéis que los hombres pequen, cuando les prometéis el perdón, si hacen penitencia. Esto es disolución, no amonestación. En este sentido exageran las palabras, cuanto cada uno puede; con lengua ya sea sonora, ya sea titubeante, no callan: sin embargo, incluso cuando les hablamos, aunque sean vencidos, no consienten. Sin embargo, cómo son vencidos, que vuestra Caridad lo reciba brevemente, porque la misericordia del Señor ha dispuesto todo de la mejor manera en su Iglesia. Dicen que damos licencia para pecar, porque prometemos el puerto de la penitencia. Si se cerrara el acceso a la penitencia, ¿no añadiría más el pecador pecados a pecados, cuanto más desesperara de ser perdonado? Pues se diría a sí mismo: He aquí que he pecado, he aquí que he cometido un crimen, ya no tengo lugar para el perdón; la penitencia es infructuosa, seré condenado: ¿por qué ya no vivo como quiero? Porque allí no encuentro caridad, aquí al menos alimentaré la codicia. ¿Por qué me abstendría? Allí todo lugar me está cerrado, aquí lo que no haga, lo pierdo; porque la vida que vendrá después de esta, no me será dada. ¿Por qué, pues, no sirvo a mis pasiones, para cumplirlas y saciarlas, y hago lo que no está permitido, pero me apetece? Se le diría tal vez: Pero, miserable, serás atrapado, acusado, torturado, castigado. Los hombres malos saben que estas cosas las dicen los hombres, y se guardan entre los hombres; observan a muchos viviendo mal y de manera criminal, teniendo impunes sus pecados: pueden ocultarlos, redimir lo que no pueden ocultar; redimir hasta la vejez una vida lasciva, blasfema, sacrílega, perdida. Se enumeran a sí mismos: ¿Qué? ¿Aquel que hizo tantas cosas, no murió anciano? ¿Acaso no consideras que ese pecador y criminal anciano murió, para mostrar en él Dios su paciencia, esperando la penitencia? De donde dice el Apóstol: ¿Ignoras que la paciencia de Dios te lleva a la penitencia? Pero él, según la dureza de su corazón y su corazón impenitente, atesoró para sí ira en el día de la ira y de la revelación del justo juicio de Dios, que pagará a cada uno según sus obras (Rom. II, 4-6). Es necesario, pues, que este temor posea las mentes, es necesario que aquel que no quiere pecar, piense en Dios presente, no solo en público, sino también en casa; no solo en casa, sino también en el dormitorio, en la noche, en su lecho, en su corazón. Por tanto, si quitas el puerto de la penitencia, aumentarán los pecados por desesperación. He aquí que no dicen nada aquellos que piensan que por eso aumentan los pecados, porque se propone el puerto de la penitencia en la fe cristiana. ¿Qué, pues? ¿No debía Dios prever que por esa esperanza de indulgencia no se aumentarían de nuevo los pecados? Pues así como previó que no se aumentarían por desesperación, así debía prever que no se aumentarían por esperanza. Pues así como realmente aumenta los pecados quien desespera, así puede aumentar los pecados quien espera el perdón: para que se diga a sí mismo, Haré lo que quiero, Dios es bueno, cuando me convierta, me perdonará. Así, claramente, di a ti mismo, Cuando me convierta, me perdonará; si el día de mañana te es seguro. ¿Acaso no te advierte la Escritura, diciendo: No tardes en convertirte al Señor, ni difieras de día en día; porque de repente vendrá su ira, y en el tiempo de la venganza te destruirá (Ecli. V, 8 y 9)? He aquí que la providencia de Dios ha velado por nosotros en ambos casos. Para que no aumentemos los pecados por desesperación, se ha propuesto el puerto de la penitencia: de nuevo, para que no aumentemos por esperanza, se ha dado el día incierto de la muerte.

SERMON CCCLIII. En el día de la octava de los Inocentes: a quienes exhorta con las palabras del apóstol Pedro, Deposita, pues, toda malicia, etc.

CAPÍTULO PRIMERO.

1. Exhorta a los bautizados. Se debe mantener la inocencia de las costumbres. Se debe seguir la humildad. El sermón del pastor solícito debe dirigirse a los oídos y mentes de todos aquellos a quienes abarca nuestro cuidado: sin embargo, ahora se dirige propiamente a vosotros, cuya reciente infancia está marcada por las cunas de los Sacramentos de la generación espiritual. Pues a vosotros principalmente, por medio del apóstol Pedro, así os halaga la divina elocuencia: Deposita, pues, dice, toda malicia y todo engaño y adulación y envidia y detracción, como niños recién nacidos, deseando la leche racional e inocente; para que en ella crezcáis para la salvación, si habéis gustado que el Señor es dulce (I Pedro II, 1-3). Por tanto, porque habéis gustado, somos testigos: nosotros os hemos ministrado esta suavidad con el oficio de nodriza. Actuad, pues, advertidos a semejanza de la santa infancia, depositad la malicia, el engaño, la adulación y la envidia y la detracción. Debéis mantener esta inocencia, para que no la perdáis al crecer. ¿Qué es la malicia, sino el amor de hacer daño? ¿Qué es el engaño, sino hacer una cosa y simular otra? ¿Qué es la adulación, sino la seducción con alabanza engañosa? ¿Qué es la envidia, sino el odio a la felicidad ajena? ¿Qué es la detracción, sino una reprensión más mordaz que veraz? La malicia se deleita en el mal ajeno: la envidia se aflige por el bien ajeno: el engaño duplica el corazón: la adulación duplica la lengua: la detracción hiere la fama. Pero la inocencia de vuestra santidad, porque es hija de la caridad, no se alegra de la iniquidad, sino que se alegra con la verdad (I Cor. XIII, 6). Simple como la paloma, y así astuta como la serpiente (Mat. X, 16), no con el afán de hacer daño, sino de evitar al que hace daño.

CAPÍTULO II.

A esto os exhorto. De tales es el reino de los cielos (Mat. XIX, 14), de los humildes, es decir, espiritualmente pequeños. No los despreciéis, no los aborrezcáis. Esta pequeñez es de los grandes. La soberbia engañosa es la grandeza de los débiles; que cuando posee la mente, al erguirse derriba, al inflarse vacía, al distenderse disipa. No puede ser humilde el que hace daño, no puede ser soberbio el que es inocente. Hablo de esa humildad, que no quiere sobresalir en cosas perecederas, sino que piensa verdaderamente en algo eterno, a lo que no llega por sus propias fuerzas, sino ayudada. Esta no puede querer el mal de nadie, porque no se aumenta su bien con ello. Pero la soberbia engendra inmediatamente la envidia. ¿Quién es envidioso, que no quiera el mal de aquel cuyo bien le aflige? Por tanto, la envidia engendra consecuentemente la malicia: de donde procede también el engaño y la adulación y la detracción, y toda obra mala, que no quieres que te hagan a ti. Guardada, pues, la piadosa humildad, que en las Sagradas Escrituras se prueba como santa infancia, estaréis seguros de la inmortalidad de los bienaventurados: De tales es el reino de los cielos.

2. Se debe guardar la inocencia mucho más con respecto a Dios. En los israelitas se dio a los bautizados la figura de la vida cristiana. Por tanto, quien no es soberbio con los hombres, mucho más no debe ser contumaz contra Dios: pues si no se debe hacer a nadie lo que uno no quiere que le hagan, y ningún hombre quiere sufrir a alguien desobediente que esté sujeto a su derecho; cuánto más se debe evitar que alguien sea tal contra Dios, como no quiere que sea un hombre contra él, el mismo Señor de los señores.

CAPÍTULO III.

Por tanto, se engañan a sí mismos los que piensan que es suficiente, si no hacen a ningún hombre lo que no quieren que les hagan, y se corrompen a sí mismos con una vida lujuriosa de tal manera, que intentan hacer a Dios lo que no quieren que les hagan a ellos los hombres. Pues no quieren que nadie pervierta su casa, quienes en sí mismos pervierten miserablemente la casa de Dios con ceguera, sordos al clamor del Apóstol, ¿No sabéis que sois templo de Dios, y que el Espíritu de Dios habita en vosotros? Si alguno destruye el templo de Dios, Dios lo destruirá a él. Porque el templo de Dios, que sois vosotros, es santo (I Cor. III, 16 y 17). Nadie se engañe a sí mismo. ¿Qué, pues, piensan que guardan su inocencia con respecto a otros hombres, cuando se dañan a sí mismos de tal manera, que carecen de Dios como habitante, y son castigados como vengador? De aquí también sucede que, por las nocivas voluptuosidades, caídos y derramados, no solo dejan de ser templos de Dios, sino que se convierten en ruinas, en las que habitan malos demonios, a los que comienzan a suplicar y a adorar: y se les hace, como se dijo, que lo posterior sea peor que lo anterior (Luc. XI, 26). Por lo tanto, vosotros, regenerados por la semilla inmortal, así como anteriormente por las maliciosas ansias de hacer daño, por las cuales se hace a los hombres lo que odian, así después por las deleitaciones carnales torpes e ilícitas y los sacrilegios nefarios, por los cuales los hombres no parecen hacer daño a los hombres, no haciéndoles lo que no quieren, sino no obedeciendo a Dios a quien todo está sujeto, hacen al mismo Señor de los señores lo que no quieren que les hagan a ellos sus siervos, el mismo apóstol Pedro os habla, diciendo: Cristo, pues, padeciendo en la carne, armaos también vosotros con el mismo pensamiento.

CAPÍTULO IV.

Porque quien ha muerto en la carne ha cesado de pecar, para que ya no viva el tiempo restante en la carne según los deseos humanos, sino según la voluntad de Dios. Pues basta el tiempo pasado para haber cumplido las voluntades de los gentiles en las lujurias, placeres, banquetes, embriagueces y abominables idolatrías (I Pedro IV, 1-3). Basta ya el tiempo pasado de haber servido a las obras de pecado, como si se hubiera servido a la dominación de los egipcios. Ahora el Mar Rojo, es decir, el Bautismo consagrado con la sangre de Cristo, ha derribado al verdadero Faraón, ha exterminado a los egipcios: no temáis de los pecados pasados como si fueran enemigos que os persiguen desde atrás. De aquí en adelante, pensad en atravesar el desierto de esta vida y llegar a la tierra prometida, la Jerusalén celestial, la tierra de los vivientes: no sea que por el desprecio de la palabra de Dios, como por el hastío del maná, vuestros corazones se vuelvan insensatos; no sea que deseando los alimentos egipcios murmuréis contra los alimentos celestiales; no os prostituyáis, como algunos de ellos se prostituyeron; y no tentéis a Cristo, como algunos de ellos lo tentaron. Si os encontráis con alguna amargura de los que resisten a vuestra fe, como aquellas aguas que Israel no pudo beber, que se endulcen imitando la paciencia del Señor, como si se arrojara el madero de la cruz. Si la tentación de la serpiente os muerde, que se sane con la contemplación de la exaltación de aquella serpiente, como si la muerte en la carne del Señor hubiera sido vencida y triunfada, con el mismo remedio de la cruz. Si el adversario amalecita intenta cerrar e impedir el camino, que sea vencido con la perseverante extensión de los brazos, señal de la misma cruz. Sed verdaderos y genuinos cristianos: no imitéis a los cristianos de nombre, vacíos de obras. Repito, y es necesario decirlo a menudo: Basta ya el tiempo pasado de haber cumplido las voluntades de los gentiles. Detestad y rechazad a los perros que vuelven a su vómito: detestad y rechazad la casa limpia y vacía, a la que se traen otros siete espíritus peores, para que el estado final del hombre sea peor que el primero. Mantened a vuestro purificador como habitante. Pues os rogamos, exhortándoos, que no recibáis en vano la gracia de Dios (II Cor. VI, 1). Basta ya el tiempo pasado de haber cumplido las voluntades de los gentiles. Escuchad también al apóstol Pablo: Hablo en términos humanos a causa de la

debilidad de vuestra carne. Pues así como presentasteis vuestros miembros para servir a la impureza y a la iniquidad para la injusticia, así ahora presentad vuestros miembros para servir a la justicia en santificación (Rom. VI, 19).

SERMO CCCLIV. A los Continentes: en el que primero los fortalece contra los detractores y envidiosos, y luego les ordena evitar la soberbia.

CAPÍTULO PRIMERO.

1. Es necesario que los miembros de Cristo caigan en el odio del mundo, como él mismo predijo. Esto advirtió el Señor cuando se leía el Evangelio, porque quien cree en él, cree en aquel que lo envió (Juan XII, 44). La fe más verdadera sostiene que el Salvador del mundo ha sido enviado a nosotros: porque Cristo predica a Cristo, es decir, el cuerpo de Cristo extendido por todo el orbe. Pues él estaba en los cielos, y decía al perseguidor que arremetía en la tierra: ¿Por qué me persigues? (Hechos IX, 4). Allí el Señor expresó que también aquí está en nosotros. Así crece todo: porque así como él está en nosotros aquí, así también nosotros estamos allí en él. Esto lo hace el vínculo de la caridad. Él, que es nuestra cabeza, es el Salvador de su cuerpo. Por tanto, Cristo predica a Cristo, el cuerpo predica a su cabeza, y la cabeza protege a su cuerpo. Y por eso el mundo nos odia, como hemos oído del mismo Señor (Juan XV, 18-21). Pues no decía esto solo a unos pocos apóstoles, que el mundo los odiaría; y que debían alegrarse cuando los hombres los injuriaran y dijeran todo mal contra ellos, porque por esto su recompensa sería mayor en los cielos (Mateo V, 11, 12); no solo a ellos dijo el Señor esto, sino que lo dijo a todo su cuerpo, lo dijo a todos sus miembros. Cualquiera que quiera ser miembro de su cuerpo, no se extrañe de que el mundo lo odie.

2. Los miembros de Cristo no solo sufren enemigos de fuera, sino también algunos dentro. Muchos reciben el sacramento de su cuerpo: pero no todos los que reciben el sacramento tendrán también el lugar prometido a sus miembros. Casi todos llaman al sacramento su cuerpo, porque todos pastan juntos en sus pastos: pero vendrá quien divida, y ponga a unos a la derecha, y a otros a la izquierda. Y ambas partes dirán: Señor, Señor, ¿cuándo te vimos y te servimos? o, Señor, ¿cuándo te vimos y no te servimos? Ambas partes lo dirán: pero a una le dirá: Venid, benditos de mi Padre, recibid el reino; a la otra, Id al fuego eterno, preparado para el diablo y sus ángeles (Mateo XXV, 31-41).

CAPÍTULO II.

No debemos, pues, considerar enemigos nuestros, amadísimos, a todos aquellos que somos miembros de Cristo con buena conciencia; no debemos considerar enemigos nuestros solo a los que están abiertamente fuera. Pues mucho peores son los que parecen estar dentro, pero están fuera. Aman el mundo; y por eso son malos. Y de nosotros piensan lo que ellos mismos aman, y en las supuestas prosperidades de este mundo, en las que gemimos, nos envidian. Nos consideran felices allí donde estamos en peligro. Pero nuestra verdadera felicidad interna no la conocen; porque no la han probado. Porque lo que el mundo nos sonríe temporalmente, es más un peligro que un adorno nuestro, no lo saben; porque no saben distinguir estas alegrías.

3. El lugar de los continentes es más excelente en el cuerpo de Cristo. La continencia de ellos es mordida por los envidiosos, para ser probada. Los malos son necesarios para los buenos. Por eso exhortamos a vuestra Caridad, especialmente porque os vemos reunidos con más frecuencia, que tenéis un propósito más elevado, es decir, en el mismo cuerpo de Cristo, por su don, no por vuestros méritos, ocupáis un lugar más excelente, teniendo una conciencia que

es donada por Dios. Pues también esta viene a ser sospechosa para nuestros malos y envidiosos. Sin embargo, es mordida para ser probada. Pues si en la profesión de la continencia buscamos las alabanzas de los hombres, desfallecemos con las reprensiones de los hombres. Siendo casto siervo de Dios, he aquí que el mundo te sospecha tal vez impuro, y te muerde, y te reprende, y se deleita en tus detracciones; pues al alma maliciosa le parece dulcemente sabroso lo que sospecha malamente; pero si quisiste asumir la continencia por las alabanzas humanas, desfalleciste con las reprensiones humanas, y perdiste todo lo que te habías propuesto.

CAPÍTULO III.

Sin embargo, si sabes decir con el Apóstol: Esta es nuestra gloria, el testimonio de nuestra conciencia (II Cor. I, 12); no solo no te disminuye la recompensa con las reprensiones, sino que la hace mayor. Sin embargo, ora por él, para que no muera con tu recompensa. Pues también somos probados, amadísimos, porque si no tuviéramos enemigos, no habría por quienes orar según el precepto de nuestro Señor que dice: Amad a vuestros enemigos, y orad por los que os odian (Mateo V, 44). ¿De dónde probamos, de dónde interrogamos nuestro corazón, si podemos hacer esto, si no experimentamos ningún enemigo, ningún reprensor, ningún detractor, ningún maldiciente? Veis, pues, que también los malos son necesarios para los buenos. Estamos en una especie de horno de orfebre, es decir, en este mundo. Si no eres oro, ardes junto con él. Si eres oro, tu paja es el malo. Si también tú eres paja, juntos seréis humo.

CAPÍTULO IV.

4. En el cuerpo de Cristo no solo los continentes, sino también los casados tienen su lugar. Los casados humildes son mejores que los continentes soberbios. Sin embargo, primero sabed, amadísimos, que en el cuerpo de Cristo no solo hay miembros más excelentes. Pues la vida conyugal es laudable, y tiene su lugar en el cuerpo de Cristo: así como en nuestro cuerpo no solo tienen lugar las partes que están colocadas más excelentemente, como los sentidos que ocupan la parte superior del cuerpo en el rostro; pero si los pies no llevaran, todo lo que es sublime yacería en la tierra. Por eso dice el Apóstol: Y las partes menos decorosas de nuestro cuerpo son más necesarias. Dios ha dispuesto el cuerpo, para que no haya divisiones en el cuerpo (I Cor. XII, 23-25). Sabemos, pues, que los miembros de Cristo, que llevan una vida conyugal, si son miembros de Cristo, es decir, si son fieles, si esperan o esperan el siglo futuro, si saben por qué llevan el signo de Cristo, como sabemos que os honran; sabemos que os juzgan mejores que ellos. Pero tanto como ellos os honran, así también debéis prestarles mutuo honor. Pues si hay santidad en vosotros, temed perderla. ¿De dónde? Por la soberbia. De una manera se pierde la santidad del casto, si es adúltero; de otra manera se pierde, si se vuelve soberbio. Y me atrevo a decir que los que llevan una vida conyugal, si mantienen la humildad, son mejores que los castos soberbios. Considere, pues, vuestra Caridad lo que digo: mirad al diablo, ¿acaso se le ha de reprochar en el juicio de Dios adulterio o fornicación? No hace nada de esto, quien no tiene carne. Solo la soberbia y la envidia lo envían al fuego eterno.

CAPÍTULO V.

5. La soberbia es madre de la envidia. Inés virgen y Crispina mujer, ambas mártires. El continente debe pensar en lo que le falta, no en lo que tiene. Por tanto, si la soberbia se infiltra en el siervo de Dios, inmediatamente está también la envidia. No puede ser soberbio sin ser envidioso. La envidia es hija de la soberbia: pero esta madre no sabe ser estéril; donde

está, inmediatamente da a luz. Para que no esté en vosotros, pensad en esto, que en tiempo de persecución no solo fue coronada la virgen Inés, sino también la mujer Crispina: y tal vez, lo que no se duda, algunos de los continentes fallaron entonces, y muchos de los casados lucharon y vencieron. Por eso no en vano dice el Apóstol a todos los miembros de Cristo: Considerando a los demás superiores a vosotros, y honrándoos mutuamente (Filip. II, 3, y Rom. XII, 10). Pues si pensáis en esto, no seréis grandes ante vosotros mismos. Más bien debéis pensar en lo que os falta, que en lo que tenéis. Lo que tienes, cuida de no perderlo: lo que aún no tienes, suplica para tenerlo. Debes pensar en cuántos eres menor; no en cuántos eres mayor. Pues si piensas en cuánto has adelantado al otro, teme la hinchazón. Pero si piensas en cuánto te falta aún, gimes; y cuando gimes, eres curado, serás humilde, caminarás más seguro, no caerás, no te inflarás.

CAPÍTULO VI.

6. La caridad debe ser buscada para evitar la hinchazón. Qué es la soberbia y por qué engendra envidia. ¿Debe evitarse el conocimiento para no inflarse? Y ojalá todos pudieran pensar en una sola caridad. Pues solo ella vence todo, y sin ella nada vale todo, y dondequiera que esté, atrae todo hacia sí. Ella es la que no envidia. ¿Buscas la causa? Observa lo que sigue: No se infla (I Cor. XIII, 4). La soberbia es el primer vicio, como comencé a decir, luego la envidia. Pues no es la envidia la que engendró la soberbia, sino la soberbia la que engendró la envidia. Pues no envidia, sino el amor a la excelencia. El amor a la excelencia se llama soberbia. Cuando, pues, en orden la soberbia es anterior, y la envidia sigue; el Apóstol en las alabanzas de la caridad no quiso decir primero, No se infla; y después, No envidia: sino que primero dijo, No envidia; después, No se infla. ¿Por qué esto? Porque cuando dijo, No envidia, como si fueras a buscar la causa, por qué no envidia; añadió, No se infla. Por tanto, si no envidia porque no se infla; si se inflara, envidiaría. Que esto crezca en vosotros, y el alma se solidifica, porque no se infla. La ciencia, dice el Apóstol, infla. ¿Qué, pues? ¿Debe evitarse la ciencia, y elegir no saber nada más bien que inflarse? ¿Para qué os hablamos, si es mejor la ignorancia que la ciencia? ¿Para qué os disputamos? ¿Para qué distinguimos estas cosas? ¿Para qué os recordamos lo que sabéis, lo que no sabéis os introducimos, si debe evitarse la ciencia para no inflarse? Por tanto, amad la ciencia, pero anteponed la caridad. La ciencia si está sola, infla. Pues la caridad edifica (I Cor. VIII, 1), no permite que la ciencia se infle. Allí, pues, infla la ciencia, donde la caridad no edifica: pero donde edifica, está solidificada. No hay hinchazón donde la roca es el fundamento.

CAPÍTULO VII.

7. El aguijón de la carne fue dado al Apóstol para que no se enorgulleciera. Debemos desear ser escuchados, no según nuestra voluntad, sino para nuestra salud. Cómo pedir lo eterno, cómo lo temporal. Cuánto tienta la hinchazón, es decir, la elevación, que por este vicio incluso aquel gran Apóstol dijo que se le había dado un aguijón en la carne, un ángel de Satanás, que lo abofeteara. Quien es abofeteado, su cabeza es golpeada, para que no se levante: pues también allí había temor de la hinchazón, es decir, de la elevación. Dice: En la grandeza de mis revelaciones para que no me exalte. Allí, pues, debía temerse la elevación, donde había revelación de grandes cosas: "En la grandeza de mis revelaciones para que no me exalte, se me dio un aguijón en mi carne, un ángel de Satanás, que me abofetee. Por lo cual rogué al Señor tres veces, para que lo apartara de mí: y me dijo, Bástate mi gracia; porque mi poder se perfecciona en la debilidad" (II Cor. XII, 7-9). El enfermo pide que lo que el médico aplica para la salud, cuando el enfermo lo desea, sea quitado. El médico dice: No; duele, pero sana. Tú dices: Quita lo que duele. El médico dice: No lo quito, porque sana. ¿Por qué fuiste al médico? ¿Para ser sanado, o para no sufrir molestias? Por tanto, el Señor no

escuchó a Pablo según su voluntad, porque lo escuchó para su salud. Pues no es gran cosa ser escuchado por Dios según la voluntad; no es gran cosa. No penséis que es gran cosa, cuando alguien ora, que sea gran cosa si es escuchado. Busca qué ora, busca en qué es escuchado. Pues no tengáis por gran cosa ser escuchado según la voluntad: tened por gran cosa ser escuchado según la utilidad. Según la voluntad también los demonios fueron escuchados, y se les permitió ir a los cerdos que pidieron (Mateo VIII, 31, 32). Según la voluntad también el príncipe de ellos, el diablo, fue escuchado; a quien se le pidió que Job fuera tentado, no se le negó, para que aquel fuera probado, este confundido (Job I y II). Según la voluntad también los israelitas fueron escuchados; y cuando aún el alimento estaba en su boca, sabéis lo que siguió (Núm. XI). No tengáis, pues, por gran cosa ser escuchado según la voluntad. A veces Dios, enojado, da lo que pides, y Dios, propicio, niega lo que pides. Pues lo que perjudica, lo que beneficia, lo sabe el médico, no el enfermo.

CAPÍTULO VIII.

8. Contra los continentes soberbios. Hay, pues, continentes humildes, hay soberbios. No se prometan los soberbios el reino de Dios. Es más excelente el lugar al que conduce la continencia: pero quien se exalta, será humillado (Lucas XIV, 11). ¿Por qué buscas un lugar más alto con el deseo de altura, que puedes alcanzar con la retención de la humildad? Si te exaltas, Dios te humilla: si te humillas, Dios te eleva. Es sentencia del Señor: no se puede añadir ni quitar nada. Sin embargo, los continentes a menudo se enorgullecen, no solo ante cualquier hombre, sino incluso ante sus padres, y se exaltan contra sus padres. ¿Por qué? Porque ellos engendraron, estos despreciaron el matrimonio. ¿De qué serían ingratos quienes despreciaron el matrimonio, si no hubieran engendrado? Pero el hijo es mejor que su padre casado, porque él no tomó esposa: y la hija es mejor que su madre casada, porque ella no buscó marido. Si es más soberbio, de ninguna manera es mejor: si es mejor, sin duda es más humilde. Si quieres encontrarte mejor, interroga a tu alma, si ves allí hinchazón. Donde hay hinchazón, hay vacuidad. El diablo, donde encuentra vacío, intenta hacer nido.

CAPÍTULO IX.

9. La soberbia debe ser evitada al máximo por los continentes. Un casado humilde es mejor que un continente soberbio. El continente soberbio no tiene lugar en el reino de Dios. Finalmente, hermanos míos, me atrevo a decir que es mejor que los continentes soberbios caigan, para que sean humillados en aquello mismo en lo que se enaltecen. ¿De qué sirve la continencia si la soberbia domina? Desprecia de donde nació el hombre y anhela de donde cayó el diablo. Despreciaste el matrimonio, hiciste bien; elegiste algo mejor: pero no te enorgullezcas. Del matrimonio nace el hombre, de la soberbia cayeron los ángeles. Si considero cada uno de tus bienes, eres mejor que tu padre, que despreciaste el matrimonio; y tú mejor que tu madre, que despreciaste el matrimonio. En efecto, la santidad virginal es mejor que la castidad conyugal. Si se comparan estas dos cosas, aquello es mejor que esto: ¿quién lo duda? Pero añadiendo otras dos, la soberbia y la humildad; en estas dos os pregunto, y de ellas respondedme: ¿Qué es mejor, la soberbia o la humildad? Respondes, la humildad. Únela a la santidad virginal. La soberbia no solo no debe estar en tu virginidad, sino que tampoco debe permanecer en tu madre. Si tú mantienes la soberbia y tu madre la humildad, será mejor la madre que la hija. Nuevamente os comparo. Ya antes, al considerar cada cosa, te encontraba mejor: ahora, al considerar ambas, no dudo en preferir a una mujer humilde sobre una virgen soberbia. ¿Y cómo preferir? Ved cómo prefiero a aquella que ahora comparaba. La castidad conyugal es buena, la integridad virginal es mejor. Comparaba dos bienes, no un mal y un bien; sino que distinguía entre un bien y un mejor. Pero cuando pongo

aquellas dos, la soberbia y la humildad, ¿podemos acaso decir, la soberbia es buena, pero la humildad es mejor? ¿Qué decimos entonces? La soberbia es un mal, la humildad es un bien: y la soberbia es un gran mal, la humildad un gran bien. Si de estos dos uno es malo y el otro bueno: se une el mal a tu mayor bien, y todo se convierte en mal: se une el bien al menor bien de tu madre, y se convierte en un gran bien. La madre tendrá un lugar menor en el reino de los cielos, porque está casada, que la hija, porque es virgen. La hija virgen tendrá un lugar mayor, la madre casada un lugar menor, ambas sin embargo allí: como una estrella brillante, una estrella oscura, ambas sin embargo en el cielo. Pero si tu madre es humilde y tú soberbia: ella tendrá algún lugar, pero tú ninguno. ¿Y quién encuentra otro lugar quien no tiene lugar allí, sino con aquel que cayó de allí, y derribó al que estaba de pie? De allí cayó el diablo, de donde derribó al hombre que estaba de pie. Derribó al que estaba de pie: pero Cristo descendiendo levantó al que yacía. Sin embargo, considera de dónde te levantó tu Señor. Te levantó con humildad, haciéndose obediente hasta la muerte, se humilló a sí mismo (Fil. II, 8). ¿Tu príncipe humilde, y tú soberbio? ¿Cabeza humilde, y miembro soberbio? No sea así. No quiere ser del cuerpo de la cabeza humilde, quien ama la soberbia. Si no lo es, que vea dónde estará. No quiero decirlo, para no parecer haber asustado más. Ojalá haya asustado, y haya logrado algo. Ojalá quien así era, o quien así era, no lo sea más. Ojalá haya infundido estas palabras, y no las haya derramado. Todo debe esperarse de la misericordia de Dios: porque quien asusta, entristece; quien entristece, consuela; pero si quien se entristeció, se enmienda.

SERMO CCCLV. De la Vida y Costumbres de sus clérigos, I.

CAPÍTULO PRIMERO.

1. Debe cuidarse que no solo la conciencia, sino también la fama sea buena. Por eso quise y rogué ayer, para que hoy os reunierais más numerosos, esto es lo que voy a decir. Vivimos aquí con vosotros, y vivimos por vosotros: y nuestra intención y deseo es que vivamos con vosotros sin fin ante Cristo. Creo que nuestra conversación está ante vuestros ojos; para que también nosotros quizás nos atrevamos a decir, aunque muy inferiores a él, lo que dijo el Apóstol, Sed imitadores de mí, como yo lo soy de Cristo (I Cor. IV, 16). Y por eso no quiero que nadie encuentre en nosotros ocasión de vivir mal. Proveemos cosas buenas, como dice el mismo apóstol, no solo ante Dios, sino también ante los hombres (II Cor. VIII, 21). Para nosotros, nuestra conciencia nos basta: para vosotros, nuestra fama no debe ser mancillada, sino florecer en vosotros. Retened lo que dije, y distinguid. Son dos cosas, la conciencia y la fama. La conciencia para ti, la fama para tu prójimo. Quien confiando en su conciencia descuida su fama, es cruel: especialmente en este lugar, del cual dice el Apóstol escribiendo a su discípulo, Mostrándote en todo como ejemplo de buenas obras (Tit. II, 7).

2. Vida común, cuyo ejemplo está en los primeros cristianos. Monasterio fundado por Agustín, primero en el huerto, y luego en la casa episcopal. En un lugar humilde hay salvación, en lo alto peligro. Vida común en el monasterio. Tener algo propio está prohibido por la ley de esa vida. Para no reteneros mucho, especialmente porque yo hablo sentado, vosotros os cansáis de pie: todos sabéis, o casi todos, que vivimos en esa casa que se llama casa episcopal, de manera que, en la medida de lo posible, imitamos a esos santos, de los que habla el libro de los Hechos de los Apóstoles, Nadie decía que algo era propio, sino que tenían todas las cosas en común (Hech. IV, 32). Porque quizás algunos de vosotros no son tan diligentes en escrutar nuestra vida, para conocer esto como quiero que lo sepáis; digo qué es lo que brevemente dije. Yo, a quien por la gracia de Dios veis como vuestro obispo, vine joven a esta ciudad, como muchos de vosotros sabéis. Buscaba dónde establecer un monasterio, y vivir con mis hermanos. Había dejado toda esperanza del mundo, y lo que

podía ser, no quise ser: sin embargo, no busqué ser lo que soy. Elegí ser un desechado en la casa de mi Dios, más que habitar en las tiendas de los pecadores (Sal. LXXXIII, 11). Me separé de aquellos que aman el mundo: pero no me igualé a aquellos que presiden sobre los pueblos. Ni en el banquete de mi Señor elegí un lugar superior, sino inferior y despreciado: y le agradó decirme, Sube más arriba. Sin embargo, temía tanto el episcopado, que como mi fama entre los siervos de Dios comenzaba a tener algún peso, no iba a un lugar donde sabía que no había obispo. Evitaba esto, y hacía cuanto podía, para ser salvo en un lugar humilde, no para estar en peligro en lo alto. Pero, como dije, el siervo no debe contradecir a su Señor. Vine a esta ciudad para ver a un amigo, que pensaba podría ganar para Dios, para que estuviera con nosotros en el monasterio; casi seguro, porque el lugar tenía obispo. Fui capturado, hecho presbítero, y por este grado llegué al episcopado. No traje nada, no vine a esta Iglesia, sino con las vestiduras con las que en ese tiempo estaba vestido. Y porque esto disponía, estar en el monasterio con los hermanos, conocido mi propósito y voluntad, el anciano de bendita memoria Valerio me dio aquel huerto, donde ahora está el monasterio. Comencé a reunir hermanos de buen propósito, mis compañeros, que no tenían nada, como yo no tenía nada, e imitándome: para que así como yo vendí mi pequeña pobreza y la di a los pobres, así hicieran ellos que quisieran estar conmigo, para que viviéramos de lo común; y nuestro gran y abundante patrimonio fuera Dios mismo. Llegué al episcopado: vi que era necesario que el obispo mostrara humanidad constante a los que venían o pasaban: lo cual, si el obispo no lo hiciera, sería llamado inhumano. Pero si esta costumbre se permitiera en el monasterio, sería indecente. Y por eso quise tener en esta casa episcopal conmigo un monasterio de clérigos.

CAPÍTULO II.

He aquí cómo vivimos. A nadie se le permite en nuestra sociedad tener algo propio: pero quizás algunos lo tienen. A nadie se le permite: si algunos lo tienen, hacen lo que no se permite. Sin embargo, tengo buenos sentimientos hacia mis hermanos, y siempre creyendo bien, he disimulado esta investigación: porque incluso investigar esto, me parecía como pensar mal. Conocía, y conozco a todos, que vivían conmigo, que conocían nuestro propósito, que conocían la ley de nuestra vida.

3. El presbítero Januario retuvo lo propio contra la ley del monasterio. Hizo testamento. Agustín no quiere recibir su herencia para la Iglesia. Disputa entre los hijos de Januario sobre su herencia. También vino a nosotros el presbítero Januario, que parecía haber consumido sus bienes honradamente distribuyéndolos, pero no los consumió. Le quedó cierta cantidad de dinero, es decir, plata, que decía ser de su hija. Su hija, por la gracia de Dios, está en el monasterio de mujeres, y es de buena esperanza. Que el Señor la guíe, para que cumpla lo que esperamos de ella, en su misericordia, no en sus méritos. Y porque era menor de edad, y no podía hacer nada con su dinero (aunque veíamos el brillo de su profesión, temíamos la inestabilidad de su edad); se dispuso que ese dinero se guardara como si fuera de la niña, para que cuando llegara a la edad legal, hiciera con él lo que correspondiera a una virgen de Cristo, cuando ya pudiera hacerlo de la mejor manera. Mientras se esperaba esto, él comenzó a acercarse a la muerte: quien durante mucho tiempo como si fuera suyo, jurando que era suyo, no de su hija, hizo testamento. Hizo testamento, digo, el presbítero y nuestro compañero, viviendo con nosotros, viviendo de la Iglesia, profesando vida común; hizo testamento, instituyó herederos. ¡Oh dolor de esa sociedad! ¡Oh fruto nacido, no del árbol que plantó el Señor! Pero, ¿escribió a la Iglesia como heredera? No quiero esos dones, no amo el fruto de la amargura. Yo lo buscaba para Dios, profesaba la sociedad, que la mantuviera, que la exhibiera, que no tuviera nada, que no hiciera testamento. ¿Tenía algo? No se fingiera nuestro compañero como pobre de Dios. Gran dolor me causa esto, hermanos. Digo a vuestra

Caridad, por este dolor decidí no recibir esa herencia en la Iglesia. Sea de sus hijos lo que dejó, ellos hagan con ello lo que quieran. Me parece que si la recibo, en este hecho, que me desagrada y que lamento, seré partícipe de él. Esto quise no ocultar a vuestra Caridad. Su hija está en el monasterio de mujeres: su hijo está en el monasterio de hombres. A ambos los desheredó: a ella con alabanza, a él con un elogio, es decir, con vituperio. Sin embargo, he recomendado a la Iglesia que no tomen esas porciones, que pertenecen a los desheredados, sino cuando lleguen a la edad legal. Esto les reserva la Iglesia. Luego dejó la disputa entre sus hijos, en la que trabajo. La niña dice: Es mío, sabéis que mi padre siempre decía esto. El niño dice: Créase a mi padre, porque muriendo no pudo mentir. ¿Y qué mal es esta contienda? Pero si estos niños son siervos de Dios, pronto terminamos esta disputa entre ellos. Los escucho como padre, y quizás mejor que su padre. Veré qué es justo, como Dios quiera, con algunos hermanos fieles y honorables, por la gracia de Dios, de vuestro número, es decir, de este pueblo. Escucho la causa entre ellos; y como el Señor lo conceda, la termino.

4. Agustín no recibe la herencia de alguien, desheredando a los hijos. Sin embargo, os ruego, que nadie me reprenda, porque no quiero que la Iglesia reciba su herencia. Primero, porque detesto su hecho: luego, porque es mi costumbre. Muchos alaban lo que voy a decir, pero algunos también lo reprenden. Satisfacer a ambos es muy difícil.

CAPÍTULO III.

Habéis oído ahora cuando se leía el Evangelio, Os tocamos la flauta, y no bailasteis; os lamentamos, y no llorasteis. Vino Juan que no comía ni bebía, y dicen, Tiene demonio; vino el Hijo del hombre comiendo y bebiendo, y dicen, He aquí un hombre glotón, bebedor de vino, amigo de publicanos (Mat. XI, 17-19). ¿Qué hago yo entre aquellos que se preparan para reprenderme, y clavar sus dientes en mí, si recibo las herencias de aquellos que desheredan a sus hijos enojados? ¿Qué haré entonces con aquellos a quienes toco la flauta, y no quieren bailar? que dicen, He aquí por qué nadie dona nada a la Iglesia de Hipona: he aquí por qué no la hacen heredera quienes mueren; porque el obispo Agustín, por su bondad (pues alabando muerden, con los labios acarician, clavan el diente) lo dona todo, no lo recibe. Claro que recibo, profeso recibir las ofrendas buenas, las ofrendas santas. Pero si alguien se enoja con su hijo y muriendo lo deshereda, si viviera, ¿no lo apaciguaría? ¿no debería reconciliarle con su hijo? ¿Cómo entonces quiero que tenga paz con su hijo, cuya herencia deseo? Pero claro, si hace lo que a menudo he exhortado; tiene un hijo, considere a Cristo como otro; tiene dos, considere a Cristo como un tercero; tiene diez, haga a Cristo el undécimo, y lo recibo. Porque he hecho esto en algunos casos, ya quieren convertir mi bondad o la recomendación de mi fama en otra cosa, para reprenderme de otra manera, porque no quiero recibir las ofrendas de los devotos. Consideren cuántas he recibido. ¿Qué necesidad hay de enumerarlas? He aquí que digo una, recibí la herencia de los hijos de Julián. ¿Por qué? Porque murió sin hijos.

CAPÍTULO IV.

5. Por qué no recibió la herencia de Bonifacio. No quise recibir la herencia de Bonifacio: no por misericordia, sino por temor. No quise que la Iglesia de Cristo fuera naviera. Muchos son, en efecto, los que también adquieren de las naves. Sin embargo, sería una tentación, iría la nave, y naufragaría: ¿entregaríamos a los hombres a tormentos, para que según la costumbre se investigara sobre el naufragio, y fueran torturados por el juez quienes fueron liberados de las olas? Pero no los entregaríamos. Pues no sería decoroso que la Iglesia hiciera esto. ¿Entonces pagaría la carga fiscal? ¿Pero de dónde la pagaría? No nos es lícito tener una reserva. No es propio del obispo guardar oro, y retirar de sí la mano del mendigo. Cada día

tantos piden, tantos gimen, tantos nos interpelan en la indigencia; que dejamos a más tristes, porque no tenemos lo que podamos dar a todos. No tenemos, pues, una reserva. Por el naufragio, entonces, hice esto, no por donación. Que nadie me alabe allí, pero que nadie tampoco me vitupere. Claro que cuando doné al hijo, lo que el padre enojado le quitó al morir, hice bien. Alaben quienes quieran, perdonen quienes no quieran alabar. ¿Qué más, hermanos míos? Quienquiera que quiera hacer heredera a la Iglesia desheredando a su hijo, busque a otro que lo reciba, no a Agustín: más bien, por la gracia de Dios, que no encuentre a nadie. ¡Qué loable hecho del santo y venerable obispo Aurelio de Cartago, cómo llenó de alabanzas a Dios la boca de todos los que lo saben! Alguien, al no tener hijos, ni esperarlos, donó todos sus bienes a la Iglesia, reteniendo para sí el usufructo. Le nacieron hijos, y el obispo devolvió lo que había donado, sin que él lo esperara. El obispo tenía en su poder no devolverlo; pero según el derecho del foro, no según el derecho del cielo.

6. Ordena a sus clérigos que, si alguno tiene propiedad, la deje rápidamente. Propone no quitar el clero a quien decida apartarse de su comunidad. Fingir un propósito de santidad es peor que abandonar el propósito. El clero es más una carga que un honor. Sepa bien vuestra Caridad que he dicho a mis hermanos, que permanecen conmigo, que quien tenga algo, lo venda y lo distribuya, o lo done y lo haga común. La Iglesia es el medio por el cual Dios nos alimenta. Y he dado plazo hasta la Epifanía, para aquellos que no han dividido con sus hermanos, y han dejado lo que tienen con sus hermanos, o aún no han hecho nada con sus bienes, porque se esperaba la edad legítima. Que hagan lo que quieran: mientras sean pobres conmigo, esperando juntos la misericordia de Dios. Si no quieren, quienes tal vez no quieran: ciertamente yo soy quien había decidido, como sabéis, no ordenar a nadie clérigo, a menos que quisiera permanecer conmigo; para que si quisiera apartarse del propósito, con razón le quitaría el clero, porque abandonaría la promesa de la santa sociedad y el consorcio comenzado. He aquí, en presencia de Dios y de vosotros, cambio de consejo: quienes quieran tener algo propio, a quienes no les basta Dios y su Iglesia, que permanezcan donde quieran, y donde puedan, no les quito el clero. No quiero tener hipócritas. ¿Quién no sabe que es malo? Es malo caer del propósito; pero es peor simular el propósito. He aquí, digo, escuchad: quien abandona la sociedad de vida común ya aceptada, que se alaba en los Hechos de los Apóstoles, cae de su voto, y cae de la profesión santa. Que observe al juez, pero a Dios, no a mí. Yo no le quito el clero. Cuán grande es el peligro, lo he puesto ante sus ojos: que haga lo que quiera. Pues sé que si quiero degradar a alguien que haga esto, no le faltarán defensores, no le faltarán intercesores, tanto aquí como entre los obispos que digan, ¿Qué mal ha hecho? No puede soportar esta vida contigo: quiere permanecer fuera del obispado, y vivir de lo propio, ¿por eso debe perder el clero? Sé cuán malo es profesar algo santo, y no cumplirlo. Haced votos, dice, y pagad al Señor vuestro Dios (Salmo 75, 12): y, Mejor es no hacer voto, que hacer voto y no pagarlo (Eclesiastés 5, 4). La virgen, aunque nunca haya estado en un monasterio, y es virgen consagrada, no le es lícito casarse, aunque no se le obligue a estar en un monasterio. Pero si ha comenzado a estar en un monasterio, y lo abandona, y sin embargo es virgen; ha caído a medias. Así también el clérigo ha profesado dos cosas, la santidad y el clero: interiormente la santidad; pues el clero Dios lo ha impuesto sobre sus hombros, lo cual es más carga que honor: pero ¿quién es sabio y entenderá esto? (Salmo 106, 43). Por lo tanto, ha profesado la santidad, ha profesado la sociedad de vivir en común; ha profesado cuán bueno y cuán agradable es que los hermanos habiten juntos (Salmo 132, 1): si ha caído de este propósito, y siendo clérigo permanece fuera; él también ha caído a medias. ¿Qué me importa? No lo juzgo. Si fuera guarda la santidad, ha caído a medias: pero si dentro tiene simulación, ha caído por completo. No quiero que tenga necesidad de simular. Sé cómo los hombres aman el clero: a nadie se lo quito si no quiere vivir conmigo en común. Tiene a

Dios, quien quiere permanecer conmigo. Si está dispuesto a ser alimentado por Dios a través de su Iglesia, no tener nada propio, sino darlo a los pobres, o ponerlo en común, que permanezca conmigo. Quien no quiera esto, que tenga libertad: pero que vea si puede tener la eternidad de la felicidad.

7. Promete un sermón posterior. Que esto sea suficiente por ahora para vuestra Caridad. Lo que haga con mis hermanos, os lo anunciaré. Espero cosas buenas. Todos me obedecen de buen grado: no encontraré a ninguno que tenga algo, salvo por alguna necesidad de religión, no por ocasión de codicia. Lo que haga después de la Epifanía, os lo anunciaré a vuestra Caridad en la voluntad del Señor; y cómo termine la disputa entre dos hermanos, hijos del presbítero Januario, no os lo ocultaré. He hablado mucho, perdonad la locuacidad de la vejez, pero la timidez de la debilidad. Yo, como veis, por la edad ahora soy viejo, pero por la debilidad del cuerpo hace tiempo que soy anciano. Sin embargo, si a Dios le place, que lo que he dicho ahora, él dé fuerzas, no os abandono. Orad por mí, para que mientras haya alma en este cuerpo, y cualesquiera fuerzas que tenga, os sirva en la palabra de Dios.

SERMO CCCLVI. De la Vida y Costumbres de sus clérigos, II.

1. La forma de vida de los cenobitas descrita en los Hechos de los Apóstoles. Hoy vuestra Caridad debe recibir un sermón sobre nosotros mismos. Pues lo que dice el Apóstol, hemos sido hechos espectáculo al mundo, a los ángeles y a los hombres (1 Cor. 4, 9). Quienes nos aman, buscan qué alabar en nosotros: pero quienes nos odian, nos difaman. Nosotros, situados en medio de ambos, con la ayuda del Señor nuestro Dios, debemos cuidar tanto nuestra vida como nuestra fama, para que los que nos alaban no se avergüencen de los detractores. Pero cómo queremos vivir, cómo ya vivimos con la ayuda de Dios, aunque muchos lo sepan por la Sagrada Escritura, sin embargo, para recordaros, se os leerá la lección del libro de los Hechos de los Apóstoles, para que veáis dónde está descrita la forma que deseamos cumplir. Mientras se recita, quiero que estéis muy atentos, para que después de su recitación, lo que he decidido hablar, Dios mediante, sea para vuestra intención. (Y el diácono Lázaro leyó:) «Cuando oraron, el lugar donde estaban reunidos se sacudió, y todos fueron llenos del Espíritu Santo, y hablaban la palabra de Dios con toda confianza. La multitud de los creyentes era un solo corazón y un solo alma: y ninguno de ellos decía que algo de lo que poseía era suyo, sino que tenían todas las cosas en común. Y con gran poder los apóstoles daban testimonio de la resurrección del Señor Jesús: y gran gracia estaba sobre todos ellos. Porque no había entre ellos ningún necesitado. Todos los que poseían tierras o casas, vendiéndolas, traían el precio de ellas, y lo ponían a los pies de los apóstoles. Y se distribuía a cada uno según su necesidad» (Hechos 4, 31-35). (Y cuando el diácono Lázaro terminó de recitar, y entregó el códice al obispo; el obispo Agustín dijo:) Y yo quiero leer. Pues me deleita más ser lector de esta palabra, que disputador de mi palabra. «Cuando oraron, el lugar donde estaban reunidos se sacudió, y todos fueron llenos del Espíritu Santo, y hablaban la palabra de Dios con toda confianza. La multitud de los creyentes era un solo corazón y un solo alma: y ninguno de ellos decía que algo de lo que poseía era suyo, sino que tenían todas las cosas en común. Y con gran poder los apóstoles daban testimonio de la resurrección del Señor Jesús: y gran gracia estaba sobre todos ellos. Porque no había entre ellos ningún necesitado. Todos los que poseían tierras o casas, vendiéndolas, traían el precio de ellas, y lo ponían a los pies de los apóstoles. Y se distribuía a cada uno según su necesidad.» (Y cuando el obispo terminó de leer, dijo:)

2. Por qué a Agustín le pareció necesario tratar sobre la vida de sus clérigos ante el pueblo. Habéis escuchado lo que queremos: orad para que podamos. Sin embargo, surgió una cierta necesidad de tratar esto con más diligencia: porque, como ya sabéis, un presbítero establecido

en nuestra sociedad, a la cual la lectura que acabamos de recitar da testimonio, al morir hizo testamento, porque tenía de qué hacerlo. Tenía algo que podía llamar suyo, cuando vivía en esa sociedad donde a nadie le era lícito decir que algo era suyo, sino que tenían todas las cosas en común. Si algún amante y alabador nuestro ante nuestro detractor elogiara esta sociedad, y dijera, Con el obispo Agustín todos sus cohabitantes viven así, como está escrito en los Hechos de los Apóstoles: inmediatamente ese detractor, moviendo la cabeza, mostrando el diente, diría, ¿Realmente se vive allí como tú dices? ¿Por qué mientes? ¿Por qué honras con falsa alabanza a los indignos? ¿No es cierto que allí, en su sociedad, un presbítero hizo testamento, y dispuso de lo que tenía como quiso, y lo dejó? ¿No es cierto que allí todas las cosas son comunes? ¿No es cierto que nadie dice que algo es suyo? ¿Qué haría mi alabador bajo estas palabras? ¿No cerraría su boca como con plomo ese detractor? ¿No se arrepentiría de haber alabado? ¿No, lleno de reverencia y confundido por sus palabras, maldeciría a nosotros o a ese testador? Esta fue la necesidad de llegar a esta diligencia.

3. Todos los clérigos de Agustín encontrados firmes en el propósito de pobreza. Valente diácono, Patricio subdiácono. Os anuncio, pues, de qué alegraros. A todos mis hermanos y clérigos, que habitan conmigo, presbíteros, diáconos, subdiáconos, y a Patricio mi sobrino, los encontré como deseaba. Pero quienes aún no han hecho lo que decidieron con su pobreza, son estos dos, Valente diácono, y mi sobrino subdiácono mencionado antes; pero la vida de su madre lo impedía, porque de allí vivía. Se esperaba también en él el acceso a la edad legítima, para que lo que hiciera, lo hiciera firmemente. Aún no lo ha hecho, porque tiene esos pequeños campos en común con su hermano, y los poseen sin dividir. Si se dividen, desea conferírseles a la Iglesia, para que de allí se alimenten quienes están en el propósito de santidad, mientras vivan en esta vida. Pues está escrito, y esto lo dice el Apóstol, Quien no provee para los suyos, y especialmente para los de su casa, ha negado la fe, y es peor que un infiel (1 Tim. 5, 8). Aún tiene esclavos en común con su hermano, no divididos. Dispone manumitarlos; no puede antes de que se dividan. Pues aún no sabe qué pertenece a quién. Sin embargo, a él, porque es mayor, le corresponde la división; y a su hermano la elección. Y su hermano también sirve a Dios, es subdiácono con mi santo hermano y coobispo Severo en la Iglesia de Milevi. Esto se está haciendo, esto debe hacerse sin demora, para que esos siervos se dividan, se manumitan, y así dé a la Iglesia, para que reciba su sustento. Mi sobrino, desde que se convirtió y comenzó a estar conmigo, también se veía impedido de hacer algo con sus pequeños campos por su madre usufructuaria, que falleció este año. Entre él y sus hermanas hay algunas cosas que deben resolverse pronto con la ayuda de Cristo: para que él también haga lo que corresponde a un siervo de Dios, lo que exige la profesión, y esta lectura.

4. Faustinus diácono. El diácono Faustinus, como casi todos sabéis, se convirtió aquí del servicio militar del mundo al monasterio: aquí fue bautizado, de allí ordenado diácono. Pero como es poco lo que parece poseer, como dicen los juristas, lo había dejado de derecho, no de hecho, y lo retenían sus hermanos. Nunca pensó en ello desde que se convirtió, ni él buscó algo de sus hermanos, ni se le pidió nada. Ahora, porque se ha llegado a este punto del tiempo, con mi consejo dividió esa propiedad: y la mitad la donó a sus hermanos, la otra mitad a la Iglesia pobre establecida en ese lugar.

5. Severus diácono ciego. El diácono Severus, bajo qué disciplina y castigo de Dios está, lo sabéis: sin embargo, no ha perdido la luz de la mente. Compró aquí una casa para su madre y su hermana, a quienes deseaba traer aquí desde su patria. La compró no con su dinero, que no tenía; sino con la contribución de hombres religiosos, que me indicó nombrándolos cuando se lo pregunté. De ella no puedo decir qué ha hecho, o qué dispone, sino que él también la ha puesto toda en mi voluntad, para que lo que yo quiera, eso se haga con ella. Pero tiene algunas causas con su madre, de las cuales me ha puesto como juez; para que cuando esas

causas se terminen, se haga con esa casa lo que yo quiera. ¿Pero qué podré querer con Dios guiando, sino lo que la justicia manda, y la piedad exige? También tiene en su patria algunos pequeños campos: dispone distribuirlos de tal manera que también allí en ese lugar se los dé a la Iglesia pobre.

6. Hipponensis diácono. El diácono Hipponensis es un hombre pobre, no tiene nada que ofrecer a nadie: sin embargo, de sus trabajos antes de ser clérigo compró algunos siervos, hoy los manumitirá ante vosotros en los Registros episcopales.

7. Eraclio diácono. El diácono Eraclio se mueve ante vuestros ojos, sus obras brillan ante vuestros ojos. De su obra y dinero gastado tenemos la memoria del santo Mártir. También compró una propiedad con mi consejo: pues quería que su dinero se distribuyera por mis manos, como me pareciera. Si fuera ávido de dinero, o si en esta causa me preocupara más por mis necesidades, que tengo por los pobres, habría aceptado el dinero. ¿Por qué, dice alguien? Porque la propiedad que compró y donó a la Iglesia aún no le da nada a la Iglesia. Pues tenía menos para el precio, y como había pedido prestado, lo está devolviendo de sus frutos. Soy un hombre viejo, ¿cuánto fruto puede darme esa propiedad? ¿Acaso me prometo vivir tantos años hasta que pague su precio? Lo que apenas devuelve en partes durante mucho tiempo, lo tendría todo de inmediato, si quisiera aceptarlo. No lo hice, atendí a otra cosa. Pues confieso ante vosotros, y aún me era sospechosa su edad, y temía que, como son los hombres, a su madre le disgustara; y dijera que el joven fue inducido por mí, para que consumiera sus bienes paternos, y lo dejara necesitado. Por eso quise que su dinero se guardara en esa propiedad; para que si algo, que Dios no lo quiera, sucediera de otra manera de lo que deseamos, se devolviera la villa para que no se culpara la fama del obispo. Pues sé cuán necesaria es mi fama para vosotros: pues para mí basta mi conciencia. También compró un espacio de esta iglesia después, conocido por vosotros, y construyó una casa con su dinero. Y esto lo sabéis. Hace pocos días, antes de que tuviera un sermón sobre esto con vosotros, la donó a la Iglesia. Pues esperaba terminarla, y donarla terminada. No tenía necesidad de construir una casa, sino porque pensó que su madre vendría aquí. Si hubiera venido, habría habitado en la propiedad de su hijo: ahora si viene, habitará en la obra de su hijo. Le doy testimonio, ha quedado pobre: pero ha permanecido en la posesión de la caridad. Algunos siervos le quedaban, ya viviendo en el monasterio, que también manumitará hoy en los Registros eclesiásticos. Nadie diga, pues, Es rico: nadie lo piense, nadie hable mal, nadie se desgarre a sí mismo o su alma con sus dientes. No tiene dinero guardado: ojalá devuelva lo que debe.

8. Subdiáconos. Los demás, es decir, los subdiáconos, son pobres, con la ayuda de Dios, esperan la misericordia de Dios. No tienen de dónde hacer: no teniendo facultades, han terminado con las codicias del mundo. Viven con nosotros en la sociedad común: nadie los distingue de aquellos que han traído algo. La unidad de la caridad debe ser preferida al beneficio terrenal de la herencia.

9. Sobre los presbíteros. Quedan los presbíteros. Pues quise ascender gradualmente hasta ellos. Diré rápidamente, son pobres de Dios. No trajeron nada a la casa de nuestra sociedad, salvo la caridad misma, que es lo máspreciado. Sin embargo, como sé que han surgido rumores sobre sus riquezas: no para obligarlos a algo, sino para purgarme ante vosotros con mi sermón.

10. Leporio presbítero. Os digo, a quienes tal vez no lo sabéis; pues muchos de vosotros lo sabéis: el presbítero Leporio, aunque de nacimiento noble en el mundo, y nacido en un lugar muy honorable entre los suyos, sin embargo, ya sirviendo a Dios, dejando todo lo que tenía,

lo recibí indigente; no porque no tuviera nada, sino porque ya había hecho lo que esta lectura persuade. No lo hizo aquí, pero sabemos dónde lo hizo. La unidad de Cristo y de la Iglesia es una. Dondequiera que haya hecho una buena obra, nos pertenece también a nosotros, si nos alegramos juntos. Hay un huerto donde sabéis, allí estableció un monasterio con los suyos, porque ellos también sirven a Dios. Ese huerto no pertenece a la Iglesia, ni a él. ¿Y a quién, dirá alguien? Al monasterio que está allí. Pero lo que es verdad, hasta este tiempo cuidaba de ellos de tal manera que tenía los pequeños fondos con los que se sustentan, y él mismo, como parecía, los distribuía. Pero para que no se diera lugar a los hombres, roedores de sus sospechas, y no llenos de su vientre, esto me pareció bien a mí y a él, que se manejen como si él ya hubiera salido de este mundo. ¿Acaso cuando muera él, les distribuirá algo? Es mejor que los vea allí bien comportados, y viviendo en la disciplina de Cristo con Dios guiando, para que solo se regocije de ellos, no se ocupe de sus necesidades. No tiene dinero que pueda llamar suyo: tenía un hospicio que construir, que ahora veis construido. Yo se lo encargué, yo lo ordené. Me obedeció con mucho gusto, y como veis, lo hizo: como por mi orden también construyó la basílica para los ocho Mártires, con lo que Dios os dio. Pues comenzó con el dinero que se dio a la Iglesia para el hospicio, y cuando comenzó a construir, como son los religiosos deseando que sus obras se escriban en el cielo, ayudaron como cada uno quiso, y lo construyó. La obra está ante nuestros ojos: todo hombre ve lo que se ha hecho. Del dinero, como no tiene, que me crean, que contengan su diente, que no lo rompan. Compró con ese dinero del hospicio una casa en Carraria, que pensaba que le sería útil para las piedras; pero las piedras de esa casa no fueron necesarias para la construcción, pues se proveyeron de otro lugar. Por lo tanto, esa casa quedó así, da renta; pero a la Iglesia, no al presbítero. Nadie diga más: En la casa del presbítero, ante la casa del presbítero, a la casa del presbítero. He aquí dónde está la casa del presbítero: donde está mi casa, allí está la casa del presbítero: en otro lugar no tiene casa; pero dondequiera que esté, tiene a Dios.

11. La disputa entre los hijos de Enero, resuelta voluntariamente. ¿Qué más buscáis? A menos que recuerde que también prometí llevaros el relato de lo que hice entre dos, a saber, el hermano y la hermana, hijos del presbítero Enero, porque surgió entre ellos una controversia pecuniaria: pero, sin embargo, como entre hermanos, con la caridad, gracias a Dios, intacta. Prometí entonces escuchar, para que lo que fuera entre ellos, lo resolviera juzgando. Me había preparado como juez: pero antes de que juzgara, ellos mismos resolvieron lo que iba a juzgar. No encontré motivo para juzgar, sino para alegrarme. Aceptaron completamente de manera concordante mi voluntad y mi consejo, para que fueran iguales en la herencia que su padre dejó, renunciando la Iglesia.

12. Refutación sin disputa de las calumnias de los detractores. Después de mi sermón, hablarán los hombres; pero cualquiera que sea lo que hablen, con cualquier rumor que circule, algo llegará a mis oídos. Y si fuera tal que nuevamente sea necesario purgarnos, responderé a los detractores, responderé a los maldicientes, responderé a los incrédulos que no creen en sus superiores, como pueda, responderé lo que el Señor me dé: por ahora no es necesario, porque tal vez no dirán nada. Los que nos aman, se alegrarán libremente: los que nos odian, sufrirán en silencio. Sin embargo, si ejercitan sus lenguas, escucharán, con la ayuda de Dios, mi respuesta con vosotros, no mi disputa. No voy a nombrar personas y decir, Aquel dijo esto, este otro calumnió así; cuando tal vez incluso me lleguen falsedades, porque también eso puede suceder. No obstante, cualquier cosa que se transmita, si parece necesario, hablaré de ello a vuestra Caridad. Quiero que nuestra vida esté ante vuestros ojos. Sé que quienes buscan licencia para hacer el mal, buscan ejemplos de quienes viven mal, y difaman a muchos, para que parezca que han encontrado compañeros. Por eso, lo que es nuestro, lo

hemos hecho: no tenemos más que hacer. Estamos ante vuestros ojos. No deseamos nada de nadie, excepto vuestras buenas obras.

13. Lo que se ofrece a los clérigos por los fieles debe cederse al uso común. La modestia de Agustín. Y os exhorto, hermanos míos, si queréis dar algo a los clérigos, sabed que no debéis fomentar sus vicios contra mí. Ofreced lo que queráis a todos, ofreced de vuestra voluntad. Lo que sea común, se distribuirá a cada uno según lo necesite. Atended al tesoro, y todos tendremos. Me deleita mucho, si ese fuera nuestro pesebre, que seamos los animales de Dios, vosotros el campo de Dios. Nadie dé una capa, o una túnica de lino, o algo, sino en común: de lo común tomo también para mí mismo, sabiendo que quiero tener en común lo que tengo. No quiero que vuestra Santidad ofrezca cosas que solo yo usaría de manera más decorosa; ofrecedme, por ejemplo, una capa preciosa: tal vez convenga al obispo, aunque no convenga a Agustín, es decir, a un hombre pobre, nacido de pobres. Ahora dirán los hombres que encontré vestiduras preciosas, que no podría haber tenido ni en la casa de mi padre, ni en mi profesión secular. No conviene: debo tener tal como puedo, si no la tengo, darla a mi hermano. Tal como puede tener el presbítero, tal como puede tener decorosamente el diácono y el subdiácono, tal quiero recibir: porque recibo en común. Si alguien da una mejor, la vendo: lo que suelo hacer; para que cuando la vestidura no pueda ser común, el precio de la vestidura pueda ser común. Vendo, y distribuyo a los pobres. Si le agrada que yo la tenga; que dé tal que no me avergüence. Confieso ante vosotros, me avergüenzo de una vestidura preciosa: porque no conviene a esta profesión, a esta amonestación, no conviene a estos miembros, no conviene a estas canas. También digo esto: si acaso en nuestra casa o en nuestra comunidad hay algún enfermo, o después de la enfermedad, que sea necesario reponerlo antes de la hora del almuerzo; no prohíbo a los religiosos o religiosas enviarles lo que les parezca enviar: sin embargo, nadie tendrá almuerzo o cena fuera.

14. Determina que se borre del registro de clérigos a quien viole el propósito de pobreza. He aquí que digo, habéis oído, oyen: Quien quiera tener lo propio y vivir de lo propio, y actuar contra estos preceptos nuestros; es poco decir que no permanecerá conmigo: sino que tampoco será clérigo. Pues había dicho, y sé que lo dije, que si no querían aceptar nuestra vida social, no les quitaría el clero; pero vivirían aparte, vivirían aparte, como supieran vivir para Dios. Y sin embargo, puse ante sus ojos cuánto mal es caer del propósito. Preferí tener incluso cojos, que llorar a los muertos. Porque quien es hipócrita, está muerto. Así como cualquiera que quisiera permanecer fuera y vivir de lo suyo, no le quitaría el clero: así ahora, porque les agradó, con la ayuda de Dios, esta vida social, quienquiera que viva con hipocresía, quienquiera que sea encontrado teniendo lo propio, no le permito que haga testamento de ello, sino que lo borraré del registro de clérigos. Que interponga contra mí mil concilios, que navegue contra mí a donde quiera, que esté ciertamente donde pueda: Dios me ayudará, para que donde yo sea obispo, él no pueda ser clérigo. Habéis oído, han oído. Pero espero en nuestro Dios y en su misericordia, que así como recibieron alegremente esta disposición mía, así la guardarán pura y fielmente.

15. El presbítero Bernabé. Dije que los presbíteros que cohabitan conmigo no tienen nada propio, entre los cuales está el presbítero Bernabé. Pero he oído que se han lanzado algunas cosas sobre él, ante todo que compró una villa a mi amado y honorable hijo Eleusino. Esto es falso: él la donó al monasterio, no la vendió. Yo soy testigo. No sé qué más queréis buscar. Yo soy testigo: él la donó, no la vendió. Pero mientras no se cree que pudo donarla, se creyó que la vendió. Bienaventurado el hombre, que hizo tan buena obra, que no se creyó. Sin embargo, al menos ahora creed, y dejad de escuchar a los detractores con gusto. Ya dije, yo soy testigo. Se dijo de él que en el año de su preposición hizo deudas por su industria, para que mientras yo quisiera que se pagaran las deudas, le diera licencia para pedir la finca de

Victorianense: como si me hubiera dicho, Para pagar mis deudas, dame la finca de Victorianense por diez años. Y esto es falso. Pero hubo motivo para que naciera el rumor, hizo deudas que debían pagarse. Nosotros pagamos parte de ellas, de donde pudimos. Quedó algo que no se debía, incluso al monasterio que Dios instituyó por medio de él. Entonces, cuando quedó, comenzamos a buscar de dónde pagar la deuda. Nadie se acercó para arrendar esa finca, excepto ofreciendo una renta de cuarenta sólidos. Pero vimos que la finca podía dar más, para que la deuda se pagara más rápidamente; y confié en su fidelidad, para que los hermanos no buscaran ganancias de ese arrendamiento; sino que todo lo que diera la finca, de esos frutos se imputara a la deuda. Se actúa con fidelidad. El presbítero está preparado para que yo designe a otro, que de los frutos pague a los hermanos. Que sea alguien de vuestro número, a quien confie esto; de entre aquellos que nos trajeron tales cosas. Porque hay entre vosotros hombres religiosos, que dolieron al ver que ese rumor fue falsamente reprendido, y sin embargo creyeron que se hizo. Que de ellos venga alguien a nosotros, reciba la posesión, venda fielmente todos los frutos a sus precios, para que se pueda pagar más fácilmente lo que se debe, y hoy se retira de allí el cuidado del presbítero. También el lugar mismo, donde el monasterio fue establecido por mi mencionado honorable hijo Eleusino, fue donado al mismo presbítero Bernabé antes de ser ordenado presbítero; en ese lugar instituyó el monasterio. Pero sin embargo, como el lugar fue donado a su nombre, cambió los documentos, para que se posea en nombre del monasterio. Sobre la finca de Victorianense, yo ruego, yo exhorto, yo pido, que si alguien es religioso, actúe con fidelidad, y preste este servicio a la Iglesia, para que pronto pague la deuda. Que si no se encuentra a nadie de los laicos, yo pondré a otro, él no se acercará allí. ¿Qué más queréis? Nadie desgarré a los siervos de Dios: porque no conviene a los que desgarran. A los siervos de Dios ciertamente les aumenta la recompensa con las falsas calumnias: pero también aumenta el castigo para los calumniadores. No sin razón se dijo, Alegraos y regocijaos, cuando hablen mal de vosotros, diciendo falsedades: porque grande es vuestra recompensa en los cielos (Mateo 5, 11-12). No queremos tener una gran recompensa con vuestro detrimento. Tengamos menos allí, y sin embargo reinemos allí con vosotros.

SERMO CCCLVII. Sobre la alabanza de la paz. Pronunciado en Cartago, en vísperas de la conferencia con los Donatistas, alrededor del 15 de mayo del año 411.

1. Alabanza de la paz. Es tiempo de exhortar a vuestra Caridad, con las fuerzas que el Señor da, a amar la paz, y a rogar al Señor por la paz. Sea, pues, la paz nuestra amada y amiga, con la cual nuestro corazón tenga un lecho casto; con la cual haya un descanso fiel y no una amarga compañía, con la cual haya un dulce abrazo y una amistad inseparable. Alabar la paz es más difícil que tenerla. Si queremos alabarla, deseamos fuerzas, buscamos sentidos, pesamos palabras: pero si queremos tenerla, sin ningún trabajo la tenemos y poseemos. Dignos de alabanza son los que aman la paz: pero a los que la odian, es mejor pacificarlos enseñando y callando, que provocarlos vituperando. El verdadero amante de la paz es amante de sus enemigos. Pues así como, si amaras esta luz, no te enojarías con los ciegos, sino que los lamentarías; ya que conocerías el bien que tú disfrutas, y por eso, al ver de qué bien carecen ellos, te parecerían dignos de misericordia; y si tuvieras recursos, si tuvieras arte, si tuvieras medicina, correrías más bien a sanarlos que a condenarlos: así, si eres amante de la paz, quienquiera que seas, compadécete de quien no ama lo que amas, de quien no tiene lo que tienes. Pues tal es la cosa que amas, que no envidias a tu coposeedor. Tiene paz contigo, y no te reduce la posesión. Cualquier cosa terrenal que ames, es difícil que no envidies al que la tiene. Luego, si acaso se te ocurre compartir la tierra que posees con un amigo, para que se alabe tu benevolencia, para que incluso en estas cosas temporales se predique la caridad: si entonces quieres compartir tu posesión terrenal, como una finca, como una casa, o cualquier

cosa de este tipo, con un amigo; compartes con uno, y lo admites a la sociedad, y te alegras con él. Piensas en admitir quizás a un tercero, y a un cuarto: ya consideras cuántos caben, cuántos soporta, ya sea la casa para habitar, o el campo para pastar; y dices, Ya no cabe un quinto, un sexto no puede habitar con nosotros, ¿cuándo alimentará a un séptimo una posesión tan pequeña? Entonces excluye a los demás, no tú, sino la estrechez. Ama la paz, ten paz, posee paz, atrae a ti a cuantos puedas para poseer la paz: tanto más amplia será, cuanto más la posean muchos. Una casa terrenal no puede albergar a muchos cohabitantes: la posesión de la paz crece con muchos habitantes.

2. Tener paz es lo mismo que amar. ¡Qué bueno es amar! Pues eso es tener. ¿Quién no querría que creciera lo que ama? Si quieres que pocos estén contigo en paz, la paz será pequeña para ti. Si quieres que esta posesión crezca, añade poseedor. Pues lo que dije, hermanos, ¡Qué bueno es amar la paz, y ese mismo amor es tenerla, cuánto cuesta! ¿Con qué voz se alaba, con qué corazón se piensa: Esto es tener, que es amar? Considera las demás cosas, por las cuales los hombres arden en codicia. Mira a uno amar tierras, plata, oro, hijos numerosos, casas preciosas y adornadas, fincas muy agradables y valiosas. ¿Ama esto? Ama. ¿Acaso ya, quien ama, tiene? Puede suceder que el amante de todas estas cosas esté vacío. Cuando no tiene, ama, arde en codicia para tener: pero cuando comienza a tener, se angustia por el temor de perder. Ama el honor, ama el poder. ¿Cuántos hombres suspiran privados de recibir poderes? y muchas veces el último día los alcanza antes de que lleguen a lo que aman. ¿Cuánto cuesta, pues, lo que cuando amas, tienes? No buscas lo que amas con precio; no caminas hacia un patrón, por quien llegues. He aquí donde estás, ama la paz, y contigo está lo que amas. Esta cosa es del corazón: ni así compartes la paz con los amigos, como el pan. Pues si quieres compartir el pan, cuanto más son a quienes se parte, tanto menos hay de donde se da. Pero la paz es semejante a aquel pan, que en las manos de los discípulos del Señor crecía al partirlo y darlo.

3. Los cismáticos deben ser pacíficamente llamados a la paz. El ánimo de los donatistas es ajeno a la unidad. Tened, pues, paz, hermanos. Si queréis atraer a otros a ella, sed los primeros en tenerla, los primeros en mantenerla. Que en vosotros arda lo que tenéis, para que encienda a otros. El hereje odia la paz, y el legañoso la luz. ¿Acaso por eso es mala la luz, porque el legañoso no puede tolerarla? El legañoso odia la luz: pero sin embargo, el ojo fue creado para la luz. Se da, pues, el esfuerzo por parte de aquellos que aman la paz, y quieren que se posea con ellos lo que aman, para que al añadir poseedor, crezca la posesión. Den, pues, el esfuerzo de curar los ojos de los legañosos, con cualquier ayuda, con cualquier esfuerzo. Se cura al que no quiere, no quiere mientras se cura: pero cuando vea la luz, se deleitará. Supón que se enoja; no te canses insistiendo. Amante de la paz, atiende, y deleítate tú primero con la belleza de tu amada, y arde en atraer a otro. Que vea lo que ves, que ame lo que amas, que tenga lo que tienes. Te habla tu amada, a quien amas: te dice, Ámame, y enseguida me tienes. Trae contigo a cuantos puedas para amarme; seré casta, y permaneceré íntegra. Trae a cuantos puedas, que encuentren, que tengan, que disfruten. Si muchos viendo no corrompen esta luz; ¿me corromperán muchos amando? Pero no quieren venir, porque no tienen con qué puedan verme. No quieren venir, porque el esplendor de la paz reverbera la legañosidad de la disensión. Mira la voz lamentable de los legañosos. Se les anuncia, Se ha decidido que los cristianos tengan paz. Al recibir tal anuncio, dicen entre ellos, ¡Ay de nosotros! ¿Por qué? Viene la unidad. ¿Qué es esto? ¿Qué voz es, ¡Ay de nosotros, viene la unidad? ¿Cuánto más justamente diríais, ¡Ay de nosotros, viene la disensión? Que esto no suceda, que venga la disensión: estas son las tinieblas de los videntes. Pues viene la unidad, hay que alegrarse, hermanos. ¿Por qué te asustaste? Se dijo, Viene la unidad. ¿Acaso se dijo, Viene una fiera, viene el fuego? Viene la unidad, viene la luz. Si quisiera responder

verazmente, os diría: No me asusté porque viene una fiera: pues no soy temeroso: pero me asusté porque viene la luz; pues soy legañoso. Se debe, pues, dar el esfuerzo de curar. Se debe compartir con ellos, lo que con la comunicación no se hace estrecho, con las fuerzas, cuanto valemós, cuanto Dios da.

4. Mansedumbre que debe mostrarse a los herejes que disputan y vociferan. No se debe actuar contra los herejes con disputas, sino más bien con oraciones ante Dios. Por lo tanto, amadísimos, exhorto a vuestra Caridad a que les mostréis una mansedumbre cristiana y católica. Ahora se debe atender a los que necesitan cuidado. Los ojos de los santos están en fervor, deben ser tratados con cautela y suavidad. Que nadie inicie una disputa con alguien, que nadie quiera defender su fe altercando, para que no surja una chispa de la disputa, para que no se ofrezca ocasión a quienes la buscan. Si escuchas un insulto, soporta, disimula, pasa por alto. Recuerda que debes curar. Observa cuán amables son los médicos con aquellos a quienes incluso curan con mordacidad. Escuchan el insulto, ofrecen el medicamento, y no devuelven insulto por insulto. Que la palabra sea palabra: que uno sea el que cura, el otro el que es curado: no dos litigantes. Soportad, os ruego, hermanos míos. Pero no soporto, dices, porque blasfema contra la Iglesia. Esto te pide la Iglesia, que soportes, porque la Iglesia es blasfemada. Dices que difama a mi obispo; acusa a mi obispo, ¿y yo callo? Que acuse, y tú calla; no reconociendo, sino soportando. Esto haces por tu obispo, si por un tiempo no te mezclas. Entiende el tiempo, ten consejo. ¿Cuántos blasfeman contra tu Dios? ¿Tú escuchas, y Él no escucha? ¿Tú sabes, y Él no sabe? Y sin embargo, hace salir el sol sobre buenos y malos, y llueve sobre justos e injustos (Mat. V, 45). Muestra paciencia, difiere su poder. Así también tú reconoce el tiempo, no provoques ojos hinchados para que se turben a sí mismos. ¿Eres amante de la paz? Que esté bien en tu corazón con tu amada. ¿Y qué haré? Tienes qué hacer. Aparta las disputas, conviértete a la oración. No rechaces al que vocifera con insultos, sino ora por él. ¿Quieres hablarle en su contra? Habla a Dios por él. No te digo que calles: pero elige mejor dónde hablar, ante quién hablar en silencio, con labios cerrados, con el corazón clamando. Donde no te ve, allí sé bueno por él. Y al que no ama la paz, y quiere litigar, respóndele pacífico: Di lo que quieras, odia cuanto quieras, detesta como te plazca, eres mi hermano. ¿Qué haces para no ser mi hermano? En verdad, bueno, malo, queriendo, no queriendo, eres mi hermano. Y él: ¿De dónde soy tu hermano, enemigo, adversario? Así como dices estas cosas, eres mi hermano. Parece extraño: ¿odia, detesta, y es hermano? ¿Voy a creerle a él que no sabe lo que dice? Deseo su sanación, para que vea la luz y reconozca al hermano. ¿Voy a creerle a él que no soy su hermano, porque detesta, porque odia, y no más bien a la luz misma? Escuchemos lo que dice esa luz. Lee al profeta: Escuchad, los que teméis, la palabra del Señor. El Espíritu Santo habla por el profeta Isaías: Escuchad, los que teméis, la palabra del Señor. Decid, Nuestros hermanos sois, a los que os odian y os detestan. ¿Qué es esto? La luz ha brillado, ha mostrado la fraternidad: y aún dice el que tiene los ojos enfermos, Cierra la ventana. Ofrece tus ojos a la luz: reconoce al hermano no en tinieblas, estando tú en tinieblas: y di, di seguro, dices las palabras de Dios y no las mías. Decid, dice Dios, Nuestros hermanos sois: ¿a quiénes? a los que os odian. Pues, ¿qué maravilla si lo decís a los que os aman? A los que os odian y os detestan. ¿Para qué esto? Escucha, y mira el fruto de la causa. Como si interrogaras a tu Señor Dios, y dijeras, Señor, ¿cómo diré, Eres mi hermano, quien odia, quien detesta? Di por qué. Para que el nombre del Señor sea honrado. Que aparezca incluso en la alegría: pero ellos se avergüencen (Isaías LXVI, 5, según LXX). Mira, te ruego, el fruto de la paciencia, de tanta mansedumbre. Decid, Nuestros hermanos sois. ¿Por qué? Para que el nombre del Señor sea honrado. ¿Por qué no te reconoce como hermano? Porque el nombre del hombre ha sido honrado por los hombres. Entonces di, mi hermano: aunque odies, aunque detestes, eres mi hermano. Reconoce en ti la señal de mi

Padre. La palabra de nuestro Padre. Hermano malo, hermano litigioso, eres mi hermano. Pues dices tú, como yo, Padre nuestro que estás en los cielos (Mat. VI, 9). Decimos uno: ¿por qué no estamos en uno? Te ruego, hermano, reconoce lo que dices conmigo, y condena lo que haces contra mí. Atiende a las palabras que salen de tu boca. Escucha, no a mí, sino a ti. Mira a quién decimos, Padre nuestro que estás en los cielos. No amigo, no vecino; sino Él mismo a quien decimos, nos manda concordar. Juntos tenemos ante el Padre una voz: ¿por qué no tenemos juntos una paz?

5. Obras piadosas para obtener la paz de la Iglesia. Ayuno solemne después de Pentecostés. Hospitalidad para aquellos que vienen a Cartago por la causa de la conferencia. Decid tales cosas ardientemente, decidlas suavemente. Decid ardientes con el fervor de la caridad, no con el orgullo de la disensión, y rogad con nosotros al Señor con ayunos solemnes. Que ya devolvemos a Dios, devolvamos también por la causa. Ya ayunamos solemnemente después de Pentecostés: y ciertamente ayunaríamos, incluso si no existiera esta causa. ¿Qué debemos entonces a nuestros hermanos, a quienes en el nombre de nuestro Señor Dios, nuestro médico, recibimos para ser curados y sanados, ofreciéndoles para que sean sanados, no presumiendo de las manos del médico? Pero, ¿qué hacemos? Roguemos al mismo médico, ayunando con corazón humilde, confesión piadosa, temor fraterno. Mostremos al Señor piedad, a los hermanos caridad. Que crezcan nuestras limosnas, por las cuales nuestras oraciones sean más fácilmente escuchadas. Practicad la hospitalidad. Es el tiempo: los siervos de Dios vienen. Es el tiempo, es la ocasión, ¿por qué se pierde? Atiende lo que tienes en el aposento de tu casa. Atiende también lo que depositas arriba, lo que guardas para ti, del tesoro del cual solo estás seguro. Ponlo arriba, encomiéndalo no a tu siervo, sino a tu Señor. ¿Acaso temes allí que un ladrón se infiltre, que un ladrón invada, que un enemigo turbulento arrebathe? Haz que tengas lo que te será devuelto. Ni siquiera se te devuelve lo que pongas. El Señor quiere que seas su prestamista, no de tu prójimo.

SERMO CCCLVIII. Sobre la paz y la caridad. Pronunciado en Cartago, antes de la conferencia con los Donatistas, II.

1. Cuidado de los obispos católicos por la reconciliación de la paz. Quien no quiere ser vencido por la verdad, es vencido por el error. Que nuestras oraciones por vosotros, y por nuestros enemigos y los vuestros, y por la salvación de todos, por la tranquilidad, por la paz común, por la unidad que el Señor ordenó, el Señor ama, ayuden las oraciones de vuestra Santidad, para que de ella hablemos repetidamente a vosotros, y con vosotros nos regocijemos. Pues hablar de paz y caridad, si siempre amamos, siempre debemos hacerlo. Mucho más en este tiempo, cuando la paz es tan amada, que en el peligro de amarla y mantenerla están aquellos a quienes no devolvemos mal por mal, y con quienes, como está escrito, siendo pacíficos con los que odian la paz, y porque les hablamos de paz, quieren derrotarnos gratuitamente (Sal. CXIX, 7). Aquellos que son así, están en peligro entre el amor a la paz y la confusión de la vergüenza: y no logran, cuando no quieren ser vencidos, ser invictos. Pues quienes no quieren ser vencidos por la verdad, son vencidos por el error. ¡Oh, si la caridad los superara más que la animosidad! De allí serían vencedores, de donde serían vencidos. Pero nosotros amamos, mantenemos y defendemos la Iglesia católica, a cuya paz, concordia y reconciliación invitamos a sus enemigos, no con opiniones humanas, sino con testimonios divinos. ¿Qué haré con aquel que clama por una parte y litiga contra el todo? ¿No es bueno para él ser vencido, quien si es vencido, poseerá todo; si vence, permanecerá en parte? Más bien, si parece que vence. Pues no vence sino la verdad: la victoria de la verdad es la caridad.

2. Testimonios a favor de la unidad de la Iglesia católica. Cómo la contienda de los católicos es de amor, no de disputa. ¿Qué, entonces, hermanos, os recomendaré con muchas palabras, y las más, la Iglesia católica fructificando y creciendo en todo el mundo? Tenemos las palabras del Señor a favor de ella, y a favor de nosotros. El Señor, dice, me dijo: Tú eres mi Hijo, yo te he engendrado hoy. Pídeme, y te daré las naciones como herencia, y como posesión los confines de la tierra (Sal. II, 7 y 8). ¿Por qué, entonces, hermanos, litigamos por la posesión, y no más bien recitamos las santas escrituras? Supongamos que hemos venido ante un juez. Hay contienda por la posesión: y esta contienda no es de disputa, sino de amor. De hecho, el litigante por una posesión terrenal litiga para excluir al adversario: nosotros para incluirlo. El litigante por una posesión terrenal, cuando escucha al adversario decir, Quiero poseer; responde, No lo permito. Pero yo le digo al hermano, Quiero que poseas conmigo: él, litigando, dice, No quiero. No temo, por tanto, que el Señor me desprecie y me reprenda, como a aquellos hermanos, o a aquel hermano, que lo interpeló en el pueblo, y dijo: Señor, di a mi hermano que divida la herencia conmigo. Inmediatamente el Señor, pronunciando la reprehensión, porque odiaba la división: Hombre, dijo, ¿quién me ha constituido juez o divisor de herencias entre vosotros? Pero yo os digo, guardaos de toda avaricia (Luc. XII, 13-15). No temo esa reprehensión. Pues interpelaré a mi Señor, lo confieso, interpelaré. Sin embargo, no digo, Señor, di a mi hermano que divida la herencia conmigo: sino que digo, Señor, di a mi hermano que mantenga la unidad conmigo. He aquí que recito las escrituras de la posesión, no para poseer solo, sino para convencer al hermano que no quiere poseer conmigo. He aquí las escrituras, hermano: Pídeme, dice, y te daré las naciones como herencia, y como posesión los confines de la tierra. Fue dicho a Cristo. Por tanto, fue dicho a nosotros, porque somos miembros de Cristo. ¿Por qué corres en parte? ¿O por qué permaneces en parte? He aquí que tienes todo lo que está en las escrituras. Buscas entre quién y quién poseer, como suelen buscarse en los documentos los poseedores, entre quienes son colindantes. Quien te dio todos los confines, no dejó colindantes.

3. Testimonio a favor de la Iglesia católica. Otro testimonio. Escucha otro testimonio de las santas escrituras. Se dice del Señor Cristo en la figura de Salomón: Dominará de mar a mar, y desde el río hasta los confines de la tierra. Ante él se postrarán los etíopes, y sus enemigos lamerán el polvo. Los reyes de Tarsis y de las islas ofrecerán regalos: los reyes de Arabia y de Saba traerán dones. Y lo adorarán todos los reyes de la tierra: todas las naciones le servirán (Sal. LXXI, 8-11). Cuando se decía, se creía: cuando se cumple, se niega. Entonces, ten conmigo la herencia de mar a mar, y desde el río, es decir, el Jordán, donde comenzó la enseñanza de Cristo, hasta los confines de la tierra. ¿Por qué no quieres? ¿Por Donato? ¿Por Ceciliano? ¿Quién fue Donato? ¿Quién fue Ceciliano? Sin duda, hombres. Si buenos, por su bien, no por el mío: entonces, si malos, por su mal, no por el mío. Toma a Cristo, y atiende al Apóstol celoso por Cristo: ¿Acaso fue crucificado Pablo por vosotros? ¿O en el nombre de Pablo fuisteis bautizados? Para decir esto, mira lo que temió: Cada uno de vosotros dice, Yo soy de Pablo, yo de Apolo, yo de Cefas, yo de Cristo. ¿Está dividido Cristo? ¿Acaso fue crucificado Pablo por vosotros? ¿O en el nombre de Pablo fuisteis bautizados? (I Cor. I, 12 y 13). Si no en el nombre de Pablo, mucho menos en el nombre de Ceciliano; mucho más, y mucho menos en el nombre de Donato. Y sin embargo, aún después de las voces apostólicas, después de la declaración de la Iglesia y su expansión por todo el mundo, se me dice, No dejo a Donato, no dejo a no sé quién Gayo, Lucio, Parmeniano; mil nombres, mil divisiones. ¿Te privarás, siguiendo a un hombre, de tan gran herencia, de la cual acabas de escuchar, De mar a mar, desde el río hasta los confines de la tierra? ¿Por qué no la tienes? Porque amas a un hombre. ¿Qué es el hombre, sino un animal racional hecho de tierra? Por eso eres enemigo, porque lames la tierra. Desprecia esto más bien. No lamas la tierra, para que pongas tu esperanza en quien hizo el cielo y la tierra. Esta es nuestra esperanza, estos son los

testimonios. Dios de dioses, el Señor ha hablado, y ha llamado a la tierra, desde el nacimiento del sol hasta su ocaso (Sal. XLIX, 1). No permanezcas en la tierra, sino adonde ha sido llamada la tierra.

4. La caridad es un mandamiento amplio, por el cual se restaura la paz. ¿Y quién puede recitar todos los testimonios de las santas escrituras de esta posesión? ¿Por qué, entonces, no se convierten a la Iglesia, sino porque es la voz de la Iglesia, Conviértanse a mí los que te temen, y conozcan tus testimonios? La Iglesia vio esto, lo que dijo en el Salmo: lo acabáis de escuchar; las palabras son recientes en vuestros oídos y corazones. De toda consumación vi el fin. ¿Qué es, De toda consumación vi el fin? Fin de perfección, no de consumición: vi el fin de la perfección, no de la abolición. De toda consumación vi el fin. ¿Cuál es este fin? Tu mandamiento es muy amplio (Sal. CXVIII, 79, 96). Pues el fin del precepto es, ya vosotros decid conmigo (el pueblo aclama), la caridad de un corazón puro (I Tim. I, 5). Todos habéis dicho, lo que no habéis escuchado infructuosamente siempre. El fin del precepto es la caridad de un corazón puro. Fin por el cual somos perfeccionados, no por el cual somos consumidos. Este fin es amplio, porque es el mandamiento de Dios, del cual se dijo, Tu mandamiento es muy amplio. Un mandamiento nuevo os doy, que os améis unos a otros (Juan XIII, 34). Mira la amplitud de este mandamiento. ¿Dónde es amplio? ¿Acaso en la carne? Más bien en el corazón. Pues si también en la carne fuera amplio, oyentes estudiosos, no soportaríais las angustias. En el corazón es amplio. Mira dónde es amplio, si hay de dónde ver, y escucha al Apóstol, cuán amplio es el mandamiento de la caridad. La caridad de Dios ha sido derramada en vuestros corazones (Rom. V, 5). No dijo, Incluida; sino, derramada. Pues la palabra incluida suena a angustia: la palabra derramada insinúa amplitud. Por tanto, tu mandamiento es muy amplio. Señor nuestro Dios, aprueba que por esa misma amplitud invitamos a nuestros hermanos a la posesión de la paz. ¿Queréis ser obispos? Estad con nosotros. El pueblo no quiere dos obispos. Estad con nosotros en la herencia como hermanos. No impidamos la paz de Cristo por nuestros honores. ¿Qué honor en la paz celestial recibiremos, si defendemos nuestro honor ahora en la disputa terrenal? Que se quite el muro del error, y estemos juntos. Reconóceme como hermano: te reconozco como hermano: pero excepto el cisma, excepto el error, excepto la disensión. Esto se corrija, y eres mío. ¿No quieres ser mío? Yo, si te corriges, quiero ser tuyo. Por tanto, quitado el error de en medio, como un muro de la pared de contradicción y división, sé mi hermano, y yo seré tu hermano, para que ambos seamos de aquel que es Señor mío y tuyo.

5. Con qué ánimo vienen los católicos a la conferencia. Esto decimos por amor a la paz, no por desconfianza de la verdad. Pues esto hemos respondido, esto habéis leído en el propósito (Epístolas 128 y 129); porque no huimos de la causa a discutir, más bien insistimos en que se discuta; para que cuando haya demostrado la posesión, así comparta la herencia con él. Que venga intrépido, que venga seguro, que venga docto: no quiero prejuzgar con autoridad. Abramos los ojos a aquel que no puede errar: que él nos enseñe cuál es la Iglesia. Habéis escuchado sus testimonios. No la contaminan las faltas humanas, que no redimió la justicia humana. Y sin embargo, aunque sea otra la causa de la Iglesia, otra la de los hombres, y esté completamente distinta, tampoco tememos la causa de los hombres, a quienes acusaron y no pudieron convencer. Los conocemos purgados, los leemos purgados. Que si no hubieran sido purgados, no establecería la Iglesia en su causa, ni edificaría sobre la arena, y derribaría de la roca. Porque sobre esta roca, dice, edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella (Mat. XVI, 18). Pero la roca era Cristo. ¿Acaso fue crucificado Pablo por vosotros? Esto mantened, esto amad, esto decid fraternal y pacíficamente.

6. Se ruega que nadie del pueblo irrumpa en el lugar de la reunión. Ninguno de vosotros irrumpa en el lugar de la reunión, mis hermanos. En absoluto, si es posible, evitad incluso pasar por ese lugar, no sea que se encuentre alguna entrada para la contienda y la disputa, o se ofrezca alguna ocasión, y encuentren esa ocasión quienes buscan una. Especialmente porque aquellos que temen poco a Dios, o desprecian nuestra advertencia, o porque aman las cosas presentes, deben al menos venerar la severidad del poder terrenal. Habéis leído el edicto del hombre ilustre propuesto públicamente: que ciertamente no se ha propuesto por vosotros que teméis a Dios y no despreciáis la advertencia de vuestros obispos; sino para que nadie descuide esto, para que nadie lo desprecie. Vean, pues, cómo son: no sea que les suceda lo que dice el Apóstol, Quien resiste a la autoridad, resiste a la ordenación de Dios. Porque los príncipes no son de temer por la buena obra, sino por la mala (Rom. XIII, 2 y 3). Evitemos todas las sediciones, todas las causas de sedición. Quizás decís: Estamos atentos a lo que vamos a hacer. ¿Y qué os encargamos? Tal vez partes abundantes de piedad. Nosotros discutimos por vosotros: vosotros orad por nosotros. Ayudad también vuestras oraciones, como ya os hemos advertido antes, con ayunos y limosnas. Añadidles alas, con las que vuelan hacia Dios. Actuando así, tal vez seáis más útiles para nosotros que nosotros para vosotros. Porque ninguno de nosotros presume de sí mismo en esta discusión: toda la esperanza está en Dios. Ni somos mejores que el Apóstol, quien dice, Orad por nosotros. Orad, dice, por mí, para que se me dé palabra (Efes. VI, 19). Rogad, pues, por nosotros a aquel en quien hemos puesto nuestra esperanza, para que os regocijéis en nuestra discusión. Mantened esto, hermanos, os suplicamos: por el nombre del mismo Señor, por el autor de la paz, el plantador de la paz, el amante de la paz, os rogamos que le oréis pacíficamente, que le supliquéis pacíficamente; y recordad que sois hijos de aquel de quien se dijo, Bienaventurados los pacificadores, porque serán llamados hijos de Dios (Mat. V, 9).

SERMO CCCLIX. Sobre lo que está escrito en el Eclesiástico, cap. XXV, 2, Concordia de los hermanos, y amor de los prójimos, etc. Sobre la disputa y la concordia con los Donatistas. Celebrado después de la reunión.

1. Tres excelencias. Concordia rara, por qué. La primera lectura de las palabras divinas, del libro llamado Eclesiástico, nos recomendó tres excelencias dignas de consideración, la concordia de los hermanos, el amor de los prójimos, y el hombre y la mujer que consienten entre sí. Estas son cosas buenas, claramente, agradables y loables en los asuntos humanos; pero en los asuntos divinos son mucho más poderosas. ¿Quién no se regocija con los hermanos concordes? Y lo que es lamentable, en los asuntos humanos una cosa tan grande es rara: una cosa que todos alaban, pero que muy pocos guardan. Bienaventurados los que en sí mismos abrazan lo que también se ven obligados a alabar en otros. Ningún hermano no alaba a los hermanos concordes. ¿Y por qué es difícil que los hermanos sean concordes? Porque disputan por la tierra, porque quieren ser tierra. Pues el hombre pecador oyó desde el principio, Tierra eres, y a la tierra volverás (Gen. III, 19). De donde discutamos y examinemos la voz que el justo debe oír al contrario. Pues si se dijo correctamente al pecador, Tierra eres, y a la tierra volverás; correctamente se dice al justo, Cielo eres, y al cielo irás. ¿O no son justos los cielos, cuando de los Evangelistas se ha dicho clarísimamente, Los cielos cuentan la gloria de Dios? Y ciertamente porque se ha dicho de ellos, las consecuencias lo enseñan suficientemente. Y la obra, dice, de sus manos anuncia el firmamento. A quienes llamó cielos, a esos llamó firmamento. Día a día emite palabra, y noche a noche indica conocimiento. No hay lenguas, ni palabras, cuyas voces no se oigan. Preguntas de quiénes, y no encuentras sino de los cielos. Dicho, pues, de los Apóstoles, dicho de los anunciadores de la verdad. De donde sigue, Por toda la tierra salió su sonido, y hasta los confines del mundo sus palabras. No hay lenguas, ni palabras, cuyas voces no se oigan

(Sal. XVIII, 2-5). Cuando vino sobre ellos el Espíritu Santo, y Dios comenzó a habitar el cielo que hizo de la tierra, hablaron, llenos y dotados por el Espíritu Santo, en las lenguas de todas las naciones. De ahí se dijo, No hay lenguas, ni palabras, cuyas voces no se oigan. Y porque de ahí fueron enviados a la predicación del Evangelio por todas las naciones, Por toda la tierra salió su sonido, y hasta los confines del mundo sus palabras. ¿De quiénes? De los cielos, a quienes correctamente se dice, Cielo eres, y al cielo irás: así como correctamente al pecador, Tierra eres, y a la tierra volverás.

2. El amor a la posesión terrenal causa de discordia. Si los hermanos quieren ser concordes, no amen la tierra. Pero si no quieren amar la tierra, no sean tierra. Busquen una posesión que no pueda dividirse, y siempre estarán concordes. ¿De dónde la discordia entre hermanos? ¿De dónde la perturbación de la piedad? ¿De dónde un mismo vientre, y no un mismo ánimo, sino cuando su alma se inclina, y cada uno mira su parte, y se esfuerza por enriquecer y aumentar su parte, y en su posesión quiere tener unidad, quien con su hermano posee división? ¿Buena es esta posesión, de quién es? Es nuestra. ¡Gran posesión! Así se suele decir. ¿Es toda tuya, hermano? No; tengo aquí un consorte: pero si Dios quiere, me venderá su parte. El adulador responde, Que Dios lo haga. ¿Qué haga Dios? Que el vecino sea oprimido, y venda su parte al vecino. Que Dios lo haga: piensas bien, que Dios lo cumpla para ti. Porque se alaba al pecador en los deseos de su alma; y quien hace iniquidad, es bendecido (Sal. X, 3). ¿Qué hay tan iniquo como querer enriquecerse con la pobreza ajena? Y sin embargo, abunda esto: quien hace iniquidad, es bendecido; y tal vez prevaleció, y tal vez presionó y oprimió, torció y extorsionó, no a cualquier consorte, sino tal vez a un hermano. Es mejor que yo compre, que un extraño. Y aquel fácilmente oprimido, si es justo, tiene consuelo. Escuche la Escritura, que ahora ha escuchado. Aquel trabaja en la pobreza, su hermano está lleno de abundancia. Pero está lleno de tierra, y vacío de justicia. Atiende tierra, lo que escucha aquel pobre. No temas cuando el hombre se enriquezca, ni cuando se multiplique la gloria de su casa: porque cuando muera, no llevará nada (Sal. XLVIII, 17, 18). Tú, pobre, retén lo que no dejarás al morir, y lo que adquirirás viviendo eternamente. Retén la justicia, no te arrepientas. ¿Te entristeces porque en la tierra eres pobre? Pobre aquí fue quien creó la tierra. Te consuela el Señor tu Dios, te consuela tu Creador, te consuela tu Redentor. No te consuela tu hermano avaro. Pues se dignó ser nuestro hermano aquel nuestro Señor. Solo hermano sin duda fidelísimo, con quien la concordia debe ser poseída. Dije que no es avaro, y tal vez lo encuentro avaro. Es avaro: pero nos quiere tener, nos quiere adquirir. Por nosotros dio un precio tan grande, se dio a sí mismo: nada puede añadirse a este precio. Dio el precio de sí mismo, y se hizo nuestro Redentor. Pues no se dio a sí mismo como precio, para que el enemigo nos dejara, y lo poseyera a él. Se dio a la muerte, matando a la muerte. Pues con su muerte mató a la muerte, no fue muerto por la muerte; y con la muerte muerta, nos liberó de la muerte. Pues la muerte vivía en nosotros muriendo, morirá en nosotros viviendo, cuando se le diga, ¿Dónde está, muerte, tu contienda? (I Cor. XV, 55).

3. El Señor interpelado para que ordene al hermano dividir la herencia, por qué se negó a hacerlo. Mandato de dar a todo el que pide, cómo cumplirlo. Tal hermano fue interpelado por un hermano contra su hermano, entre quienes no había concordia por la tierra, y le dijo: Señor, di a mi hermano que divida conmigo la herencia. Se llevó todo, no quiere darme mi parte, me desprecia, que al menos te escuche a ti. ¿Qué le importaba al Señor? Como pensamos nosotros humildes cosas humildes, reptando en la tierra, constituidos en esta vida, y no queriendo contristar a nadie, y a menudo contristando más gravemente, ¿qué diríamos? Ven, hermano, devuelve a tu hermano su parte. No dijo esto el Señor. ¿Y qué más justo que eso? ¿Quién encontrará tal juez, a quien interpele contra la avaricia de su hermano? ¿No se alegraba aquel hombre de haber encontrado finalmente un gran consuelo? Sin duda esperaba

un gran auxilio, diciendo a tan gran juez, Señor, di a mi hermano que divida conmigo la herencia. Pero él, ¿qué dijo? Oh hombre, ¿quién me ha constituido juez de herencias entre vosotros? El Señor rechazó, no dio lo que se pedía, no concedió el beneficio gratuito. ¿Qué gran cosa era? ¿Qué perdía en ello? ¿Qué al menos trabajaba en ese beneficio? No lo dio. ¿Dónde está, A todo el que te pida, da (Luc. VI, 30)? No hizo eso quien nos dio ejemplo de vida. ¿Cómo lo haremos nosotros? ¿O cómo daremos lo que gastamos, si no damos beneficio donde no gastamos nada, donde no erogamos nada, donde no perdemos nada? No dio el Señor esto, pero no dio nada. Negó menos, pero dio más. Dijo claramente, dijo, A todo el que te pida, da. ¿Qué, si alguien te pide, no digo lo que es inútil dar, sino lo que es vergonzoso dar? ¿Qué, si alguna mujer pide lo que pidió la mujer a José? ¿Qué, si algún hombre pide lo que los falsos ancianos pidieron a Susana? ¿También aquí se seguirá aquella sentencia general, A todo el que te pida, da? De ninguna manera. ¿Haremos, pues, aquí contra el mandato del Señor? Más bien hagamos según el mandato del Señor, y no demos cosas malas a quienes las piden, ni haremos contra esa sentencia. Pues se dijo, A todo el que te pida, da. No se dijo, Da todo al que te pida. A todo el que te pida, da: ciertamente da; aunque no lo que pide, tú da algo: pide mal, tú da bien. Esto hizo José. No dio lo que pedía la mujer impúdica; y dio, sin embargo, lo que debía oír, para que no fuera impúdica con su ejemplo: y él no cayó en el pozo de la lujuria, y dio consejo de castidad. Pues respondió: Lejos de mí hacer esto a mi señor, no contaminaré el lecho de aquel que me confió todo en su casa (Gen. XXXIX). Si un siervo comprado con dinero guardó esta fidelidad a su señor, ¿qué fidelidad debe guardar una esposa a su marido? Esto era amonestar. Yo, siervo, no haré esto a mi señor: ¿tú, esposa, debes hacer esto a tu marido? También dio Susana, ni los dejó vacíos, si querían llenarse con el consejo de la castidad. Pues no solo no consintió; sino que no calló por qué no consintió. Si consiento, dijo, a vosotros, perezo ante Dios; si no consiento, no escapo de vuestras manos: pero es mejor caer en vuestras manos, que perecer ante Dios (Dan. XIII). ¿Qué es, pues, Mejor caer en vuestras manos, que perecer ante Dios? Vosotros percesteis ante Dios, que tales cosas pedís. Así que mantened esta regla. Dad cuando se os pida, aunque no lo que se os pida. Esto hizo el Señor. ¿Qué pedía aquel? División de la herencia. ¿Qué dio el Señor? Eliminación de la codicia. ¿Qué pedía? ¿Qué recibió? Di a mi hermano que divida conmigo la herencia. Di, hombre, ¿quién me ha constituido juez de herencias entre vosotros? Pero yo os digo, ¿qué? Guardaos de toda codicia. Y digo por qué. Pues tal vez pides la mitad de la herencia para enriquecerte. Escucha: A un hombre rico le sucedió una región; tuvo grandes éxitos, es decir, fue fecundada con muchos frutos. Y pensó para sí diciendo: ¿Qué haré, dónde reuniré mis frutos? Y pensando diligentemente, Encontré, dijo, qué haré. Destruiré los viejos graneros, haré nuevos, los llenaré. Pues haré mayores que los viejos. Y diré a mi alma: Tienes muchos bienes; sacia, regocíjate. Le dijo Dios: Necio, que te pareces muy sabio: pues sabes destruir lo viejo, y edificar lo nuevo, y tú permaneciste en la vejez de la ruina, que debiste destruir lo viejo en ti mismo, para que ya no saborearas lo terrenal: Necio, ¿qué dijiste? ¿a quién dijiste? A tu alma dijiste, Regocíjate, tienes muchos bienes. Esta noche se te pedirá tu alma, a quien tales cosas prometiste. Lo que prometiste, ¿de quién será? (Luc. XII, 13-20). No temas, pues, cuando el hombre se enriquezca; porque no, cuando muera, llevará nada.

4. Concordia de los hermanos en la herencia celestial. Quién debe considerarse litigante. He aquí qué consejo dio el Señor a los hermanos disidentes, para que fueran concordes, para que carecieran de codicia, y de inmediato se llenaran de verdad. Busquemos, pues, tal herencia. ¿Hasta cuándo hablaremos de la concordia de los hermanos terrenales, que es rara, que es sospechosa, que es difícil? Hablemos de aquella concordia de los hermanos, que debe ser verdadera, y puede serlo. Sean hermanos todos los cristianos, sean hermanos todos los fieles, sean hermanos nacidos de Dios y de las entrañas de la madre Iglesia por el Espíritu Santo:

sean hermanos, tengan también ellos una herencia que se da, y no se divide. Su herencia es Dios mismo. De quien ellos son herencia, él es a su vez su herencia. ¿Cómo son ellos su herencia? Pídemelo, y te daré las naciones por herencia (Sal. II, 8). ¿Cómo es él su herencia? El Señor es la parte de mi herencia, y de mi cáliz (Sal. XV, 5). En esta herencia se guarda la concordia: por esta herencia no se litiga. Otra herencia se adquiere litigando: esta se pierde litigando. No queriendo los hombres perder esta herencia, evitan litigar. Y cuando tal vez parecen litigar, no litigan. Pero tal vez parecen litigar, o se piensa que litigan, cuando quieren aconsejar a los hermanos. Ved cuán consorciada es su litigación, cuán pacífica, cuán benigna, cuán justa, cuán fiel. Pues nosotros parecemos litigar con los Donatistas: pero no litigamos. Pues litiga aquel que desea mal a su adversario; litiga aquel que quiere que su adversario sufra detrimento, él aumento; que a aquel le disminuya algo, a él le aumente. No somos así nosotros. Lo sabéis vosotros, lo sabéis los que litigáis fuera de la unidad; lo sabéis vosotros, que habéis sido adquiridos de la división: sabéis que esta disputa no es tal disputa, porque no es malintencionada, porque no tiende al detrimento del adversario, sino más bien a la ganancia. Pues queríamos adquirir con nosotros a aquellos con quienes parecíamos litigar, o aún parecemos, no perderlos, para que seamos adquiridos. De hecho, otra es nuestra voz, que fue la de aquel hermano, que interpeló a Cristo caminando en la tierra. Pues también nosotros lo interpelamos en esta causa sentado en el cielo: y no decimos, Señor, di a mi hermano que divida conmigo la herencia; sino, Di a mi hermano que mantenga conmigo la herencia.

5. Propósito y voluntad de los católicos por la paz de la Iglesia. Porque esto queremos y los Actos públicos lo testifican: porque quisimos esto, no solo los sermones, sino nuestras cartas dadas a ellos son testigos. ¿Amáis el episcopado? Tenedlo con nosotros. En vosotros no odiamos nada, no detestamos nada, no execramos nada, no anatematizamos nada, sino el error humano. Humano, dijimos, detestamos el error, no la verdad divina: pero lo que de Dios tenéis, lo reconocemos; lo que de vosotros tenéis de malo, lo corregimos. Reconozco la señal de mi Señor, la señal de mi Emperador, el carácter de mi Rey en el desertor; busco, encuentro, aplico, me acerco, aprehendo, corrijo al desertor, no violo el carácter. Si alguien advierte, si alguien atiende, esto no es litigar, sino amar. Dijimos que en una Iglesia, por causa de la paz, pueden ser hermanos concordantes: pues hermosa es la concordia de los hermanos. No pueden ser dos obispos. Dijimos que ambos se sienten en una simple basílica; uno en la cátedra, el otro como peregrino; uno en la cátedra cristiana, el otro en la herética como colega se siente al lado: de nuevo uno presida en su congregación, el otro en la suya. Dijimos que la penitencia fue predicada para la remisión de los pecados por todas las naciones desde los Apóstoles comenzando desde Jerusalén. ¿Qué responderás a esta Iglesia, que está por todas las naciones desde los Apóstoles comenzando desde Jerusalén edificada? Dijimos: Supongamos que Caecilianus tuvo una mala causa. ¿Un hombre con una mala causa, dos hombres, cinco, diez, prejuzgarán a tantos miles de fieles difundidos por todo el mundo con múltiple fecundidad? Dijimos estas cosas. Abraham creyó, y le fueron prometidas todas las naciones: Caecilianus pecó, y perecieron todas las naciones, ¿para que valga más lo que cometió la iniquidad, que lo que prometió la verdad? Estas cosas fueron dichas: se leen. En absoluto contra los ejemplos divinos, contra los testimonios, que afirman que la Iglesia se difunde por todo el mundo, de cuya Iglesia en el nombre del Señor mantenemos la unidad, no pudieron responder nada.

6. Sobre Ceciliano, querían que se celebrara un juicio, salvaguardando la causa de la Iglesia. Ceciliano fue hallado inocente. Por lo tanto, la causa de la Iglesia fue salvaguardada, confirmada, y fijada de manera inmutable y estable, como sobre el fundamento de la roca que las puertas del infierno no vencerán: con esto salvaguardado, llegamos también al caso de Ceciliano, ya seguros de lo que él hubiera podido cometer. Pues si se encontrara que, como

hombre, hubiera cometido alguna falta, ¿íbamos a litigar para ser juzgados por la culpa de un solo hombre, para ser condenados o rebautizados? Y dijimos, salvaguardando la causa de la Iglesia, a la que no le perjudica el pecado de Ceciliano; ni la justicia de Ceciliano corona a la Iglesia; ni la culpa de Ceciliano condena a la Iglesia; veamos también cuál es su caso. Lo asumimos para discutirlo, pero como el de un hermano, no como el de un padre o una madre. Dios es nuestro Padre, la Iglesia es nuestra Madre: Ceciliano fue o es un hermano; si es bueno, buen hermano; si es malo, mal hermano, pero hermano al fin. Si lo encontramos inocente, ¿dónde estarán ustedes, que incluso en la calumnia humana fallaron? Pero si se encuentra culpable, si se encuentra reo, tampoco hemos sido vencidos, porque mantenemos la unidad de la Iglesia, que es invicta. Que sea hallado completamente culpable, anatematizo al hombre, pero no abandono la Iglesia de Cristo. Esto hicimos, dijimos: en adelante no lo mencionaremos en el altar entre los obispos, a quienes creemos fieles e inocentes. Esto solo hicimos. ¿Acaso por Ceciliano van a rebautizar al mundo entero? Con esta seguridad establecida y firmada, comenzó a discutirse el caso de Ceciliano. Fue hallado inocente, fue hallado atacado por los calumniadores. Una vez ausente fue condenado, presente fue absuelto tres veces: condenado por la facción, absuelto por la verdad eclesiástica. Estas cosas fueron leídas, estas cosas fueron probadas. Se preguntó si tenían algo que decir en contra. Agotadas todas las tergiversaciones de sus calumnias, o donde no pudieron presentar nada contra los documentos más evidentes, ni contra la inocencia misma de Ceciliano, se pronunció sentencia contra ellos. Y sin embargo, ellos dicen, Hemos vencido. Que venzan, pero a sí mismos, para que Cristo los posea; que los venza quien los redimió.

7. Muchos del cisma de los donatistas se convirtieron a la Iglesia. Y sin embargo, nos alegramos por muchos. Muchos de ellos fueron fructuosamente vencidos, porque no fueron vencidos. El error humano fue vencido, el hombre fue salvado. Pues el médico no contiende con el enfermo; y si el enfermo lo hace con el médico, la fiebre es vencida, y el enfermo es sanado. Pues esto pretende el médico, vencer: esto pretende también la fiebre, vencer. El enfermo está como en medio. Si vence el médico, el enfermo está a salvo: si vence la fiebre, el enfermo morirá. En nuestra contienda, pues, el médico contendía por la salud, el enfermo por la fiebre. Quienes advirtieron el consejo del médico, vencieron, superaron la fiebre. Los tenemos sanos y gozosos con nosotros en la Iglesia. Antes nos blasfemaban, porque no nos reconocían como hermanos: pues la fiebre había turbado su mente. Sin embargo, nosotros los amamos, incluso cuando nos detestaban y se ensañaban contra nosotros, y servíamos a los enfermos que se ensañaban. Resistíamos, contendíamos, y como si litigáramos; y sin embargo, amábamos. Pues todos los que sirven a tales enfermos son molestos; pero son molestos para la salud.

8. Excusa inepta de algunos obstinados. Locura y furia de otros. Pero encontramos a veces a hombres perezosos diciendo, Es verdad, señor, es verdad; no hay nada que decir. ¿Entonces qué? Ven, actúa. Mi padre murió allí, mi madre está sepultada allí. Nombaste a un muerto y a un sepultado. Vives, aún hay con quien hablar. Tus padres fueron cristianos en la parte de Donato: los padres de ellos tal vez también cristianos, pero los abuelos o bisabuelos ciertamente paganos. Aquellos que primero se hicieron cristianos, cuando enterraron a sus padres paganos, ¿acaso fueron fríos contra la verdad? ¿Acaso siguieron la autoridad de sus padres muertos, y no prefirieron más bien al Cristo vivo sobre sus padres muertos? Si aquí está la verdadera unidad, fuera de la cual es necesario morir eternamente, ¿por qué quieres seguir a tus padres muertos, muertos para ti y para Dios? ¿Qué dices? responde. Dices la verdad, no hay nada que decir. ¿Qué quieres que haga? Una costumbre no sé cuál retiene a tales hombres. Son letárgicos, sufren de una enfermedad contraria, morirán durmiendo. Otros son frenéticos, son molestos. Pues aunque el letárgico va a morir, al menos no es molesto

para quien le sirve. Los frenéticos son molestos, han perdido la mente, y vagan armados de un lado a otro, buscando a quién matar, a quién cegar. Nos han llegado noticias nuevas, a un presbítero nuestro le cortaron la lengua. Estos son frenéticos. Debe ejercerse la caridad, también deben ser amados. Muchos corregidos lloraron, muchos corregidos: lo sabemos, vinieron a nosotros del número de esos furiosos. Lloran diariamente por su pasado, y no se sacian de lágrimas al ver la furia de aquellos que, no habiendo digerido aún la embriaguez de la vanidad, siguen siendo feroces. Entonces, ¿qué hacemos? La caridad nos obliga a servir a tales. Y aunque somos molestos para ambos tipos, tanto para despertar al letárgico como para atar al frenético, sin embargo, amamos a ambos.

9. Concordia de los hermanos en Cristo. Buena cosa es la concordia de los hermanos; pero vean dónde: en Cristo, de los cristianos. Y el amor a los prójimos. ¿Qué, si aún no es hermano en Cristo? Porque es hombre, es prójimo; ámalo también, para ganarlo también. Si, por tanto, estás en concordia con un hermano cristiano, pero amas al prójimo, incluso con quien aún no hay concordia, porque aún no es hermano en Cristo, porque aún no ha renacido en Cristo, aún no conoce los sacramentos de Cristo; es pagano, es judío; sin embargo, es prójimo, porque es hombre: si lo amas también, has accedido a otro amor con otro don, y así hay en ti dos, Concordia de los hermanos, y amor a los prójimos. De todos estos que mantienen la concordia con los hermanos y aman al prójimo, se compone la Iglesia devota a Cristo, y sometida al varón, para que se haga el tercero, Varón y mujer consintiendo entre sí (Ecli. XXV, 2). Por lo tanto, amonestamos a vuestra Caridad, y os exhortamos en el Señor, despreciad las cosas presentes, hermanos míos, que no lleváis con vosotros al morir: evitad los pecados, evitad las iniquidades, evitad las codicias mundanas. Entonces nuestro fruto en nosotros es íntegro, y nuestra recompensa ante el Señor está llena de gozos. Pues aunque decimos lo que debe decirse, aunque predicamos lo que debe predicarse, y nos liberamos ante el Señor en la presencia del Señor, porque no callamos lo que tememos, no callamos lo que amamos, para que sobre quien venga la espada de la venganza del Señor, no encuentre qué imputar al vigilante: sin embargo, no queremos que nuestra recompensa esté segura con vosotros perdidos, sino con vosotros encontrados. Pues también el apóstol Pablo estaba seguro de su recompensa, y sin embargo, ¿qué dice al pueblo? Ahora vivimos, si vosotros estáis firmes en el Señor (1 Tes. III, 8). Os hablo a vosotros y a vuestra Caridad, según el mandato del Señor, padres y hermanos. Hablo también por mi hermano vuestro obispo, cuyo gozo debéis ser, obedeciendo a nuestro Señor Dios. Ciertamente en el nombre de Dios se os ha hecho esta iglesia por las obras de él, mediante las contribuciones benéficas, misericordiosas, devotas de los hermanos fieles. Se os ha hecho esta iglesia: pero vosotros sois más la Iglesia. Se os ha hecho, para que vuestros cuerpos entren: pero vuestras mentes deben ser, para que Dios entre. Habéis honrado a vuestro obispo, para que quisiera llamar a esta basílica Florentia; pero vosotros sois su Florentia. Pues así dice el Apóstol: Vosotros sois mi gozo y mi corona en el Señor (Filip. IV, 1). Todo lo que hay en el mundo, se desvanece, pasa. ¿Qué es esta vida, sino lo que dice el Salmo: Por la mañana pasa como la hierba, por la mañana florece y pasa: por la tarde cae, se endurece y se seca (Sal. LXXXIX, 6)? Esto es toda carne. Por eso Cristo, por eso la nueva vida, por eso la esperanza eterna, por eso la consolación de la inmortalidad prometida, y ya devuelta en la carne del Señor. Pues de nosotros fue asumida esa carne, que ya es inmortal, y nos mostró lo que en sí mismo cumplió. Porque por nosotros tuvo carne. Pues por sí mismo, En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios (Juan I, 1). Busca carne y sangre: ¿dónde en el Verbo? Porque verdaderamente quiso compadecerse de nosotros, y redimirnos, se revistió de la forma de siervo, y descendió quien estaba aquí, para que apareciera quien no estaba ausente; y quiso hacerse hombre quien hizo al hombre, ser creado de madre, quien creó a la madre. Ascendió hasta la cruz, murió, y nos mostró lo que conocíamos, nacer y morir. Cumplió en sí mismo

humildemente estas cosas antiguas nuestras, acostumbradas y conocidas. Nacer y morir conocíamos: resucitar y vivir eternamente no conocíamos. Así que asumió humildemente dos cosas antiguas nuestras: cumplió dos cosas grandes y nuevas excelso. Resucitó la carne, elevó al cielo la carne, se sienta a la derecha del Padre. Quiso ser nuestra cabeza, la cabeza clamó por los miembros: porque también cuando estaba aquí, dijo, Padre, quiero que donde yo estoy, también ellos estén conmigo (Juan XVII, 24). Esperemos esto también de nuestra carne, resurrección, transformación, incorrupción, inmortalidad, morada eterna: y actuemos para llegar. Esta será Florentia, la verdadera Florentia.

SERMO CCCLX. En las vigilijs de Maximiano, sobre un donatista que regresó a la Iglesia.

Gracias a Dios, hermanos, congratulaos con vuestro hermano, que estaba muerto y ha revivido, estaba perdido y ha sido hallado. Gracias a la paciencia y misericordia de nuestro Señor Dios: paciencia, porque soportó al que tardaba; misericordia, porque se dignó recibir al que regresaba. Esta es la viña, donde no trabajaba, y consumía mis fuerzas en lo ajeno. Oh viña amada de mi Señor, no solo mi trabajo no te aprovechaba en nada, sino que incluso servía a tu enemigo en tu contra. Con gran sudor esparcía, cuando no recogía para ti. Gracias a tu plantador, en quien no queda sin recompensa el salario de los obreros llamados incluso a la última hora. Llego tarde, pero no desespero del denario (Mat. XX, 9). Que antes fui blasfemo, y perseguidor, e injurioso contra ti: pero alcancé misericordia, porque lo hice ignorante (1 Tim. I, 13). Pues retenía las palabras de mis padres, no de los Patriarcas, no de los Profetas, no de los Apóstoles; sino de los padres de mi carne. No me sometí a la carne y a la sangre; sino que me sometí vencido por la verdad, y descansé devuelto a la unidad. ¿Acaso no leía las mismas Escrituras que ahora leo? Pero también aquel doctor de los Gentiles, vaso de elección, de Saulo Pablo, de altivo el más pequeño, de ladrón pastor, de lobo carnero, era hebreo de hebreos, según la ley fariseo (Filip. III, 5, 6), instruido en la ley a los pies del doctor Gamaliel (Hech. XXII, 3): y sin embargo, a Cristo, a quien leía en los Profetas, ni sabía que estaba sentado en los cielos, ni permitía que se le adorara en la tierra. Ignorando la fe de su pasión y resurrección, la cantaba con la boca, y con furia devastaba con error. Según los Profetas, en los que había nacido y crecido, ya Cristo resucitado de entre los muertos estaba sentado en el cielo; y él aún estaba cegado por la mentira de sus padres, que sus discípulos lo habían robado del sepulcro. Así también yo de la Iglesia católica difundida por todo el orbe era rodeado por las voces de las Escrituras divinas; y me hacían sordo las falsas acusaciones de traidores inculcadas por mis padres. No me comparo con los méritos de Pablo, sino con sus pecados. Aunque no merecí ser tan bueno, tampoco fui tan malo sin la medicina de la corrección. Ni él reconocía al esposo en los Libros que leía, ni yo a la esposa. Quien le reveló a él sobre la glorificación de Cristo lo que está escrito, Exáltate sobre los cielos, Dios; él mismo me reveló a mí sobre la efusión de la Iglesia lo que sigue, Sobre toda la tierra tu gloria (Sal. CVII, 6). Ambos testimonios están abiertos para los que ven, pero cerrados para los ciegos. A ellos les abrió los ojos el Bautismo de Cristo, a mí la paz de Cristo. A él el lavacro del agua santa lo hizo nuevo: pero la caridad de los míos cubrió la multitud de mis pecados.

SERMO CCCLXI. Sobre la Resurrección de los muertos, I.

CAPÍTULO PRIMERO.

1. Observamos, cuando se leía la Epístola del Apóstol, el loable movimiento de vuestra fe y caridad, cómo os horrorizasteis de los hombres, que pensando que esta es la única vida que tenemos en común con los animales, después de la muerte creen que se acaba todo lo que es del hombre, y no hay esperanza alguna de otra vida mejor, corrompiendo el prurito de los

malos oídos, dicen: Comamos y bebamos; porque mañana moriremos (1 Cor. XV, 32). De aquí, pues, se tome el inicio de nuestra disertación, y este sea como el eje de nuestro discurso, al que se refieran las demás cosas que el Señor se digne sugerir.

CAPÍTULO II.

2. Nuestra esperanza y fe, la resurrección de los muertos. Nuestra caridad. Dos cuestiones sobre la futura resurrección. Pues nuestra esperanza es la resurrección de los muertos: nuestra fe es la resurrección de los muertos. También nuestra caridad es, que la predicación de las cosas que aún no se ven inflama, y enciende con deseo, cuya magnitud hace nuestros corazones capaces de la bienaventuranza que se promete, mientras se cree lo que aún no se ve: por tanto, también nuestra caridad no debe ocuparse en estas cosas temporales y visibles, para que no esperemos tener algo en la resurrección como lo que ahora, si lo despreciamos, vivimos mejor y somos mejores, es decir, placeres y delicias carnales. Quitada, pues, la fe en la resurrección de los muertos, toda la doctrina cristiana se desvanece. Fundada, sin embargo, la fe en la resurrección de los muertos, no hay inmediatamente seguridad sobre el ánimo cristiano, a menos que se distinga aquella vida que será futura, de esta que pasa. Así que debe proponerse así: Si los muertos no resucitan, no hay esperanza para nosotros de vida futura: pero si los muertos resucitan, habrá ciertamente vida futura; pero la segunda cuestión es, cómo será. La primera disertación, pues, es si habrá resurrección de los muertos: la segunda disertación es, cómo será la vida futura de los santos en la resurrección.

CAPÍTULO III.

3. En una el infiel yerra, en otra el cristiano carnal. El cristiano debe ser guiado por el peso de la autoridad. Los que dicen que los muertos no resucitan, no son cristianos: los que piensan que los muertos, cuando resuciten, vivirán carnalmente, son cristianos carnales. Cualquiera disertación, pues, contra la opinión de aquellos que niegan la resurrección de los muertos, es contra los que están fuera, de cuyo número no creo que haya aquí presente alguno. Por lo tanto, nuestra disertación podría parecer superflua, si nos detuviéramos en enseñar que los muertos resucitan. Pues el cristiano debe ser guiado por el peso de la autoridad, quien ya ha creído en Cristo, quien de ninguna manera piensa que el Apóstol miente. Basta, pues, que este escuche, Si los muertos no resucitan, vana es nuestra predicación, vana es también vuestra fe. Si los muertos, dice, no resucitan, tampoco Cristo resucitó (Ibid. 14, 13). Pero si Cristo resucitó, en quien está la salvación de los cristianos, no es de ninguna manera imposible que los muertos resuciten: porque aquel que resucitó a su Hijo, y aquel que resucitó su carne, mostró al resto del cuerpo, que es la Iglesia, en la cabeza un ejemplo. Podría, pues, ser superflua la disertación sobre la resurrección de los muertos, para que ya asumamos la que suelen tener entre sí los cristianos, cuando resucitemos cómo seremos, cómo viviremos, cuáles serán nuestras ocupaciones, si habrá algunas, o ninguna: si no habrá ninguna, viviremos ociosamente sin hacer nada; o si haremos algo, qué haremos: luego, si comeremos y beberemos, si habrá uniones de hombres y mujeres, o alguna vida común simple e incorrupta; y si es así, cómo será esa vida misma, cómo será el movimiento, cómo será la figura de esos cuerpos. Estas disertaciones son de los cristianos, con la fe en la resurrección salvaguardada.

CAPÍTULO IV.

4. Se dispone a probar la futura resurrección. A esta disertación, pues, cuanto puede ser asumido o propuesto por hombres a hombres, como somos nosotros, o como sois vosotros, ya ya me disponía a pasar, si no me obligara a detenerme un poco en aquella cuestión, donde se

pregunta si los muertos resucitarán en absoluto, cierta preocupación por nuestros hermanos demasiado carnales y casi paganos. Pues no creo que haya aquí ahora ningún pagano, sino todos cristianos. Pero los paganos y los que se burlan de la resurrección no cesan de murmurar diariamente en los oídos de los cristianos: Comamos y bebamos; porque mañana moriremos. Y lo que dijo el Apóstol, añadiendo su preocupación y subrayando esta sentencia, Corrompen las malas conversaciones los buenos hábitos: temiendo estos males y preocupándonos por los débiles, no solo con una caridad paterna, sino también materna, también diremos algo sobre esto, cuanto tal vez baste a los cristianos, porque en el día de hoy todos los que han venido han sido traídos por una devoción mayor hacia las Escrituras. Pues no es la solemnidad de algún día festivo la que ha convocado a la iglesia de Dios incluso a las multitudes teatrales. Esta consideración hizo que primero hablemos de la resurrección de los muertos; y luego, si el Señor nos da abundancia, cómo será después la vida futura de los justos.

CAPÍTULO V.

5. A aquellos que deciden vivir aquí como si después de la muerte no hubiera nada. — Temo, dice el Apóstol, que así como la serpiente engañó a Eva con su astucia, así también vuestras mentes se corrompan de la castidad que está en Cristo (II Cor. XI, 3). Las mentes de estos se corrompen con esas conversaciones. Comamos y bebamos, porque mañana moriremos. Quienes aman esto, quienes lo siguen, quienes piensan que esta es la única vida, quienes no esperan nada más, quienes no oran a Dios o lo hacen por esto, a quienes les resulta oneroso el discurso de la diligencia, escuchen con gran tristeza lo que decimos. Quieren comer y beber; porque mañana morirán. Ojalá pensarán realmente que mañana morirán. ¿Quién es tan demente y perverso, quién es tan enemigo de su alma, que al morir al día siguiente no piense que todo por lo que trabaja ha terminado? Pues está escrito, En ese día perecerán todos sus pensamientos (Sal. CXLV, 4). Aunque los hombres, por aquellos que dejan aquí, se preocupan por el testamento cuando se acerca el día de su muerte; ¿cuánto más deberían pensar en su alma? El hombre piensa en a quién dejará, y no piensa en sí mismo, que deja todo esto. He aquí que tus hijos tendrán lo que dejas, tú no tendrás nada, y todo tu pensamiento se consume en cómo los extraños pasarán después de ti, no en a dónde llegarán los que pasan. Ojalá hubiera pensamiento sobre la muerte. Pero cuando los muertos son llevados, se piensa en la muerte, y se dice: ¡Ay del pobre! tal era, ayer caminaba; o, hace siete días lo vi, me habló de esto y aquello; el hombre no es nada. Murmuran estas cosas. Pero tal vez cuando el muerto es llorado, cuando se prepara el funeral, cuando se llevan las exequias, cuando se lleva, cuando se entierra, este discurso está vivo: pero una vez enterrado el muerto, también tal pensamiento se entierra. Vuelven esas preocupaciones mortales, se olvida a quién se ha acompañado, se piensa en la sucesión del que va a morir; se regresa a los fraudes, a los robos, a los perjurios, a la embriaguez, a los placeres corporales infinitos, no digo, cuando se han agotado, que perecerán, sino que perecen mientras se disfrutan; y, lo que es más pernicioso, del muerto enterrado se toma argumento para enterrar el corazón, y se dice, Comamos y bebamos; porque mañana moriremos.

CAPÍTULO VI.

6. La fe en la resurrección es ridiculizada por los incrédulos. Parentalia. A aquellos que objetan que nadie ha regresado de entre los muertos. También ridiculizan la fe de quienes afirman que los muertos resucitarán, diciendo para sí: He aquí que este ha sido puesto en el sepulcro, que se escuche su voz. Pero no puede: escucharé la voz de mi padre, de mi abuelo, de mi bisabuelo. ¿Quién ha resucitado de allí? ¿Quién ha indicado qué se hace en el

inframundo? Hagamos el bien para nosotros mientras vivimos: pero cuando hayamos muerto, incluso si nuestros padres, o seres queridos, o parientes traen ofrendas a nuestras tumbas, se las traerán a sí mismos, los vivos, no a nosotros, los muertos. Y esto también lo ridiculizó la Escritura, diciendo de algunos que no sienten los bienes presentes, Como si pusieras un banquete, dice, alrededor de un muerto (Ecli. XXX, 18): y es evidente que esto no concierne a los muertos, y que esta es una costumbre de los paganos, no proviene de la descendencia y vena de justicia de nuestros padres Patriarcas, a quienes leemos que se les celebraron exequias, pero no leemos que se les hicieran ofrendas. Esto también puede observarse en las costumbres de los judíos: no retuvieron de allí el fruto de la virtud, pero sí retuvieron en algunas solemnidades la antigüedad de la costumbre. Y lo que algunos objetan de las Escrituras, Parte tu pan, y derrama tu vino sobre las tumbas de los justos, y no lo entregues a los injustos (Tob. IV, 18); no es necesario discutir esto aquí, pero sin embargo digo que los fieles pueden entender lo que se ha dicho. Pues es conocido por los fieles cómo hacer estas cosas religiosamente hacia las memorias de los suyos; y que no deben ser ofrecidas a los injustos, es decir, a los infieles, porque, El justo vivirá por la fe (Rom. I, 17), esto también es conocido por los fieles. Que nadie busque de la medicina una herida, y de las Escrituras intente torcer un vínculo, de donde arroje un lazo de muerte a su alma. Es evidente cómo debe entenderse eso, y esta celebración de los cristianos es clara y saludable.

CAPÍTULO VII.

7. Nuestra fe en el corazón, como Cristo durmiendo en la nave, debe ser despertada para calmar la tempestad. Entonces, como comencé a decir, veamos, por causa de los hombres que murmuran en los oídos de los débiles, Comamos y bebamos; porque mañana moriremos: porque dicen, Nadie ha resucitado de allí, no he oído la voz de nadie, desde que mi abuelo fue puesto allí, desde que mi bisabuelo, desde que mi padre; no he oído la voz de nadie. Respondan, cristianos, si son cristianos: no sea que cuando quieran embriagarse en los pueblos, les dé pereza responder a los corruptores. Tienen qué responder: pero fluctúan con la concupiscencia de los placeres, y quieren embriagarse y ser sepultados vivos. Surge el deseo de embriaguez, y como una ola irrumpe en el alma, atraída por el sople del mal consejero. Por tanto, sufres una gran tempestad, no quieres responder al corruptor, mientras favoreces al que te invita a beber; pero la ola de la concupiscencia se eleva demasiado, y quiere hundir como un barco tu corazón. Cristiano, Cristo duerme en tu nave: despiértalo; ordenará a las tempestades que todo se calme (Mat. VIII, 24-26). Pues en aquel tiempo, cuando los discípulos fluctuaban en la nave con Cristo durmiendo, significaron que los cristianos fluctúan con la fe cristiana durmiendo. Pues ves lo que dice el Apóstol: Que Cristo habite por la fe en vuestros corazones (Efes. III, 17). Según la presencia de su belleza y divinidad, siempre está con el Padre; según la presencia corporal, ya está sobre los cielos a la derecha del Padre: pero según la presencia de la fe, está en todos los cristianos. Y por eso fluctúas, porque Cristo duerme: es decir, por eso no superas esas concupiscencias, que se despiertan con los soplos de los malos consejeros, porque la fe duerme. ¿Qué significa que la fe duerme? Está adormecida. ¿Qué significa que está adormecida? La has olvidado. ¿Qué significa entonces despertar a Cristo? Despertar la fe, recordar lo que has creído. Por tanto, recuerda tu fe, despierta a Cristo: tu misma fe ordenará a las olas, por las que te turbas, y a los vientos de los perversos consejeros: inmediatamente se irán, inmediatamente todo se calmará; porque aunque el mal consejero no deje de hablar, ya no conmueve la nave, no excita la ola, no hunde el vehículo en el que eres llevado.

8. La fe en la futura resurrección suficientemente comprobada con la resurrección de Cristo. Todo el mundo atestigua nuestra fe. Todo da testimonio de la resurrección. ¿Qué haces entonces despertando a Cristo? ¿Qué te había dicho aquel mal conversador? ¿Qué había

dicho aquel corruptor, corrompiendo las buenas costumbres con malas conversaciones? ¿Qué había dicho? Ciertamente había dicho esto: Nadie ha regresado de allí, no he oído a mi padre, no a mi abuelo; que alguien regrese de allí, diga qué se hace allí.

CAPÍTULO VIII.

Tú, ya con Cristo despertado en tu nave, recordando tu fe, respóndele, y di: Necio, si tu padre resucitara, creerías; el Señor de todos resucitó, ¿y no crees? Pues, ¿por qué quiso morir y resucitar, sino para que todos creyéramos en uno, para no ser engañados por muchos? ¿Y qué haría tu padre, si resucitara y hablara, para morir de nuevo? Observa con cuánta potestad resucitó aquel que ya no muere, y la muerte ya no tendrá dominio sobre él (Rom. VI, 9). Se mostró a sí mismo a los discípulos y a sus fieles: se palpó la solidez del cuerpo, cuando para algunos no era suficiente ver lo que recordaban, sino también tocar lo que veían. La fe fue confirmada, no solo en los corazones, sino también en los ojos de los hombres. Aquel que mostró estas cosas ascendió al cielo, envió el Espíritu Santo a sus discípulos, se predicó el Evangelio. Si mentimos en esto, interroga al mundo entero. Muchas cosas que fueron prometidas, se han hecho: muchas que se esperaban, se han cumplido: en la fe cristiana todo el mundo florece. No se atreven a denigrar la resurrección de Cristo, ni siquiera aquellos que aún no han creído en Cristo. Testimonio en el cielo, testimonio en la tierra: testimonio de los ángeles, testimonio de los muertos. ¿Qué queda que no clame? Y tú dices, Comamos y bebamos; porque mañana moriremos.

9. Ejemplo de resurrección en la semilla. Pero te has entristecido por tu ser querido sepultado, porque no escuchaste inmediatamente su voz. Vivía, murió: comía, ya no come: sentía, ya no siente: no participa de las alegrías y la felicidad de los vivos.

CAPÍTULO IX.

¿Acaso llorarías la semilla, cuando araras? Si hubiera alguien tan ignorante de las cosas, que cuando se lleva la semilla al campo, y se pone en la tierra, y se entierra con el terrón roto; si hubiera alguien ignorante incluso de las cosas futuras, que llorara el trigo, porque recordara el verano, y pensara para sí diciendo, Este grano, que ahora está sepultado, con cuánto trabajo fue cosechado, traído, trillado, purificado, se guardaba en el granero, veíamos su belleza, y nos alegrábamos; ahora ha sido quitado de nuestros ojos; veo la tierra arada, pero no veo el grano ni en el granero, ni aquí: lloraría el grano como muerto y sepultado, lloraría abundantemente, mirando los terrones y la tierra, pero no viendo la cosecha: ¿cómo sería ridiculizado por cualquiera que no fuera ignorante, pero no ignorante en esa cosa; inexperto en otras cosas, pero experto en esa cosa que lloraría aquel inexperto deforme? ¿Y qué le dirían aquellos que sabían, si tal vez él lloraba por eso, porque no sabía nada de esto? No estés triste; esto que hemos sepultado ciertamente ya no está en el granero, no está en nuestras manos: vendremos a este campo, y te deleitará ver la apariencia de la cosecha, donde ahora lloras la desnudez de la aradura. Aquel que sabía lo que vendría del grano, incluso se alegraría en la aradura: pero aquel incrédulo o más bien insensato, y, para decirlo más verdaderamente, inexperto, lloraría tal vez al principio, pero creyendo al experimentar, se consolaría y esperaría la futura cosecha con el experto.

CAPÍTULO X.

10. Ejemplo de nuestra resurrección en Cristo. Toda criatura habla de resurrección. Despertar de los animales. Novilunios. Hojas de los árboles. Pero las cosechas se ven cada año: sin embargo, del género humano una última cosecha se levantará al final del siglo. No puede

mostrarse ahora a los ojos: pero de un grano principal se ha dado el experimento. Dice el mismo Señor, Si el grano permanece así, y no muere, quedará solo (Juan XII, 24), hablando de su mortificación, porque la resurrección de muchos en él será múltiple. Se ha dado un ejemplo de un grano, pero tal ejemplo en el que creerían todos los que quisieran ser granos. Aunque toda criatura habla de resurrección, si no somos sordos: de donde debemos conjeturar qué hará Dios al final una vez con el género humano, cuando vemos tantas cosas similares diariamente. La resurrección de los cristianos será una vez, el sueño de los animales y el despertar es diario. Dormir es similar a la muerte: despertar es similar a la resurrección. De lo que sucede diariamente, cree lo que sucederá una vez. La luna nace, crece, se perfecciona, disminuye, se consume, se renueva cada mes. Lo que en la luna sucede mensualmente, eso en la resurrección sucederá una vez en todo el tiempo. Así como lo que sucede diariamente con los que duermen, eso con la luna mensualmente. ¿De dónde se van, de dónde regresan las hojas a los árboles? ¿A qué secretos se retiran, de qué secretos vienen? Es invierno, ciertamente ahora los árboles parecen secos, en primavera reverdecen. ¿Es la primera vez que sucede, o también el año pasado fue así? Más bien, también el año pasado fue así. Se interrumpe desde el otoño en invierno, regresa en primavera en verano. Entonces el año regresa en el tiempo, y los hombres, hechos a imagen de Dios, ¿cuando mueran perecerán?

CAPÍTULO XI.

11. Cómo algunas cosas se restauran de la tierra. Pero alguien podría decirme, observando menos diligentemente los cambios y restauraciones de las cosas: Esas hojas se pudrieron, nacen nuevas. Pero observando bien, ve que también lo que se pudre, contribuye a la fuerza de la tierra. ¿De dónde se fertiliza la tierra, sino de la putrefacción de las cosas terrenales? Esto lo observan quienes cultivan el campo; y quienes no lo cultivan, porque siempre viven en la ciudad, al menos de los jardines cercanos a la ciudad conocen los despreciables desechos de la ciudad que se guardan con esmero, que incluso se compran a precio, para ser llevados. Ciertamente ya despreciables, vaciados de toda utilidad, podrían ser considerados por los inexpertos. ¿Y quién se digna mirar el estiércol? Lo que el hombre teme mirar, se preocupa por guardarlo. Entonces, lo que ya parecía consumido y desechado, regresa en la fertilidad de la tierra, la fertilidad en el jugo, el jugo en la raíz; y lo que de la tierra pasa a la raíz, con accesos invisibles migra al vigor, se distribuye por las ramas, de las ramas a los brotes, del brote a los frutos y hojas. He aquí lo que temías en la putrefacción del estiércol, lo admiras en la fecundidad y verdor del árbol.

CAPÍTULO XII.

12. Objeción de que el cuerpo se convierte en ceniza. Costumbre de los egipcios. Gabbarae. No quiero que me opongas ya lo que sueles oponer: El cuerpo del muerto sepultado no permanece íntegro; pues si permaneciera, creería en la resurrección. ¿Entonces solo los egipcios creen en la resurrección, porque cuidan diligentemente los cadáveres de los muertos? Pues tienen la costumbre de secar los cuerpos, y hacerlos casi de bronce: los llaman Gabbaras. Entonces, según estos, que desconocen los secretos de la naturaleza, donde todo está a salvo para el Creador, incluso cuando se sustrae a los sentidos mortales, ¿solo los egipcios creen bien en la resurrección de sus muertos, y la esperanza de los demás cristianos está en apuros? Pues a menudo, ya sea por vejez o por alguna necesidad no sacrílega, al abrirse o descubrirse sepulcros, se ha encontrado que los cuerpos se han podrido, y los hombres han suspirado y gemido, que suelen deleitarse con la apariencia corporal, y han dicho en sus corazones: ¿Acaso este polvo alguna vez tendrá aquella apariencia de belleza, será devuelto a la vida, será devuelto a la luz? ¿Cuándo será eso? ¿Cuándo esperaré algo vivo de este polvo? Tú que dices esto, ves en el sepulcro al menos polvo: repasa tu edad, si tienes,

por ejemplo, treinta, cincuenta o más años: en el sepulcro al menos hay polvo del muerto, tú hace cincuenta años ¿qué eras? ¿dónde estabas? Los cuerpos de todos nosotros, que ahora hablamos, o escuchamos, después de pocos años serán polvo, hace pocos años ni siquiera eran polvo. ¿Quién entonces pudo preparar lo que no era, fallará en reparar lo que era?

CAPÍTULO XIII.

13. Contra las malas conversaciones, la fe firmada por Cristo. Cesen, pues, los murmullos de los que hablan mal, y corrompen las buenas costumbres con malas conversaciones. Fijen los pies en el camino, fijen: para que no abandonen el camino, no para que permanezcan en el camino, sino como se ha dicho, Corran de tal manera que alcancen (I Cor. IX, 24). Que Cristo siempre florezca en el corazón, quien quiso mostrar en la cabeza lo que los demás miembros esperan. En la tierra ciertamente trabajamos, nuestra cabeza en el cielo ya no muere, ni falla, ni sufre nada: sin embargo, sufrió por nosotros. Porque fue entregado por nuestras ofensas, y resucitó para nuestra justificación (Rom. IV, 25). Esto lo sabemos por la fe: pero aquellos a quienes se mostró, lo aprendieron por los ojos. Sin embargo, no somos reprobados, porque resucitó, y no pudimos verlo con ojos carnales. Tenemos para nosotros el testimonio del mismo Señor, que dijo al discípulo dudoso y buscando con el tacto lo que creería. Pues cuando exclamó convencido por el contacto de las cicatrices, y dijo, Señor mío, y Dios mío: él respondió, Porque me has visto, has creído; bienaventurados los que no ven y creen (Juan XX, 24-29). Despierten, pues, a su bienaventuranza, que ningún mal consejero saque de sus corazones lo que Cristo ha infundido.

14. A aquellos que dicen que solo Cristo pudo resucitar. Unión de los miembros con Cristo cabeza. Semejanza adecuada. Tampoco me digan eso. Pues eso lo dicen todos, quienes ya incluso a regañadientes han cedido a la autoridad de Cristo. Pues casi todos los paganos, incluso quienes no quieren o difieren en aprehender a Cristo con devoción, no se atreven a reprocharlo: aunque se atrevan con los cristianos, no se atreven con Cristo; ceden a la cabeza, y aún insultan al cuerpo. Pero el cuerpo escuchando las burlas de aquellos que ya ceden a la cabeza, no se considere separado de la cabeza, sino apoyado. Pues si estuviéramos separados, deberíamos temer las voces de los que insultan: pero no estamos separados, lo testifica él mismo, quien a Pablo, aún Saulo persiguiendo a la Iglesia, dijo, Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues? Ya había pasado por las manos de la impiedad de los judíos, ya había penetrado el inframundo, ya había resucitado del sepulcro, ya había ascendido al cielo, ya había enriquecido y fortalecido los corazones de los creyentes con el don del Espíritu Santo, sentado a la derecha del Padre intercediendo por nosotros: no se entregaría de nuevo a la muerte, sino que nos liberaría de la muerte, ¿qué podía sufrir de Saulo enfurecido? ¿De dónde lo tocaba aquella mano, aunque él era, como está escrito, Respirando amenazas (Hechos IX, 4, 1)? Podía atacar a los cristianos trabajando en la tierra: pero ¿cuándo y cómo a Cristo? Sin embargo, clama por los demás miembros, y no dice, ¿Por qué persigues a los míos? pues si dijera, ¿Por qué persigues a los míos? creeríamos que son siervos. Pero los siervos no están tan unidos al señor, como los cristianos a Cristo. Esta es otra unión: otro orden de miembros, otra unidad de caridad. La cabeza habla por los miembros, y ni siquiera dice esto, ¿Por qué persigues a mis miembros? sino que dice, ¿Por qué me persigues? No tocaba la cabeza, pero tocaba lo que está unido a la cabeza.

CAPÍTULO XIV.

Ya lo hemos dicho muchas veces, pero como la similitud es adecuada y explica bien el asunto, debe repetirse. Quien te pisa en la multitud, oprime tu pie, pero no hace nada a tu

lengua. ¿Qué significa entonces que la lengua clame: "Me pisas"? La presión es sobre el pie, no hay lesión en la lengua, pero hay una sola unión. Y si un miembro sufre, todos los miembros sufren con él; y si un miembro es glorificado, todos los miembros se alegran con él (I Cor. XII, 26). Si, por tanto, tu lengua habla por tu pie, ¿Cristo no hablará en el cielo por los cristianos? No habla tu lengua por tu pie diciendo: "Pisas mi pie", sino "Me pisas", aunque ella no haya sido tocada. Reconoce a aquel que es tu cabeza, cuando habla por ti desde el cielo y dice: "Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?" Entonces, hermanos, ¿por qué decimos esto? No sea que se infiltren entre ustedes aquellos de quienes dice el Apóstol: "Las malas conversaciones corrompen las buenas costumbres", porque dicen: "Comamos y bebamos, porque mañana moriremos" (I Cor. XV, 33, 32); para que no digan a ustedes (pues no se atreven a reprochar a Cristo, tiemblan ante la majestad de su autoridad establecida en todo el mundo; pero como está escrito: "El pecador verá y se enojará, rechinará sus dientes y se consumirá" (Sal. CXI, 10): puede rechinar y consumirse, pero no se atreve a blasfemar contra Cristo); no sea que hablen así y digan: "Solo a Cristo le fue permitido". A veces lo dicen sinceramente, otras veces por temor: tú, sin embargo, presta atención a lo que se atreven a decir y a lo que no se atreven.

CAPÍTULO XV.

15. Cristo es alabado de manera engañosa por los infieles para que no esperemos una resurrección similar. Dirán entonces: "Me dices que Cristo resucitó, y de ahí esperas la resurrección de los muertos; pero a Cristo le fue permitido resucitar de entre los muertos". Y comienza ya a alabar a Cristo, no para darle honor, sino para hacerte desesperar. La astuta perdición de la serpiente, para apartarte de Cristo con la alabanza de Cristo, predica engañosamente a quien no se atreve a vituperar. Exagera su majestad para hacerla singular, para que no esperes algo similar a lo que se mostró en su resurrección. Y parece más religioso hacia Cristo cuando dice: "Mira quién se atreve a compararse con Cristo, para que, porque Cristo resucitó, también piense que resucitará". No te perturbes por la alabanza perversa de tu Emperador; las insidias hostiles te perturban, pero la humildad y humanidad de Cristo te consuelan. Él predica cuán elevado está Cristo sobre ti: pero Cristo dice cuánto descendió hacia ti. Responde entonces a esto: despierta esa fe; hay tempestad, hay olas, el barco está en peligro, Cristo duerme; despierta esa fe, no olvides lo que creíste (Mat. VIII, 24-26). Inmediatamente responderás cuando la fe evangélica comience a vigilar en ti. No estarás falto al responder: no serás tú quien hable; permaneciendo en ti, Cristo tomará su instrumento, tu lengua, como su espada, usando tu corazón y tu voz como un poseedor habitante, resistirá al adversario, te hará seguro: solo despierta al que duerme, es decir, recuerda la fe olvidada.

CAPÍTULO XVI.

16. La resurrección de Cristo nos ha traído con razón la esperanza de nuestra resurrección. De dónde proviene la mortalidad de Cristo. Cómo Cristo se hizo mediador. Cómo los pecados en Cristo. La mortalidad como castigo del pecado. ¿Qué diré ahora, con qué responderás a tales personas? No diré algo nuevo, sino lo que creíste. Despierta, pues, la fe y responde al que dice: "Solo Cristo pudo, nosotros no podemos": responde y di: "Por eso Cristo pudo, porque es Dios; él ciertamente, porque es Dios. Si porque es Dios, porque es omnipotente; si porque es omnipotente, ¿por qué desesperaré de que pueda también en mí lo que demostró en sí mismo por mí? Luego pregunto de dónde resucitó Cristo. Responderá: De entre los muertos. Pregunto por qué murió. ¿Acaso puede morir Dios? Aquella divinidad, el Verbo igual al Padre, el arte del artífice omnipotente, por quien fueron hechas todas las cosas, la sabiduría inmutable, permaneciendo en sí misma, renovando todas las cosas (Sab. VII, 27), alcanzando con fuerza de un extremo al otro y disponiendo suavemente todas las cosas (Sab. VIII, 1),

¿pudo morir? No, dice. Y sin embargo, Cristo murió. ¿De dónde murió? Evidentemente porque no consideró el ser igual a Dios como algo a lo que aferrarse, sino que se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo. Antes, ¿qué dice? "El cual, siendo en forma de Dios" (Filip. II, 6 y 7). ¿Tomó la forma de Dios, o estaba en ella naturalmente? El Apóstol distingue. Cuando habla de la forma de Dios, dice "siendo"; cuando nombra la forma de siervo, dice "tomando". Cristo, por tanto, era algo, tomó algo, para que con él fuera uno lo que tomó. En la forma de Dios era igual a Dios, como dice el evangelista aquel pescador: "El Verbo era en el principio, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios" (Juan I, 1): esto es, "Siendo en forma de Dios, no consideró el ser igual a Dios como algo a lo que aferrarse". Porque lo que no está naturalmente presente, sino que se usurpa ilícitamente, es robo. El ángel usurpó la igualdad con Dios y cayó, y se convirtió en diablo; el hombre usurpó la igualdad con Dios y cayó, y se convirtió en mortal. Pero este, que nació igual, porque no nació en el tiempo, sino eterno del Padre eterno, siempre nacido, por quien fueron hechas todas las cosas, estaba en la forma de Dios. Pero para ser mediador entre Dios y los hombres, entre el justo y los injustos, entre el inmortal y los mortales, asumió algo de los injustos y mortales, conservando algo con el justo e inmortal. Conservando con el justo e inmortal la justicia, asumiendo de los injustos y mortales la mortalidad, se hizo reconciliador en medio, derribando el muro de nuestros pecados; por lo cual se le canta por su pueblo: "Y con mi Dios saltaré el muro" (Sal. XVII, 30): devolviendo a Dios lo que los pecados habían alejado, redimiendo con su sangre lo que el diablo poseía; murió por nosotros y resucitó por nosotros. Llevó nuestros pecados, no adhiriéndose a ellos, sino soportándolos: como Jacob llevó las pieles de los cabritos, para parecer velludo al padre que bendecía (Gén. XXVII, 16). Esaú, el malo, tenía sus propios vellos, pero Jacob, el bueno, llevaba los ajenos. A los hombres mortales los pecados les adhieren. Pero no adherían a aquel que dijo: "Tengo poder para poner mi vida, y tengo poder para volver a tomarla" (Juan X, 18).

CAPÍTULO XVII.

La muerte, por tanto, en nuestro Señor fue signo de pecados ajenos, no castigo de propios. En todos los hombres, sin embargo, la mortalidad es castigo del pecado: se arrastra desde el origen del pecado, de donde todos venimos; de la caída de aquel hombre, no del descenso de este. Porque una cosa es caer, otra descender. Uno cayó malvadamente, otro descendió misericordiosamente. Porque así como en Adán todos mueren, así en Cristo todos serán vivificados (I Cor. XV, 22). Llevando, pues, pecados ajenos, "Lo que no robé, entonces devolvía" (Sal. LXVIII, 5): es decir, sin tener pecado, moría. "He aquí", dice, "vendrá el príncipe de este mundo, y en mí no hallará nada". ¿Qué significa "no hallará nada en mí"? No hallará en mí mérito de muerte. Porque el mérito de muerte es el pecado. ¿Por qué, entonces, morirás? Sigue y dice: "Pero para que todos sepan que hago la voluntad de mi Padre, levantaos, vamos de aquí" (Juan XIV, 30, 31). Y se levanta yendo a la pasión. ¿Por qué? Porque hacía la voluntad de su Padre, no porque debiera algo al príncipe de los pecadores, en quien no había pecado alguno. Por tanto, nuestro Señor Jesucristo trajo consigo la divinidad, pero asumió de nosotros la mortalidad. La tomó en el vientre de la virgen María, uniendo a sí mismo, el Verbo de Dios, a la naturaleza humana, como esposo a esposa en el tálamo virginal, para que él, como esposo, saliera de su tálamo (Sal. XVIII, 6).

17. La mortalidad en Cristo fue verdadera, no por mérito, sino por misericordia. La resurrección de Cristo según la carne antes mortal. Si lo confiesan justo, no engañó prometiendo la resurrección. Vuelve, pues, a lo que decía. La mortalidad vino del pecado a todos los hombres: en el Señor, sin embargo, era por misericordia, y sin embargo era verdadera; porque tal carne era verdadera, y verdaderamente mortal, teniendo la semejanza de carne de pecado (Rom. VIII, 3); no la semejanza de carne, sino la semejanza de carne de

pecado: porque era verdadera carne, pero no carne de pecado. Porque no había tomado aquella mortalidad, como dije, por mérito de pecado, quien se despojó a sí mismo tomando forma de siervo, y se hizo obediente hasta la muerte. ¿Qué era, entonces, y qué tenía? Era divinidad, teniendo mortalidad. De donde murió, de allí resucitó.

CAPÍTULO XVIII.

Mirad ya a aquellos que dicen: "Solo Cristo pudo resucitar, pero tú no". Pero responde y di: "Cristo resucitó en lo que tomó de nosotros. Quita la forma de siervo, no habría en qué resucitar; porque no habría en qué morir. ¿Por qué, entonces, quieres destruir mi fe con la alabanza de mi Señor, que mi Señor edificó en mí? Porque de lo que tomó la forma de siervo, murió. Según esto, resucitó, según lo que murió. De ninguna manera, pues, desesperaré de la resurrección del siervo, cuando en la forma de siervo el Señor resucitó. O si atribuyen a la potencia del hombre que Cristo resucitó de entre los muertos; pues también suelen decir esto, que era un hombre tan justo, que incluso podía resucitar de entre los muertos: para hablar por un momento según ellos, y no hablar de la divinidad de nuestro Señor; él, tan justo, que incluso mereció resucitar de entre los muertos, de ninguna manera pudo engañarnos, cuando también nos prometió la resurrección.

CAPÍTULO XIX.

18. De donde se probó anteriormente la futura resurrección. Todo lo que se ha dicho, hermanos, vale para que estéis instruidos, si algunos dicen que los muertos no resucitan. Se ha dicho, si recordáis, cuanto Dios se dignó sugerir lo necesario, y se han dicho testimonios de la naturaleza de las cosas y de ejemplos cotidianos; y de la misma omnipotencia de Dios a quien nada es difícil, quien si pudo hacer lo que no era, mucho más puede reparar lo que era; y del mismo Señor y Salvador Jesucristo, de quien consta que resucitó, y cuya resurrección no se hizo sino en la forma de siervo, porque ni la muerte pudo hacerse, de donde era necesario resucitar, sino por la forma de siervo. Por lo cual, siendo siervos, debemos esperar en nuestra forma lo que él se dignó premonstrar en la forma de siervo. Callen, pues, las lenguas de los que dicen: "Comamos y bebamos, porque mañana morimos". Vosotros, sin embargo, responded y decid: "Ayunemos y oremos, porque mañana moriremos".

CAPÍTULO XX.

19. Se nos advierte esperar el juicio final con el ejemplo de Noé. Resta que digamos cómo será en la resurrección la vida de los justos. Pero como ya veis que hoy se ha tomado un tiempo moderado, medita lo que hemos devuelto: pero lo que debemos, orad para que alguna vez lo devolvamos. Tened especialmente presente por qué hemos hablado, especialmente por estos días festivos, mis hermanos, que los paganos celebran. Atended a vosotros mismos: este mundo pasa, recordad el Evangelio donde el Señor predice que el último día será como en los días de Noé. Comían y bebían, compraban y vendían, se casaban y se daban en matrimonio, hasta que Noé entró en el arca; vino el diluvio y destruyó a todos (Luc. XVII, 27). Tenéis al Señor advirtiendo claramente, y en otro lugar diciendo: "No se carguen vuestros corazones con glotonería y embriaguez" (Luc. XXI, 34). "Tened ceñidos vuestros lomos y encendidas vuestras lámparas; y sed semejantes a los siervos que esperan a su señor cuando regrese de las bodas" (Luc. XII, 35, 36). Esperemos su venida, no nos encuentre adormecidos. Es vergonzoso para una mujer casada no desear a su esposo: ¡cuánto más vergonzoso es para la Iglesia no desear a Cristo! Viene el esposo a los abrazos carnales, y es recibido con grandes votos por la esposa casta: vendrá el esposo de la Iglesia a entregar abrazos eternos, a hacernos coherederos eternos con él, y vivimos de tal manera que no solo

no deseamos su venida, sino que incluso la tememos. ¡Cuán cierto es que ese día vendrá como en los días de Noé! ¿Cuántos encontrará así, incluso a los que se llaman cristianos? Por eso, durante tantos años se construye el arca, para que despierten los que no creen (Gén. VI). Durante cien años se construyó, y no despertaron para decir: "No sin razón el hombre de Dios construye un arca, a menos que se avecine la destrucción para la humanidad"; y aplacar la ira de Dios, convirtiéndose a las costumbres que agradan a Dios, como hicieron los ninivitas.

CAPÍTULO XXI.

Porque hicieron fruto de penitencia y aplacaron la ira de Dios.

20. Nínive destruida según la profecía, pero por penitencia. Jonás anunció, no misericordia, sino ira futura: no dijo: "En tres días, Nínive será destruida; pero si hacéis penitencia en estos tres días, Dios os perdonará": no dijo esto. Solo amenazó con destrucción y la anunció: y sin embargo, ellos, no desesperando de la misericordia de Dios, se convirtieron a la penitencia; y Dios perdonó (Jonás III). Pero, ¿qué diremos? ¿Que el profeta mintió? Si lo entiendes carnalmente, parece que dijo algo falso: si lo entiendes espiritualmente, se hizo lo que dijo el profeta. Porque Nínive fue destruida. Observa qué era Nínive, y verás que fue destruida. ¿Qué era Nínive? Comían y bebían, compraban, vendían, plantaban, edificaban, se dedicaban a perjuros, mentiras, embriagueces, crímenes, corrupciones: eso era Nínive. Observa ahora Nínive: lloran, se duelen, se entristecen, en cilicio y ceniza, en ayunos y oraciones. ¿Dónde está aquella Nínive? Sin duda fue destruida, porque no está constituida en aquellas acciones anteriores.

CAPÍTULO XXII.

21. Más dignos de reprensión son los que ahora no se convierten con Cristo edificando la Iglesia, que los que en otro tiempo no se convirtieron con Noé edificando el arca. Por tanto, hermanos, también ahora se edifica el arca, y aquellos cien años son estos tiempos: todo este tramo de tiempo fue significado por aquel número de años. Si, pues, merecidamente perecieron los que, con Noé edificando el arca, fueron indiferentes; ¿qué merecen los que, con Cristo edificando la Iglesia, son indiferentes a la salvación? Tanto hay de diferencia entre Noé y Cristo, como entre siervo y Señor; más bien, como entre Dios y hombre. Porque siervo y señor pueden ser también dos hombres. Y sin embargo, porque no creyeron los hombres cuando un hombre edificaba el arca, se dio de ellos un ejemplo para que los posteriores se cuidaran. Cristo Dios, por nosotros hombre, edifica la Iglesia; él mismo puso el fundamento de aquella arca: cada día maderas incorruptibles, hombres fieles renunciando a este siglo, entran en la estructura del arca; y aún se dice: "Comamos y bebamos, porque mañana morimos". Vosotros, pues, como dije, hermanos, contra ellos decid: "Ayunemos y oremos, porque mañana moriremos". Porque ellos dicen: "Comamos y bebamos, porque mañana morimos", los que no esperan la resurrección: pero nosotros, que ya creemos y anunciamos la resurrección, tanto por los profetas que hablan, como por Cristo y los apóstoles que predicán, que esperamos vivir después de esta muerte, no desfallezcamos, ni carguemos nuestros corazones con glotonería y embriagueces; sino, esperando con solicitud, ceñidos los lomos y con lámparas encendidas, la venida de nuestro Señor, ayunemos y oremos, no porque mañana moriremos, sino para que muramos seguros. Lo que resta, pues, hermanos, en el nombre del Señor, exigidlo de nosotros en otro tiempo. Convertidos al Señor, etc.

SERMON CCCLXII. De la Resurrección de los muertos, II.

CAPÍTULO PRIMERO.

1. Debemos hablar de cómo será la resurrección de los justos. Reteniendo en la memoria nuestra promesa, hemos hecho recitar lecturas adecuadas del Evangelio y del Apóstol. Porque cualquiera de vosotros que estuvo presente en el sermón anterior, recuerda con nosotros que la cuestión propuesta sobre la resurrección fue distribuida por nosotros en una doble discusión: para que primero discutiéramos, por aquellos que dudan, o incluso que niegan, si habrá resurrección de los muertos; y después, en la medida de lo posible, según las Escrituras, indagáramos cómo será en la resurrección la vida de los justos. En la primera parte, pues, donde tratamos que los muertos resuciten, nos detuvimos tanto tiempo, como os dignáis recordar, que el tiempo para tratar la segunda cuestión se agotó, y así nos vimos obligados a diferirla para este día. Este, pues, es el tiempo que vuestra atención nos exige, y nosotros reconocemos el tiempo de devolverlo.

CAPÍTULO II.

Por tanto, con igual intención piadosa del corazón, roguemos al Señor, para que nosotros oportunamente paguemos la deuda, y vosotros la recibáis saludablemente. Porque esta, lo confesamos, es una cuestión mayor: pero a todas las cuestiones difíciles es más fuerte la caridad, a la que todos debemos servir, para que Dios, quien lo mandó, convierta todas nuestras dificultades en facilidad y gozo.

2. Se trata el mismo argumento. Recordáis que fue respondido por nosotros aquel día a algunos que decían, como los arguye el Apóstol: "Comamos y bebamos, porque mañana morimos": añadiendo y diciendo: "Las malas conversaciones corrompen las buenas costumbres"; y así concluyendo: "Sed sobrios, justos, y no pequéis: porque algunos tienen ignorancia de Dios; para vergüenza vuestra lo digo" (I Cor. XV, 32-34). Todos hemos oído estas palabras apostólicas, y las hemos guardado en el corazón: y quien las haya oído y guardado en el corazón, que sus obras lo indiquen. Porque quien oye, es como un campo que recibe la semilla del sembrador: pero quien la guarda en el corazón, es semejante a quien rompe el terrón y cubre lo sembrado: pero quien obra según lo que oyó y guardó en el corazón, es quien se levanta en la cosecha y da fruto con paciencia, unos al treinta, otros al sesenta, otros al ciento (Mat. XIII, 23, y Luc. VIII, 15). A este no se le preparan llamas como a la paja, sino graneros como al trigo.

CAPÍTULO III.

En esos graneros ocultos, en la resurrección de los muertos, está aquella bienaventuranza perpetua, también secreta de los justos, a donde la Escritura los encomienda para ser recibidos.

3. El nombre de los vasos significa las moradas secretas de los bienaventurados. El rostro oculto de Dios. También se menciona el nombre de los vasos en otro lugar, cuando el Señor Jesucristo dice que el reino de los cielos es semejante a una red, es decir, a redes; pues algunas redes se llaman sagena. Así pues, dice, el reino de los cielos es semejante a una red echada al mar, que recoge de toda clase: y cuando está llena, la sacan a la orilla, se sientan y recogen los buenos en cestos, pero los malos los echan fuera (Mat. XIII, 47 y 48). Nuestro Señor quiso significar que ahora se envía la palabra de Dios sobre los pueblos y las naciones, como se echa la red al mar. Ahora recoge con los sacramentos cristianos tanto a buenos como a malos: pero no todos los que la red recoge son guardados en los vasos. Los vasos son las moradas de los santos y los grandes secretos de la vida bienaventurada, a los cuales no

podrán llegar todos los que se llaman cristianos, sino aquellos que lo son de verdad. Sin embargo, los peces buenos y malos nadan dentro de la red, y los buenos toleran a los malos hasta que al final se separen. También se ha dicho en algún lugar: Los esconderás en el secreto de tu rostro (Sal. XXX, 21): pues hablaba de los santos. Los esconderás, dice, en el secreto de tu rostro: es decir, donde no pueden seguirlos los ojos de los hombres, ni los pensamientos de los mortales; significando ciertos secretos muy ocultos, dijo, en el secreto del rostro de Dios. ¿Acaso debemos pensar carnalmente que Dios tiene un rostro grande, y que en su rostro hay un receptáculo corporal donde los santos serán escondidos? Veis, hermanos, cuán carnales son estas cosas, y deben ser rechazadas por el corazón de todos los fieles. ¿Qué debe entenderse, pues, por el rostro oculto de Dios, sino aquello que solo es conocido por el rostro de Dios? Cuando, por tanto, se dice graneros para significar secretos, y en otro lugar se dice vasos; ni son los graneros que conocemos, ni los vasos. Pues si algo fuera de una sola manera, no se diría de otra manera. Pero porque a través de similitudes conocidas por los hombres, como pueden, se insinúan cosas desconocidas, tomad ambos nombres para entender el secreto, tanto con el nombre de granero como de vasos. Pero si preguntáis qué tipo de secreto, escuchad al Profeta diciendo: Los esconderás en el secreto de tu rostro.

CAPÍTULO IV.

4. Suspiramos por la patria con fe. Siendo así, hermanos, todavía peregrinamos en esta vida, todavía suspiramos con fe por aquella patria que no sé cuál es. ¿Y por qué no sé cuál, de la que somos ciudadanos, sino porque al peregrinar en tierras lejanas la hemos olvidado, de modo que podemos decir que no sé cuál es nuestra patria? Esta olvido lo expulsa del corazón el Señor Cristo, rey de esa patria, viniendo a los peregrinos; y con la asunción de la carne, su divinidad se convierte en nuestro camino, para que a través del hombre Cristo avancemos, y en Dios Cristo permanezcamos. ¿Qué, pues, hermanos? ¿Cómo os explicaremos con palabras aquel secreto que ni ojo vio, ni oído oyó, ni subió al corazón del hombre (I Cor. II, 9), o con qué ojo lo veremos? Podemos a veces conocer algo que, sin embargo, no podemos expresar: pero lo que no conocemos, a veces no podemos expresarlo. Por tanto, si pudiera suceder que si yo conociera esas cosas, no podría expresarlas a vosotros; cuánto más difícil será mi expresión, cuando yo también, hermanos, camino con vosotros por la fe, aún no por la visión. Pero, ¿esto lo digo yo, o también el mismo Apóstol? Pues consuela nuestra ignorancia y edifica la fe, diciendo: Hermanos, yo no me considero haberlo alcanzado. Pero una cosa hago: olvidando lo que queda atrás, y extendiéndome a lo que está delante, sigo hacia la meta del supremo llamamiento (Filip. III, 13 y 14): donde se muestra que está en el camino. Y en otro lugar: Mientras estamos, dice, en el cuerpo, peregrinamos lejos del Señor: porque por fe andamos, no por vista (II Cor. V, 6 y 7). Y de nuevo: Porque en esperanza fuimos salvos. Pero la esperanza que se ve, no es esperanza: porque lo que uno ve, ¿cómo lo espera? Pero si esperamos lo que no vemos, con paciencia lo aguardamos (Rom. VIII, 24 y 25).

CAPÍTULO V.

5. La Iglesia enseña lo que cree, no lo que sabe. Así pues, hermanos, escuchad de mí una voz que está en los Salmos, piadosa, humilde, mansa, no altiva, no turbulenta, no precipitada, no temeraria. Pues dice en algún lugar el Salmo: Creí, por lo cual hablé. Y el Apóstol interpuso este testimonio, y añadió: Y nosotros creemos, por lo cual también hablamos (Sal. CXV, 10, y II Cor. IV, 13). ¿Queréis, pues, que os diga lo que sé? No os engaño, escuchad lo que creí. No os parezca vil, porque escucháis lo que creí: escucháis una confesión veraz. Pero si dijera, Escuchad lo que sé; escucharíais una presunción temeraria. Si, pues, hermanos, todos nosotros, y, como creemos por las Escrituras sagradas, todos también los que vivieron antes

de nosotros en la carne, y por quienes el Espíritu de Dios hablando distribuyó a los hombres tanto como era suficiente para significar a los peregrinos, todos hablamos lo que creemos: pero el mismo Señor, lo que sabía. ¿Qué, pues, si solo el Señor podía conocer lo que decía sobre la vida futura eterna; y los demás, siguiendo al Señor, lo hacían porque creían? Encontramos a nuestro mismo Señor Jesucristo, sabiendo lo que hablaba, pero no diciendo. Pues dice en algún lugar a sus discípulos: Aún tengo muchas cosas que deciros; pero ahora no las podéis llevar (Juan XVI, 12). Él, por la debilidad de ellos, no por su dificultad, difería decir lo que sabía. Nosotros, por la debilidad común de todos nosotros, no intentamos expresar dignamente lo que sabemos, sino que explicamos, como podemos, lo que creemos dignamente; y vosotros captadlo como podáis. Y si alguno de vosotros puede captar más de lo que yo puedo decir; no atienda al pequeño arroyo, sino corra a la fuente abundante: porque en él está la fuente de la vida, en cuya luz veremos la luz (Sal. XXXV, 10).

CAPÍTULO VI.

6. Al cristiano no le es lícito dudar de la resurrección. Porque, pues, hay resurrección, hemos discutido, así creemos, así debemos creer, así hablamos, porque así hemos creído, si somos cristianos, mirando el poder del brazo del Señor que derriba por doquier la soberbia de las naciones, y edifica esta fe tan ampliamente por todo el mundo, como se prometió mucho antes de que sucediera: mirando estas cosas, somos edificados para creer en lo que aún no vemos, para que recibamos la visión misma como recompensa de la fe. Por tanto, siendo manifiesta a nuestra fe la futura resurrección de los muertos, y tan manifiesta, que cualquiera que dude de esto, se llamaría cristiano con la mayor impudencia; se pregunta qué tipo de cuerpos tendrán los santos, y cuál será su vida futura. Pues a muchos les ha parecido que la resurrección se realiza, pero solo a través de las almas.

CAPÍTULO VII.

7. Cuestión de cómo serán los cuerpos futuros. Regla de fe, símbolo. Semejanza adecuada. Porque en verdad resucitan también los cuerpos, no es necesario disertar mucho después del sermón pasado. Pero se plantea una cuestión de este tipo: Si habrá cuerpos, ¿cómo serán? ¿Serán como son ahora, o de otro modo? Si de otro modo, ¿cuál será ese modo? Si son como ahora, ¿entonces para las mismas obras? Porque el Señor no prescribe para las mismas, porque el Apóstol no enseña para tales. Pues no para la misma vida, no para las mismas obras mortales y corruptibles y percederas y transitorias, no para los goces carnales, no para las consolaciones carnales. Si, pues, no para las mismas, tampoco tales. Si no tales, ¿cómo, pues, resucitará la carne? Pero tenemos la resurrección de la carne en la regla de fe, y confesándola somos bautizados. Y todo lo que allí confesamos, lo confesamos en verdad y en la verdad, en la cual vivimos y nos movemos y somos. Pues por hechos temporales y transitorios y algunos hechos que pasan, somos instruidos para la vida eterna. Todo lo que se ha hecho, para que escucháramos algo saludable, para que se hicieran milagros, para que naciera nuestro Señor, tuviera hambre y sed, fuera apresado, ultrajado, azotado, crucificado, muerto, sepultado, resucitado, ascendido al cielo, todo ha pasado; y cuando se predicán, se predicán ciertas acciones temporales y transitorias de nuestra fe. ¿Acaso porque ellas pasan, lo que se edifica a través de ellas pasa de igual manera? Preste atención vuestra Santidad, para que veáis esto por semejanza. Un arquitecto edifica a través de máquinas transitorias una casa que permanecerá. Pues en este edificio tan grande y amplio que vemos, cuando se estaba construyendo, hubo máquinas, que ahora no están aquí; porque lo que se edificaba a través de ellas, ya está completo y en pie. Así pues, hermanos, se edificaba algo en la fe cristiana, y ciertas maquinaciones temporales han sido completadas. Pues nuestro Señor Jesucristo, que resucitó, ha pasado; pues ya no resucita: y que ascendió al cielo, ha pasado; pues ya no

asciende. Pero lo que está en aquella vida, donde ya no muere, y la muerte ya no tendrá dominio sobre él (Rom. VI, 9); lo que vive eternamente incluso en esa misma naturaleza humana, que se dignó asumir, y en la cual nacer, y en la cual morir y ser sepultado, esto ha sido edificado, esto permanece siempre. Pero las máquinas a través de las cuales se edificó, han pasado. Pues no siempre se concibe en el vientre virginal, ni siempre nace de María virgen Cristo, ni siempre es apresado, ni siempre es juzgado, azotado, crucificado, sepultado. Todas estas cosas se consideran máquinas, para que a través de estas máquinas se edificara aquello que permanece eternamente. Pero esta resurrección de nuestro Señor Jesucristo está puesta en el cielo.

CAPÍTULO VIII.

8. El edificio de la Jerusalén celestial tiene su fundamento arriba. Cristo es tanto nuestro fundamento como nuestra cabeza. Preste atención vuestra Caridad al edificio maravilloso. Pues estos edificios terrenales, por su peso, presionan la tierra, y todo el impulso de los pesos en esta estructura de magnitud se inclina hacia la tierra, y si no se contiene, tiende hacia lo inferior, adonde el peso lo lleva. Porque, pues, se edifica en la tierra, se coloca el fundamento en la tierra; para que sobre el fundamento edifique con seguridad quien construye. Por tanto, coloca en lo más bajo masas muy firmes, para que puedan soportar adecuadamente lo que se coloca encima, y según la magnitud del edificio se prepara la magnitud del fundamento: sin embargo, en la tierra, como dije, porque también lo que se edifica encima, ciertamente se coloca en la tierra. Aquella Jerusalén nuestra peregrina se edifica en el cielo. Por eso precedió el fundamento Cristo al cielo. Pues allí está nuestro fundamento y la cabeza de la Iglesia: pues se le llama tanto fundamento como cabeza, y realmente así es. Porque también la cabeza del edificio es el fundamento: pues no es la cabeza lo que termina, sino de donde comienza hacia arriba. Las cumbres de los edificios terrenales se elevan, pero colocan la cabeza en la solidez de la tierra. Así también la cabeza de la Iglesia precedió al cielo, y se sienta a la derecha del Padre. Como operan los hombres, para que al establecer el fundamento atraigan algo que estabilicen en lo más bajo, por la seguridad de la mole que vendrá en las construcciones de la futura fábrica: así a través de todo lo que sucedió en Cristo, nacer, crecer, ser apresado, sufrir ultraje, ser azotado, crucificado, muerto, sepultado, como si se atrajera una mole al fundamento celestial.

9. Debemos edificarnos en Cristo. Cristo es el fundamento, si ocupa el primer lugar en el corazón. Cuán temible es el fuego del infierno. Puesto, pues, nuestro fundamento en lo más alto, edificuémonos en él. Escucha al Apóstol: Nadie puede poner otro fundamento que el que está puesto, el cual es Jesucristo.

CAPÍTULO IX.

Pero, ¿qué sigue? Pero cada uno mire cómo sobreedifica sobre el fundamento, oro, plata, piedras preciosas, madera, heno, hojarasca. En el cielo ciertamente está Cristo, pero también en el corazón de los creyentes. Si Cristo ocupa el primer lugar, el fundamento está bien puesto. Por tanto, quien edifica, edifique con seguridad, si edifica oro, plata, piedras preciosas, según la dignidad del fundamento. Pero si no edifica según la dignidad del fundamento, madera, heno, hojarasca; al menos mantenga el fundamento, y prepárese para el fuego por aquellas cosas que ha construido secas y frágiles. Pero si es el fundamento, es decir, si Cristo ocupa el primer lugar en el corazón, pero las cosas mundanas se aman de tal manera que no se anteponen a Cristo, sino que el Señor Cristo está sobre ellas, para que esté en el edificio del corazón ocupando el fundamento, es decir, el primer lugar: sufrirá pérdida, dice; pero él mismo será salvo, aunque así como por fuego (I Cor. III, 10-15). No es ahora el

momento de exhortaros a que edificuéis más bien oro, plata, piedras preciosas, que madera, heno, hojarasca, sobre tan grande y fuerte fundamento: pero sin embargo, lo dicho brevemente, recibidlo como si se hubiera dicho largamente y con muchas palabras. Pues sabemos, hermanos, que cualquiera de vosotros, por aquellas cosas que ahora ama, si fuera enviado a prisión por las amenazas de algún juez, para que solo sufriera humo, preferiría perder todas esas cosas, que sufrir ese lugar. Pero de alguna manera, cuando se menciona el fuego que habrá en el día del juicio, todos lo desprecian, y temiendo las llamas del hogar, consideran como nada la llama del infierno. ¿Qué es esta dureza? ¿Qué tan gran perversidad del corazón? Si al menos los hombres temieran lo que dice el Apóstol, por fuego, como teme cualquiera no arder vivo, lo cual le sucede en un momento, hasta que el sentido abandona los miembros y hace superfluas todas esas llamas; sin embargo, temería, y no haría algo que se prohíbe justamente, para no llegar a ese tormento de un solo momento.

CAPÍTULO X.

10. Debemos esperar una resurrección tal como la que precedió en Cristo. Los ángeles comieron verdaderamente con Abraham. Pero, como dije, hermanos, ahora no hay espacio para disertar sobre este asunto: digo que debemos esperar en la resurrección de los muertos lo que se expresó en nuestra cabeza, lo que se expresó en el cuerpo de nuestro Señor Jesucristo. Quien espere otra cosa, ya no edifica sobre el fundamento, no solo oro, plata y piedras preciosas, sino ni siquiera la misma hojarasca. Pues lo pone todo fuera, porque no lo pone en Cristo. Resucitó, pues, nuestro Señor en el cuerpo en el que fue sepultado. Se promete la resurrección a los cristianos. Esperemos una resurrección tal como la que precedió en nuestro Señor, la fe de todos nosotros. Pues para esto precedió, para que nuestra fe se edificara sobre él. ¿Qué, pues? ¿Cómo no tales, como somos ahora? Pues la carne de nuestro Señor Jesucristo resucitó, pero ascendió al cielo. En la tierra guardó los oficios humanos, para persuadir que resucitó lo que fue sepultado. Pero, ¿acaso también en el cielo hay tal alimento? Pues también leemos que los ángeles ejecutaron oficios humanos en la tierra. Vinieron a Abraham, y comieron; y con Tobías fue un ángel, y comió. ¿Qué decimos, que fue una fantasía esa comida, y no fue verdadera? ¿No es manifiesto que Abraham mató un becerro, hizo panes, y los puso en la mesa; sirvió a los ángeles, y comieron (Gen. XVIII, 1-9)? Todas estas cosas se hicieron manifiestamente y se expresaron manifiestamente.

CAPÍTULO XI.

11. El hombre come por necesidad, el ángel por potestad. ¿Qué dice entonces el ángel en el libro de Tobías? Me visteis comer, pero lo que veíais era una visión vuestra (Tob. XII, 19). ¿Acaso no comía, sino que parecía comer? En verdad, comía. ¿Qué significa entonces "lo que veíais era una visión vuestra"? Que vuestra Santidad preste atención a lo que digo: preste más atención a la oración que a mí; para que entendáis lo que decimos, y nosotros podamos decirlo de la manera que debéis escuchar y entender lo que oís. Nuestro cuerpo, mientras es corruptible y mortal, sufre la necesidad de ser alimentado, de ahí que exista el hambre: por eso tenemos hambre y sed; y si posponemos nuestra hambre y sed más tiempo del que el cuerpo puede soportar, se lleva a una delgadez enfermiza, y a una cierta debilidad mórbida, con las fuerzas disminuyendo y no sucediéndose: y si se prolonga más, incluso la muerte seguirá. Pues siempre algo de nuestro cuerpo se va como en un río de disolución, pero no sentimos las fuerzas que se van, porque a través de la alimentación asumimos las que llegan. Lo que llega en abundancia, se va poco a poco: por eso nos alimentamos en poco tiempo, pero en un tiempo más prolongado nos abandonan las fuerzas que recibimos al alimentarnos. Como el aceite en la lámpara, que se pone en poco tiempo, se consume más lentamente. Pero

cuando está casi consumido, ya la debilidad de esa pequeña llama, como el hambre de la lámpara, nos advierte, y de inmediato acudimos, para que se restaure esa apariencia, y permanezca la luz en la lámpara, alimentada con su comida cuando añadimos aceite. Así nuestras fuerzas, que recibimos al comer, se van y nos abandonan en una continua disolución, pero poco a poco. Pues esto mismo ocurre ahora en nosotros, y en todas nuestras acciones, incluso en todo nuestro descanso no cesa de irse lo que se ha recibido: y si se consume por completo, así el hombre muere como se apaga la lámpara. Pero para que no muera, es decir, para que no se apague, no porque muera en el alma, sino para que esta vida corporal nuestra no se apague, y una cierta vigilancia suceda en este cuerpo, corremos y reponemos lo que se ha ido, y decimos que nos alimentamos. Quien dice que se alimenta, ¿qué alimenta, si nada falta? Por esta necesidad y corrupción también todos morimos, porque tal es este cuerpo, que la muerte le está reservada como deuda. Esta mortalidad la significan las pieles con las que fueron vestidos Adán y Eva, y expulsados del paraíso (Gén. III, 21-24). Las pieles indican la muerte, que suelen ser arrancadas de los animales muertos. Así que mientras llevamos esta debilidad defectuosa, aunque nunca falte el alimento, sino que repare continuamente las fuerzas, no obstante no logra que la muerte no sea futura (pues todo ese estado del cuerpo a través de las edades sucesivas, aunque se viva aquí más tiempo, llegará alguna vez al término de la vejez, y más allá no encontrará sino la muerte. Pues incluso la lámpara misma, aunque siempre le pongas aceite, no puede arder siempre; porque, aunque no se apague por otras causas, la mecha misma se consume, y por una especie de vejez se extingue): mientras llevamos cuerpos tales, por defecto necesitamos, por necesidad tenemos hambre, por hambre comemos. El ángel, sin embargo, no come por necesidad. Es diferente hacer algo por potestad que por necesidad. El hombre come para no morir: el ángel come para congraciarse con los mortales. Pues si el ángel no teme la muerte, no se alimenta por defecto: si no se alimenta por defecto, no come por necesidad. Pero quienes veían al ángel comer, pensaban que tenía hambre. Esto es lo que dice, "lo que veíais era una visión vuestra". No dijo, "Me veíais comer, pero no comí": dijo, "Me veíais comer, pero lo que veíais era una visión vuestra"; es decir, yo comía para congraciarme con vosotros, no porque sufriera hambre o necesidad alguna, que os obliga a comer, y por eso quienes veis comer, suponéis que lo hacen por necesidad, porque medís lo que veis por vuestra costumbre: esto es, "lo que veíais era una visión vuestra".

CAPÍTULO XII.

12. La potestad de comer después de la resurrección será como en Cristo, no por necesidad. ¿Qué, entonces, hermanos míos? Sabemos, como dice el Apóstol, que Cristo resucitado de entre los muertos ya no muere, y la muerte ya no tiene dominio sobre él. Porque en cuanto murió, al pecado murió una vez; pero en cuanto vive, vive para Dios (Rom. VI, 9 y 10). Si, pues, él ya no muere, y la muerte ya no tiene dominio sobre él; así esperemos resucitar, para estar siempre en ese estado al que seremos transformados al resucitar. Sin embargo, aunque habrá potestad de comer y beber, no habrá necesidad. Pero entonces el Señor lo hizo porque aún había en la carne quienes quería congraciarse, a quienes también quiso mostrar las cicatrices. Pues quien hizo los ojos del ciego, que no los había recibido en el vientre materno, podía resucitar sin cicatrices. Si quisiera cambiar la necesidad mortal de su carne antes de la muerte, de modo que no tuviera ninguna carencia de necesidad, ciertamente podría: pues tenía en su mano, porque era Dios en la carne, y el Hijo omnipotente, como el Padre omnipotente. Pues incluso cambió su carne antes de la muerte en lo que quiso. En el monte, cuando estaba con los discípulos, su rostro resplandeció como el sol (Mat. XVII, 2). Esto lo hizo por potestad, queriendo mostrar que también podía cambiar su carne de toda necesidad, para que no muriera si no quisiera. "Tengo potestad para poner mi vida, y potestad para

volver a tomarla. Nadie me la quita" (Juan X, 18). Esta es una gran potestad, por la cual podría no morir: pero mayor es la misericordia, por la cual quiso morir. Pues lo hizo por misericordia, lo que podría no hacer por potestad, para establecer para nosotros el fundamento de la resurrección: para que lo que llevaba mortal por nosotros, muriera, porque vamos a morir; y resucitara a la inmortalidad, para que esperemos la inmortalidad. Por eso antes de la muerte no solo está escrito que comió y bebió, sino también que tuvo hambre y sed (Mat. IV, 22, y Juan XIX, 28): después de la resurrección solo que comió y bebió, pero no que tuvo hambre y sed; porque en un cuerpo que ya no muere no había esa necesidad de corrupción, para que hubiera necesidad de alimentación, sino que había potestad de comer. Se hizo por causa de congraciarse, no para suplir la carencia de la carne, sino para persuadir la verdad del cuerpo.

CAPÍTULO XIII.

13. Cuestión de cómo la carne y la sangre no poseerán el reino de Dios. Contra esta tan evidente verdad, algunos nos plantean una cuestión desde el Apóstol: contra esta disputa, mira lo que objetan. No, dicen, resucitará la carne: pues si resucita, poseerá el reino de Dios; pero el Apóstol dice claramente, "La carne y la sangre no poseerán el reino de Dios". Lo habéis oído cuando se leía el Apóstol. Decimos que la carne resucitará, y el Apóstol clama, "La carne y la sangre no poseerán el reino de Dios". ¿Entonces predicamos contra el Apóstol, o él predicó contra el Evangelio? El Evangelio testifica con voz divina, "El Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros" (Juan I, 14). Si se hizo carne, se hizo verdadera carne. Pues si no es verdadera carne, tampoco es carne. Así como la verdadera carne de María, la verdadera carne de Cristo, que de allí fue asumida. Esta verdadera carne fue apresada, flagelada, golpeada, colgada; esta verdadera carne murió, esta verdadera carne fue sepultada; esta verdadera carne también resucitó de la muerte. Las cicatrices dan testimonio: los ojos de los discípulos ven, y aún fluctúa la admiración; la mano palpa, para que no dude el alma. Contra tan evidente verdad, hermanos, que de este modo pudo nuestro Señor Jesucristo persuadir a los discípulos que la predicarían por todo el mundo; contra esta evidencia parece luchar el Apóstol, diciendo: "La carne y la sangre no poseerán el reino de Dios".

14. Se resuelve la cuestión. Primera exposición del Apóstol. Podríamos resolver esta cuestión así, y resistir a los calumniadores vanos: sin embargo, también se resolverá de esta manera, como se puede responder rápidamente, y más diligentemente, consideraremos de dónde fue dicho lo que dice el Apóstol. Digo, pues, cómo podemos responder fácilmente. ¿Qué tiene el Evangelio? Que Cristo resucitó en el cuerpo en que fue sepultado: porque fue visto, porque fue tocado, porque dijo a los discípulos que pensaban que era un espíritu, "Palpad, y ved, porque un espíritu no tiene carne y huesos, como veis que yo tengo" (Luc. XXIV, 39). ¿Qué dice el Apóstol en contra? "La carne y la sangre", dice, "no poseerán el reino de Dios". Acojo ambas cosas, y no digo que son contradictorias, para no luchar yo mismo contra el aguijón. ¿Cómo, entonces, acojo ambas cosas? Rápidamente, como dije, podría responder así: el Apóstol dice, "La carne y la sangre no pueden heredar el reino de Dios". Lo dijo correctamente; pues no es de la carne poseer, sino ser poseída. Pues tu cuerpo no posee nada, sino que tu alma posee a través del cuerpo, que también posee el mismo cuerpo. Si, pues, la carne resucita de tal manera que es poseída, no que posea; que sea poseída, no que posea: ¿qué maravilla si la carne y la sangre no poseerán el reino de Dios, porque ciertamente serán poseídas? Pues la carne posee a aquellos que no son el reino de Dios, sino el reino del diablo, y por eso están sujetos a los placeres de la carne. De donde también aquel paralítico era llevado en su camilla: pero al ser sanado, el Señor le dijo, "Toma tu camilla, y vete a tu casa" (Marc. II, 11). Así, pues, sanada la parálisis, lleva su carne, y la lleva adonde quiere: no es llevado por la carne adonde no quiere, y lleva más bien el cuerpo, que es llevado por el

cuerpo. Es manifiesto que en aquella resurrección la carne no tendrá atracción de lascivia, para llevar al alma por ciertas excitaciones y halagos, adonde el alma no quiere, y a menudo es superada, diciendo: "Veo otra ley en mis miembros que lucha contra la ley de mi mente, y me lleva cautivo en la ley del pecado, que está en mis miembros". Aún es llevado en su camilla el paralítico, todavía no lleva: exclame, pues, "¡Infeliz de mí! ¿Quién me librará de este cuerpo de muerte?" Se le responde, "La gracia de Dios por Jesucristo nuestro Señor" (Rom. VII, 22-25). Cuando, pues, resucitemos, no nos llevará la carne, sino que nosotros la llevaremos: si nosotros la llevamos, nosotros la poseeremos: si nosotros la poseemos, no seremos poseídos por ella; porque liberados del diablo somos el reino de Dios: y así la carne y la sangre no poseerán el reino de Dios. Por tanto, que callen esos calumniadores, que verdaderamente son carne y sangre, y no pueden pensar sino carnalmente. Porque también de aquellos que perseveran en la misma prudencia de la carne, de donde con razón se les llama carne y sangre, se pudo decir correctamente, "La carne y la sangre no poseerán el reino de Dios".

CAPÍTULO XIV.

También de este modo se resuelve esta cuestión: porque tales hombres, que se llaman carne y sangre (de tales también dice el Apóstol, "No tenemos lucha contra carne y sangre" [Efe. VI, 12]), si no se convierten a la vida espiritual, y mortifican las obras de la carne con el espíritu, no podrán poseer el reino de Dios.

15. El sentido más verdadero del Apóstol. Sin embargo, ¿qué dice el Apóstol, dirá alguien? Pues el sentido más verdadero es el que se revela por la circunstancia de la lectura. Así que escuchemos más bien al mismo, y veamos, por todo el contexto de la Escritura que lo rodea, qué quiso decir en ese lugar. Así dice: "El primer hombre de la tierra, terrenal; el segundo hombre, del cielo. Como el terrenal, tales también los terrenales; y como el celestial, tales también los celestiales. Así como llevamos la imagen del terrenal, llevemos también la imagen del que es del cielo. Pero esto digo, hermanos, que la carne y la sangre no pueden heredar el reino de Dios; ni la corrupción hereda la incorrupción" (1 Cor. XV, 47-50). Veamos, pues, cada cosa. "El primer hombre", dice, "de la tierra, terrenal; el segundo hombre, del cielo. Como el terrenal, tales también los terrenales", es decir, todos los que van a morir: "y como el celestial, tales también los celestiales", es decir, todos los que van a resucitar. Pues ya el hombre celestial ha resucitado, y ha ascendido al cielo: a quien por la fe ahora nos incorporamos, para que él sea nuestra cabeza; los miembros, sin embargo, seguirán a su cabeza en su debido orden, y lo que se ha mostrado de antemano en la cabeza, se mostrará a su debido tiempo en los miembros: pero ahora llevemos esto por la fe, para que a su debido tiempo lleguemos a la misma realidad y apariencia. Pues así dice en otro lugar: "Si, pues, habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba, donde Cristo está sentado a la diestra de Dios; poned la mira en las cosas de arriba, no en las de la tierra" (Col. III, 1 y 2). Así como, pues, en nosotros mismos aún no hemos resucitado, como Cristo en el cuerpo, sin embargo, por la fe se dice que hemos resucitado con Cristo: así la imagen del hombre celestial, es decir, el que ya está en los cielos, nos manda llevarla por la fe por ahora.

16. Cristo cómo es hombre del cielo celestial. Si alguien, sin embargo, pregunta por qué no dijo que el segundo hombre estaba en el cielo, sino del cielo, cuando el mismo Señor tomó cuerpo de la tierra, pues ciertamente María fue engendrada de Adán y Eva; entienda que el hombre terrenal se dice según la concupiscencia terrenal: y puesto que ese afecto es terrenal, por el cual nacen los hombres por el concubito del hombre y la mujer, arrastrando también de los padres el pecado original; el cuerpo del Señor no fue creado por ningún afecto tal del vientre virginal, aunque Cristo asumió carne de la tierra, lo que se entiende que el Espíritu

Santo significa, diciendo, "La verdad brotó de la tierra" (Sal. LXXXIV, 12); sin embargo, no se dice hombre terrenal, sino celestial, y del cielo. Pues si esto lo concedió a sus fieles por gracia, para que el Apóstol diga correctamente, "Nuestra conversación está en los cielos" (Filip. III, 20): cuánto más él, hombre celestial, y del cielo debe ser llamado, en quien nunca hubo pecado alguno. Pues por el pecado se dijo al hombre, "Eres tierra, y a la tierra volverás" (Gén. III, 19). Por tanto, del cielo se dice con toda razón el hombre celestial, cuya conversación nunca se apartó del cielo: aunque el Hijo de Dios, hecho también hijo del hombre, asumió cuerpo de la tierra, es decir, la forma de siervo. Pues no ascendió, sino el que descendió. Porque aunque los demás, a quienes quiera que les haya concedido, ascienden, o más bien son levantados por su gracia al cielo, aun así él ascendió, porque se convierten en su cuerpo; y según esto uno ascendió: porque el Apóstol expone el gran sacramento en Cristo y la Iglesia, donde está escrito, "Y serán dos en una sola carne" (Efe. V, 31). De donde también se dice, "Por tanto, ya no son dos, sino una sola carne" (Mat. XIX, 6). Por lo cual "nadie subió al cielo, sino el que descendió del cielo, el Hijo del hombre, que está en el cielo" (Juan III, 13). Por esto añadió, "que está en el cielo", para que nadie pensara que su conversación se había apartado del cielo, cuando a través del cuerpo terrenal aparecía a los hombres en la tierra. Por tanto, "así como llevamos la imagen del terrenal, llevemos también la imagen del que es del cielo", por ahora por la fe, por la cual también hemos resucitado con él: para que tengamos el corazón en lo alto, donde Cristo está sentado a la diestra de Dios; y por eso busquemos y pensemos en las cosas de arriba, no en las de la tierra.

CAPÍTULO XV.

17. Esto nos será concedido en la resurrección, lo que en Cristo precedió. Carne y sangre por corrupción. Pero porque trataba de la resurrección del cuerpo; pues así lo había propuesto: "Pero dirá alguno, ¿Cómo resucitan los muertos?" (1 Cor. XV, 35). ¿Con qué cuerpo vendrán? y por eso había dicho, "El primer hombre de la tierra, terrenal; el segundo hombre, del cielo. Como el terrenal, tales también los terrenales; y como el celestial, tales también los celestiales": para que esperemos esto en nuestro cuerpo, lo que en el cuerpo de Cristo precedió; y aunque aún no lo hemos percibido en realidad, por ahora lo tengamos por la fe. Por eso había añadido, "Así como llevamos la imagen del terrenal, llevemos también la imagen del que es del cielo". Para que no creamos que resucitaremos a tales cosas, como las que corruptiblemente hacíamos según el primer hombre, añadió de inmediato: "Pero esto digo, hermanos, que la carne y la sangre no pueden heredar el reino de Dios". Y queriendo mostrar qué quiso decir con carne y sangre, porque no significa la misma especie del cuerpo, sino la corrupción con el nombre de carne y sangre, que no será entonces. Pues el cuerpo sin corrupción, no se llama propiamente carne y sangre, sino cuerpo. Pues si es carne, es corruptible y mortal: pero si ya no muere, ya no es corruptible; y por eso, permaneciendo la especie sin corrupción, ya no se llama carne, sino cuerpo: y si se llama carne, ya no se llama propiamente, sino por cierta similitud de especie. Así como podemos tal vez por la misma similitud, llamar carne también al cuerpo que ya no se corrompe, cuando como hombres aparecieron a los hombres; cuando era cuerpo, no carne: porque no había en él necesidad de corrupción. Porque, pues, podemos según la similitud llamar carne también al cuerpo que ya no se corrompe, el Apóstol, cuidadoso, quiso explicar qué quiso decir con carne y sangre; porque lo dijo según la corrupción, no según la especie: y añadió de inmediato, "Ni la corrupción hereda la incorrupción": como si dijera, Lo que dije, "La carne y la sangre no poseerán el reino de Dios"; lo dije porque "la corrupción no hereda la incorrupción".

18. ¿Cómo será nuestro cuerpo en el cielo, si allí no habrá corrupción? Las obras de la carne no serán las mismas después de la resurrección. Error de los judíos y saduceos sobre la

resurrección. Resurrección a la vida de los ángeles. Y para que nadie diga: Si la incorruptibilidad no puede ser poseída por la corrupción, ¿cómo estará allí nuestro cuerpo? Escuchen lo que sigue. Como si se le dijera al Apóstol: ¿Qué es entonces lo que dices? ¿Hemos creído en vano en la resurrección de la carne? Si la carne y la sangre no heredarán el reino de Dios, hemos creído en vano que nuestro Señor resucitó de entre los muertos en el cuerpo en el que nació y fue crucificado, y en el que ascendió al cielo ante los ojos de sus discípulos, desde donde clamó a ti: Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues? (Hechos IX, 4). Esto se le presentó al santo y bienaventurado apóstol Pablo, quien con piadosa caridad daba a luz a sus hijos en Cristo, engendrados por el Evangelio (I Cor. IV, 15), a quienes aún daba a luz hasta que Cristo se formara en ellos (Gálatas IV, 19), es decir, hasta que llevaran por la fe la imagen de aquel que es del cielo. No quería que permanecieran en esa ruina, pensando que harían en el reino de Dios, en esa vida eterna, lo que hacían en esta vida, en los placeres de comer y beber, casarse, tomar esposas y engendrar hijos carnalmente: porque estas son obras de la corrupción de la carne, no de la misma especie de carne. Ya que no resucitaremos para tales cosas, el Señor lo prescribió, como ya había dicho, en la lectura evangélica que ahora se ha recitado. Los judíos creían en la resurrección de la carne, pero pensaban que sería tal que la vida en la resurrección sería como la que llevaban en este mundo; y así, pensando carnalmente, no podían responder a los saduceos que planteaban la cuestión de la resurrección, de quién sería esposa la mujer que siete hermanos tuvieron sucesivamente, cuando cada uno quería levantar descendencia para su hermano muerto de su esposa. Los saduceos eran una secta de judíos que no creían en la resurrección. Los judíos, por tanto, fluctuaban y dudaban al responder a esta cuestión planteada por los saduceos, porque pensaban que el reino de Dios podía ser poseído por la carne y la sangre, es decir, que la incorruptibilidad podía ser poseída por la corrupción. Vino la Verdad, fue interrogada por los engañados y los engañadores saduceos, y se le planteó esa cuestión al Señor. Y el Señor, que sabía lo que decía y quería que creyéramos lo que no sabíamos, respondió con la autoridad de su majestad lo que debemos creer. El Apóstol, sin embargo, expuso lo que le fue dado: lo que, en la medida de lo posible, entendamos. ¿Qué dijo entonces el Señor a los saduceos? Erráis, dijo, no conociendo las Escrituras ni el poder de Dios. En la resurrección ni se casan ni se dan en matrimonio; ni tampoco comienzan a morir, sino que serán iguales a los ángeles de Dios. Gran es el poder de Dios. ¿Por qué no se casan ni se dan en matrimonio? Porque no comenzarán a morir. Allí hay sucesor, donde hay predecesor. Por tanto, no habrá tal corrupción allí. Y aquel Señor recorrió las edades desde la infancia hasta la juventud, porque aún llevaba la sustancia de carne mortal: después de que resucitó en la edad en que fue sepultado, ¿acaso creemos que en el cielo envejece? Por tanto, serán, dijo, iguales a los ángeles de Dios. Quitó de en medio la sospecha de los judíos, refutó las calumnias de los saduceos: porque los judíos creían que los muertos resucitarían, pero pensaban carnalmente a qué obras resucitarían. Serán iguales, dijo, a los ángeles de Dios. Has oído sobre el poder de Dios, escucha también sobre las Escrituras. Sobre la resurrección, dijo, ¿no habéis leído cómo habló el Señor a Moisés desde la zarza, diciendo: Yo soy el Dios de Abraham, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob? No es Dios de muertos, sino de vivos (Mateo XXII, 23-32, y Lucas XX, 27-38).

CAPÍTULO XVI.

19. Resurrección a una vida sin corrupción. Cambio de la carne en mejor propio de los buenos. Que resucitemos, se ha dicho: y que resucitamos a la vida de los ángeles, lo hemos oído del Señor: en qué forma resucitamos, él mismo lo mostró en su resurrección. Que esa forma no tendrá corrupción, el Apóstol dice: Esto digo, hermanos, que la carne y la sangre no pueden heredar el reino de Dios; ni la corrupción heredará la incorruptibilidad: para mostrar

que con el nombre de carne y sangre quiso entender la corrupción del cuerpo mortal y animal. Luego él mismo resuelve la cuestión que los oyentes ansiosos podrían preguntarle: porque él mismo está más ansioso por el entendimiento de los hijos que los hijos por las palabras de los padres. Añade, pues, y dice: He aquí, os digo un misterio. Que tu pensamiento descanse, oh hombre, quienquiera que seas. Porque habías comenzado a pensar en las palabras del Apóstol, que la carne humana no resucitará, cuando oías, La carne y la sangre no heredarán el reino de Dios: pero presta oído a las palabras que siguen, y corrige la presunción del pensamiento. He aquí, dice, os digo un misterio: todos resucitaremos, pero no todos seremos transformados. ¿Qué es esto? La transformación es o para peor o para mejor. Si, por tanto, se ha puesto la transformación, para que aún no veamos cómo será, si en algo mejor o en algo peor: que siga, y él mismo lo exponga; ¿qué nos queda por sospechar? Y tal vez la autoridad apostólica no te permite caer en error con tus conjeturas humanas, y esto lo expone claramente, qué tipo de transformación quiere que se entienda. ¿Qué, entonces? Cuando dijo, Todos resucitaremos, pero no todos seremos transformados: veo que todos resucitarán, tanto buenos como malos; pero veamos quiénes serán transformados; y de aquí entendamos la transformación, si será para mejor o para peor. Si esta transformación es de los malos, será para peor; si es de los buenos, será para mejor. En un abrir y cerrar de ojos, dice, en la última trompeta. Porque sonará la trompeta, y los muertos resucitarán incorruptibles, y nosotros seremos transformados. Ya, entonces, esta transformación será para mejor, cuando dice, Y nosotros seremos transformados: pero aún no se ha expresado tanto como debería expresarse, hasta que nuestro cuerpo se transforme en mejor. ¿Qué es ese mejor, aún no se ha dicho. Porque incluso cuando se transforma de la infancia a la adolescencia, se puede decir que se transforma en mejor, donde, aunque menos débil, aún es débil y mortal.

CAPÍTULO XVII.

20. Rapidez de la resurrección. Qué es un átomo. Átomo en el cuerpo. Átomo en el tiempo. Un abrir y cerrar de ojos. Examinemos, pues, cada cosa con más detalle. En un átomo, dice. Parece difícil para los hombres que los muertos resuciten: pero es asombroso cómo el Apóstol ha quitado todas las dificultades inciertas de los corazones de los fieles. Dices tú, Los muertos no resucitan: yo no solo digo que el muerto resucita, sino con tanta rapidez como no fuiste concebido y nacido. ¿Cuánto tiempo se necesita para que se forme un hombre en el útero, para que se complete, para que nazca, para que se fortalezca con la sucesión de edades? ¿Acaso resucitará así? No: sino en un átomo, dice. Muchos no saben qué es un átomo. Átomo se dice de τομή, que es sección: ἄτομος en griego, lo que no se puede cortar. Pero se dice átomo en el cuerpo, se dice en el tiempo. En el cuerpo se dice, si se puede encontrar algo que se dice que no se puede dividir, un pequeño cuerpo tan diminuto que ya no tiene dónde ser cortado. Átomo en el tiempo es un breve momento, que ya no tiene dónde dividirse. Por ejemplo, para que incluso los corazones más lentos puedan captar lo que digo: hay una piedra; divídela en partes, y esas partes en pequeños guijarros, los guijarros en granos, como son las arenas, y nuevamente divide esos granos de arena en polvo finísimo, hasta que, si es posible, llegues a una pequeñez tal que ya no se pueda dividir. Este es el átomo en los cuerpos. En el tiempo se entiende así. Un año, por ejemplo, se divide en meses, los meses se dividen en días, los días aún se pueden dividir en horas, las horas aún en partes de horas algo más largas, que admiten divisiones, hasta que llegues a un punto de tiempo tan pequeño, y una especie de gota de momento, que no puede ser prolongada por ningún retraso, y por lo tanto ya no se puede dividir: este es el átomo del tiempo. Decías, pues, que los muertos no resucitan: no solo resucitan, sino que resucitan con tanta rapidez que en un átomo de tiempo será la resurrección de todos los muertos.

CAPÍTULO XVIII.

Y explicándote la rapidez del átomo, cuando dijo, en un átomo, añadió de inmediato, tanto como es posible en la acción y el movimiento en un átomo de tiempo, En un abrir y cerrar de ojos, dice. Sabía que había hablado oscuramente, en un átomo, y quiso decirlo más claramente para que se entendiera más fácilmente. ¿Qué es un abrir y cerrar de ojos? No es cuando cerramos o abrimos el ojo con los párpados: sino que llama abrir y cerrar de ojos a la emisión de rayos para ver algo. Pues tan pronto como diriges la mirada, el rayo emitido llega al cielo, donde contemplamos el sol, la luna, las estrellas y los astros, separados por una distancia tan inmensa de la tierra. La última trompeta, en verdad, dice, es la señal final. Porque sonará, dice, la trompeta, y los muertos resucitarán incorruptibles, y nosotros seremos transformados. Nos dijo, ciertamente, los fieles, y los primeros en resucitar a la vida eterna. Por tanto, esa transformación, porque es de los piadosos y santos, será para mejor, no para peor.

21. ¿Cómo será la transformación de los santos en la resurrección? Carne y sangre son propiamente nombres de corrupción y mortalidad. Pero, ¿cuál es esa transformación? ¿Qué es lo que dice, Seremos transformados? ¿Se pierde la forma que ahora es, o solo la corrupción, debido a lo que se ha dicho, La carne y la sangre no pueden heredar el reino de Dios; ni la corrupción heredará la incorruptibilidad? Para que no moviera al oyente a desesperar de la resurrección de la carne, añadió, He aquí, os digo un misterio: todos resucitaremos, pero no todos seremos transformados. Y para que no pensáramos que la transformación sería para peor: y nosotros, dice, seremos transformados. Resta, pues, que diga cuál será la transformación futura. Porque es necesario que esto corruptible, dice, se vista de incorrupción, y esto mortal se vista de inmortalidad. Si esto corruptible se vestirá de incorrupción, y esto mortal se vestirá de inmortalidad; ya no será carne corruptible. Si, por tanto, no será carne corruptible, cesará el nombre de corrupción en la carne y la sangre, cesará también el nombre propio de carne y sangre; porque son nombres de mortalidad. Y si es así, y la carne resucitará, y porque se transforma y se hace incorrupta, la carne y la sangre no heredarán el reino de Dios. Pero si alguien quiere entender esa transformación en aquellos que ese día aún encontrará vivos; para que los que ya estaban muertos resuciten, pero los que aún viven sean transformados; para que se crea que el Apóstol asumió su persona, cuando dice, Y nosotros seremos transformados: sin embargo, la misma razón seguirá, porque esa incorrupción ciertamente pertenecerá a todos, cuando esto corruptible se vista de incorrupción, y esto mortal se vista de inmortalidad. Entonces se cumplirá la palabra que está escrita, Absorbida es la muerte en victoria. ¿Dónde está, muerte, tu aguijón? ¿Dónde está, muerte, tu victoria? Pero el cuerpo que ya no es mortal, no se llama propiamente carne y sangre, que son cuerpos terrenales: sino que se llama cuerpo, que ya puede llamarse celestial. Como el mismo apóstol cuando hablaba de la diferencia de las carnes: No toda carne, dice, es la misma carne. Una es la carne de los hombres, otra la de los animales, otra la de los peces, otra la de las aves, otra la de los reptiles. Y hay cuerpos, dice, celestiales, y cuerpos terrenales (I Cor. XV, 39 y 55). De ninguna manera, sin embargo, diría carnes celestiales; aunque las carnes pueden llamarse cuerpos, pero terrenales. Toda carne es cuerpo: pero no todo cuerpo es carne: no solo porque el cuerpo celestial no se llama carne, sino también algunos mismos cuerpos terrenales, como la madera y las piedras, y si hay algo de este tipo. Así, pues, la carne y la sangre no pueden heredar el reino de Dios: porque la carne resucitada se transformará en tal cuerpo, en el que ya no habrá corrupción mortal, y por eso tampoco el nombre de carne y sangre.

CAPÍTULO XIX.

22. Error de algunos sobre la verdad de la resurrección. Pero presten atención, hermanos, les rogamos; no es un asunto de poca importancia, se trata de nuestra fe: de la cual no debemos cuidarnos tanto de los paganos, como de algunos perversos, que quieren ser llamados y parecer cristianos. Porque no faltaban incluso bajo los Apóstoles, quienes decían que la resurrección ya había ocurrido, y pervertían la fe de algunos, de quienes el Apóstol dice, Que erraron en cuanto a la verdad, diciendo que la resurrección ya había ocurrido; y pervirtieron la fe de algunos (II Tim. II, 18). No es sin razón que no dijo, Se apartaron de la verdad; sino, en cuanto a la verdad, no obstante, no sostuvieron la verdad. Por tanto, la muerte es quitada, y no existirá de alguna manera: como dice el Apóstol, Lo mortal será absorbido por la vida (II Cor. V, 4). Así se dijo también del Señor, que devoró la muerte (I Pedro III, 22). Porque no es que la muerte se retire teniendo alguna sustancia propia: sino que en el mismo cuerpo donde estaba, dejará de estar, para que veas la forma, sostengas la forma, busques la corrupción y la mortalidad, y no la encuentres. ¿Se fue, entonces, la corrupción a algún lugar? No: sino que allí fue destruida, allí fue absorbida. Por eso, cuando dijo, Es necesario que esto corruptible se vista de incorrupción, y esto mortal se vista de inmortalidad: entonces se cumplirá, dice, la palabra que está escrita, Absorbida es la muerte en victoria. ¿Dónde está, muerte, tu agujón? ¿Dónde está, muerte, tu victoria? Y no dijo, Se fue la muerte en victoria; sino, Absorbida es la muerte en victoria. ¿Cómo, entonces, erraron en cuanto a la verdad? Porque dijeron que la resurrección era verdadera, pero negaron otra.

CAPÍTULO XX.

23. Resurrección doble, en espíritu y en cuerpo. ¿Cómo resucitarán los cuerpos de los impíos? Hay una resurrección según la fe, en la que todo el que cree, resucita en espíritu. Porque aquel que resucitará bien en el cuerpo, es el que primero resucitó en el espíritu. Pues quienes no resucitaron antes en el espíritu por la fe, no resucitarán a esa transformación en el cuerpo, donde se asumirá y absorberá toda corrupción, sino a esa integridad penal. Porque los cuerpos de los impíos serán íntegros, nada de ellos aparecerá disminuido; pero la integridad del cuerpo será para el castigo, y una cierta, por así decirlo, firmeza del cuerpo, firmeza corruptible: porque donde puede haber dolor, no se puede decir que no hay corrupción; aunque esa debilidad no cederá en los dolores, para que el dolor mismo no muera. Pues esa corrupción se cree no incongruentemente significada por el nombre de gusano proféticamente, y el mismo dolor por el nombre de fuego. Pero porque habrá tal firmeza, que no cederá a los dolores en la muerte, ni se transformará a la incorruptibilidad, en la que no hay dolor; por eso está escrito así, Su gusano no morirá, y su fuego no se apagará (Isaías LXVI, 24; Marcos IX, 43, 45). La transformación, sin embargo, que no tendrá corrupción, será de los santos. Será, pues, de aquellos que ahora tienen la resurrección del espíritu por la fe: de la cual resurrección dice el Apóstol, Si habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba, donde Cristo está sentado a la diestra de Dios: saboread las cosas de arriba, no las de la tierra. Porque habéis muerto, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios. Así como morimos según el espíritu, y resucitamos según el espíritu: así después moriremos según la carne, y resucitaremos según la carne. Según el espíritu, la muerte es no creer las cosas vanas que creía, no hacer las cosas malas que hacía. Según el espíritu, la resurrección es creer las cosas saludables que no creía, y hacer las cosas buenas que no hacía. Quien pensaba que los ídolos terrenales y las figuras eran dioses, conoció al único Dios, creyó en él, murió en la idolatría, resucitó en la fe cristiana. Era borracho, ahora es sobrio; murió de la embriaguez, resucitó en la sobriedad. Así, cuando se abandona toda mala obra, se produce una especie de muerte en el alma, y resurge en sus buenas obras. Mortificad, dice el Apóstol, vuestros miembros que están sobre la tierra, inmundicia, perturbación, mala concupiscencia, y avaricia, dice, que es idolatría (Colosenses III, 1-5). Mortificados, pues, estos miembros,

resucitamos en los bienes que son contrarios a estos; en santidad, en tranquilidad, en caridad, en limosnas. Así como precede la muerte según el espíritu, la resurrección que es según el espíritu: así precederá la muerte según la carne, la resurrección que será según la carne.

CAPÍTULO XXI.

24. Testimonios sobre la doble resurrección del Apóstol. Conozcamos, por tanto, ambas resurrecciones, tanto la espiritual como la corporal. A la espiritual pertenece lo que se ha dicho: Levántate, tú que duermes; y resucita de entre los muertos (Efesios V, 14): y aquello, Los que estaban sentados en sombra de muerte, la luz les ha amanecido (Isaías IX, 2): y aquello que mencioné poco antes, Si habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba. A la resurrección corporal pertenece lo que ahora dice el Apóstol, quien se había planteado tal cuestión: Pero dirá alguno, ¿cómo resucitan los muertos? ¿con qué cuerpo vendrán? Hablaba, por tanto, de la resurrección del cuerpo, en la cual el Señor precedió a su Iglesia: de esta resurrección dice, Es necesario que esto corruptible se vista de incorrupción, y esto mortal se vista de inmortalidad. Por aquello que había dicho, La carne y la sangre no heredarán el reino de Dios. Tenemos, además, en otro lugar, el testimonio clarísimo del mismo apóstol Pablo sobre la resurrección según el espíritu y sobre la resurrección según la carne. El cuerpo mortal, que ha sido animado o fue animado, se llama carne. Así, pues, el Apóstol habla: Pero si Cristo está en vosotros, el cuerpo, en verdad, está muerto a causa del pecado, pero el espíritu es vida a causa de la justicia. He aquí que ya se entiende que la resurrección del espíritu se ha hecho por la justicia: veamos si también se debe esperar la resurrección del cuerpo. Pues no quiso llamar al cuerpo mortal, mortal, sino muerto; y sin embargo, en lo que sigue, aclara que se refería a esto. Continúa, pues, y dice: Si el espíritu de aquel que resucitó a Jesús de entre los muertos habita en vosotros; el que resucitó a nuestro Señor Jesús, vivificará también vuestros cuerpos mortales por su Espíritu que habita en vosotros (Romanos VIII, 10, 11). Por lo tanto, aquellos se desviaron de la verdad, negaron una resurrección. Pues si de cualquier modo la negaran, se desviarían de la verdad, no en torno a la verdad. Porque se desviaron en torno a la verdad, confesaron una, la que se hace según el espíritu; pero negaron la otra, la que se espera por la resurrección de la carne, diciendo que la resurrección ya ha ocurrido: lo cual no dirían así, si no fuera para prohibir que se crea y espere aquella que ha de ocurrir en el cuerpo, no se diría de ellos, Subvierten la fe de algunos.

CAPÍTULO XXII.

25. Ambas resurrecciones en el Evangelio. Resurrección según el espíritu, que ahora se realiza por la fe. Pero escuchad ya el testimonio clarísimo del mismo Señor en el Evangelio según Juan, en un solo lugar declarando ambas resurrecciones, tanto la que se realiza ahora según el espíritu, como la que ha de ocurrir después según la carne, de tal manera que no pueda dudar en absoluto quien de cualquier modo se dice cristiano y está sujeto a la autoridad evangélica; para que no quede ningún acceso a los calumniadores, y como si quisieran destruir a los cristianos por la fe cristiana, insertando sus venenos, para que maten las almas de los débiles. Pero escuchad del mismo códice. Por eso no solo cumplo el oficio de disputador, sino también de lector, para que este nuestro discurso se sostenga con la autoridad de las santas Escrituras, no se edifique sobre la arena con sospechas humanas, si acaso algo no se recuerda de memoria. Escuchad, pues, el Evangelio según Juan. El Señor habla: Amén, amén os digo, que quien oye mi palabra y cree en aquel que me envió, tiene vida eterna; y no viene a juicio, sino que ha pasado de la muerte a la vida. Amén, amén os digo, que viene la hora, y ahora es, cuando los muertos oirán la voz del Hijo de Dios; y los que la oigan, vivirán.

Porque como el Padre tiene vida en sí mismo, así también ha dado al Hijo tener vida en sí mismo; y le ha dado potestad de hacer juicio, porque es hijo del hombre. No os maravilléis de esto, porque viene la hora, en la que todos los que están en los sepulcros oirán su voz: y saldrán los que hicieron el bien, a resurrección de vida; pero los que hicieron el mal, a resurrección de juicio (Juan V, 24-29). Creo que muchos entienden por el mismo Señor en este lugar ambas resurrecciones, tanto la según el espíritu por la fe, como la según la carne, claramente declaradas por aquella trompeta tan conocida. Sin embargo, consideremos diligentemente estas mismas palabras, para que sea manifiesto a todos los oyentes. Amén, amén os digo, que quien oye mi palabra y cree en aquel que me envió, tiene vida eterna; y no viene a juicio, sino que ha pasado de la muerte a la vida. Según el espíritu es la resurrección, que se realiza ahora por la fe. Pero para que no pareciera propuesta de tal manera, como si aún estuviera lejos de ocurrir; aunque no dijo, Pasará de la muerte a la vida; sino, ha pasado de la muerte a la vida: sin embargo, para que no pareciera que usó figuradamente el verbo en tiempo pasado, como es, Han horadado mis manos y mis pies (Salmo XXI, 17), que aún se preanunciaba como futuro; sigue, y explica esto mismo más claramente: Amén, amén os digo, dice, que viene la hora y ahora es, cuando los muertos oirán la voz del Hijo de Dios; y los que la oigan, vivirán. Lo que dijo antes, Ha pasado de la muerte a la vida; ahora dice, vivirán. Pero para que aquello que dijo, Viene la hora, no se esperara al fin del siglo, cuando también ha de ocurrir la resurrección de los cuerpos; añadió, y ahora es. Pues no dijo solo, Viene la hora; sino, Viene la hora, y ahora es. Y los que oigan esta voz, vivirán; ciertamente la vida que significó antes, diciendo, Ha pasado de la muerte a la vida. Aquí, pues, significó a aquellos que no pertenecen a la pena del juicio; porque previenen el juicio con su fe, y pasan de la muerte a la vida.

CAPÍTULO XXIII.

26. Resurrección según la carne futura. Resta, pues, que muestre el juicio futuro entre buenos y malos: porque aquí solo mencionó a los buenos como pertenecientes a la resurrección presente, que es según el espíritu. Sigue, pues, y dice, Y le ha dado potestad de hacer juicio, porque es hijo del hombre. Insinuó según qué recibió la potestad del juicio: porque hijo, dice, del hombre es. Pues según lo que es Hijo de Dios, tiene potestad eterna con el Padre. Ya cómo será el juicio futuro, lo expone consecuentemente: No os maravilléis de esto, porque viene la hora, en la que todos los que están en los sepulcros oirán su voz: y saldrán los que hicieron el bien, a resurrección de vida; pero los que hicieron el mal, a resurrección de juicio. Antes, cuando dijo, Viene la hora; añadió, y ahora es: para que no se pensara que aquella hora anunciada era la que ha de ocurrir al fin del siglo, la resurrección de los cuerpos. Aquí, pues, porque quería que se entendiera esa, cuando dijo, Viene la hora; no añadió, y ahora es. También antes dijo que los muertos oirán la voz del Hijo de Dios, pero no hizo mención de los sepulcros: para que distinguiéramos a los muertos por el error de la mente que resucitan ahora por la fe, de aquellos muertos cuyos cadáveres en los sepulcros han de resucitar al final del siglo. Aquí, pues, para que se esperara aquella resurrección de los cuerpos al final, Todos, dice, los que están en los sepulcros, oirán su voz, y saldrán. También antes, Oirán, dice, la voz del Hijo de Dios; y los que la oigan, vivirán. ¿Qué necesidad había de añadir, Los que la oigan; cuando podría decirse así, Oirán la voz del Hijo de Dios, y vivirán: sino porque hablaba de aquellos que están muertos según el error de la mente, de los cuales muchos oyen y no oyen, es decir, no obedecen, no creen? Pero los que oyen así, como quería que se oyera, cuando decía, Quien tenga oídos para oír, que oiga (Lucas VIII, 8); ellos vivirán. Oirán, pues, muchos, pero los que oigan, vivirán, es decir, los que crean. Pues los que oyen así, que no creen, no vivirán: de donde se muestra de qué muerte, y de qué vida hablaba en ese lugar: de

la muerte que pertenece solo a los malos, por el mismo hecho de que son malos; y de la vida que pertenece solo a los buenos, por el mismo hecho de que se hacen buenos.

CAPÍTULO XXIV.

Aquí, sin embargo, donde pronuncia que resucitarán según los cuerpos, no dice, Oirán su voz, y los que oigan, saldrán. Pues todos oirán la última trompeta, y saldrán, porque todos resucitaremos. Pero porque no todos seremos transformados, sigue y dice, Los que hicieron el bien, a resurrección de vida; pero los que hicieron el mal, a resurrección de juicio. Antes, pues, donde se revive por la fe según el espíritu, todos reviven para la misma suerte; para que su vida no se distribuya en bienaventuranza y miseria, sino que todos pertenezcan a la buena parte. Y por eso, cuando dijo, Los que oigan, vivirán; no añadió, Los que hicieron el bien, a vida eterna; pero los que hicieron el mal, a pena eterna. Esto mismo que se dijo, vivirán, quiso que se entendiera solo en el bien: como también antes, Ha pasado, dice, de la muerte a la vida; ni dijo a qué vida; porque revivir por la fe de la muerte, no puede ser una mala vida. Aquí, sin embargo, primero no, Oirán su voz y vivirán; pues quiso que se entendiera vivir en el bien a lo largo de toda esta lectura: sino que dijo, oirán, y saldrán, con lo cual significó el movimiento corporal de los cuerpos desde los lugares de sus sepulturas. Pero porque salir de los sepulcros no será para todos un bien: Los que hicieron el bien, dice, a resurrección de vida; también aquí quiso que se entendiera la vida solo en el bien: pero los que hicieron el mal, dice, a resurrección de juicio, puso juicio por pena.

CAPÍTULO XXV.

27. Qué tipo de cuerpo, y qué tipo de vida tendrán los santos después de la resurrección. Ya, pues, hermanos, que nadie busque con perversa sutileza qué tipo de figura tendrán los cuerpos en la resurrección de los muertos, qué estatura, qué movimiento, qué andar. Te basta con que tu carne resucite en la misma forma en que el Señor apareció, ciertamente en forma de hombre. Pero no temas la corrupción por la forma: pues si no temes la corrupción, no temerás también aquella sentencia, La carne y la sangre no heredarán el reino de Dios: ni caerás en la trampa de los saduceos, que no puedes evitar porque piensas que los hombres resucitan para tomar esposas, y engendrar hijos, y realizar las obras de la vida mortal. Si preguntas cómo será la vida, ¿quién de los hombres podrá explicarlo? Será la vida de los ángeles. Cualquiera que pueda mostrarte la vida de los ángeles, te mostrará la vida de ellos; porque serán iguales a los ángeles. Pero si la vida de los ángeles es oculta, que nadie busque más; no sea que por error no llegue a lo que busca, sino a lo que él mismo se ha imaginado. Pues busca apresuradamente, y busca con prisa. Tú camina por el camino; llegarás a la patria, si no abandonas el camino. Por tanto, hermanos, mantened a Cristo, mantened la fe, mantened el camino: él os llevará a lo que ahora no podéis ver. Pues en esa cabeza apareció lo que se espera en los miembros; en ese fundamento se demostró lo que se edifica en nuestra fe, para que después se perfeccione en la forma: no sea que cuando penséis que veis, os aparezca algo por una imagen falsa como si fuera lo que no es, y dejando el camino os desviéis en error, y no lleguéis a la patria a la que conduce el camino, es decir, a la forma a la que conduce la fe.

CAPÍTULO XXVI.

28. La vida será similar a la de los ángeles, sin obras de corrupción e indigencia. Sábado perpetuo. Por qué no habrá obras de misericordia allí. Dirás, ¿Cómo viven los ángeles? Te basta saber esto, que no viven corruptiblemente. Pues más fácilmente se te puede decir qué no habrá allí, que qué habrá allí. También yo puedo, hermanos míos, recorrer brevemente

algunas cosas que no habrá allí: y esto puedo hacerlo porque hemos experimentado estas cosas, y conocemos las que no habrá allí. Pero lo que habrá allí aún no lo hemos experimentado. Pues caminamos por la fe, aún no por la forma: mientras estamos en el cuerpo, peregrinamos lejos del Señor (II Corintios V, 6 y 7). ¿Qué, pues, no habrá allí? Tomar esposa, para que se propaguen hijos; porque allí no hay muerte: no habrá crecimiento, porque tampoco envejecimiento: no habrá refacción, porque tampoco defecto: no habrá negocios, porque tampoco indigencia; ni siquiera las obras laudables de los hombres inocentes, que la necesidad y la indigencia de esta vida obligan a realizar. No digo solamente que no habrá allí obras de ladrones o usureros, sino que tampoco estarán allí las que los hombres inocentes realizan para aliviar las necesidades humanas.

CAPÍTULO XXVII.

Será un sábado perpetuo, que los judíos celebran temporalmente, pero que nosotros entendemos eternamente. Será un descanso inefable, que no se puede explicar; pero, como dije, se explica de alguna manera cuando se dicen las cosas que no habrá allí. A ese descanso nos dirigimos, a ese descanso somos regenerados espiritualmente. Pues así como nacemos carnalmente para los trabajos, así renacemos espiritualmente para el descanso: clamando aquel, Venid a mí, todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar (Mateo XI, 28). Aquí alimenta, allí perfecciona: aquí promete, allí devuelve: aquí significa, allí expresa. Pero cuando en aquella bienaventuranza seamos perfectos y salvos tanto en espíritu como en cuerpo, no habrá estos negocios; ni estarán allí aquellas cosas que aquí se alaban en las buenas obras de los cristianos. Pues ¿quién no es alabado como cristiano al dar pan al hambriento y bebida al sediento, al vestir al desnudo, al acoger al peregrino, al pacificar al litigioso, al visitar al enfermo, al enterrar al muerto, al consolar al que llora? Grandes obras, llenas de misericordia, llenas de alabanza y gracia. Pero tampoco estarán allí: porque las obras de misericordia las ha comparado la necesidad de la miseria. ¿A quién alimentarás, donde nadie tiene hambre? ¿A quién darás de beber, donde nadie tiene sed? ¿O vestirás al desnudo, donde todos están vestidos con la misma inmortalidad? Has oído poco antes las túnicas de los santos, hablando el Apóstol, Es necesario que esto corruptible se vista de incorrupción. Donde suena vestirse, indica vestimenta. Esta vestimenta perdió Adán, para recibir pieles. ¿O acogerás al peregrino, donde todos viven en su patria? ¿Visitarás a los enfermos, donde todos estarán vigorosos con la misma firmeza de incorrupción? ¿Enterrarás al muerto, donde todos viven siempre? ¿Concordarás a los litigantes, donde todo está en paz? ¿Consolarás a los tristes, donde todos se alegrarán eternamente? Porque, por tanto, cesarán las miserias, cesarán estas obras de misericordia.

CAPÍTULO XXVIII.

29. ¿Cuál será la acción de los bienaventurados después de la resurrección? Amén y Aleluya será toda nuestra acción sin tedio. ¿Qué, pues, se hará allí? ¿No he dicho ya que más fácilmente puedo decir qué no habrá allí, que qué habrá allí? Sé esto, hermanos, que no dormiremos vacando, porque el mismo sueño fue dado como ayuda de la deficiencia del alma. Pues la intención perpetua agitada por los sentidos mortales no soportaría el cuerpo frágil, si no se reparara esa fragilidad con los sentidos adormecidos para soportar esa misma agitación; y así como de la muerte habrá renovación futura, así ahora de sueño se hace vigilia. Allí, pues, no habrá. Donde no hay muerte, tampoco habrá imagen de muerte. Sin embargo, que a nadie le surja el temor de los tedios, cuando se le dice que siempre estará despierto, y no hará algo. Puedo decir, y aunque no pueda decir cómo será, porque aún no puedo verlo: sin embargo, digo algo no impudicamente, porque lo digo de las Escrituras, cuál será nuestra acción allí. Toda nuestra acción será Amén y Aleluya. ¿Qué decís, hermanos? Veo que

escucháis y os alegráis. Pero no os entristezcáis de nuevo con pensamiento carnal, porque si acaso alguno de vosotros se pusiera de pie y dijera todos los días, Amén y Aleluya, se marchitaría de tedio, y en esas mismas voces se dormiría, y ya querría callar: y por eso pensara que la vida es despreciable, y no deseable, diciendo a vosotros mismos: Amén y Aleluya siempre vamos a decir, ¿quién lo soportará? Diré, pues, si puedo, cuanto pueda. No diremos Amén y Aleluya con sonidos pasajeros, sino con afecto del alma. Pues ¿qué es Amén? ¿qué es Aleluya? Amén, es verdad: Aleluya, alabad a Dios. Porque, por tanto, Dios es la verdad inmutable, sin defecto, sin progreso, sin detrimento, sin aumento, sin inclinación alguna de falsedad, permaneciendo perpetua, estable y siempre incorruptible; pero estas cosas que hacemos en la criatura y en esta vida, son como figuras de cosas por significaciones de cuerpos, y algunas en las que caminamos por la fe: cuando veamos cara a cara lo que ahora vemos por espejo en enigma (I Corintios XIII, 12), entonces de manera muy diferente e inefablemente diferente diremos, Es verdad; y cuando digamos esto, ciertamente diremos Amén, pero con una saciedad insaciable. Pues porque no faltará algo, por eso saciedad: pero porque aquello que no faltará siempre deleitará, por eso habrá una saciedad insaciable, si se puede decir. Pues como insaciablemente te saciarás de la verdad, así con insaciable verdad dirás, Amén. Ya qué será, ¿quién puede decirlo, lo que ojo no vio, ni oído oyó, ni subió al corazón del hombre (I Corintios II, 9)? Porque, por tanto, sin algún fastidio y con perpetua delectación veremos la verdad, y con certísima evidencia la contemplaremos, encendidos de amor por esa misma verdad y adheridos a ella con dulce y casto abrazo y también incorpóreo, con tal voz también la alabaremos, y diremos, Aleluya. Pues exultando se incitarán a igual alabanza con ardentísima caridad mutuamente y en Dios, todos los ciudadanos de aquella ciudad dirán, Aleluya; porque dirán, Amén.

CAPÍTULO XXIX.

30. El descanso y reposo de los bienaventurados en la contemplación y alabanza de la verdad. Esta vida de los santos llenará también sus cuerpos transformados en un estado celestial y angélico, y los vivificará inmortalmente, de modo que ninguna corrupción de necesidad los aparte o distraiga de esa beatísima contemplación y alabanza de la verdad. Así, su alimento será la misma verdad: y su descanso será como un reposo. Pues se ha dicho que los que se reclinan banquetean, como dice el Señor: "Vendrán muchos del oriente y del occidente, y se reclinarán con Abraham, Isaac y Jacob en el reino de mi Padre" (Mateo VIII, 11): esto significa que se alimentarán con gran descanso del alimento de la verdad. Tal alimento restaura y no se agota; llena y permanece íntegro: tú te consumes, él no se consume. Tal es ese alimento, no como este, que se agota para restaurar, y para que no termine la vida de quien lo recibe, él mismo se termina. Aquel reposo, por tanto, será un descanso eterno: aquellas delicias serán la verdad inmutable: aquel banquete será la vida eterna, es decir, el mismo conocimiento. Porque "esta es", dice, "la vida eterna, que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado" (Juan XVII, 3).

CAPÍTULO XXX.

31. Vida de los que gozan plenamente en la visión de Dios. Oración después del sermón. Pues esa vida en la contemplación de la verdad no solo permanecerá inefablemente, sino también deleitosamente, como atestiguan muchos lugares de la Escritura, que no podemos recordar todos. De ahí aquello: "El que me ama, guarda mis mandamientos; y yo lo amaré; y me manifestaré a él" (Juan XIV, 21). Como si se buscara de él fruto y recompensa, porque guarda sus mandamientos: "Me manifestaré", dice, "a él"; poniendo la perfecta bienaventuranza, para que sea conocido tal como es. De ahí también aquello: "Amadísimos,

ahora somos hijos de Dios, pero aún no se ha manifestado lo que seremos. Sabemos que cuando se manifieste, seremos semejantes a él; porque lo veremos tal como es" (1 Juan III, 2). Por eso también el apóstol Pablo dice: "Entonces, cara a cara" (1 Corintios XIII, 12): porque también dijo en otro lugar: "Nos transformamos en la misma imagen de gloria en gloria, como por el Espíritu del Señor" (2 Corintios III, 18). Y en los Salmos dice: "Estad quietos, y ved que yo soy Dios" (Salmo XLV, 11). Entonces, pues, se verá mejor, cuando se esté completamente en reposo. ¿Y cuándo se estará completamente en reposo, sino cuando hayan pasado los tiempos laboriosos, los tiempos de necesidad, en los que ahora estamos atados, mientras la tierra produce para el hombre pecador espinas y cardos, para que coma su pan con el sudor de su rostro? Por tanto, cuando hayan pasado por completo los tiempos del hombre terrenal, y el día del hombre celestial esté completamente perfecto, veremos plenamente; porque estaremos completamente en reposo. Pues terminada la corrupción y la necesidad en la resurrección de los fieles, no habrá razón para trabajar. Como si se dijera, Reclinad y comed; así se ha dicho, Estad quietos y ved. Estaremos en reposo, pues, y veremos a Dios tal como es; y viéndolo, alabaremos a Dios. Y esta será la vida de los santos, esta la acción de los que están en reposo, porque sin cesar alabaremos. No alabaremos un solo día: sino que así como ese día no tiene fin en el tiempo, así nuestra alabanza no tendrá fin en la cesación; y por eso alabaremos por los siglos de los siglos. Escucha también esto que la Escritura dice a Dios, lo que deseamos: "Bienaventurados los que habitan en tu casa; por los siglos de los siglos te alabarán" (Salmo LXXXIII, 5). Volviéndonos al Señor, supliquémosle por nosotros y por todo su pueblo que está con nosotros en los atrios de su casa: que se digne guardarlo y protegerlo; por Jesucristo su Hijo nuestro Señor, que con él vive y reina por los siglos de los siglos. Amén.

SERMON CCCLXIII. Sobre el cántico del Éxodo. Cap. XV, V. 1-21.

1. En la consideración de las Sagradas Escrituras debe guiarnos la autoridad de las mismas Escrituras. Nuestro entendimiento, hermanos amadísimos, en la consideración y tratamiento de las Sagradas Escrituras debe ser guiado por la autoridad clarísima de las mismas Escrituras; para que de lo que está dicho claramente para nutrirnos, se discierna fielmente lo que está dicho más oscuramente para ejercitarnos. Pues, ¿quién se atrevería a exponer de otra manera los divinos sacramentos, que no sea como ha sido predicado y prescrito con corazón y boca apostólica? Dice el apóstol Pablo: "No quiero que ignoréis, hermanos, que todos nuestros padres estuvieron bajo la nube, y todos pasaron por el mar, y todos fueron bautizados en Moisés, en la nube y en el mar; y todos comieron el mismo alimento espiritual, y todos bebieron la misma bebida espiritual. Bebían, pues, de la roca espiritual que los seguía; y la roca era Cristo. Pero en la mayoría de ellos no se agradó Dios. Pues fueron postrados en el desierto. Estas cosas sucedieron como ejemplos para nosotros, para que no seamos codiciosos de cosas malas, como ellos lo fueron. Y poco después: "Todas estas cosas", dice, "les acontecieron como ejemplos; y están escritas para nuestra corrección, sobre quienes ha llegado el fin de los siglos" (1 Corintios X, 1-11).

2. El paso del Mar Rojo como figura del Bautismo. Por tanto, amadísimos, que ningún fiel dude de que el paso de aquel pueblo por el Mar Rojo fue figura de nuestro Bautismo: para que del diablo y sus ángeles, que nos oprimían como Faraón y los egipcios, sometidos al barro de la carne como a las obras de los ladrillos, liberados por nuestro Señor Jesucristo, cuya figura representaba entonces Moisés, por el Bautismo, "Cantemos al Señor: porque se ha glorificado grandemente; al caballo y al jinete arrojó al mar". Pues para nosotros han muerto, quienes ya no pueden dominarnos: porque nuestros mismos delitos, que nos habían hecho súbditos de ellos, al ser liberados por el lavacro de la santa gracia, han sido sumergidos y borrados como en el mar. Cantemos, pues, al Señor: porque se ha glorificado grandemente;

al caballo y al jinete arrojó al mar, borró la soberbia y al soberbio en el Bautismo. Ya el humilde sometido a Dios canta este cántico. Pues al soberbio que busca su propia gloria, y se magnifica a sí mismo, no se ha glorificado grandemente el Señor. Pero el impío justificado, creyendo en aquel que justifica al impío, para que su fe le sea contada por justicia (Romanos IV, 5), para que el justo viva por la fe (Id. I, 17); no ignorando la justicia de Dios, y queriendo establecer la suya propia, no está sujeto a la justicia de Dios (Id. X, 3); canta verdaderamente al Señor como su ayudador y protector en la salvación, a su Dios, a quien honra. Pues no es de aquellos altivos, que conociendo a Dios, no lo honraron como a Dios (Id. I, 21). Dice, pues, "Dios de mi padre". Pues es Dios del padre Abraham, quien creyó a Dios, y le fue contado por justicia (Id. IV, 3). Y por eso, siendo pequeños, no presumiendo de nuestra justicia, sino de su gracia, magnificamos al Señor, porque él "destruye las batallas", él que es nuestra paz. Y por eso "Señor es su nombre": a quien decimos con Isaías, "Poséenos" (Isaías XXVI, 13). Señor es su nombre. No éramos, y nos hizo: habíamos perecido, y nos encontró: nos habíamos vendido, y nos compró. Señor es su nombre. Los carros de Faraón y su ejército los arrojó al mar. Y las exaltaciones mundanas, y las innumerables huestes de pecados, que en nosotros militaban para el diablo, las borró en el Bautismo. Había puesto tres jinetes en los carros, que nos aterraban persiguiéndonos con el temor del dolor, el temor de la humillación, el temor de la muerte. Todo esto fue sumergido en el Mar Rojo, porque fuimos sepultados con él por el Bautismo en la muerte (Romanos VI, 4), quien por nosotros fue azotado, deshonrado y muerto. Así el Mar Rojo cubrió a todos los enemigos, quien con su muerte sangrienta, por la cual nuestros pecados fueron consumidos, consagró el Bautismo. Pero si nuestros enemigos han descendido al abismo como una piedra, solo ellos poseen, y con ellos está la dureza del diablo, de quienes está escrito: "El pecador, cuando ha llegado al abismo de los males, desprecia" (Proverbios XVIII, 3). Pues no creen que puedan ser perdonados por lo que han hecho: y por esa desesperación se hunden más gravemente y más profundamente. Pero, "Tu diestra, Señor, se ha glorificado en poder; tu diestra, Señor, ha quebrantado a los enemigos; y con la multitud de tu majestad, Señor, has destruido a los adversarios. Enviaste tu ira, y los consumió como paja". Pues te temimos al nacer, y creímos en ti, y todos nuestros delitos fueron consumidos. Pues, ¿por qué "por el espíritu de la ira del Señor se dividió el agua, y se congelaron como un muro las aguas, se congelaron las olas en medio del mar"; cuando en esa división del agua, con las olas congeladas, se abrió un camino para el pueblo liberado? ¿Por qué, pues, no más bien por el espíritu de la misericordia del Señor se dividió el agua; sino porque el terror de la ira de Dios, que desprecia aquel pecador, que ha llegado al abismo de los males, es el que impulsa al Bautismo, para que por el agua no ahogante, sino pasando por el camino, seamos liberados? Dijo el enemigo: Perseguiré, y alcanzaré; repartiré despojos, y llenaré mi alma; mataré con mi espada, dominará mi mano. Ni entiende el enemigo la fuerza del Sacramento del Señor, que está en el Bautismo salvador, para aquellos que creen y esperan en él: y aún piensa que los pecados pueden dominar a los bautizados, porque son tentados por la fragilidad de la carne, sin saber dónde, cuándo y cómo se perfecciona la plena renovación de todo el hombre, que en el Bautismo se inicia, y se prefigura, y con la esperanza más cierta ya se tiene. Pues entonces este mortal se vestirá de inmortalidad, y evacuado por completo todo principado y potestad, será Dios todo en todos (1 Corintios XV, 53, 54, 24, 28). Ahora, sin embargo, mientras el cuerpo que se corrompe, grava el alma (Sabiduría IX, 15), dice el enemigo: "Perseguiré, y alcanzaré". Pero enviaste tu espíritu, y el mar los cubrió. Ahora no se dice el espíritu de la ira de Dios, cuando el mar cubrió a los enemigos: y poco antes se dijo: "por el espíritu de tu ira se dividió el agua"; cuando por esto más bien pasando el pueblo de Dios fue liberado. Pero ciertamente parece que Dios no se enoja, a quien los pecados están impunes, y más se agrava. Por eso, comparado al plomo, desciende al abismo, tanto más, cuanto más ve a aquellos que han sido justificados por la fe, y por la esperanza de la vida futura soportan los males presentes, vivir

en trabajos, en los que para soportarlos los confirma el Espíritu de Dios. Envió, pues, Dios su Espíritu para consolar y ejercitar en los trabajos a los justos; y el mar cubrió a los impíos, no solo pensando que no hay diferencia entre ellos y aquellos; sino más bien estimando que Dios está enojado con aquellos, que son afligidos con tantas tribulaciones, y propicio a ellos, que se alegran con tantas prosperidades. Así descendieron como plomo en el agua poderosísima. ¿Quién como tú entre los dioses, Señor? ¿quién como tú? glorioso en los santos, que no se glorían en sí mismos: admirable en majestades, que haces prodigios. Pues estas cosas que entonces se hicieron, anunciaban algo futuro, porque fueron figuras nuestras. Extendiste tu diestra, los tragó la tierra. Ciertamente ninguno de los egipcios en aquel tiempo fue tragado por la tierra; fueron cubiertos por el agua, perecieron en el mar. ¿Qué es, pues, "Extendiste tu diestra, los tragó la tierra"? ¿O entendemos correctamente la diestra de Dios como aquel de quien Isaías dice: "¿Y a quién se ha revelado el brazo del Señor?" (Isaías LIII, 1)? Pues él es el único Hijo, a quien el Padre no perdonó, sino que lo entregó por todos nosotros (Romanos VIII, 32). Y así en la cruz extendió su mano derecha, y la tierra tragó a los impíos, cuando se creían vencedores, y lo consideraban despreciable. Pues la tierra fue entregada en manos del impío, y cubrió el rostro de su juicio (Job IX, 24), es decir, su divinidad. Así el Señor gobernó a su pueblo, como llevado por aquel madero, donde la tierra, es decir, la carne del Señor extendida tragó a los impíos. Pues el pueblo no cruzó el mar en un barco, para que propiamente se dijera "governaste". Pero "governaste con tu justicia a tu pueblo", no presumiendo de su justicia, sino viviendo por la fe bajo tu gracia: "a este tu pueblo, que liberaste". Pues el Señor conoce a los que son suyos (2 Timoteo II, 19).

3. El paso por el desierto como figura de nuestra peregrinación en esta vida, en la que superamos a los adversarios con la ayuda de Cristo.---"Exhortaste en tu poder", es decir, en tu Cristo. Porque lo que es débil de Dios, es más fuerte que los hombres (1 Corintios I, 25). Y si fue crucificado por debilidad, pero vive por el poder de Dios (2 Corintios XIII, 4). "Exhortaste en tu poder, y en tu santa restauración". Pues en que la mortalidad de la carne en él fue restaurada por la resurrección, y en él ya este corruptible se vistió de incorruptión, fuimos exhortados esperando en el futuro, y soportando por estas cosas todos los males presentes. Pues queda después del Bautismo el paso por el desierto, por la vida que se vive en esperanza, hasta que llegemos a la tierra de la promesa, la tierra de los vivientes donde nuestra porción es el Señor, en la eterna Jerusalén; hasta que llegemos allí, toda esta vida es para nosotros un desierto, y toda tentación. Pero en aquel que venció al mundo, el pueblo de Dios vence todo. Pues así como en el Bautismo, como enemigos que persiguen por detrás, los pecados pasados son borrados: así después del Bautismo, en el camino de esta vida, cuando comemos el alimento espiritual, y bebemos la bebida espiritual, superamos todo lo que nos adversa. Pues el nombre de nuestro Emperador aterrorizó a los enemigos de nuestro camino. Primero se levantó la ira de las naciones para destruir el nombre cristiano; pero cuando la ira no pudo nada, se convirtió en dolor, y más y más creciendo la fe y ocupando todo, el dolor se convirtió en temor; para que también los soberbios de este mundo, como las aves del cielo, busquen refugio y protección bajo la sombra de aquella hortaliza, que creció mucho del minúsculo grano de mostaza (Mateo XIII, 31, 32). Así también en este cántico, donde se recuerdan las cosas que entonces sucedían en figura en aquellos, se ha mantenido el orden de la ira, el dolor y el temor de las naciones. "Oyeron", dice, "las naciones, y se enojaron; dolores tomaron a los habitantes de Filistea. Entonces se apresuraron", es decir, se conturbaron, "los jefes de Edom, y los príncipes de Moab: los tomó el temblor: se derritieron todos los habitantes de Canaán. Caiga sobre ellos el temor y el terror de la grandeza de tu brazo. Sean como piedras, hasta que pase tu pueblo, Señor, hasta que pase este tu pueblo, que adquiriste". Así fue hecho, así se hace. Admirados de estupor, como piedras se vuelven los enemigos de la Iglesia, hasta que pasemos a la patria. Pero también los que intenten resistir,

como entonces Amalec con las manos extendidas de Moisés (Éxodo XVIII), así ahora en el signo de la cruz del Señor son superados. Y así somos introducidos, y plantados en el monte de la herencia del Señor, que de la pequeña piedra, que vio Daniel, creció y llenó toda la tierra (Daniel II, 34, 35). Esta es la morada preparada del Señor. Pues el templo de Dios es santo, y la santificación de su casa que es de él. Pues el templo de Dios es santo, dice el Apóstol, "que sois vosotros" (1 Corintios III, 17). Y para que nadie mire a la Jerusalén terrenal, donde este templo temporalmente llevó una figura, como era necesario, significó que hablaba del reino eterno, que es la herencia eterna de Dios, la Jerusalén eterna. Pues siguió diciendo: "Que prepararon tus manos, Señor, que reinas siempre, y por los siglos de los siglos, y aún". ¿Hay algo más allá de "por los siglos de los siglos"? ¿Quién diría esto? ¿Por qué, pues, añadió, "y aún"? Tal vez porque suele entenderse "por los siglos de los siglos" también por un tiempo muy largo, se añadió "y aún", para que se entendiera el verdadero "por los siglos de los siglos", que es sin fin. ¿O porque Dios reina "siempre" en los cielos, que estableció por los siglos de los siglos, puso un precepto y no pasará (Salmo CXLVIII, 6); y por los siglos de los siglos en aquellos a quienes después de la transgresión del precepto, convertidos, les perdonó los pecados, y los adquirió desde el tiempo, y les otorgó la bienaventuranza sin fin; reina "y aún" en aquellos, a quienes bajo los pies de su pueblo en justísimos suplicios ordenó? Pues nadie se sustrae a su reino, cuya ley eterna en la distribución de dar y devolver y en los méritos de premios y castigos, y en la justísima ordenación de toda la creación, todos son contenidos. Pues Dios resiste a los soberbios, pero da gracia a los humildes (Santiago IV, 6). Porque entró la caballería de Faraón con sus carros y jinetes en el mar; y el Señor trajo sobre ellos las aguas del mar. Pero los hijos de Israel caminaron por tierra seca, por en medio del mar.

4. Qué figura María al tomar el tamboril y cantar. Esto cantó Moisés y los hijos de Israel, esto María la profetisa y las hijas de Israel con ella, esto también nosotros ahora, ya sea hombres y mujeres, ya sea nuestro espíritu y nuestra carne. Pues "los que son de Jesucristo", dice el Apóstol, "han crucificado su carne con sus pasiones y concupiscencias" (Gálatas V, 24). Esto es lo que congruentemente se entiende que significa el tamboril, que tomó María para acompañar este cántico. Pues en el madero se extiende la carne, para que se haga tamboril: y de la cruz aprenden a confesar el suave sonido de la gracia. Humildes, pues, hechos por el Bautismo por la piedad de la gracia, y extinguida allí nuestra soberbia, por la cual el soberbio enemigo nos dominaba, para que ya quien se gloria, se gloríe en el Señor (1 Corintios I, 31), "Cantemos al Señor: porque se ha glorificado grandemente; al caballo y al jinete arrojó al mar".